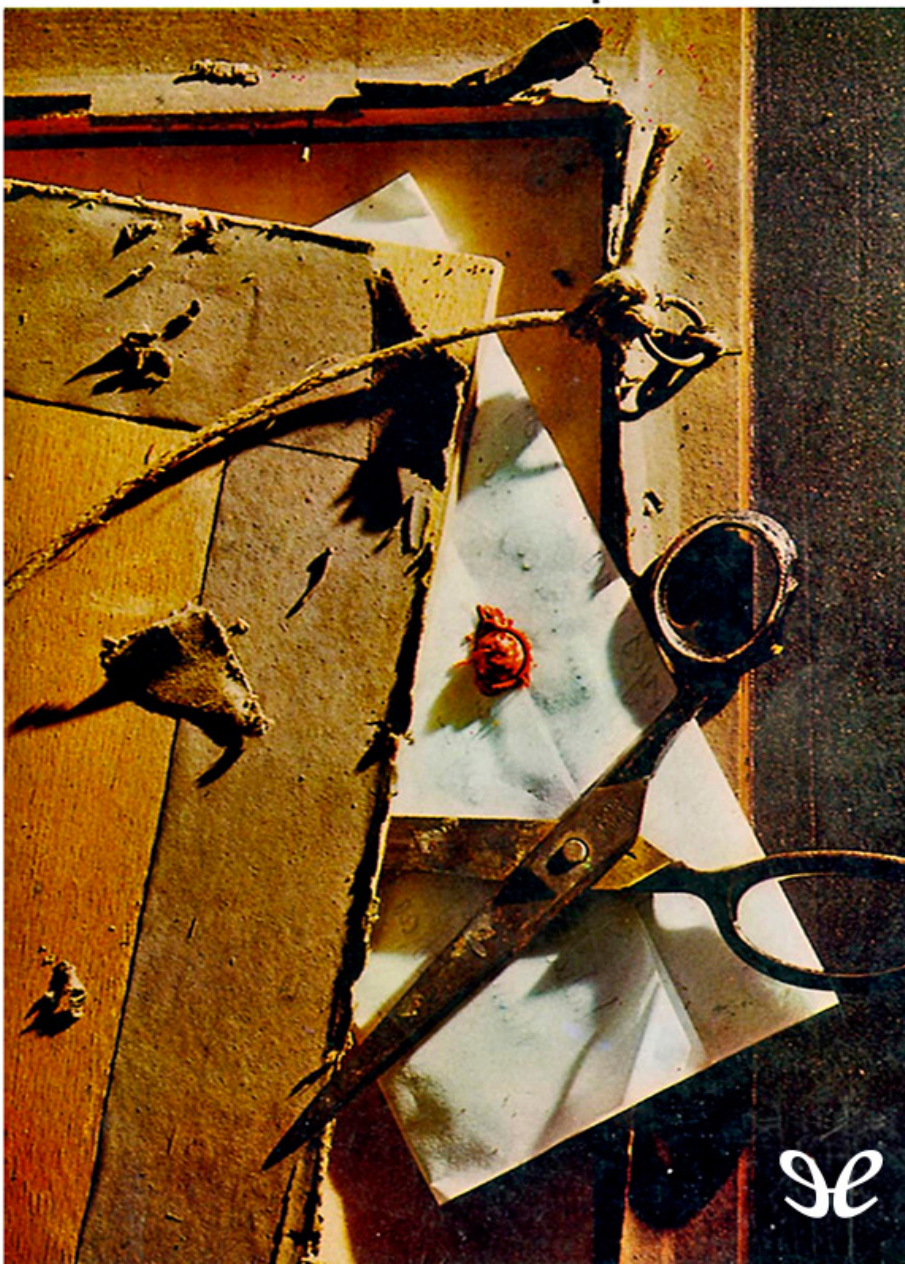
AGATHA CHRISTIE

EL MISTERIOSO Sr. BROWN



La búsqueda de unos comprometedores documentos secretos suscritos durante la Primera Guerra Mundial y perdidos en el naufragio del Lusitania, da lugar a una lucha sin cuartel entre los servicios secretos británicos y una banda internacional que quiere utilizar los documentos como instrumento de la propaganda bolchevique. Pero en la vorágine de la guerra de espías aparecen dos jóvenes, Tommy y Tuppence, dispuestos a jugarse la vida para desvelar la identidad del líder de la banda, el misterioso Sr. Brown.

Agatha Christie

El misterioso señor Brown

Tommy y Tuppence Beresford - 1

ePub r1.2
guau70 19.03.15

Título original: *The Secret Adversary*
Agatha Christie, 1922
Traducción: C. Peraire del Molino
Retoque de cubierta: guau70

Editor digital: guau70
ePub base r1.2

A todos aquellos que llevan una vida monótona, con la esperanza de que puedan disfrutar de las delicias y peligros de la aventura.

Prólogo

Eran las dos de la tarde del 7 de mayo de 1915. El Lusitania había sido alcanzado por dos torpedos y se empezaba a hundir rápidamente, mientras los botes salvavidas eran arriados a toda prisa. Las mujeres y niños se encontraban alineados aguardando su turno. Algunas seguían abrazadas con desesperación a sus esposos y padres; otras estrechaban a sus hijos contra sus pechos. Una muchacha estaba sola y algo apartada del resto. Era muy joven, no tendría más de dieciocho años. No parecía asustada. Sus ojos, de mirada firme y grave, miraban el vacío.

—Usted perdone.

La voz de un hombre detrás de ella la hizo sobresaltar y volverse. Era un pasajero al que recordaba haber visto en primera clase. Tenía algo misterioso que había despertado su imaginación. No hablaba con nadie y, si alguien le dirigía la palabra, se apresuraba a cortarlo en seco. Además, tenía el hábito de mirar nervioso por encima del hombro con una expresión de recelo. Advirtió que ahora el hombre estaba muy excitado. Su frente estaba perlada de sudor. Evidentemente, parecía dominado por el miedo. ¡Sin embargo, no le daba la impresión de ser un hombre que tuviera miedo de enfrentarse a la muerte!

—¿Sí?

La joven le interrogó con la mirada.

Él la observaba como si se debatiera en una indecisión desesperada. ¡Debo hacerlo!, pensó.

Sí, es el único medio. Luego dijo en voz alta y con un tono brusco:

—¿Es usted norteamericana?

—Sí.

—¿Patriota?

La joven enrojeció.

—¡No tiene derecho a hacerme semejante pregunta! ¡Claro que lo soy!

—No se ofenda. No lo haría si supiera lo que está en juego. Pero tengo que confiar en alguien y tiene que ser una mujer.

—¿Por qué?

—Por eso de «las mujeres y los niños primero» —miró en derredor y bajó la voz—. Llevo unos documentos de vital importancia. Pueden hacer que todo cambie para los aliados en la guerra. ¿Comprende? ¡Hay que salvarlos! Usted tiene más probabilidades de conseguirlo que yo. ¿Se atreverá a llevarlos consigo?

La muchacha alargó la mano.

—Espere. Primero debo advertirla de que puede que corra algún riesgo si me han seguido. No lo creo, pero nunca se sabe. De ser así, correría mucho peligro. ¿Cree que tiene el valor suficiente para seguir adelante?

La joven sonrió.

—Seguiré adelante. ¡Y me siento muy orgullosa de ser la escogida! ¿Qué debo hacer después?

—¡Preste atención a los periódicos! Pondré un anuncio en la columna personal de The Times que empezará con las palabras: «Compañero de viaje». Si el anuncio no aparece en tres días… bueno, es que habré muerto. Entonces lleve el paquete a la embajada norteamericana y entréguelo personalmente al embajador. ¿Está claro?

—Clarísimo.

—Entonces, prepárese. Ahora debo despedirme —le estrechó la mano—. Adiós. Buena suerte —dijo en tono más alto.

Ella cerró su mano sobre el envoltorio impermeable que él le había puesto en la palma.

El Lusitania se escoró decididamente a estribor. Obedeciendo a una orden, la muchacha se adelantó para ocupar su puesto en uno de los botes.

Capítulo I
Jóvenes aventureros, sociedad limitada

—¡Tommy, viejo amigo!

—¡Tuppence, viejo trasto!

Los dos jóvenes se saludaron afectuosamente y por un instante bloquearon la salida del metro de Dover Street. El adjetivo «viejo» era engañoso, puesto que entre los dos no sumarían ni cuarenta y cinco años.

—Hace siglos que no te veo —continuó el joven—. ¿Adónde vas? Ven a tomar algo conmigo. Acabarán por enfadarse con nosotros si seguimos impidiendo la salida. Vamos.

La muchacha asintió y echaron a andar por Dover Street en dirección a Piccadilly.

—Veamos —dijo Tommy—, ¿adónde podemos ir?

La ligera inquietud en su tono, no pasó desapercibida al fino oído de la señorita Prudence Cowley, conocida entre sus amigos íntimos, por alguna oculta razón, con el sobrenombre de Tuppence.

—Tommy, ¡estás sin blanca! —exclamó ella en el acto.

—Nada de eso —declaró el muchacho en tono un poco convincente—. Nado en la abundancia.

—Nunca supiste mentir —afirmó Tuppence con severidad—. Aunque en una ocasión hiciste creer a la hermana Greenbank que el médico te había recetado cerveza como reconstituyente y que se había olvidado de anotarlo en la ficha. ¿Lo recuerdas?

Tommy se echó a reír.

—¡Claro que sí! Se puso hecha una fiera cuando lo descubrió. ¡Tampoco era tan mala la hermana Greenbank! Supongo que el viejo hospital habrá sido desmilitarizado, como todo lo demás, ¿verdad?

Tuppence suspiró.

—Sí. ¿Tú también?

—Hace dos meses.

—¿Y la gratificación? —insinuó Tuppence.

—La gasté.

—¡Oh, Tommy!

—No la malgasté en francachelas. ¡No tuve esa suerte! El coste de la vida… sin ningún tipo de lujos es… te lo aseguro, si es que no lo sabes…

—Mi querido muchacho —le interrumpió la joven—, no hay nada que yo no sepa sobre el coste de la vida. Ya estamos en Lyons, cada uno pagará su parte.

Tuppence subió las escaleras.

El lugar estaba lleno, y mientras recorrían el salón buscando una mesa, escuchaban fragmentos de conversaciones.

«Sabes, se sentó y lloró cuando le dije que no podía quedarse con el apartamento». «¡Era una verdadera ganga, querida! Idéntica a la que Mabel Lewis trajo de París».

—Se oyen cosas muy curiosas —murmuró Tommy—. En la calle pasé junto a dos tipos que hablaban de una tal Jane Finn. ¿Has oído alguna vez un nombre semejante?

En aquel momento se levantaron dos señoras y Tuppence se apresuró a ocupar uno de los asientos vacíos.

Tommy pidió té y bollos. Tuppence té con tostadas.

—No se olvide de servir el té en teteras separadas —agregó la joven con severidad.

Tommy llevaba su cabellera pelirroja cuidadosamente peinada hacia atrás y sus facciones, sin ser agraciadas, resultaban agradables e indicaban que, sin duda, era un caballero y un deportista. Vestía un traje marrón de buen corte pero casi raído por el uso.

Formaban una pareja moderna. Tuppence no era muy bonita, pero había carácter y encanto en sus rasgos de duende. Su barbilla era enérgica y sus grandes ojos grises, muy separados, miraban dulcemente bajo sus cejas rectas y oscuras. Llevaba un pequeño sombrerito verde sobre el pelo negro rizado y la falda muy corta y bastante raída, dejaba al descubierto sus delicados tobillos. Su aspecto reflejaba un decidido intento de ser elegante.

Al fin llegó el té. Tuppence, salió de su ensimismamiento y lo sirvió.

—Ahora —dijo Tommy, en cuanto engulló un trozo de bollo enorme—, pongámonos al día. Recuerda que no te había visto desde aquellos días en el hospital, en 1916.

—Muy bien. —Tuppence se sirvió abundante mantequilla en una tostada—. Biografía de la señorita Prudence Cowley, quinta hija del arcediano Cowley de Little Missendall, Suffolk. La señorita Cowley dejó las delicias (y labores) de su casa al principio de la guerra y se vino a Londres, donde entró a trabajar en un hospital para oficiales. Primer mes: lavó cada día seiscientos cuarenta y ocho platos. Segundo mes: fue ascendida a secar dichos platos. Tercer mes: ascendida a pelar patatas. Cuarto mes: ascendida a cortar pan y untarlo de mantequilla. Quinto mes: ascendida al primer piso para manejar la escoba y el estropajo. Sexto mes: ascendida a servir la mesa. Séptimo mes: su aspecto y maneras amables hacen que la asciendan a servir a las hermanas. Octavo mes: ligero descenso en su carrera. ¡La hermana Bond se come el huevo de la hermana Westhaven! ¡Gran revuelo! ¡La culpa es de la doncella de la sala! ¡Falta de atención en asuntos de tal importancia: debe ser castigada! ¡Vuelta al estropajo y a la escoba! ¡Cómo caen los poderosos! Noveno mes: ascendida a barrer las salas, donde encuentra a un amigo de su infancia en la persona del teniente Thomas Beresford (saluda, Tommy), a quien no había visto por espacio de cinco largos años. ¡El encuentro fue conmovedor! Décimo mes: fue reprendida por ir al cine en compañía de uno de los pacientes: el antes mencionado teniente Thomas Beresford. Undécimo mes: vuelve a sus deberes de doncella con éxito absoluto. Y al finalizar el año, deja el hospital rodeada de un halo de gloria. Después de esto, la talentosa señorita Cowley, se convierte sucesivamente en chófer de una camioneta de repartos, de camión y de un general. Este último fue el empleo más agradable. ¡Era un general bastante joven!

—¿Quién era ese tipo? Es un asco ver cómo esos individuos van del Ministerio de la Guerra al Savoy y del Savoy al Ministerio de la Guerra.

—He olvidado su nombre —confesó Tuppence—. En resumen, aquello fue la cúspide de mi carrera. Luego ingresé en una oficina del gobierno. No te imaginas lo bien que nos lo pasábamos tomando el té. Tenía intención de convertirme en cartero y conductora de autobús para redondear mi carrera, pero llegó el armisticio. Me

aferré al empleo con uñas y dientes durante muchos meses, pero al fin me despidieron. Desde entonces he estado buscando un empleo. Ahora te toca a ti.

—En la mía no hay tantos ascensos —dijo Tommy con pesar— y mucha menos variedad. Como ya sabes, fui a Francia. De allí me enviaron a Mesopotamia, donde me hirieron por segunda vez e ingresé en otro hospital. Luego permanecí en Egipto hasta el armisticio y ahí estuve sin hacer nada, hasta que al fin me licenciaron, como te dije. ¡Ahora llevo diez largos y horrorosos meses buscando trabajo! No hay empleos y, si los hubiese, no serían para mí. ¿Para qué sirvo? ¿Qué sé yo de negocios? Nada.

Tuppence asintió con expresión lúgubre.

—¿Qué tal las colonias?

—No me gustan las colonias y estoy completamente seguro de que ellos tampoco me querrían.

—¿Parientes ricos?

Tommy meneó la cabeza.

—¡Oh, Tommy! ¿Ni siquiera una tía abuela?

—Tengo un tío anciano que está forrado, pero no me sirve.

—¿Por qué no?

—Quiso adoptarme en cierta ocasión y yo me negué.

—Creo recordar que me hablaste de ello —dijo Tuppence despacio—. Te negaste por tu madre.

Tommy enrojeció.

—Sí, hubiera sido una crueldad. Como ya sabes sólo me tenía a mí. Mi tío la odiaba y sólo quería apartarme de su lado.

—Tu madre murió, ¿verdad? —dijo Tuppence.

Tommy asintió.

Los enormes ojos de Tuppence se nublaron.

—Eres un buen chico, Tommy. Siempre lo fuiste.

—¡Tonterías! Bueno, esta es mi situación: casi desesperada.

—¡Igual que la mía! He resistido cuanto me ha sido posible. Lo he intentado todo. He contestado anuncios. ¡He ahorrado, economizado y pasado estrecheces! Pero ha sido inútil. ¡Tendré que regresar a casa!

—¿Quieres volver?

—¡Claro que no! ¿De qué sirve ser sentimental? Mi padre es un encanto, le quiero mucho, pero no tienes idea de lo mucho que le

preocupo. Tiene un punto de vista muy victoriano en cuanto al largo de las faldas y considera que fumar es una inmoralidad. ¡Para él soy como una piedra en el zapato! Suspiró aliviado cuando la guerra me alejó de casa. Compréndelo, en casa somos siete. ¡Es horrible! ¡No puedes más que atender a las tareas de la casa y las reuniones de mamá! Yo siempre he sido la nota discordante. No quiero regresar. Pero… ¡oh, Tommy! ¿Qué otra cosa puedo hacer?

Tommy meneó la cabeza con tristeza. Hubo un silencio y finalmente Tuppence exclamó:

—¡Dinero! ¡Dinero! ¡Dinero! ¡Pienso en él por la mañana, por la tarde y por la noche! ¡Soy una interesada, pero ahí me tienes!

—A mí me ocurre lo mismo —convino Tommy con pesar.

—He pensado en todos los medios imaginables de conseguirlo —continuó Tuppence—. ¡Solo hay tres! Heredándolo, casándose o ganándolo. El primero queda eliminado. No tengo ningún pariente viejo y rico. ¡Todos los que tengo se encuentran recluidos en asilos! Siempre ayudo a las ancianas a cruzar la calle y a llevar paquetes a los viejecitos por si resultara ser algún millonario excéntrico. Pero ninguno me ha preguntado siquiera cómo me llamo y muchos ni me dan las gracias.

Hubo una pausa.

—Desde luego —prosiguió Tuppence—, el matrimonio es la mejor oportunidad. Cuando era muy joven, decidí casarme solo por dinero. ¡Cualquier chica sensata lo haría! Ya sabes que no soy sentimental. —Se detuvo—. Vamos, no puedes decir que lo sea —agregó desafiante y mirándolo fijamente.

—Claro que no —se apresuró a decir Tommy—. Nadie pensará jamás que el sentimentalismo tenga algo que ver contigo.

—Eso no es muy galante. Pero me atrevo a asegurar que lo dices con buena intención. Bueno. ¡Aquí me tienes! Estoy dispuesta y deseosa de casarme, pero nunca conozco hombres ricos. Todos mis amigos andan tan apurados como yo.

—¿Qué me dices del general?

—Creo que en tiempos de paz lleva una tienda de bicicletas —le explicó Tuppence—. No, no me sirve. En cambio tú sí podrías casarte con una chica rica.

—Me pasa lo que a ti. No conozco ninguna.

—Eso no importa. Siempre queda la oportunidad de conocerla.

En cambio yo, si veo salir del Ritz a un caballero envuelto en un abrigo de pieles, no puedo correr hasta él y decirle: «Escuche, usted es rico y me gustaría conocerlo».

—¿Sugieres que eso es lo que yo haría ante una mujer en tales condiciones?

—No seas tonto. Tropiezas con ella, le recoges el pañuelo o algo por el estilo. Si cree que deseas conocerla, se sentirá halagada y te ayudará.

—Sobrestimas mis encantos masculinos.

—En cambio —continuó Tuppence—, mi millonario echaría a correr como si le persiguiese el diablo. No, el matrimonio está lleno de dificultades. Por lo tanto, solo queda ganar dinero.

—Ya lo hemos intentado y fracasamos —le recordó Tommy.

—Sí, hemos probado todos los medios corrientes, pero imagina que probamos los otros, Tommy, ¡convirtiéndonos en aventureros!

—Bueno —replicó el muchacho alegremente—. ¿Cómo empezamos?

—Ahí está la dificultad. Si pudiéramos darnos a conocer, la gente nos contrataría para que cometiéramos delitos en su provecho.

—Delicioso. ¡Sobre todo viniendo de la hija de un clérigo!

—La culpa moral sería de ellos, no nuestra. Tienes que admitir que existe una gran diferencia entre robar un collar de diamantes para uno mismo, o que te contraten para robarlo.

—¡No existiría la menor diferencia si te pescaran!

—Tal vez no. Pero no me cogerían. Soy muy lista.

—La modestia ha sido siempre tu punto débil.

—No te hagas el gracioso. Escucha, Tommy, ¿quieres que lo hagamos? ¿Quieres que formemos una sociedad?

—¿Que formemos sociedad para robar collares de brillantes?

—Eso era solo un ejemplo. Podemos tener un… ¿cómo lo llaman…? ¿Libro de cuentas?

—No sé. Nunca llevé ninguno.

—Yo, sí. Pero siempre me confundía y colocaba las entradas en el debe y las salidas en el haber. Por eso me despidieron. Oh, ya sé, será una sociedad de aventureros. Me parece una frase romántica. Tiene cierto sabor isabelino. Me hace pensar en galeras y doblones. ¡Una sociedad de aventureros!

—¿Que opere con el nombre de Jóvenes Aventureros, Sociedad Limitada? ¿Es esa tu idea, Tuppence?

—Sí, ríete, pero creo que podría dar resultado.

—¿Cómo piensas ponerte en contacto con tus posibles clientes?

—Con un anuncio —replicó Tuppence en el acto—. ¿Tienes un lápiz y un pedazo de papel? Los hombres siempre lleváis. Igual que nosotras horquillas y polvos.

Tommy le alargó una libretita verde bastante usada y Tuppence empezó a escribir afanosamente.

—¿Comenzamos con: «Joven oficial, dos veces herido en la guerra…»?

—Desde luego que no.

—De acuerdo, muchacho. Pero te aseguro que esa clase de cosas ablandan el corazón de la solterona y tal vez quiera adoptarte, con lo que no necesitarás convertirte en aventurero.

—No quiero que me adopte nadie.

—Olvidé que tienes prejuicios. ¡Solo lo he dicho por hacerte rabiar! Los periódicos están llenos de esas cosas. Ahora escucha: «Se alquilan dos aventureros jóvenes dispuestos a hacer lo que sea y a ir a cualquier parte, por un buen precio». ¿Qué te parece? Debemos dejar esto bien sentado desde el principio. Luego podríamos agregar: «No rechazamos ninguna oferta razonable», como apartamentos y muebles.

—Creo que quedaría mejor si dijéramos que aceptaríamos cualquier oferta irrazonable.

—¡Tommy! ¡Eres un genio! Eso es mucho más chic. «Ninguna oferta irrazonable será rechazada, si está bien pagada». ¿Qué tal?

—Yo no volvería a mencionar el pago. Se nota demasiado que estamos ansiosos y eso sería perjudicial.

—¡Es imposible que se note lo ansiosa que estoy! Pero quizá tengas razón. Ahora voy a leértelo todo. «Se alquilan dos aventureros jóvenes dispuestos a hacer lo que sea y a ir a cualquier parte por un buen precio. Ninguna oferta irrazonable será rechazada». ¿Qué opinarías tú si lo leyeras?

—Lo tomaría por una broma, o creería que lo ha escrito un lunático.

—No es ni la mitad de absurdo que el que leí esta mañana que empezaba con «Petunia» y lo firmaba «El Mejor Muchacho». —

Arrancó la página y se la tendió a Tommy—. Ahí tienes, creo que lo mejor será publicarlo en *The Times*. La respuesta, a lista de correos, ya sabes. Supongo que por lo menos costará unos cinco chelines. Aquí tienes mi parte: media corona.

Tommy contemplaba el papel pensativo y su rostro se puso como la grana.

—¿Debemos intentarlo? ¿Tú crees, Tuppence? ¿Solo por si resulta divertido?

—Tommy, ¡eres un encanto! ¡Ya lo sabía! Bebamos por el éxito. —Sirvió en las dos tazas el poco té frío que quedaba.

—¡Por nuestra aventura en comandita y porque prospere!

—¡Por los Jóvenes Aventureros, Sociedad Limitada! —respondió Tommy.

Dejaron las tazas y se rieron un tanto inquietos. Tuppence se puso en pie.

—Tengo que regresar a mi suntuosa suite del hostal.

—Tal vez sea hora de que regrese al Ritz —dijo Tommy a su vez con una sonrisa—. ¿Cuándo volveremos a vernos? ¿Y dónde?

—Mañana, a las doce, en la estación del metro de Piccadilly. ¿Te va bien?

—Soy dueño de mi tiempo —replicó Beresford con empaque.

—Hasta mañana, entonces.

—Adiós, encanto.

Los dos jóvenes tomaron direcciones opuestas. El hostal de Tuppence estaba situado en una zona llamada compasivamente Southern Belgravia. Por razones de economía no tomó el autobús.

Cuando se encontraba en medio de Saint James's Park, se sobresaltó al oír una voz masculina a sus espaldas.

—Perdón. ¿Podría hablar un momento con usted?

Capítulo II
La oferta del señor Whittington

Tuppence se volvió airada, pero las palabras que estaba a punto de pronunciar se le quedaron en la punta de la lengua, ya que el aspecto y modales de aquel hombre no correspondían al tipo que esperaba encontrar. Como si le hubiese leído el pensamiento, él se apresuró a decir:

—Le aseguro que no tengo intención de molestarla.

Tuppence le creyó. A pesar del desagrado y la desconfianza instintiva, se sintió inclinada a excusarle del motivo que le había atribuido en principio. Lo miró de arriba abajo. Era un hombre corpulento, bien afeitado y con una considerable papada. Los ojos, pequeños y astutos, rehuían mirar directamente.

—Bien, ¿qué desea?

El hombre sonrió.

—Por casualidad escuché parte de su conversación con el joven caballero en Lyons.

—Bueno, ¿y qué?

—Nada, excepto que creo poder serle útil.

Otra deducción cruzó la mente de Tuppence.

—¿Me ha seguido hasta aquí?

—Me tomé esa libertad.

—¿En qué forma cree que podría serme de utilidad?

El hombre sacó una tarjeta y se la ofreció con cortesía.

La joven la estudió cuidadosamente. En ella se leía su nombre, «Edward Whittington» y después: «Esthonia Glassware Co.» y su dirección en la ciudad.

—Si quiere pasar por mi despacho mañana por la mañana a las once, le expondré los detalles de mi proposición —dijo Whittington.

—¿A las once? —dijo Tuppence, vacilando.

—A las once.

Tuppence se decidió.

—Muy bien. Allí estaré.

—Gracias. Buenas noches.

Se quitó el sombrero con ademán cortés y se alejó. La joven lo siguió con la mirada durante unos momentos. Luego sacudió los hombros con un movimiento muy particular, como el de los perros cuando salen del agua.

Empieza la aventura, comentó para sus adentros. Quisiera saber qué pretende. Hay algo en usted, señor Whittington, que no me gusta nada. Pero, por otro lado, no soy una miedosa y, como ya he dicho antes y sin duda repetiré, la pequeña Tuppence sabe cuidar de sí misma, ¡gracias a Dios!

Con un breve asentimiento de cabeza echó a andar con decisión. Sin embargo, como resultado de posteriores reflexiones, se desvió de su ruta para entrar en una oficina de correos, donde estuvo meditando algunos momentos con un formulario de telegrama en la mano. Al pensar en el gasto innecesario de cinco chelines se decidió a arriesgarse a malgastar nueve peniques.

Desdeñó la pluma despuntada y la tinta negra y espesa que ponía a su disposición el gobierno benefactor, sacó el lápiz de Tommy, que aún conservaba en su poder, y escribió a toda prisa:

No pongas el anuncio. Mañana te lo explicaré.

Lo dirigió a Tommy, a su club, al cual tendría que renunciar a final de mes, a menos que la fortuna le permitiera pagar la cuota.

—Quizá le llegue a tiempo —murmuró—. De todas formas vale la pena probarlo.

Después de entregarlo al empleado, emprendió a toda prisa el camino de su casa, deteniéndose en una panadería para comprar unos bollos.

Más tarde, en su diminuta habitación, en el último piso de la casa, se comió los bollos mientras meditaba sobre el futuro. ¿Qué sería aquella empresa Esthonia Glassware Co. y para qué diablos necesitarían de sus servicios? Una agradable excitación la hizo estremecer. Por lo menos, el regreso a la vicaría rural quedaba postergado de momento. El mañana le ofrecía nuevas posibilidades.

Aquella noche Tuppence tardó mucho en dormirse y, cuando al fin lo hubo conseguido, soñó que Whittington le mandaba lavar un

enorme montón de vajilla de la compañía Esthonia Glassware Co. que se parecía extraordinariamente a los platos del hospital.

Faltaban aún cinco minutos para las once cuando Tuppence llegó ante el edificio donde se encontraban las oficinas de la compañía. Pero llegar antes de la hora señalada podría demostrar demasiada ansiedad; por ello decidió pasear hasta el final de la calle y luego regresar. A las once en punto entraba en el edificio. La Esthonia Glassware Co. se encontraba en el último piso. Había ascensor, pero prefirió subir a pie.

Algo exhausta, se detuvo ante la puerta. El rótulo en el cristal esmerilado rezaba: ESTHONIA GLASSWARE CO.

Tuppence llamó y, en respuesta a una voz que desde el interior la invitó a pasar, abrió la puerta y entró en una oficina reducida y bastante sucia.

Un empleado de mediana edad abandonó su taburete delante de un escritorio junto a la ventana y se acercó.

—Tengo una cita con el señor Whittington —dijo Tuppence.

—Por aquí, por favor.

Se dirigió a una puerta en la que se leía PRIVADO, llamó, abrió la puerta y se hizo a un lado para cederle el paso.

Whittington estaba sentado detrás de un gran escritorio cubierto de papeles. Tuppence confirmó su primer juicio. Había algo raro en su persona. La combinación de su aspecto próspero y su mirada huidiza no resultaba atractiva.

—¿De modo que ha venido? —exclamó al verla—. Bien. Siéntese, por favor.

Tuppence se sentó en la silla que le ofrecían. Aquella mañana parecía más menuda y tímida que de costumbre. Se sentó modestamente y permaneció con la mirada baja mientras Whittington revolvía entre sus papeles. Al fin los dejó a un lado y se inclinó sobre el escritorio.

—Ahora, mi querida señorita, hablemos de negocios. —Su rostro alargado se ensanchó con una sonrisa—. ¿Quiere usted trabajar? Bien, yo tengo un trabajo que ofrecerle. ¿Qué le parecerían cien libras y todos los gastos pagados?

Whittington se echó hacia atrás introduciendo sus pulgares en las sisas del chaleco.

Tuppence le miró, atenta.

—¿Cuál es la naturaleza del trabajo?

—Nominal, puramente nominal. Un viaje de placer, eso es todo.

—¿Adónde?

Whittington volvió a sonreír.

—A París.

—¡Oh! —exclamó Tuppence, pensativa, al tiempo que se decía para sus adentros: Si papá le escuchara le daría un síncope. Pero, de todas maneras, no puedo imaginarme al señor Whittington en el papel de alegre seductor.

—Sí —continuó Whittington—. ¿Qué podría haber más agradable? Retrasar el reloj unos pocos años… muy pocos, estoy seguro, y volver a uno de esos encantadores *pensionnats de jeunes filles* que tanto abundan en París.

Tuppence le interrumpió:

—*Un pensionnat*?

—Exacto. El de *madame* Colombier, en la avenida de Neuilly.

Tuppence lo conocía bien de nombre. Era de lo más selecto. Varias amigas suyas norteamericanas habían estado allí. Se sintió más intrigada que nunca.

—¿Quiere que vaya al pensionado de *madame* Colombier? ¿Por cuánto tiempo?

—Eso depende. Posiblemente unos tres meses.

—¿Eso es todo? ¿No existen condiciones?

—No. Desde luego, irá usted como si fuera mi pupila y no podrá comunicarse con sus amistades. Tengo que exigirle el secreto más absoluto desde el principio. A propósito, es usted inglesa, ¿verdad?

—Sí.

—No obstante habla con un ligero acento norteamericano.

—Mi compañera en el hospital era de esa nacionalidad; creo que se me pegó un poco. Pero puedo hablar con un acento inglés perfecto cuando quiera.

—Al contrario. Le será más sencillo hacerse pasar por norteamericana. Resultará más difícil comprobar los detalles de su vida pasada en Inglaterra. Sí, creo que será mucho mejor. Entonces…

—¡Un momento, señor Whittington! ¡Es como si usted diera por sentado que voy a aceptar!

Whittington pareció sorprendido.

—¡No pensará usted negarse! Puedo asegurarle que el pensionado de *madame* Colombier es uno de los colegios de más seriedad y categoría. Y las condiciones son muy generosas.

—Exacto. Precisamente por eso. Son demasiado generosas. No sé qué servicio de mi parte justifica el pago de todo ese dinero.

—¿No? Bien, se lo diré. Podría encontrar cualquier otra por menos. Pero estoy dispuesto a pagar por una joven con la suficiente inteligencia y presencia para representar bien su papel y que, al mismo tiempo, tenga la discreción de no hacer demasiadas preguntas.

Tuppence sonrió. Comprendió que Whittington había acertado.

—Hay otra cosa. Hasta ahora no ha mencionado usted al señor Beresford. ¿Cuándo interviene él?

—¿El señor Beresford?

—Mi socio —repuso Tuppence con dignidad—. Ayer nos vio usted juntos.

—¡Ah, sí! Pero me temo que no precisaré de sus servicios.

—¡Entonces, asunto liquidado! —Tuppence se puso en pie—. Los dos o ninguno. Lo siento, pero es así. Buenos días, señor Whittington.

—Espere un momento. Veamos cómo arreglarlo. Vuelva a sentarse, señorita… —Hizo una pausa, mirándola interrogativamente—. ¿Cuál es su nombre?

A Tuppence le dio un vuelco el corazón al recordar a su padre, el arcediano, y se apresuró a pronunciar el primer nombre que le vino a la memoria.

—Jane Finn —dijo sin vacilar; y se quedó boquiabierta al ver el efecto producido por aquellas dos sencillas palabras.

La cordialidad desapareció del rostro de Whittington; ahora estaba rojo de ira y las venas se le marcaban en la frente. Se inclinó hacia ella siseando salvajemente:

—De modo que ese es el juego que se trae, ¿verdad, jovencita?

Tuppence, aunque cogida por sorpresa, conservó la calma. No tenía la menor idea del significado de todo aquello, pero poseía una mentalidad rápida y sintió la necesidad imperiosa de «mantenerse alerta», como ella decía.

—Ha estado jugando todo el tiempo conmigo —continuó Whittington—, como el gato y el ratón, ¿verdad? Sabía desde el

principio lo que quería de usted, pero continuó la comedia. Es eso, ¿verdad? —Se iba calmando. Su rostro perdía paulatinamente el color rojo y la miraba con fijeza—. ¿Quién se ha ido de la lengua? ¿Rita?

Tuppence meneó la cabeza. Ignoraba cuánto tiempo podría seguir engañándolo, pero comprendió la importancia de no mezclar en aquello a una Rita desconocida.

—No. Rita no sabe nada de mí.

Él siguió taladrándola con la mirada.

—¿Qué sabe usted?

—Muy poco —repuso Tuppence, complacida al ver que la inquietud de Whittington se acentuaba en vez de disminuir.

El haber alardeado de grandes conocimientos hubiera despertado sospechas.

—De todas formas —gruñó Whittington—, sabe lo suficiente para venir aquí y lanzar ese nombre.

—Podría ser el mío.

—¿Le parece probable que existan dos jóvenes con un nombre como ese?

—O podría haberlo oído por casualidad —continuó Tuppence, satisfecha del éxito de su sinceridad.

Whittington dejó caer su puño con fuerza sobre el escritorio.

—¡Basta de tonterías! ¿Qué sabe usted? ¿Cuánto quiere?

La última pregunta hizo volar la imaginación de Tuppence, sobre todo después de un parco desayuno y los bollos de la noche anterior. Su papel, ahora, era el de una aventurera y no quería renunciar a sus posibilidades. Se sentó más erguida con la sonrisa y el aire de quien domina la situación.

—Mi querido señor Whittington, pongamos las cartas sobre la mesa y le ruego que no se enfurezca. Ayer me oyó decir que me proponía vivir de mi inteligencia. ¡Me parece que ahora he demostrado que tengo la suficiente como para vivir de ella! Admito que he oído ese nombre, pero tal vez mi conocimiento termine ahí.

—Sí, pero es posible que no sea así.

—Insiste en juzgarme de forma errónea —dijo Tuppence con un suspiro.

—Como ya le dije antes —replicó Whittington, furioso—, déjese de tonterías y vamos al grano. Conmigo no puede hacerse la

inocente. Sabe usted mucho más de lo que quiere admitir.

Tuppence calló un momento para admirar su propio ingenio y luego dijo suavemente:

—No quisiera contradecirlo, señor Whittington.

—De modo que llegamos a la pregunta acostumbrada. ¿Cuánto?

Tuppence se encontró ante un dilema. Hasta el momento había engañado a Whittington con éxito, pero, si ahora mencionaba una cifra imposible, podría despertar sus sospechas. Una idea cruzó rauda por su cerebro.

—¿Qué le parece si me diera algo ahora y discutimos el asunto más tarde?

Whittington le dirigió una mirada terrible.

—Chantaje, ¿verdad?

Tuppence sonrió con dulzura.

—¡Oh, no! Llamémoslo un pago adelantado por mis servicios.

Whittington lanzó un gruñido.

—Comprenda —prosiguió Tuppence en el mismo tono—. ¡Me gusta tanto el dinero!

—Es usted el colmo —protestó Whittington, con admiración—. Me ha engañado. Creía que era una mansa jovenzuela con la inteligencia justa para llevar a cabo mis propósitos.

—La vida está llena de sorpresas —sentenció Tuppence.

—De todas maneras, alguien ha debido de hablar. Usted dice que no fue Rita. ¿Fue…? ¡Oh, adelante!

Entró el empleado y dejó un papel sobre el escritorio.

—Es un mensaje telefónico para usted, señor.

Whittington cogió el papel y frunció el entrecejo.

—Está bien, Brown. Puede retirarse.

El empleado salió mientras Whittington miraba a Tuppence.

—Venga mañana a la misma hora. Ahora estoy ocupado. Aquí tiene cincuenta libras.

Rápidamente contó varios billetes y se los tendió a Tuppence. Después se levantó, impaciente por verla marchar.

La joven contó los billetes sin inmutarse, los metió en el bolso y se levantó.

—Buenos días, señor Whittington —le dijo cortésmente—. Mejor dicho, *au revoir*!

—Exacto. *Au revoir*! —Whittington volvió a su tono jovial, cosa

que inquietó ligeramente a Tuppence—. *Au revoir*!, mi encantadora y lista jovencita.

Tuppence bajó las escaleras como si flotara en una nube. La dominaba el entusiasmo. Un reloj cercano señalaba las doce menos cinco.

¡Le daremos una sorpresa a Tommy!, pensó mientras paraba un taxi.

El coche la dejó en la boca del metro, donde Tommy la esperaba. Con los ojos desorbitados por el asombro, la ayudó a descender. Ella le sonrió cariñosamente y le dijo con voz ligeramente afectada:

—Paga tú, ¿quieres? ¡El billete más pequeño que tengo es de cinco libras!

Capítulo III
Un paso atrás

El momento no fue tan triunfal como se esperaba. Para empezar, los recursos de los bolsillos de Tommy eran algo limitados. Al fin consiguieron reunir el importe. El taxista, con un surtido de monedas en la mano, fue invitado a marcharse, cosa que hizo después de preguntar, indignado, qué creía que le estaba dando el caballero.

—Me parece que le has dado demasiado, Tommy —opinó Tuppence, con falsa inocencia—. Creo que quiere devolverte algo.

Fue posiblemente aquel comentario lo que indujo al conductor a emprender de nuevo la marcha.

—Bueno —dijo Tommy cuando al fin pudo expresar sus sentimientos—, ¿por qué diablos has tenido que tomar un taxi?

—Temía llegar tarde y hacerte esperar —replicó Tuppence amablemente.

—¡Temías… llegar… tarde! ¡Oh, Dios, eres un caso perdido!

—Es cierto —continuó Tuppence, con los ojos muy abiertos—. El billete más pequeño que tengo es de cinco libras.

—Has representado muy bien la comedia, pequeña, pero de todas maneras el tipo no se la ha creído ni por un momento.

—No —repuso Tuppence pensativa—, no se la ha creído. Eso es lo curioso cuando dices la verdad. Nadie te cree. Lo he descubierto esta mañana. Ahora vamos a comer. ¿Qué te parece el Savoy?

Tommy sonrió.

—¿Por qué no el Ritz?

—Pensándolo mejor, prefiero ir a Piccadilly. Está más cerca. No tendremos que tomar otro taxi. Vamos.

—¿Es este un nuevo tipo de humor? ¿O es que has perdido el juicio?

—Tu segunda suposición es la acertada. He conseguido dinero y ha sido una impresión demasiado fuerte para mí. Para este desequilibrio mental los médicos recomiendan cantidades ilimitadas de *hors d'oeuvre*, *langouste a l'américaine*, pollo Newberg y pêche Melba. ¡Vamos!

—Tuppence, muchacha, ¿qué te ha dado?

—¡Oh, algo increíble! —Tuppence abrió su bolso—. ¡Mira esto, y esto, y esto!

—¡Querida, no agites las libras de esa manera!

—No son libras, sino cinco veces mejor que eso, y este es diez veces mejor.

Tommy lanzó un gemido.

—¡Debo de haber estado bebiendo sin darme cuenta! ¿Estoy soñando, o es verdad que veo una multitud de billetes de cinco libras agitadas de un modo peligroso?

—Es bien cierto. Ahora, ¿quieres que vayamos a comer?

—Iré donde quieras. Pero ¿qué has hecho? ¿Asaltar un banco?

—Todo a su debido tiempo. Qué lugar tan odioso es Piccadilly Circus. Ahí viene un autobús enorme dispuesto a atropellarnos. ¡Sería terrible que aplastara los billetes!

—¿Vamos al grill? —preguntó el muchacho cuando llegaron sanos y salvos a la otra acera.

—El otro es más caro —protestó Tuppence.

—Eso no es más que una perversa extravagancia. Vamos abajo.

—¿Estás seguro de que me darán todo lo que deseo?

—¿Ese menú tan nocivo que acabas de mencionar? Claro que sí, o al menos todo lo que puedas comer.

Entraron y se sentaron a una mesa.

—Ahora cuéntame —dijo Tommy incapaz de dominar su curiosidad por más tiempo, mientras eran rodeados por los muchos *hors d'oeuvre* soñados por Tuppence.

La señorita Cowley se lo contó todo.

—¡Y lo curioso del caso —concluyó—, es que en realidad me inventé el nombre de Jane Finn! No quise dar el de mi pobre padre, por temor a que se viera envuelto en algo vergonzoso.

—Tal vez tú lo creas así —dijo Tommy, lentamente—. Pero no lo inventaste tú.

—¿Qué?

—No. Yo te lo dije. ¿No lo recuerdas? Ayer te conté que había oído a dos personas que hablaban de una tal Jane Finn. Por eso te vino tan pronto a la memoria.

—De modo que fuiste tú. Ahora lo recuerdo. ¡Qué extraordinario! —Tuppence se dedicó a comer hasta que de pronto exclamó—: ¡Tommy!

—¿Sí?

—¿Qué aspecto tenían aquellos dos hombres?

Tommy frunció el entrecejo en su esfuerzo por recordar.

—Uno era grueso, bien afeitado y creo que moreno.

—Ese es él. ¡Es Whittington! ¿Cómo era el otro?

—No consigo acordarme. Apenas me fijé en él. En realidad solo fue ese nombre lo que me llamó la atención.

—¡Y después dicen que no existen las coincidencias! —Tuppence atacó el pêche Melba alegremente.

Pero Tommy se había puesto serio.

—Escucha, Tuppence, ¿a qué nos llevará todo esto?

—A conseguir más dinero.

—Lo sé. Solo tienes esa idea en la cabeza. Lo que quiero decir es: ¿cuál será el próximo paso? ¿Cómo vas a continuar el juego?

—¡Oh! —Tuppence dejó la cucharilla—. Tienes razón, Tommy. Es un problema.

—No podrás mantener el engaño. Tarde o temprano cometerás un error. En cualquier caso, no estoy seguro de que no sea punible: chantaje, ya sabes.

—Tonterías. El chantaje consiste en afirmar que dirás lo que sea si no te dan un dinero. Pues bien, yo no podría decir nada, porque en realidad no sé nada.

—¡Hum! —replicó Tommy poco convencido—. Bien, de todas maneras, ¿qué vamos a hacer? Esta mañana Whittington tenía prisa por librarse de ti, pero la próxima vez querrá saber algo más antes de separarse de su dinero. Querrá saber cuanto antes de dónde obtuviste la información y muchas cosas más a las que tú no puedes contestar. ¿Qué piensas hacer?

Tuppence frunció el entrecejo.

—Debemos pensar. Pide café turco, Tommy. Estimula el cerebro. ¡Oh, Dios mío, cuánto he comido!

—¡Eres una tragona! También yo he comido lo mío, pero me

enorgullezco de que mi elección del menú ha sido mucho más juiciosa que la tuya. Dos cafés —le dijo al camarero—, uno turco y otro francés.

Tuppence bebió el café con aire pensativo y reprendió a Tommy cuando este le habló.

—Cállate. Estoy pensando.

Tommy guardó silencio.

—¡Ya está! —dijo Tuppence al fin—. Tengo un plan. Está claro que lo que tenemos que hacer es averiguar algo más de todo esto.

Tommy aplaudió.

—No te burles. Solo lograremos descubrirlo a través de Whittington. Debemos averiguar dónde vive, qué hace, en una palabra, espiarle. Yo no puedo hacerlo porque me conoce, pero a ti solo te vio un momento en Lyons y es probable que no te reconozca. Al fin y al cabo, los jóvenes sois casi todos iguales.

—Rechazo este comentario. Estoy seguro de que mis facciones agraciadas y mi aspecto distinguido me harían sobresalir incluso en medio de una multitud.

—Mi plan es este —continuó Tuppence con calma—. Mañana iré sola. Le engañaré como hice hoy. No importa que no consiga más dinero. Estas cincuenta libras nos durarán varios días.

—¡O incluso más!

—Tú esperarás fuera y, cuando yo salga, no te hablaré por si nos vigilan, pero me situaré en algún lugar cercano y, cuando él salga del edificio, dejaré caer mi pañuelo o algo por el estilo, y allá vas.

—¿Adónde voy?

—¡Detrás de él, tonto! ¿Qué te parece la idea?

—Del estilo de lo que se lee en las novelas. Sin embargo, creo que en la vida real debe uno sentirse algo estúpido si permanece durante horas en la calle sin nada que hacer. La gente se preguntará qué estoy haciendo.

—En la ciudad no. Todo el mundo tiene prisa. Lo más probable es que ni siquiera reparen en ti.

—Es la segunda vez que haces esa clase de comentarios. No importa, te perdono. De todas formas será divertido. ¿Qué vas a hacer esta tarde?

—Había pensado en sombreros, en medias de seda. O puede que…

—Frena —le aconsejó Tommy—. ¡Las cincuenta libras tienen un límite! Pero podemos ir a cenar y luego a disfrutar de algún espectáculo.

—No está mal.

El día transcurrió agradablemente y la noche todavía más. Ahora dos de los billetes de cinco libras habían desaparecido.

Se encontraron a la mañana siguiente tal como habían convenido y se dirigieron al centro. Tommy permaneció en la acera de enfrente mientras Tuppence entraba en el edificio.

El muchacho paseó hasta el extremo de la manzana y luego regresó. Cuando pasaba por delante del edificio vio que Tuppence cruzaba la calzada a la carrera.

—¡Tommy!

—Sí, ¿qué ocurre?

—La oficina está cerrada. No he conseguido que me abriera nadie.

—¡Qué extraño!

—¿Sí, verdad? Sube conmigo e intentémoslo de nuevo.

Tommy la siguió y, cuando llegaron al tercer piso, un joven empleado salió de un despacho. Vaciló un instante y al fin se dirigió a Tuppence.

—¿Buscan Esthonia Glassware Co.?

—Sí.

—Está cerrada desde ayer tarde. Dicen que ha quebrado. No es que me lo hayan dicho a mí, pero de todas formas el despacho está por alquilar.

—Gra… gracias —tartamudeó Tuppence—. Supongo que no sabrá usted la dirección del señor Whittington.

—Me temo que no. Se marcharon un tanto de improviso.

—Muchísimas gracias —dijo Tommy—. Vamos, Tuppence.

Volvieron a salir a la calle y se miraron el uno al otro, desconcertados.

—Esto ha terminado —afirmó Tommy.

—Y yo sin sospechar nada —gimió Tuppence.

—Anímate, no tiene remedio.

—¿Que no? —La joven alzó la barbilla desafiante—. ¿Tú crees que esto es el fin? Si así es, te equivocas. ¡Es solo el principio!

—¿El principio de qué?

—¡De nuestra aventura! Tommy, ¿no comprendes que si se ha asustado lo bastante como para salir corriendo, eso demuestra que debe haber mucho más de lo que imaginamos en el asunto de esa tal Jane Finn? Bien, tenemos que llegar hasta el fondo. ¡Los perseguiremos! ¡Seremos sabuesos incansables!

—Sí, pero no ha quedado nadie conocido a quien seguirle la pista.

—No, por eso tendremos que empezar de nuevo. Dame un pedazo de papel. Y tu lápiz. Gracias. Aguarda un momento y no interrumpas. ¡Ya está!

Tuppence le devolvió el lápiz y repasó satisfecha lo que había escrito.

—¿Qué es esto?

—Un anuncio.

—¿No pensarás ponerlo después de todo?

—No. Este es distinto.

Le tendió el papel y Tommy leyó en voz alta:

«Se desea cualquier información sobre Jane Finn. Escribir a Y. A.».

Capítulo IV
¿Quién es Jane Finn?

El día siguiente transcurrió con lentitud. Era preciso restringir los gastos. Cuidadosamente administradas, las cuarenta libras podían durar mucho. Por suerte el tiempo era bueno y «pasear es barato», sentenciaba Tuppence. Pasaron la tarde en un cine.

El día de la desilusión había sido el miércoles. El jueves se publicó el anuncio. Era de suponer que el viernes llegarían las cartas a las habitaciones de Tommy.

Él había prometido no abrir ninguna, si es que llegaban, y llevarlas a la National Gallery, donde su colega le esperaría a las diez.

Tuppence fue la primera en acudir a la cita. Se sentó en uno de los sillones de terciopelo rojo y contempló abstraída los cuadros de Turner, hasta que vio aparecer a su amigo.

—¿Bien?

—¿Bien? —repitió Beresford en tono provocador—. ¿Cuál es tu cuadro favorito?

—No seas malo. ¿Hay alguna respuesta?

Tommy meneó la cabeza con una exagerada expresión de melancolía.

—No quisiera decepcionarte, compañera, diciéndotelo de golpe. Mala suerte. Hemos malgastado el dinero. —Suspiró—. Bueno, aquí tienes. El anuncio se ha publicado y ¡solo hemos recibido dos respuestas!

—¡Tommy, eres un demonio! —casi gritó Tuppence—. Dámelas. ¿Cómo puedes ser tan ruin?

—¡El léxico, Tuppence, vigila tu léxico! Son muy exigentes en la National Gallery. Ya sabes, es una institución del gobierno. Y recuerda que, como ya te he indicado muchas veces, como hija de

un arcediano…

—¡Debería estar en un pedestal! —terminó Tuppence.

—No es precisamente lo que iba a decir. Pero si estás segura de que has disfrutado plenamente de la alegría después del desaliento, que con tanta generosidad te he proporcionado gratis, pasemos a despachar nuestra correspondencia.

Tuppence le arrebató los dos preciosos sobres sin ceremonias y los estudió con suma atención.

—Este es de papel de hilo; da la sensación de riqueza. Lo dejaremos para el final y abriremos el otro primero.

—Tienes razón. ¡A la una, a las dos y a las tres!

Tuppence abrió el sobre y extrajo su contenido:

Muy señor mío,

Con referencia a su anuncio aparecido en el periódico de esta mañana, quizá pueda serle de utilidad. Si tiene la bondad de venir a visitarme le espero en la dirección que figura más arriba, mañana, a las once.

Suyo afectísimo,

A. CARTER

—Carshalton Gardens, número veintisiete —dijo Tuppence leyendo la dirección—. Eso está en la carretera de Gloucester. Tenemos tiempo de sobra para ir allí si tomamos el metro.

—Lo inmediato es un plan de campaña —afirmó Tommy—. Ahora me toca a mí asumir la ofensiva. En cuanto esté delante del señor Carter, él y yo nos daremos los buenos días como es costumbre. Entonces él dirá: «Por favor, siéntese, señor». A lo cual yo responderé rápida y significativamente: «Señor Whittington». El señor Carter se pondrá como la grana y exclamará: «¿Cuánto?». Me embolsaré las cincuenta libras de rigor, me reuniré contigo en la calle y nos dirigiremos a la dirección siguiente para repetir la operación.

—No seas absurdo, Tommy. Ahora abre la otra carta. ¡Oh, esta es del Ritz!

—¡Pediré cien libras en vez de cincuenta! —Yo la leeré.

Muy señor mío,

Referente a su anuncio, celebraría verle hoy a la hora de comer.

Suyo afectísimo,

JULIUS P. HERSHEIMMER

—¡Ajá! —exclamó Tommy—. ¿Huelo a boche, o se tratará de un millonario norteamericano de desgraciado abolengo? De todas formas, acudiremos a la cita. Una hora excelente que a menudo conduce a una comida gratis para dos.

Tuppence asintió.

—Ahora a por Carter. Tendremos que darnos prisa.

Carshalton Terrace resultó ser una impecable muestra de lo que Tuppence llamaba «casas de aspecto señorial». Tocaron el timbre del número 27 y una doncella muy pulcra les abrió la puerta. Su aspecto era tan respetable que a Tuppence le dio un vuelco el corazón. Cuando Tommy preguntó por el señor Carter, les llevó a un despacho de la planta baja donde los dejó. Apenas habría transcurrido un minuto cuando se abrió la puerta para dar paso a un hombre alto de rostro afilado y aspecto fatigado.

—¿El señor Y. A.? —dijo con una sonrisa muy atractiva—. Por favor, siéntense.

Obedecieron. Él ocupó una silla frente a Tuppence y le sonrió para animarla. Había algo en aquella sonrisa que hizo que la joven perdiera sus habituales reflejos.

Como al parecer no estaba dispuesto a iniciar la conversación, Tuppence se vio obligada a comenzar.

—Querríamos saber… es decir, ¿tendría usted la bondad de decirnos lo que sabe de Jane Finn?

—¿Jane Finn? ¡Ah! —Carter pareció reflexionar—. Bueno, la cuestión es, ¿qué saben ustedes de ella?

Tuppence se irguió.

—No veo que eso tenga nada que ver con el tema.

—¿No? Pues lo tiene, ¿sabe? —Volvió a sonreír con su aire cansado y continuó pensativamente—: De modo que volvemos a lo mismo. ¿Qué saben de Jane Finn?

Al ver que Tuppence permanecía callada, se inclinó hacia

adelante y su voz adquirió un tono persuasivo.

—Vamos. Tienen que saber algo para poner ese anuncio. Supongamos que me dicen…

Había cierto magnetismo en la personalidad del señor Carter, y Tuppence se libró de él con un esfuerzo mientras decía:

—No podemos hacerlo, ¿verdad, Tommy?

Pero, ante su sorpresa, su compañero no la secundó. Tenía los ojos fijos en Carter y su tono, cuando habló, denotaba una deferencia desacostumbrada.

—Me parece que lo poco que sabemos no va a servirle de nada, señor. Pero se lo diremos con mucho gusto.

—¡Tommy! —exclamó Tuppence, sorprendida.

Carter miró a Tommy. Sus ojos formularon una pregunta.

Tommy asintió.

—Sí, señor, le he reconocido enseguida. Le vi en Francia cuando servía en Inteligencia. En cuanto le vi entrar en la habitación supe que…

Carter levantó una mano.

—Nada de nombres, por favor. Aquí me conocen por el señor Carter. A propósito, es la casa de mi prima. Ella me la presta algunas veces cuando se trata de trabajar en algún caso de forma extraoficial. Bien, ahora —miró a los jóvenes—, ¿quién va a contarme la historia?

—Adelante, Tuppence —le animó Tommy—. Cuéntala tú.

—Bien, señorita. La escucho.

Obediente, la joven refirió toda la historia desde el momento en que se fundó Jóvenes Aventureros, Sociedad Limitada.

Carter la escuchaba en silencio con su aire cansado. De vez en cuando, se pasaba la mano por la cara como si quisiera ocultar una sonrisa. Cuando ella acabó, asintió con gravedad.

—No es gran cosa, pero resulta sugerente… muy sugerente. Perdonen lo que voy a decirles, pero son ustedes una pareja muy curiosa. No sé, es posible que tengan éxito donde otros han fracasado. Yo creo en la suerte, siempre he creído, ¿saben?

Hizo una pausa y continuó:

—Bien, ¿qué les parece? Ustedes van en busca de aventuras. ¿Les gustaría trabajar para mí? De modo extraoficial, claro. Todos los gastos pagados y un modesto salario anual.

Tuppence le miraba con los labios entreabiertos y los ojos desorbitados.

—¿Qué tendremos que hacer?

Carter le dedicó una sonrisa.

—Pues continuar lo que están haciendo ahora. Buscar a Jane Finn.

—Sí, pero ¿quién es Jane Finn?

Carter asintió con gesto grave.

—Sí, creo que tienen derecho a saberlo.

Se echó hacia atrás en la silla, cruzó las piernas, juntó las yemas de los dedos y comenzó en tono monótono:

—La diplomacia secreta, que dicho sea de paso casi siempre es una mala política, no les concierne a ustedes. Será suficiente decirles que, en los primeros días de 1915, se redactó un documento. Era el resumen de un acuerdo secreto o un tratado, como quieran llamarlo.

»Estaba listo para ser firmado por diversos representantes y se guardaba en Estados Unidos, que entonces era un país neutral. Fue enviado a Inglaterra con un mensajero especial escogido para ese fin: un joven llamado Danvers. Se esperaba que todo aquel asunto se mantuviera en secreto y que nada trascendería. Con esa clase de esperanza muy a menudo se sufre una decepción. ¡Siempre hay alguien que habla!

»Danvers embarcó para Inglaterra en el Lusitania. Llevaba los preciosos papeles en un envoltorio impermeable. Durante aquel viaje, el Lusitania, como saben, fue torpedeado y hundido.

»Danvers estaba en la lista de los desaparecidos. Al fin su cadáver apareció en la playa y fue identificado sin ningún género de dudas. ¡Pero el paquete había desaparecido!

»La pregunta era: ¿se lo habían quitado, o él mismo lo entregó a alguien para que lo custodiara? Había algunos indicios que sustentaban esta última teoría. Después de que los torpedos alcanzaran el barco, y durante los momentos en que fueron arriados los botes salvavidas al mar, Danvers fue visto hablando con una jovencita norteamericana. A mí me parece muy probable que le confiara el sobre creyendo que ella, por ser mujer, tenía muchas más probabilidades de llevarlo a tierra.

»Pero de ser así, ¿dónde está esa muchacha y qué ha hecho del

sobre? Según las últimas noticias de Estados Unidos parece ser que Danvers fue seguido muy de cerca. ¿Es que acaso esa joven estaba asociada a sus enemigos? ¿O tal vez también fue seguida, engañada, o quizá obligada a entregar el preciado documento?

»Nos dispusimos a buscarla, cosa que resultó en extremo difícil. Su nombre era Jane Finn y aparecía en la lista de supervivientes, pero es como si se hubiera desvanecido en el aire. Sus antecedentes nos han ayudado muy poco. Era huérfana y había sido maestra de párvulos en una escuela del Oeste de Estados Unidos. Se le había expedido un visado para París, donde iba a trabajar en un hospital. Se había ofrecido voluntaria y, después de cumplir los trámites de rigor, fue aceptada. Como aparecía en la lista de supervivientes del Lusitania, en el hospital se extrañaron mucho de que no se presentara, ni supieran de ella.

»Pues bien, se hizo todo lo posible por encontrarla, pero todo fue en vano. Le seguimos la pista a través de Irlanda, pero la perdimos en el momento en que pisó Inglaterra.

»Nadie ha utilizado el documento, como hubieran podido hacer con toda facilidad y, por tanto, llegamos a la conclusión de que Danvers, después de todo, lo habría destruido. La guerra entró en otra fase, el aspecto diplomático cambió y el tratado no volvió a mencionarse nunca. Los rumores de su existencia fueron desmentidos. La desaparición de Jane Finn cayó en el olvido y el asunto quedó archivado.

Carter hizo una pausa y Tuppence intervino, impaciente:

—¿Por qué ha vuelto a surgir ahora? La guerra ha terminado.

En el rostro de Carter apareció una expresión de alerta.

—Porque parece ser que el documento no fue destruido y podría reaparecer en la actualidad con una nueva y fatal importancia.

Tuppence le miró asombrada y Carter asintió.

—Sí, cinco años atrás ese tratado era un arma en nuestras manos; hoy se ha vuelto contra nosotros. Fue una equivocación enorme. Si se hiciera público, podría significar un desastre y posiblemente otra guerra. Y esta vez no contra Alemania. Es una posibilidad extrema y yo no creo en ella, pero ese documento implica, sin duda alguna, a un buen número de nuestros hombres de Estado que no pueden ser desacreditados en estos momentos. Como propaganda para los laboristas sería irresistible y, en mi opinión, un

gobierno laborista en este momento sería una desgracia para el comercio británico, pero eso es una minucia comparado con el verdadero peligro.

Se detuvo y luego agregó con calma:

—Quizá hayan oído decir, o hayan leído, que la influencia bolchevique es la causa de la agitación laboral que se vive actualmente.

Tuppence asintió.

—Es verdad. El oro bolchevique está entrando en el país con el propósito determinado de provocar una revolución. Hay un individuo, cuyo nombre desconocemos, que trabaja en la oscuridad para sus propios fines. Los rusos están alentando la inquietud laboral, pero este hombre está detrás de los bolcheviques. ¿Quién es? Lo ignoramos.

»Siempre se habla de él por el discreto apodo de "Señor Brown". Pero una cosa es segura, que es el archicriminal de nuestra era. Controla una organización muy eficaz. La mayor parte de la propaganda pacifista que se hizo durante la guerra fue creada y patrocinada por él. Sus espías están en todas partes.

—¿Es alemán? —preguntó Beresford.

—Al contrario. Tengo motivos para creer que es inglés. Protegía a los alemanes como hubiera podido proteger a los del Transvaal. Ignoramos lo que busca, pero probablemente será el supremo poder para él, como nunca se ha dado en la historia. No tenemos la menor pista de su verdadera personalidad. Sabemos con seguridad que ni sus seguidores le conocen. Siempre que hemos tropezado con sus huellas descubrimos que ha representado un papel secundario. Otro cualquiera asume el principal, pero luego averiguamos que ha habido alguien irrelevante, un criado o un empleado que ha permanecido en segundo término sin llamar la atención y que el escurridizo señor Brown se nos ha escapado una vez más.

—¡Oh! —exclamó Tuppence—. Me pregunto…

—¿Sí?

—Recuerdo la oficina del señor Whittington. El empleado se llamaba Brown. No creerá usted que…

Carter asintió pensativo.

—Es muy posible. Es curioso, pero ese nombre se menciona con mucha frecuencia. ¿Podría usted describirlo?

—La verdad es que apenas me fijé en él. Era un tipo bastante corriente, como cualquier otro.

Carter suspiró con aire cansado.

—¡Esa es la inevitable descripción del señor Brown! La idiosincrasia de un genio. Entró para entregar un mensaje telefónico a Whittington, ¿verdad? ¿Se fijó en si había un teléfono en la oficina exterior?

Tuppence meditó unos instantes.

—No, creo que no.

—Exacto. Ese «mensaje» era el medio que el señor Brown tenía para dar una orden a su subordinado. Desde luego escucharía toda la conversación. ¿Después Whittington le entregó el dinero y le dijo que volviese al día siguiente?

Tuppence asintió.

—Sí, sin duda es la mano del señor Brown. —Carter hizo una pausa—. Bien, eso es todo. ¿Comprenden contra lo que van a luchar? Posiblemente contra el mejor cerebro criminal de esta época y no me hace ninguna gracia. Son ustedes muy jóvenes. No quisiera que les ocurriese nada malo.

—No nos ocurrirá nada —le aseguró Tuppence.

—Yo cuidaré de ella, señor —prometió Tommy.

—Y yo de ti —replicó Tuppence, resentida por el aire de superioridad de su amigo.

—Bien, entonces que cada uno cuide del otro —dijo Carter, sonriendo—. Ahora volvamos al asunto. Hay algo misterioso en ese convenio que todavía no hemos desentrañado. Hemos sido amenazados con él en términos claros e inequívocos. Los elementos revolucionarios declaran que está en sus manos y que pueden airearlo en cualquier momento. Por otro lado, se equivocan con respecto a muchas de sus cláusulas. El gobierno considera que ha sido una baladronada por su parte y, acertada o erróneamente, ha mantenido la política de negarlo todo. No estoy seguro. Ha habido filtraciones, indiscreciones, alusiones que parecen indicar que la amenaza es verdadera. Nos da la impresión de que han conseguido el documento, pero que no pueden leerlo por estar cifrado, pero en cambio el borrador no lo estaba… no sería posible en esta clase de cosas, de modo que no cuenta. Pero hay algo. Claro que Jane Finn puede estar muerta, pero yo no lo creo. Lo curioso del caso es que

intentan obtener noticias de la muchacha a través de nosotros.

—¿Qué?

—Sí. Han surgido un par de cosillas. Y su historia, jovencita, confirma mi idea. Saben que andamos buscando a Jane Finn. Pues bien, ellos nos proporcionan una Jane Finn de su propiedad, pongamos por ejemplo en un *pensionnat* de París. —Tuppence dejó escapar un gemido y Carter sonrió—. Nadie sabe cómo es, de modo que no es difícil. Le cuentan una historia y su verdadera misión es conseguir toda la información posible de nosotros. ¿Comprende la idea?

—¿Entonces usted cree que… —Tuppence hizo una pausa para exponerlo correctamente—… que querían que yo viajara a París como si fuera Jane Finn?

La sonrisa de Carter fue todavía más cansina.

—Creo en las coincidencias.

Capítulo V
El señor Julius P. Hersheimmer

—Bien —dijo Tuppence recobrándose—, es como si estuviésemos predestinados.

Carter asintió.

—Sé lo que quiere decir. Yo también soy supersticioso. Creo en la suerte y todo eso. El destino parece haberla escogido para mezclarla en esto.

Tommy se permitió una risita.

—¡Cielos, no me extraña que Whittington levantara el vuelo cuando Tuppence pronunció ese nombre! Yo hubiera hecho lo mismo. Pero escuche, lo estamos entreteniendo mucho. ¿Tiene que hacernos alguna advertencia antes de marcharnos?

—Creo que no. Mis expertos, que trabajan con sistemas clásicos, fracasaron. Ustedes aportarán a esta empresa su imaginación y una mentalidad abierta. No se desanimen si eso tampoco les conduce al éxito. Tengan en cuenta que es muy probable que los hayamos asustado.

Tuppence frunció el entrecejo, desconcertada.

—Cuando usted sostuvo su entrevista con Whittington, tenían tiempo por delante. Las informaciones que tenemos apuntan a que el gran *coup* sería a principios de año. Pero el gobierno está estudiando una serie de leyes que acabará definitivamente con la amenaza de una huelga general. No tardarán en enterarse, si es que no lo saben ya, y es posible que decidan adelantar la intentona. Espero que así sea. Cuanto menos tiempo tengan para madurar sus planes, mejor. Solo tengo que advertirles que no disponen de mucho tiempo y que no deben desanimarse si fracasan. De todas formas, no les propongo nada fácil. Eso es todo.

Tuppence se puso en pie.

—Creo que es momento de hablar de cosas prácticas. Exactamente, ¿hasta dónde podemos contar con usted, señor Carter?

—Dispondrán de fondos dentro de un límite razonable, de información detallada sobre cualquier punto, pero no contarán con ningún reconocimiento oficial. Quiero decir que, si tienen complicaciones con la policía, me será imposible ayudarles oficialmente. Ustedes trabajan por su cuenta y riesgo.

—Lo comprendo muy bien —dijo Tuppence—. Le haré una lista de las cosas que deseo saber cuando haya tenido tiempo de pensar. Ahora, en cuanto al dinero…

—Sí, señorita Tuppence. ¿Desea decirme cuánto quiere?

—No es eso. De momento tenemos bastante, pero cuando necesitemos más…

—Les estará esperando.

—Sí, pero no quiero ser descortés con el gobierno, si usted tiene algo que ver con él, pero ya sabe el tiempo que se necesita para conseguir algo de él. Si tenemos que llenar un impreso azul, enviarlo y luego, al cabo de tres meses, nos envían uno verde y así sucesivamente… bueno, no iba a sernos de gran ayuda.

Carter se rio de buena gana.

—No se preocupe, señorita Tuppence. Usted envía una petición personal aquí y recibirá el dinero en efectivo a vuelta de correo. En cuanto al salario, ¿pongamos trescientas al año? Y desde luego, otro tanto para el señor Beresford.

Tuppence sonrió encantada.

—Estupendo. Es usted muy amable. ¡Me encanta el dinero! Le llevaré la cuenta detallada de todos nuestros gastos: el debe, el haber, el balance en el lado que corresponde y una línea roja a los lados con los totales. Sé hacerlo cuando me lo propongo.

—Estoy seguro de ello. Bien, adiós y buena suerte.

Les estrechó la mano y, a los pocos minutos, salían de la casa con la cabeza hecha un torbellino.

—¡Tommy! Dime enseguida quién es el «señor Carter».

El muchacho murmuró un nombre a su oído.

—¡Oh! —exclamó Tuppence, impresionada.

—Te aseguro que es estupendo.

—¡Oh! —volvió a exclamar la joven antes de agregar en tono

reflexivo—: Me gusta, ¿a ti no? Parece muy cansado y al mismo tiempo da la impresión de que interiormente es como el acero, afilado y centelleante. ¡Oh! —Pegó un brinco—. ¡Pellízcame, Tommy, pellízcame! ¡No puedo creer que sea verdad!

Beresford la complació.

—¡Ay! ¡Ya basta! Sí, no estamos soñando. ¡Tenemos un empleo!

—¡Menudo empleo! La aventura ha comenzado de verdad.

—Es más respetable de lo que había imaginado —dijo Tuppence, pensativa.

—¡Por suerte yo no tengo tu afición a lo criminal! ¿Qué hora es? Vamos a comer, ¿eh?

Ambos pensaron a la vez en lo mismo. Tommy fue el primero en expresarlo.

—¡Julius P. Hersheimmer!

—No le hemos dicho nada al señor Carter.

—Bueno, no hay mucho que contar, por lo menos hasta que le hayamos visto. Vamos, tomemos un taxi.

—Ahora, ¿quién es el extravagante?

—Recuerda que tenemos todos los gastos pagados. Sube.

—De todas maneras causaremos mejor impresión llegando en taxi —dijo Tuppence, arrellanándose en el asiento—. ¡Estoy segura de que los chantajistas nunca viajan en autobús!

—Nosotros hemos dejado de serlo —le recordó Tommy.

—No estoy segura —dijo Tuppence en tono sombrío.

Preguntaron por el señor Hersheimmer en recepción y fueron acompañados enseguida a su suite. «¡Adelante!», exclamó una voz impaciente en respuesta a la llamada del botones, que se hizo a un lado para dejarles pasar.

Julius P. Hersheimmer era muchísimo más joven de lo que Tommy o Tuppence habían imaginado. La muchacha le calculó unos treinta y cinco años. Era de mediana estatura y con espaldas cuadradas que hacían juego con su mandíbula. Su rostro, belicoso, resultaba agradable. Todo el mundo lo hubiera tomado por norteamericano, aunque hablaba con un ligero acento.

—Veo que recibieron mi nota. Siéntense y díganme todo lo que sepan de mi prima.

—¿Su prima?

—Sí. Jane Finn.

—¿Es su prima?

—Mi padre y su madre eran hermanos —explicó Hersheimmer.

—¡Oh! —exclamó Tuppence—. ¿Entonces usted sabe dónde está?

—¡No! —Hersheimmer golpeó la mesa con el puño—. ¡Qué me aspen si lo sé! ¿Y ustedes?

—Nosotros pusimos el anuncio para obtener información, no para darla —replicó Tuppence, con severidad.

—Ya lo sé. ¿Acaso cree que no sé leer? Pero imaginé que tal vez conocieran su paradero actual y tan solo les interesaban sus antecedentes.

—Bueno, no nos importaría oír su historia —dijo Tuppence.

Pero Hersheimmer se mostró receloso.

—Oigan —exclamó—, esto no es Sicilia. Nada de exigir rescates ni amenazar con cortarle las orejas si me niego a pagar. Estas son las islas Británicas, de modo que déjese de negocios sucios o llamaré a ese enorme policía que veo allá abajo en Piccadilly.

—No hemos secuestrado a su prima. Al contrario, queremos encontrarla. Nos han contratado para buscarla.

Hersheimmer se recostó en su butaca.

—Pónganme al corriente.

Tommy le hizo un resumen bastante limitado de la desaparición de Jane Finn y de la posibilidad de que estuviera envuelta inocentemente en alguna «maniobra política». Dijo que él y Tuppence eran «investigadores privados» encargados de buscarla y agregó que por lo tanto le agradecerían cualquier detalle que pudiera darles.

El caballero movió la cabeza con gesto de aprobación.

—Está bien. Veo que me he precipitado. ¡Pero Londres me saca de mis casillas! Solo conozco el viejo Nueva York. Hagan las preguntas que gusten y las contestaré.

De momento, los Jóvenes Aventureros se quedaron cortados, pero Tuppence se rehizo y lanzó la primera pregunta que se le ocurrió y que había leído en las novelas policíacas.

—¿Cuándo vio por última vez a la di… a su prima, quiero decir?

—Nunca la he visto.

—¿Qué? —exclamó Tommy, asombrado.

—No, señor. Como ya dije antes, mi padre y su madre eran

hermanos, como pueden serlo ustedes. —Tommy no le corrigió—. Pero no siempre se llevaron bien. Cuando mi tía decidió casarse con Amos Finn, que era un pobre maestro de escuela del Oeste, mi padre se puso furioso y dijo que si hacía fortuna, a lo que ya iba encaminado, ella nunca vería un centavo. Bueno, el caso es que tía Jane se fue al Oeste y nunca volvimos a saber de ella.

»El viejo hizo fortuna. Se metió en el negocio del petróleo, luego con el acero en ferrocarriles, y puedo asegurarles que tuvo en vilo a Wall Street. —Hizo una pausa—. Luego murió y yo heredé su fortuna. Bueno, ¿querrán creerlo? ¡Mi conciencia empezó a darme la lata! No cesaba de remorderme diciéndome: ¿Qué será de tu tía Jane allí en el Oeste?, y me preocupé. ¿Saben? Yo siempre creí que Amos Finn no haría nada bueno en esta vida. Al fin contraté a un hombre para que les buscara. Resultado: ella ha muerto, Amos Finn también, pero dejaron una hija: Jane, que iba en el Lusitania camino de Francia cuando fue torpedeado. Se salvó, pero desde entonces no se ha sabido nada de ella. Pensé que lo mejor era venir aquí y acelerar las cosas. Lo primero que hice fue telefonear a Scotland Yard y al Almirantazgo. Los del Almirantazgo casi me mandaron a paseo, pero en Scotland Yard estuvieron muy amables: dijeron que harían averiguaciones. Incluso esta mañana han enviado un hombre a recoger su fotografía. Mañana salgo para París. Quiero ver lo que hace la *Prefecture*. Me figuro que si voy de un lado a otro, metiéndoles prisa, tendrán que trabajar.

La vitalidad de Hersheimmer era tremenda y se inclinaron ante ella.

—Pero díganme, ¿la buscan ustedes por haber hecho algo malo? Por desacato a la autoridad, o algo así tan británico. Quizá una joven norteamericana de espíritu orgulloso encontrara sus leyes y métodos bastante fastidiosos en tiempo de guerra. Si se trata de esto, y en este país existe el soborno, compraré su libertad.

Tuppence lo tranquilizó.

—Bien. Entonces podemos trabajar juntos. ¿Qué les parece si comiéramos? ¿Quieren que nos sirvan aquí, o bajamos al restaurante?

Tuppence expresó sus preferencias por esto último y Julius se avino a sus deseos.

Las ostras acababan de dar paso a un lenguado Colbert cuando

le presentaron una tarjeta a Hersheimmer.

—Otra vez. Ahora se trata del inspector Japp del Departamento de Investigación Criminal. Este es nuevo. ¿Qué espera que le cuente que no le haya dicho ya al primero? Espero que no hayan perdido la fotografía. La tienda de aquel fotógrafo del Oeste se quemó hasta los cimientos con todos los negativos y esta es la única copia que existe. La conseguí por el director del colegio.

Un temor indescriptible se apoderó de Tuppence.

—¿No… no sabe usted el nombre del policía que vino esta mañana?

—Sí, creo que sí. No sé. Espere un segundo. Estaba escrito en su tarjeta. ¡Oh, ya lo sé! Inspector Brown. Era un tipo muy corriente.

Capítulo VI
Un plan de campaña

Será mejor correr un velo sobre los acontecimientos de la media hora siguiente. Basta decir que en Scotland Yard no conocían a ningún inspector Brown. La fotografía de Jane Finn, que tan valiosa le hubiera sido a la policía para dar con su paradero, se había perdido sin esperanza de ser recobrada. El señor Brown había triunfado una vez más.

El efecto inmediato de este contratiempo tuvo como resultado un *rapprochement* entre Julius Hersheimmer y los Jóvenes Aventureros. Todas las barreras se vinieron abajo en el acto y Tommy y Tuppence tuvieron la sensación de que conocían al joven norteamericano de toda la vida.

Abandonaron su postura de investigadores privados y le contaron toda la historia desde que fundaron la sociedad de aventureros, ante lo cual él se divirtió horrores.

Al concluir la narración, se volvió hacia Tuppence.

—Siempre había creído que las muchachas inglesas eran un poco tímidas y anticuadas. Eso sí, dulces, pero temerosas de dar un paso sin una dama de compañía. ¡Me figuro que estoy algo pasado de moda!

El resultado final de estas confidencias fue que Tommy y Tuppence fijaron su residencia en el Ritz, según Tuppence, para poder estar en contacto con el único pariente de Jane Finn.

—¡De esta manera —agregó dirigiéndose a Tommy—, nadie podrá quejarse de los gastos!

Y nadie lo hizo, que fue lo bueno.

—Ahora —dijo la joven a la mañana siguiente de haberse instalado—, ¡a trabajar!

Beresford dejó el *Daily Mail* que estaba leyendo para aplaudir

con innecesario vigor, lo que le valió ser reprendido amablemente por su colega.

—No seas tonto, Tommy, tenemos que hacer algo para justificar nuestro sueldo.

El muchacho suspiró.

—Sí, me temo que ni siquiera nuestro querido gobierno nos tendría en el Ritz holgazaneando a perpetuidad.

—Por consiguiente, como ya te dije antes, tenemos que hacer algo.

—Bien —replicó Tommy, volviendo a coger el periódico—, hazlo. Yo no te detendré.

—¿Sabes? —continuó Tuppence sin hacerle caso—, he estado pensando.

Se vio interrumpida por nuevos y entusiastas aplausos.

—Es muy propio de ti quedarte ahí sentado haciendo el oso, Tommy. No te haría ningún daño un poco de ejercicio mental.

—¡El sindicato, Tuppence, el sindicato! No me permite trabajar antes de las once.

—Tommy, ¿quieres que te diga algo? Es absolutamente necesario que tracemos un plan de campaña sin dilación.

—¡Oigámoslo! ¡Oigámoslo!

—Bien, manos a la obra.

Tommy al fin se puso serio.

—En ti hay la sencillez de una gran inteligencia, Tuppence. Suelta lo que sea. Te escucho.

—Para empezar, ¿en qué podemos basarnos?

—Absolutamente en nada —dijo Tommy con alegría.

—¡Te equivocas! —Tuppence le señaló a modo de acusación con el índice—. Tenemos dos pistas distintas.

—¿Cuáles son?

—Primera pista: conocemos a uno de la banda.

—¿Whittington?

—Sí. Lo reconocería en cualquier parte.

—¡Hum! —replicó Tommy, pensativo—. A mí eso no me parece una pista. No sabes dónde buscarlo y existe una posibilidad contra mil de que lo encuentres por casualidad.

—No estoy tan segura de eso —replicó Tuppence—. Me he fijado en que, a menudo, una vez empiezan a darse coincidencias,

siguen sucediéndose del modo más extraordinario. Yo diría que es alguna ley natural que todavía no hemos descubierto. No obstante, como bien dices, no podemos confiar en ello. Pero en Londres hay ciertos lugares por donde, tarde o temprano, pasa la gente. Por ejemplo, Piccadilly Circus. Una de mis ideas consiste en pasarme allí el día vendiendo banderitas.

—¿Cuándo comerás? —preguntó Tommy con el sentido práctico que le caracterizaba.

—¡Qué masculino es eso! ¿Qué importa la comida?

—Eso lo dices ahora porque acabas de tomarte un opíparo desayuno. Nadie tiene mejor apetito que tú, Tuppence y, a la hora del té, te habrías comido las banderitas con alfiler y todo. Pero, con franqueza, no me convence tu idea. Es posible que Whittington ni siquiera esté en Londres.

—Es cierto. De todas formas, creo que la pista número dos es más prometedora.

—Oigámosla.

—No es gran cosa. Solo un nombre de pila: Rita. Whittington la mencionó aquel día.

—¿Es que te propones publicar un tercer anuncio? «Se busca sospechosa que atiende por el nombre de Rita».

—No. Lo que me propongo es razonar de una manera lógica. Ese hombre, Danvers, fue seguido, ¿no es cierto? Es mucho más probable que lo hiciera una mujer que un hombre.

—No veo el porqué.

—Estoy completamente segura de que sería una mujer y además atractiva —replicó Tuppence sin alterarse.

—En estos puntos técnicos tengo que inclinarme ante tu sagacidad —murmuró Beresford.

—Ahora bien, es evidente que esa mujer, sea quien fuere, se salvó.

—¿Por qué lo dices?

—De no ser así, ¿cómo sabrían que Jane Finn tenía los papeles?

—Correcto. ¡Continúa, Sherlock!

—Existe la posibilidad, admito que solo es una posibilidad, de que esa mujer fuese «Rita».

—¿Y de ser así?

—De ser así, tendríamos que buscar entre los supervivientes del

Lusitania hasta dar con ella.

—Entonces, lo primero que hay que hacer es conseguir una lista de los supervivientes.

—Ya la tengo. Escribí una larga lista de cosas que deseaba saber y se la envié a Carter. Esta mañana he recibido su contestación y, entre otras cosas, me incluye la relación oficial de las personas que se salvaron de la catástrofe del Lusitania. ¿Qué te parece tu pequeña Tuppence?

—Diez en diligencia y cero en modestia. Pero el caso es, ¿hay alguna Rita en la lista?

—Eso es lo que no sé —confesó Tuppence.

—¿No lo sabes?

—No, mira. —Los dos se inclinaron sobre la lista—. ¿Ves? Hay muy pocos nombres de pila. Casi todas son señoras o señorita tal.

Tommy asintió.

—Eso complica el asunto.

Tuppence se atusó el cabello con su tic característico.

—Bien, tendremos que poner manos a la obra y averiguarlo. Eso es todo. Empezaremos por el área de Londres. Anota las direcciones de las mujeres que viven en Londres o en los alrededores, mientras yo voy a ponerme el sombrero.

Cinco minutos más tarde, la joven pareja se encontraba en Piccadilly y, pocos segundos después, un taxi los llevaba a The Laurels, en el número 7 de Gledower Road, residencia de la señora de Edgard Keith, cuyo nombre figuraba en primer lugar en una lista de siete nombres que Tommy guardaba en su bolsillo.

The Laurels era una mansión ruinosa separada de la carretera por unos pocos arbustos raquíticos que pretendían dar la impresión de jardín. Tommy pagó al taxista y acompañó a Tuppence hasta la puerta. Cuando ella iba a llamar al timbre, la contuvo.

—¿Qué vas a decir?

—¿Que qué voy a decir? Pues diré… Oh, Dios mío, no lo sé. Es muy peliagudo.

—Me lo imaginaba —exclamó el muchacho, satisfecho—. ¡Eso es muy femenino! ¡No prevéis nada! Ahora apártate y contempla cómo resuelven los hombres una situación así con toda facilidad.

Llamó al timbre y Tuppence se situó a una prudente distancia. Les abrió la puerta una criada de aspecto desaliñado, cara sucia y

un par de ojos que hacían juego con el conjunto.

Tommy había sacado una libreta y un lápiz.

—Buenos días —dijo en tono vivaz y alegre—. Somos de la Oficina del Distrito de Hampstead. El nuevo registro de votantes. ¿Vive aquí la señora de Edgard Keith?

—Sí.

—¿Cuál es su nombre de pila? —preguntó Tommy, blandiendo el lápiz.

—¿De la señora? Eleanor Jane.

—E-le-a-nor —silabeó Tommy—. ¿Tiene algún hijo o hija mayor de veintiún años?

—No.

—Gracias. —Tommy cerró su bloc de notas con gesto rápido—. Buenos días.

La sirvienta se permitió la primera observación.

—Creí que tal vez venía por el gas —observó antes de cerrar la puerta.

Tommy se reunió con su cómplice.

—¿Lo ves, Tuppence? Esto es cosa de niños para la despierta mente masculina.

—No me importa admitir por una vez que te has desenvuelto a las mil maravillas. A mí nunca se me hubiera ocurrido.

—Buen truco, ¿verdad? Y podemos repetirlo *ad libitum*.

La hora de comer sorprendió a los dos jóvenes devorando rápidamente un bistec con patatas fritas en una oscura posada. Habían dado con una tal Gladys Mary y con una Marjorie, se habían llevado la sorpresa de un cambio de domicilio y habían tenido que soportar un largo discurso sobre el sufragio universal de labios de una norteamericana muy animada, cuyo nombre de pila resultó ser Sadie.

—¡Ah! —exclamó Tommy después de tomar un buen trago de cerveza—. Me siento mejor. ¿Cuál es la próxima dirección?

El bloc de notas estaba abierto sobre la mesa y Tuppence lo cogió.

—La señora Vandemeyer, que vive en South Audley Mansions, apartamento 20. La señorita Wheeler en el 43 de Clapington Road, Battersea. Según creo recordar es camarera, de modo que probablemente no estará allí y, de todas formas, no creo que sea la

que buscamos.

—Entonces nuestra próxima escala es la señora de Mayfair.

—Tommy, empiezo a desanimarme.

—Animo, pequeña. Ya sabíamos que era una posibilidad muy remota. En cualquier caso, acabamos de empezar. Si fracasamos en Londres nos queda una gira por Inglaterra, Irlanda y Escocia.

—Cierto —repuso Tuppence, animada—. ¡Y con todos los gastos pagados! Pero, oh, Tommy, me gustaría que todo fuera más deprisa. Hasta ahora, las aventuras se han ido sucediendo, pero esta mañana ha sido muy aburrida.

—Debes contener tus ansias de sensaciones, Tuppence. Recuerda que si el señor Brown es tal como nos lo han pintado, es un milagro que no esté aquí ya para hacernos pasar a mejor vida. Vaya, me ha salido una buena frase, con tono literario y todo.

—La verdad es que eres mucho más pretencioso que yo y con menos motivos. ¡Pero desde luego es extraño que el señor Brown no haya descargado aún su cólera sobre nosotros (ya ves, yo también sé hacer frases) y podamos continuar nuestro camino!

—Tal vez considere que no vale la pena preocuparse por nosotros.

Tuppence recibió la frase con disgusto.

—Qué agradable eres, Tommy. Como si nosotros no tuviéramos importancia.

—Lo siento, Tuppence. Lo que he querido decir es que nosotros trabajamos en la oscuridad y que él no sospecha de nuestros maliciosos planes. ¡Ja, ja!

—¡Ja, ja! —repitió Tuppence como un eco en tono de aprobación mientras se ponía en pie.

South Audley Mansions eran un imponente edificio de apartamentos situado cerca de Park Lane. El número 20 estaba en la segunda planta.

Tommy ya había adquirido cierta práctica y le soltó de corrido las preguntas a la anciana mujer más parecida a un ama de llaves que a una sirvienta, que le abrió la puerta.

—¿Nombre de pila?

—Margaret.

Tommy lo deletreó, pero la mujer le corrigió.

—No, g-u-e.

—Oh, Marguerite; ya, como en francés. —Hizo una pausa y después se arriesgó a comentar—: Nosotros la teníamos inscrita como Rita Vandemeyer, pero supongo que se trata de un error.

—Así la llaman los amigos, pero su nombre es Marguerite.

—Gracias. Eso es todo. Buenos días.

Tommy, incapaz de contener su excitación, corrió hacia las escaleras. Tuppence le esperaba en el rellano.

—¿Has oído?

—Sí. ¡Oh, Tommy!

—Lo sé. Yo siento lo mismo.

—Es tan bonito imaginar ciertas cosas y que luego ocurran realmente —exclamó Tuppence, entusiasmada.

Cogidos de la mano, bajaron al vestíbulo. Fue entonces cuando oyeron voces y el rumor de pasos en las escaleras. De pronto, ante la sorpresa de Tommy, Tuppence le arrastró al lado del ascensor donde las sombras eran más oscuras.

—¿Qué dian…?

—¡Silencio!

Dos hombres bajaron las escaleras y salieron a la calle. Tuppence se asió con fuerza al brazo de Tommy.

—Deprisa, síguelos. Yo no me atrevo. Me reconocerían. No sé quién será el otro, pero el más grueso es Whittington.

Capítulo VII
La casa del Soho

Whittington y su acompañante caminaban a buen paso. Tommy emprendió la persecución en el acto y llegó a tiempo de verlos doblar la esquina. Sus vigorosas zancadas le permitieron alcanzarlos y, cuando llegó a la esquina, había acortado considerablemente la distancia. Las callejuelas de Mayfair estaban casi desiertas y consideró prudente contentarse con vigilarlos de lejos.

Este era un deporte nuevo para él. Aunque no desconocía su técnica, gracias a la lectura de novelas policíacas, nunca había intentado «seguir» a nadie y llevarlo a la práctica le pareció un procedimiento sembrado de dificultades. Supongamos, por ejemplo, que de pronto tomaran un taxi. En las novelas, uno se limita a llamar a otro, prometiendo una propina al taxista y todo solucionado. Pero en realidad, Tommy se temía que la cosa no era tan sencilla, con lo que, llegado el caso, tendría que correr. ¿Y qué sensación daría en aquel momento joven corriendo a la desesperada por las calles de Londres? En una vía principal podría dar la impresión de que corría para coger el autobús, pero en aquellas aristocráticas y solitarias calles, era de esperar que le detuviera cualquier policía para pedirle explicaciones.

Cuando había llegado a aquel punto de sus meditaciones vio aparecer un taxi libre y contuvo su aliento. ¿Lo tomarían aquellos dos individuos?

Exhaló un suspiro de alivio al ver que lo dejaban pasar. El camino que llevaban iba zigzagueando en dirección a Oxford Street. Cuando al fin llegaron, fueron hacia el este y Tommy aceleró ligeramente el paso. Poco a poco se fue aproximando a ellos. En aquella acera tan concurrida no era de esperar que llamara la atención y estaba ansioso de alcanzar a oír algo de lo que hablaban.

En esto fracasó rotundamente: conversaban en voz tan baja que el ruido del tránsito ahogaba la conversación que tanto le interesaba.

Antes de llegar a la estación de metro de Bond Street, los dos tipos atravesaron la calzada y entraron en Lyons, seguidos, sin advertirlo, por Tommy. Subieron al primer piso y se instalaron en una mesa junto a la ventana. Era tarde y el local empezaba a vaciarse. Tommy ocupó la mesa más próxima a ellos, pero se sentó detrás de Whittington por temor a que le reconociera.

Por otro lado, así podía contemplar con tranquilidad al otro hombre y estudiarlo con atención. Era rubio, con un rostro pálido y muy desagradable. Tommy consideró que era o polaco o ruso. Tendría unos cincuenta años, encogía algo los hombros al hablar y sus pequeños y astutos ojos se movían sin cesar.

Puesto que ya había comido a gusto, Tommy se contentó con pedir unas tostadas con queso fundido y una taza de café. Whittington pidió una comida sustanciosa para él y su acompañante; luego, en cuanto se marchó la camarera, acercó la silla un poco más a la mesa y comenzó a hablar en voz baja. Tommy solo conseguía entender alguna palabra suelta; pensó que se trataba de instrucciones que el supuesto polaco o lo que fuera discutía de vez en cuando. Whittington se dirigía a él, llamándole Boris.

Tommy llegó a oír la palabra «Irlanda» varias veces y también «propaganda». Pero no mencionaron a Jane Finn. De pronto, en un momento en que la estancia quedó en silencio, captó una frase entera. Hablaba Whittington.

—Ah, pero no conoces a Flossie. Es maravillosa. Hasta un arzobispo juraría que era su propia madre. Siempre tiene la frase oportuna y eso es lo principal.

Tommy no alcanzó a oír la respuesta de Boris, pero le sonó a algo así como: «Desde luego… Solo en caso de necesidad…». Luego volvió a perder el hilo. De pronto las frases volvieron a hacerse perceptibles, y sea porque hubieran alzado la voz, o porque el oído de Tommy se iba agudizando. Dos palabras tuvieron un efecto estimulante en él. Las pronunció Boris y fueron: «Señor Brown».

Whittington pareció poner algún reparo, pero el otro se echó a reír.

—¿Por qué no, amigo mío? Es un nombre respetable y muy

corriente. ¿No lo escogió por esta razón? Ah, cómo me gustaría conocerle.

—¡Quién sabe, a lo mejor ya lo conoces! —dijo Whittington con su timbre metálico peculiar.

—¡Bah! Eso es un cuento de niños, una fábula inventada para engañar a la policía. ¿Sabes lo que yo digo a veces? Que es un mito inventado por los del círculo interior para asustarnos. Bien pudiera ser.

—O tal vez no.

—Me pregunto si será o no cierto que está entre nosotros como uno más, desconocido por todos, excepto por unos cuantos escogidos. Si es así, guarda bien su secreto. La idea es buena, vaya si lo es. Nosotros nunca lo sabremos. Nos miramos unos a otros: uno de nosotros es el señor Brown, pero ¿quién? Él ordena, pero también obedece. Está entre nosotros y nadie sabe quién es.

Haciendo un esfuerzo, el ruso se liberó de sus elucubraciones para mirar el reloj.

—Sí —dijo Whittington—, será mejor que nos marchemos.

Llamó a la camarera para pedir la cuenta. Tommy hizo lo propio y, pocos segundos después, seguía a los dos hombres.

En el exterior, Whittington detuvo un taxi y le ordenó al conductor que los llevara a la estación de Waterloo.

Allí abundaban los taxis y, antes que arrancara el de Whittington, otro se detenía junto a la acera obedeciendo a un ademán perentorio de Tommy.

—Siga a ese taxi y no lo pierda de vista.

El taxista no demostró el menor interés. Se limitó a lanzar un gruñido al bajar la bandera. El viaje no tuvo contratiempo. El taxi de Tommy se detuvo justo después del de Whittington. Una vez en la estación, el joven se colocó detrás de Whittington en la taquilla y le oyó pedir un billete para Bournemouth. Tommy hizo lo propio. Boris comentó:

—Tienes tiempo de sobra. Falta media hora.

Las palabras de Boris provocaron un alud de ideas en la mente de Tommy. Por lo que había alcanzado a oír, Whittington iba a realizar el viaje solo y el otro se quedaba en Londres. Tenía que escoger a cuál de los dos seguir. No era posible seguir a los dos, a menos que… Miró el reloj y luego al tablero de las salidas de los

trenes. El tren de Bournemouth salía a las tres y media y eran solo las tres y diez. Whittington y Boris paseaban junto al quiosco de periódicos.

Tommy corrió hacia una cabina telefónica. No se atrevió a perder tiempo tratando de comunicarse con Tuppence. Lo más probable era que siguiera en las proximidades de South Audley Mansions, pero le quedaba otro aliado. Telefoneó al Ritz y preguntó por Julius Hersheimmer. ¡Oh, si por lo menos el joven norteamericano estuviera en su habitación! Se oyó un zumbido y al fin un «Diga» de acento inconfundible llegó hasta su oído.

—¿Es usted Hersheimmer? Le habla Beresford. Estoy en la estación de Waterloo. He seguido hasta aquí a Whittington y a otro hombre. No tengo tiempo para explicaciones. Whittington va a tomar el tren de las tres treinta para Bournemouth. ¿Puede usted llegar antes de esa hora?

La respuesta le tranquilizó.

—Desde luego. Me daré prisa.

Oyó que se cortaba la comunicación y exhaló un suspiro de alivio. Julius conocía el valor de la velocidad y llegaría a tiempo.

Whittington y Boris permanecían donde los dejó. Si Boris se quedaba hasta que su amigo subiera al tren, todo iría bien. Tommy metió una mano en el bolsillo. A pesar de tener *carte blanche* para los gastos, aún no se había acostumbrado a llevar encima mucho dinero, y la adquisición del billete de primera clase para Bournemouth le había dejado solo unos pocos chelines. Era de esperar que Julius llegara bien provisto. Entretanto los minutos iban transcurriendo: las 15:15, las 15:20, las 15:25, las 15:27. ¿Y si Julius no llegaba a tiempo? Las 15:29. La puerta se abrió. Tommy sintió que le invadía el pesimismo. Luego una mano se posó en su hombro.

—Aquí estoy, muchacho. ¡El tráfico aquí está más allá de todo calificativo! Indíqueme enseguida quiénes son esos individuos.

—Ese es Whittington. El de allí, el que entra ahora vestido de oscuro. El otro que está hablando con él es un extranjero.

—A por ellos. ¿A cuál de los dos he de seguir?

Tommy había previsto esta pregunta.

—¿Lleva dinero encima?

Julius movió la cabeza y Tommy se sintió desfallecer.

—No creo que lleve encima en estos momentos más que trescientos o cuatrocientos dólares —dijo el norteamericano.

Tommy respiró aliviado.

—¡Oh, cielos, estos millonarios! ¡No hablamos el mismo lenguaje! Suba al tren. Aquí está su billete, Whittington es su hombre.

—¡A por Whittington! —dijo Julius en tono sombrío. El tren comenzaba a ponerse en movimiento y subió de un salto—. Hasta la vista, Tommy.

El tren se alejó de la estación.

Tommy respiró profundamente. Boris se dirigía por el andén hacia él. Lo dejó pasar y luego reemprendió la persecución. En Waterloo, Boris tomó el metro hasta Piccadilly Circus. Luego fue andando por Shaftesbury Avenue hasta entrar en el laberinto de callejuelas del Soho. Tommy lo siguió a una distancia prudencial.

Al fin llegaron a una plaza ruinosa. Las casas tenían un aire siniestro, con las fachadas mugrientas. Boris miró a su alrededor y Tommy se refugió en un portal. El lugar estaba casi desierto. Era un callejón sin salida por el que no circulaba ningún vehículo. El modo en que el otro había mirado a su alrededor estimuló la imaginación de Tommy. Desde su escondrijo le vio subir el tramo de escalones de una casa de pésimo aspecto y llamar a la puerta con los nudillos con un ritmo peculiar. La puerta se abrió en el acto y, tras decir una o dos palabras al guardián, entró en la casa. Se oyó un portazo.

Fue en ese momento cuando Tommy perdió la cabeza. Lo que debía haber hecho, lo que habría hecho cualquier hombre sensato, era permanecer pacientemente donde estaba y esperar a que aquel tipo saliera. Pero lo que hizo iba en contra del sentido común, que por lo general, era su principal característica. Algo había paralizado su cerebro y, sin detenerse a reflexionar ni un momento, él también subió aquellos escalones y reprodujo con toda la exactitud posible la particular llamada.

La puerta se abrió con la misma prontitud, y un hombre con rostro de villano y el pelo cortado al cepillo apareció en el umbral.

—¿Qué desea? —gruñó.

En aquel momento se percató de la gran tontería que acababa de cometer, pero no vaciló y pronunció las primeras palabras que se le ocurrieron.

—¿El señor Brown?

Ante su sorpresa el hombre se hizo a un lado.

—Arriba —dijo, señalando por encima del hombro con el pulgar —. La segunda puerta a la izquierda.

Tommy subió.

Capítulo VIII
Las aventuras de Tommy

A pesar de la sorpresa que le causaron las palabras de aquel hombre, Tommy no vaciló. Si la audacia le había llevado hasta allí, era de esperar que le llevara aún más adelante. Con toda tranquilidad entró en la casa y se dirigió a la desvencijada escalera. La casa estaba más ruinosa de lo que puede expresarse con palabras. El papel de las paredes, cuyo dibujo ya no se distinguía a causa de la mugre, colgaba por todas partes hecho tiras. En cada rincón había una masa gris de telarañas.

Tommy fue subiendo lentamente y, cuando llegó al rellano, oyó que el hombre de abajo desaparecía en el cuarto posterior. Era evidente que aún no había despertado sospechas. Al parecer, preguntar por el señor Brown era un procedimiento corriente y natural.

Una vez arriba, Tommy meditó cuál debía ser su actuación inmediata. Ante él, se extendía un estrecho pasillo con puertas a ambos lados. De la más próxima, la del lado izquierdo, salía un murmullo de voces. Era allí donde el hombre de abajo le había dicho que entrara. Pero lo que llamaba su atención era un rincón que había a la derecha, semioculto por una raída cortina de terciopelo. Estaba justo enfrente de la puerta de la izquierda y, debido a su situación singular, desde él se dominaba la parte superior de la escalera.

Como escondite para uno o dos hombres, era ideal, ya que medía unos treinta centímetros de profundidad por noventa de ancho. A simple vista le atrajo. Lo pensó cuidadosamente como era su costumbre; supuso que la mera mención de «Señor Brown» era la contraseña utilizada por la banda. A él le había permitido entrar sin despertar sospechas, pero ahora debía decidir rápidamente cuál

sería su próximo paso.

¿Y si entrase con osadía en la habitación de la izquierda? ¿Sería suficiente garantía el haber sido admitido en la casa? Quizá se precisara otra contraseña, o por lo menos alguna prueba de identidad. Sin duda el portero no conocería a todos los miembros de la banda, pero allá arriba tal vez fuese distinto. En conjunto, había tenido mucha suerte hasta el momento, pero era arriesgado confiar en ella demasiado. Entrar en aquella habitación suponía un riesgo colosal. No iba a poder representar la farsa indefinidamente: tarde o temprano le descubrirían, lo que significaba desperdiciar una ocasión única.

Oyó la repetición de lo que él suponía la contraseña en la puerta de abajo y, sin vacilar, se deslizó rápidamente detrás de la cortina que cubría el nicho y se ocultó; los agujeros y descosidos de la tela le permitían verlo todo a la perfección. Aguardaría allí nuevos acontecimientos y, cuando le conviniera, podría tomar parte en la reunión, imitando el comportamiento del recién llegado.

Este subió la escalera con paso furtivo. Le era desconocido. Sin duda alguna, pertenecía a la escoria de la sociedad. Las cejas pobladas y muy juntas, la mandíbula criminal y la bestialidad que respiraba toda su persona eran nuevas para Tommy, aunque era un tipo que Scotland Yard hubiera reconocido a primera vista.

El hombre pasó ante el escondrijo de Tommy respirando con dificultad, se detuvo ante la puerta de enfrente y repitió la llamada convenida, una voz gritó algo desde dentro y el hombre abrió la puerta, lo que permitió a Tommy contemplar un instante su interior. Le pareció que debían haber unas cuatro o cinco personas sentadas alrededor de una mesa larga que ocupaba casi todo el espacio, pero su atención se centró en un hombre alto de cabellos cortos y barba puntiaguda, que estaba a la cabecera de la mesa con un montón de papeles ante sí.

Cuando entró el recién llegado, el hombre alto alzó la mirada y, con una pronunciación correcta, pero muy particular, le preguntó:

—¿Tu número, camarada?

—El catorce, jefe —replicó el otro con voz ronca.

—Correcto.

La puerta volvió a cerrarse.

¡Si esto no es una reunión clandestina, yo soy alemán!, dijo

Tommy para sus adentros. Lo hacen todo sistemáticamente. Suerte que no he entrado. Les hubiera dado un número erróneo y habría tenido que pagar las consecuencias. No, este es el mejor sitio para mí. ¡Vaya! Llaman otra vez.

El visitante resultó ser un tipo completamente distinto del anterior. Tommy reconoció en él a un irlandés del Sinn Fein. Desde luego, la organización del señor Brown era de largo alcance. El criminal vulgar, el caballero irlandés de buena familia, el ruso pálido y el eficiente maestro de ceremonias alemán. ¡Qué reunión más extraña y siniestra! ¿Quién era aquel hombre que tenía en sus manos aquella curiosa diversidad de eslabones de una cadena desconocida? El procedimiento fue exactamente igual en todos los casos. La llamada peculiar, la demanda del número y la respuesta «Correcto».

Dos nuevos miembros llegaron sucesivamente. El primero le era por completo desconocido y lo clasificó como un escribiente. Era un hombre de aspecto tranquilo e inteligente que iba vestido con bastante desaliño. El segundo pertenecía a la clase obrera y su rostro le resultó familiar.

Tres minutos más tarde llegó otro; un hombre de aspecto imponente, muy bien vestido y de buena cuna. Su rostro tampoco le era del todo desconocido, aunque entonces no consiguió identificarlo.

Después de su llegada, hubo una larga pausa. Tommy llegó a la conclusión de que ya estaban todos los convocados. Iba a salir de su escondite, cuando otra llamada le hizo volver a refugiarse a toda prisa.

El que acababa de llegar subió la escalera con tal sigilo que apareció antes de que el joven se percatara de su presencia. Era bajo, muy pálido y con un aire casi femenino. El ángulo de sus pómulos denotaba su ascendencia eslava, pero aparte de eso nada delataba su nacionalidad. Al pasar ante la cortina volvió lentamente la cabeza. La extraña luz de sus ojos parecía atravesar las cosas y Tommy apenas pudo creer que ignorara su presencia; a pesar suyo se estremeció. No era más fantasioso que cualquier otro joven inglés, pero no le fue posible librarse de la impresión de que una fuerza potente y desacostumbrada emanaba de aquel hombre, que le recordó a una serpiente venenosa.

Un instante después comprobó que su corazonada había sido acertada. El recién llegado llamó a la puerta como todos, pero el recibimiento que le dispensaron fue muy distinto.

El hombre de la barba se puso en pie y los demás le imitaron. El alemán se adelantó para estrecharle la mano mientras daba un fuerte taconazo.

—Nos sentimos muy honrados. Es un gran honor. Temía que fuera imposible.

El otro respondió en voz baja y un tanto sibilante:

—Tuve dificultades. Me temo que no será factible una próxima vez, pero era vital una reunión para explicar mi política. No podría hacer nada sin el señor Brown. ¿Está aquí?

—Hemos recibido un mensaje. Le es imposible venir personalmente. —Se detuvo dando la impresión de haber dejado la frase sin terminar.

Sonriente, el recién llegado contempló los rostros inquietos.

—¡Ah! Comprendo. Conozco sus métodos. Trabaja en la sombra y no confía en nadie. Es posible que ahora se halle entre nosotros.

Volvió a mirar a su alrededor y de nuevo el grupo se mostró temeroso. Cada uno de ellos contempló a sus vecinos con recelo.

El ruso se acarició la mejilla.

—Tal vez. Comencemos la reunión.

El alemán pareció recobrarse y le indicó el lugar que ocupara hasta entonces a la cabecera de la mesa. El ruso quiso negarse, pero el otro insistió.

—Es el lugar que corresponde al Número Uno. ¿Querría cerrar el Número Catorce la puerta?

Al instante siguiente, Tommy volvió a contemplar la puerta de madera y las voces procedentes del interior se convirtieron en un murmullo imperceptible. Tommy comenzó a impacientarse. La conversación había despertado su curiosidad y, fuera como fuese, tenía que seguir escuchándola.

Abajo no se oía ruido alguno y no le pareció probable que subiera el guardián que estaba apostado en la puerta. Después de escuchar con suma atención durante un par de minutos, asomó la cabeza por la cortina. El pasillo estaba desierto. Tommy se quitó los zapatos y, dejándolos detrás de la cortina, anduvo de puntillas hasta la puerta cerrada, ante la que se arrodilló para aplicar el oído a la

cerradura.

No consiguió oír gran cosa: solo alguna palabra suelta de vez en cuando, si alguien alzaba la voz, lo que no hizo más que espolear su curiosidad.

Contempló el pomo de la puerta. ¿Sería posible hacerlo girar gradualmente, sin que los de dentro lo notaran?

Tal vez con sumo cuidado. Muy despacio, milímetro a milímetro, lo fue haciendo girar mientras contenía el aliento. «Un poco más… un poquitín más…». ¿Es que no iba a terminar nunca? ¡Ah! Al fin, el mecanismo del pomo llegó a un tope.

Esperó un par de minutos para tomar aliento e intentó empujar la puerta ligeramente hacia delante, pero esta no se movió, Tommy estaba impaciente. Si tenía que emplear mucha fuerza, era casi seguro que crujiría. Esperó a que las voces se alzaran algo más y volvió a intentarlo aumentando la presión. ¿Se habría encallado la muy condenada? Al final, desesperado, empujó con todas sus fuerzas. Pero la puerta no se movió ni un milímetro. Estaba cerrada con llave, o habrían echado el pestillo por dentro.

Por un momento le dominó la ira.

Bien, pensó. ¡Deben de haberme echado una maldición! ¡Vaya truco sucio!

Una vez apaciguado, se dispuso a hacer frente a la situación. Evidentemente, lo primero que debía hacer era llevar el pomo a su posición inicial. Si lo soltaba de golpe, los de dentro lo notarían y, por ello, con infinitas precauciones, realizó de nuevo el trabajo, aunque esta vez a la inversa. Todo fue bien y, con un suspiro de alivio, se puso en pie. Su tenacidad, propia de un *bulldog*, le hacía resistirse a admitir la derrota. Aunque chasqueado de momento, estaba lejos de sentirse dispuesto a abandonar la lucha. Continuaba deseando oír la conversación de la habitación y, puesto que su plan había fracasado, idearía otro.

Miró a su alrededor. Un poco más abajo, a la izquierda del pasillo, había otra puerta y se dirigió a ella sin hacer ruido. Estuvo escuchando un momento y luego tanteó el pomo. Este cedió, permitiéndole deslizarse al interior.

La habitación, que estaba desocupada, era un dormitorio y, como en el resto de la casa, el mobiliario se caía a pedazos; había montones de polvo por todas partes. Por suerte, Tommy encontró lo

que buscaba: una puerta de comunicación entre las dos habitaciones. Cerró cuidadosamente la puerta del pasillo y se acercó a examinar la otra. Tenía corrido el pestillo y era evidente que no había sido utilizado en muchos años.

Tirando con prudencia, al fin consiguió descorrerlo sin hacer demasiado ruido. Luego repitió la maniobra. La puerta se abrió un milímetro, pero lo suficiente para que Tommy oyera lo que hablaban. Al otro lado de la puerta había una cortina de terciopelo que impedía la visión, pero fue capaz de reconocer las voces con bastante exactitud.

El que hablaba era el hombre del Sinn Fein, con su sonoro acento irlandés.

—Todo eso está muy bien, pero es esencial disponer de más dinero. ¡Sin dinero, no hay resultados!

—¿Garantizas resultados?

Otra voz, que Tommy adjudicó a Boris, explicó:

—Dentro de un mes más o menos, lo dejo a vuestra elección, os garantizo un reinado de terror en Irlanda capaz de sacudir el Imperio británico hasta sus cimientos.

Hubo una pausa y luego se oyó la voz suave y sibilante del Número Uno.

—¡Bien! Tendrás el dinero. Boris, tú te encargarás de ello.

—¿Por medio de los irlandeses de Estados Unidos y el señor Potter, como de costumbre?

—¡Creo que será lo mejor! —dijo una voz nueva con acento norteamericano—. Aunque quiero señalar que las cosas se están poniendo algo difíciles. Ya no contamos con la misma simpatía de antes y hay una clara tendencia a dejar que los irlandeses solucionen sus asuntos sin la intervención de Estados Unidos.

Tommy imaginó que Boris se habría encogido de hombros al responder:

—¿Y eso qué importa, cuando el dinero solo figura que viene de Estados Unidos?

—La dificultad principal es el desembarco de las municiones —señaló el irlandés—. El dinero nos llega fácilmente gracias a nuestro colega aquí presente.

Otra voz, que Tommy imaginó sería la del hombre alto de aspecto imponente, cuyo rostro le había resultado familiar, dijo:

—¡Piensa en el efecto que eso causaría en Belfast! ¡Si pudieran oírte!

—Entonces queda acordado —afirmó la voz sibilante—. Ahora, sobre el asunto del préstamo a un periódico inglés, ¿has arreglado satisfactoriamente los detalles, Boris?

—Creo que sí.

—Bien. Si fuera preciso, Moscú lo negará oficialmente.

Hubo una pausa y después la voz del alemán rompió el silencio.

—Tengo instrucciones del señor Brown de presentarles los resúmenes de los informes sindicales. El de los mineros es muy satisfactorio. Tenemos que retener a los ferroviarios. Hay otras asociaciones que quizá nos den trabajo.

Durante un largo intervalo reinó el silencio, roto únicamente por el crujir de los papeles y alguna explicación ocasional del alemán. Luego Tommy oyó el ligero tamborileo de unos dedos sobre la mesa.

—¿Y la fecha, amigo mío? —dijo el Número Uno.

—El veintinueve.

El ruso pareció reflexionar.

—Es demasiado pronto.

—Lo sé. Pero ha sido acordada por los principales dirigentes laboristas y no podemos contrariarlos demasiado. Deben creer que es cosa enteramente suya.

El ruso rio, se estaba divirtiendo.

—Sí, sí. Es cierto —contestó—. No deben de tener la menor sospecha de que los estamos utilizando para nuestros propios fines. Son hombres honrados y ese es el valor que tienen para nosotros. Es curioso, pero no es posible provocar una revolución sin hombres honrados. El instinto del populacho es infalible. —Hizo una pausa y luego repitió, como si la frase le hubiera gustado—: Toda revolución ha contado con hombres honrados. Luego se les quita de en medio con facilidad.

Había un tono siniestro en su voz.

—Clymes debe desaparecer —resumió el alemán—. Es demasiado prudente. El Número Catorce cuidará de ello.

Se oyó un murmullo apagado.

—De acuerdo, jefe. Pero supongamos que me pescan.

—Tendrás el mejor abogado defensor —replicó el alemán sin

alterarse—. Pero de todas formas llevarás unos guantes con las huellas dactilares de un conocido delincuente. No corres un riesgo excesivo.

—¡Oh, no tengo miedo, jefe! Todo sea por el bien de la causa. Dicen que por las calles van a correr ríos de sangre —habló con cierto anhelo—. Algunas veces sueño con ello. Y con diamantes y perlas rodando por las calles a disposición de quien quiera cogerlos.

Tommy oyó el sonido de una silla y el Número Uno dijo:

—Entonces todo arreglado. ¿Estamos seguros del éxito?

—Creo… creo que sí.

El alemán habló con menos convicción que de costumbre.

La voz del Número Uno denotó recelo.

—¿Es que ha ido algo mal?

—Nada, pero…

—Pero ¿qué?

—Los dirigentes laboristas. Sin ellos, como dices, no podemos hacer nada, si no declaran la huelga general el veintinueve.

—¿Por qué no iban a hacerlo?

—Como bien has dicho, son honrados. A pesar de todo lo que hemos hecho para desacreditar al gobierno ante sus ojos, puede que tengan una fe solapada en él.

—Pero…

—Lo sé. Abusan sin cesar. Pero en conjunto, la opinión pública está del lado del gobierno.

De nuevo los dedos del ruso tamborilearon sobre la mesa.

—Al grano, amigo mío. Me han dado a entender que existe cierto documento secreto que nos asegurará el éxito.

—Es cierto. Si ese documento fuese presentado ante la opinión pública, el resultado sería inmediato. Lo publicarían en toda Inglaterra y sin duda estallaría la revolución. El gobierno caería irremisiblemente.

—Entonces, ¿qué más quieres?

—El documento —dijo el alemán con rudeza.

—¡Ah! ¿No lo tienes? Pero ¿sabes dónde está?

—Hay una persona que tal vez lo sepa. Y ni siquiera estamos seguros de eso.

—¿Quién es esa persona?

—Una chica.

Tommy contuvo el aliento.

—¿Una chica? —La voz del ruso se alzó considerablemente—. ¿Y no la has hecho hablar? En Rusia tenemos medios para hacer hablar a una chica.

—Este caso es distinto —dijo el alemán con pesar.

—¿Cómo? ¿Distinto? —Hizo una pausa y continuó—: ¿Dónde está ahora esa muchacha?

—¿La chica?

—Sí.

—Está…

Pero Tommy ya no oyó nada más. Recibió un fuerte golpe en la cabeza y todo fue oscuridad.

Capítulo IX
Tuppence ingresa en el servicio doméstico

Cuando Tommy emprendió la persecución de los dos hombres, Tuppence necesitó hacer acopio de todo su autocontrol para no acompañarle. No obstante, se contuvo como pudo y se consoló pensando que sus razonamientos habían quedado justificados por los acontecimientos. Indudablemente los dos individuos bajaban del segundo piso y la sola mención de un nombre, Rita, había puesto una vez más a los Jóvenes Aventureros sobre el rastro de los raptores de Jane Finn.

El caso era, ¿qué hacer ahora? A Tuppence no le gustaba quedarse mano sobre mano. Tommy ya tenía trabajo y, no pudiendo acompañarle, se sentía inútil. Volvió sobre sus pasos hasta la entrada del edificio.

En el portal encontró al ascensorista que estaba limpiando los metales y silbando la última cancioncilla de moda con gran vigor y bastante entonación.

Al ver entrar a Tuppence volvió la cabeza. Había algo en ella que, por regla general, hacía que se llevara bien con los chicos. Enseguida se establecía entre ellos un lazo de simpatía y consideró conveniente y nada despreciable contar con un aliado en el campo enemigo.

—Vaya, William —observó alegremente, con su tono más adulador y amable—, ¡si los dejas brillantes como el sol!

El chico sonrió agradecido.

—Me llamo Albert, señorita —le corrigió.

—Albert, eso es —dijo Tuppence, y acto seguido dirigió una misteriosa mirada a su alrededor para impresionar al muchacho. Luego se inclinó hacia él y, bajando la voz, añadió—: Quiero hablar

contigo, Albert.

Albert dejó su trabajo y abrió la boca ligeramente.

—¡Mira! ¿Sabes qué es esto?

Con un gesto teatral levantó la solapa de su abrigo para mostrarle una insignia esmaltada. Era improbable que Albert la reconociera, cosa que hubiera sido fatal para los planes de Tuppence, puesto que la insignia en cuestión era el distintivo de un cuerpo de instrucción fundado por el arcediano en los primeros días de la guerra. La joven la llevaba en el abrigo porque algunos días antes la había utilizado para prenderse unas flores. Pero Tuppence tenía buena vista y había observado que una novela policíaca asomaba del bolsillo de Albert y, por cómo abrió los ojos ante su táctica, comprendió que el pez estaba a punto de picar.

—El Cuerpo Americano de Detectives —le susurró.

Albert cayó en la trampa.

—¡Dios mío! —murmuró, extasiado.

Tuppence meneó la cabeza con el aire de quien ha logrado hacerse entender a la primera.

—¿Sabes a quién busco?

Albert, todavía con los ojos muy abiertos, inquirió conteniendo la respiración.

—¿A alguien de los apartamentos?

Tuppence asintió señalando al mismo tiempo la escalera con el pulgar.

—La del número veinte. Se hace llamar Vandemeyer. ¡Vandemeyer! ¡Ja! ¡Ja!

Albert se metió la mano en el bolsillo.

—¿Una ladrona? —preguntó con avidez.

—¡Ladrona! Eso diría yo. En Estados Unidos la llamaban Rita la Rápida.

—Rita la Rápida —repitió Albert entusiasmado. ¡Oh, igual que en las películas!

Así era. Tuppence iba al cine con mucha frecuencia.

—Annie siempre dijo que era una mala persona —continuó el chico.

—¿Quién es Annie?

—Su doncella. Se marcha hoy. Cuántas veces me habrá dicho: «Fíjate en lo que te digo, no me extrañaría que la policía viniera a

por ella cualquier día». Eso me dijo. Pero es estupenda, ¿no le parece?

—Tiene cierto encanto —concedió Tuppence—. Apuesto a que lo utiliza para conseguir lo que desea. A propósito, ¿has visto si llevaba las esmeraldas?

—¿Esmeraldas? ¿Son unas piedras verdes, verdad?

Tuppence asintió.

—Por eso la buscamos. ¿Conoces al viejo Rysdale?

Albert negó con la cabeza.

—Peter B. Rysdale, el rey del petróleo.

—Me resulta familiar.

—Los pedruscos eran suyos. La mejor colección de esmeraldas del mundo. ¡Valoradas en un millón de dólares!

—¡Cáscaras! Cada vez se parece más a una película.

Tuppence sonrió satisfecha del éxito de sus esfuerzos.

—Todavía no hemos podido probarlo. Pero vamos tras ella y… —le guiñó un ojo—… me figuro que esta vez no podrá escaparse con el botín.

Albert lanzó otra exclamación para demostrar su deleite.

—Ni una palabra de esto —le dijo la joven de pronto—. No debiera habértelo dicho, pero en Estados Unidos reconocemos a un chico listo solo con verlo.

—No diré nada —protestó Albert con ardor—. ¿Hay algo que yo pueda hacer? Alguna vigilancia, o algo por el estilo.

Tuppence simuló reflexionar y luego meneó la cabeza.

—De momento, no; pero te tendré en cuenta. ¿Cómo es que se marcha esa chica?

—¿Annie? Es lo que hacen todas, por lo general. Como dice ella, hoy en día una criada es alguien y debe ser tratada con consideración y que, cuando ella haga correr la voz, no conseguirá encontrar otra con facilidad.

—¿No? —dijo Tuppence, pensativa—. Me pregunto si…

Pensó unos instantes y luego dio una palmada en el hombro del muchacho.

—Escucha, mi cerebro trabaja muy deprisa. ¿Qué te parece si le dijeras que tienes una prima o una amiga que podría entrar ahora a su servicio? ¿Me comprendes?

—Ya lo creo —replicó Albert al instante—. Déjemelo a mí,

señorita, yo lo arreglaré todo en un abrir y cerrar de ojos.

—¡Chico listo! —comentó Tuppence en tono aprobador—. Puedes decirle que tu prima se presentaría enseguida. Tú me lo dices y, si todo va bien, estaré aquí mañana por la mañana a eso de las once.

—¿Dónde tengo que avisarla?

—En el Ritz —replicó Tuppence lacónica—. Pregunta por la señorita Cowley.

Albert la contempló con envidia.

—Debe de ser un buen negocio trabajar de detective.

—Vaya si lo es, en especial cuando el viejo Rysdale es quien paga la cuenta. Pero no te apures, hijo, que si todo sale bien, entrarás por la puerta grande.

Se despidió de su nuevo aliado con esta promesa y se alejó rápidamente de South Audley Mansions orgullosa de su trabajo matinal.

No había tiempo que perder. Fue directa al Ritz y escribió una nota para Carter, tras lo cual y como Tommy aún no había regresado, cosa que no le sorprendió, salió de compras, lo que, sin contar el tiempo que empleó en tomar un buen té con gran variedad de pasteles de crema, la tuvo ocupada hasta después de la seis, hora en que regresó al hotel, jadeando pero satisfecha de sus adquisiciones. Había iniciado el recorrido por unos grandes almacenes y después había pasado por un par de tiendas de artículos de segunda mano, para concluir finalmente en una peluquería de gran renombre. Ahora, en el retiro de su dormitorio, desenvolvió su última compra.

Cinco minutos después sonreía a su imagen reflejada en el espejo. Con un lápiz cosmético, había alterado la línea de sus cejas, lo que unido a la nueva tonalidad de sus cabellos, ahora de un rubio deslumbrante, cambiaba de tal modo su aspecto que confiaba en que, aunque tropezara con Whittington de frente, este no le reconocería. Llevaría zapatos de tacón que, con la cofia y el delantal, serían un disfraz muy valioso. Por su experiencia en el hospital, sabía muy bien que, por lo general, una enfermera sin uniforme no suele ser reconocida por sus pacientes.

—Sí —dijo Tuppence en voz alta dirigiéndose al espejo—, lo conseguirás.

Luego se apresuró a recobrar su aspecto habitual.

Cenó sola. Le extrañaba que Tommy no hubiera regresado aún. Julius tampoco se encontraba en el hotel, pero eso tenía su explicación. Su incesante actividad no se limitaba a la ciudad de Londres, y sus repentinas apariciones y desapariciones eran aceptadas por los Jóvenes Aventureros como parte de su trabajo cotidiano. Era evidente que Julius P. Hersheimmer era capaz de marcharse sin vacilar a Estambul, si consideraba que allí iba a encontrar alguna pista de su prima desaparecida. El dinámico joven había conseguido hacer la vida insoportable a varios miembros de Scotland Yard, y las telefonistas del Almirantazgo ya habían aprendido a reconocer y temer el familiar «¡Hola!». Había pasado tres horas en París incordiando en la *Prefecture*, de donde regresó con la idea, posiblemente inspirada por un oficial francés ya cansado de sus exigencias, de que la verdadera clave del misterio debía de encontrarse en Irlanda.

A lo mejor se ha ido allí, pensó Tuppence. ¡Ah!, bueno, pero esto me resulta muy aburrido. ¡Aquí estoy rabiando por explicar mis novedades y no tengo quien me escuche! Tommy podría haber telegrafiado o algo así. Quisiera saber dónde está. De todas formas no puede haber «perdido el rastro», como dicen. Esto me recuerda que…

La señorita Cowley interrumpió sus meditaciones para llamar a un botones. Diez minutos después se encontraba cómodamente acostada en su cama, fumando un cigarrillo y leyendo con fruición Carnaby Williams, el niño detective que, junto con otras muestras de literatura barata, le había traído el botones. Consideraba que debía documentarse antes de volver a ponerse en contacto con Albert.

A la mañana siguiente recibió una nota de Carter:

> *Querida señorita Tuppence:*
>
> *Ha empezado usted espléndidamente y la felicito, aunque considero mi deber hacerle ver una vez más los peligros que corre, sobre todo si sigue el curso que indica. Esas personas están desesperadas y son incapaces de sentir clemencia ni piedad alguna. Sé que usted desprecia el peligro y por tanto*

debo advertirle, otra vez, que no puedo asegurarle protección. Nos ha proporcionado una información muy valiosa y, si ahora prefiere retirarse, nadie se lo reprochará. De todas formas, piénselo bien antes de decidirse.

Si a pesar de mis advertencias, decide seguir adelante, no se preocupe. Podrá asegurar que ha servido dos años en casa de la señorita Dufferin de The Parsonage Llanelly, y si Rita Vandemeyer se dirige a ella para pedir informes de usted, se los dará muy favorables.

¿Me permite un par de consejos? Siempre que le sea posible no se aparte de la verdad, eso disminuye el riesgo de posibles «patinazos». Le sugiero que se presente como lo que es, una ex miembro de los cuerpos auxiliares, que ha escogido el servicio doméstico como profesión. Esto explicará cualquier incongruencia en la voz, o los ademanes, que de otro modo pudieran suscitar sospechas.

Decida lo que decida, le deseo mucha suerte.

Su afectísimo amigo,

A. CARTER

Tuppence sintió recobrar el ánimo y los consejos de Carter pasaron inadvertidos. Tenía demasiada confianza en sí misma para prestarles atención.

De mala gana rechazó el interesante papel que se había propuesto representar. Aunque no le cabía la menor duda de su capacidad para hacerlo, tenía demasiado sentido común como para no verse obligada a reconocer la fuerza de los argumentos de Carter.

Seguía sin noticias de Tommy, aunque el correo de la mañana le trajo una postal bastante sucia que rezaba: «Todo va bien».

A las diez y media, Tuppence revisó con orgullo un baúl bastante desvencijado, que contenía sus recientes adquisiciones, y no pudo evitar sonrojarse al llamar para que lo bajaran y lo colocaran en un taxi que la llevó hasta la estación de Paddington, donde lo dejó en la consigna. Luego entró en el tocador de señoras con el maletín. Diez minutos después una Tuppence completamente

transformada salía de la estación para tomar un autobús.

Poco después de las once, entraba otra vez en South Audley Mansions. Albert estaba expectante, mientras realizaba sus tareas con descuido. Le costó reconocer a Tuppence y, cuando lo hizo, su admiración fue evidente.

—¡Que me maten si la hubiera reconocido! ¡Está estupenda!

—Celebro que te agrade, Albert —replicó Tuppence con modestia—. A propósito, ¿soy o no tu prima?

—Con su misma voz —exclamó el muchacho encantado—. ¡Qué acento tan inglés! Pero lo que dije es que un amigo mío conocía a una chica. A Annie no le hizo gracia. Se ha quedado hasta hoy por cumplir, según dice, pero la verdad es que quiere prevenirle en contra de la señora.

—Buena chica —dijo Tuppence.

Albert no supo captar su ironía.

—Se sabe comportar y limpia la plata muy bien, pero tiene su genio. ¿Va a subir ahora, señorita? Entre en el ascensor. ¿Dijo usted departamento número veinte? —Y guiñó un ojo.

Tuppence le dirigió una mirada severa y entró en el ascensor. Mientras ella llamaba al timbre, Albert hizo descender el ascensor. Una joven le abrió la puerta.

—Vengo por el puesto de doncella —dijo Tuppence.

—Es muy mala casa —replicó la joven sin vacilar—. Esa vieja siempre se mete en lo que no le importa. Me acusa de abrirle las cartas. ¡A mí! De todas formas, el sobre estaba medio despegado. Nunca tira nada al cesto de los papeles, todo lo quema. Lleva buenos trajes, pero no es elegante. La cocinera sabe algo de ella, pero no lo dirá porque la teme. ¡Es más recelosa! Aparece al momento si una habla más de un minuto con cualquiera.

Annie no pudo decirle más, porque en aquel momento una voz clara, con un ligero timbre metálico, gritó:

—¡Annie!

La joven dio un respingo como si le hubiera alcanzado un balazo.

—Sí, señora.

—¿Con quién estás hablando?

—Es una chica que pretende entrar a su servicio, señora.

—Hazla pasar enseguida.

—Sí, señora.

Tuppence fue acompañada a una habitación situada a la derecha de un largo pasillo donde había una mujer de pie junto a la chimenea. Había dejado atrás la primera juventud y su indudable belleza se había marchitado un tanto, con lo que sus rasgos se habían endurecido. Sin duda en sus años mozos había sido una de esas bellezas deslumbrantes. Tenía pelo color oro pálido, sin una cana gracias al tinte, recogido sobre la nuca y sus ojos, de un azul eléctrico, parecían poseer la facultad de llegar hasta lo más recóndito del alma de la persona a la que miraban. Su figura exquisita se veía realzada por un carísimo vestido azul. Y no obstante, a pesar de su gracia y de la belleza casi etérea de su rostro, su presencia hacía sentir instintivamente cierta amenaza, una especie de fuerza metálica que encontraba expresión en el timbre de su voz y en el brillo de sus ojos.

Por primera vez, Tuppence sintió miedo. No había temido a Whittington, pero aquella mujer era otra cosa. Fascinada, observó la línea roja y cruel de sus labios y, de nuevo, se sintió presa del pánico. Su habitual seguridad la abandonaba y comprendió vagamente que engañar a aquella mujer era muy distinto que engañar a Whittington. Le vino a la memoria la advertencia de Carter. Allí, desde luego, no podía esperar clemencia. Luchó contra su instinto, que la impulsaba a dar media vuelta y echar a correr sin perder un momento, y le devolvió la mirada con firmeza y respeto.

Puesto que la primera impresión había sido satisfactoria, la señora Vandemeyer se dirigió a una silla.

—Puede sentarse. ¿Cómo se enteró de que necesitaba una doncella?

—Por un amigo que conoce al ascensorista. Creyó que el puesto podía interesarme.

De nuevo se sintió atravesada por aquella mirada de basilisco.

—Habla usted como una joven bien educada.

Temblorosa, Tuppence le contó su carrera imaginaria, siguiendo la pauta indicada por Carter.

Le pareció que la señora Vandemeyer se tranquilizaba.

—¿Hay alguien a quien yo pueda escribir pidiendo referencias?

—Puede escribirle a la señorita Dufferin, de Llanelly. Estuve dos años con ella.

—Supongo que luego pensó que ganaría más dinero viniendo a Londres. Bueno, eso no es cosa mía. Le pagaré cincuenta o sesenta libras. Lo que quiera. ¿Puede venir enseguida?

—Sí, señorita. Hoy mismo, si usted quiere. Mi baúl está en la estación de Paddington.

—Entonces vaya a buscarlo en un taxi. No tendrá mucho trabajo, yo salgo mucho. A propósito, ¿cómo se llama?

—Prudence Cooper, para servirla.

—Muy bien, Prudence. Vaya a buscar su equipaje. Hoy no como en casa. La cocinera le enseñará dónde está todo.

—Gracias, señora.

Tuppence se retiró. La elegante Annie no estaba a la vista. En la portería un magnífico portero había relegado a Albert a un segundo término. Tuppence ni siquiera le miró al salir a la calle.

La aventura había comenzado, pero se sentía menos animada que a primera hora de la mañana. Cruzó por su mente la idea de que si la desconocida Jane Finn había caído en manos de Rita Vandemeyer, lo más probable era que lo hubiese pasado muy mal.

Capítulo X
Interviene *Sir* James Peel Edgerton

Tuppence no demostró la menor torpeza en sus nuevas tareas. Las hijas de los arcedianos están bien adiestradas en las labores de casa. Ellos son expertos en educar a una «chica díscola», aunque el resultado inevitable es que la «chica díscola», una vez educada, se marche a algún lugar en que sus conocimientos recién adquiridos le proporcionen una remuneración mejor que la que puede ofrecer la menguada bolsa del arcediano.

Por consiguiente, Tuppence no tenía el menor temor de fracasar en su nuevo empleo. La cocinera de la señora Vandemeyer la intrigaba. Era evidente que su señora la tenía atemorizada. La joven pensó que tal vez supiera algo inconfesable sobre ella. Por lo demás, cocinaba como un chef, como tuvo oportunidad de comprobar aquella noche. La señora Vandemeyer esperaba a un invitado y Tuppence preparó la mesa para dos. Estuvo pensando quién sería su visitante. Era muy posible que fuese Whittington. A pesar de estar segura de que no lograría reconocerla, hubiera preferido que el invitado resultase un completo desconocido. De todas formas, no le quedaba más remedio que esperar el desarrollo de los acontecimientos.

Pocos minutos después de las ocho, sonó el timbre de la puerta y Tuppence fue a abrirla con cierta inquietud. Respiró aliviada al comprobar que el recién llegado era el hombre que acompañaba a Whittington cuando ella le dijo un par de días atrás a Tommy que les siguiera.

Dijo ser el conde Stepanov. Tuppence lo anunció y la señora Vandemeyer se levantó de una otomana murmurando satisfecha:

—Cuánto me alegra verlo, Boris Ivánovitch —le dijo.

—El placer es mío, *madame*. —Se inclinó para besarle la mano.

Tuppence regresó a la cocina.

—El conde Stepanov o algo así —observó, agregando con franca y abierta curiosidad—: ¿Quién es?

—Creo que un caballero ruso.

—¿Viene muy a menudo?

—De vez en cuando. ¿Por qué quieres saberlo?

—Me preguntaba si corteja a la señora, eso es todo —explicó la joven y añadió con aire ofendido—: Pronto te picas, ¿eh?

—Es que estoy de mal humor. No sé si el soufflé habrá salido bien.

Tú sabes algo, pensó Tuppence y en voz alta dijo:

—¿He de servirlo ahora?

Mientras servía la mesa, Tuppence escuchó atentamente todo lo que se hablaba allí. Recordaba que aquel era uno de los hombres que Tommy se disponía a seguir cuando lo vio por última vez. Aunque no quería reconocerlo, ya empezaba a estar intranquila por su compañero. ¿Dónde estaba? ¿Por qué no había sabido nada de él? Había dejado dispuesto, antes de salir del Ritz, que todas las cartas o recados le fueran enviados enseguida por un mensajero especial a una librería cercana donde Albert tenía que acudir con frecuencia. Cierto que se había separado de su amigo el día anterior por la mañana y era absurdo preocuparse por él. No obstante, era extraño que no hubiera dicho nada todavía.

Sin embargo, por mucho que escuchara, la conversación no iba a proporcionarle ninguna pista. Boris y la señora Vandemeyer hablaban de temas intrascendentes: comedias que habían visto, nuevos bailes y los últimos chismes sociales. Después de la cena pasaron al salón donde la señora Vandemeyer, reclinada en el diván, estaba más diabólicamente bonita que nunca. Tuppence les llevó el café y los licores, y tuvo que retirarse de mala gana. Al hacerlo oyó que Boris decía:

—Es nueva, ¿verdad?

—Ha entrado hoy. La otra era una arpía. Esta me parece una buena chica. Sirve bien.

Tuppence se entretuvo un poco más junto a la puerta, que se cuidó de no cerrar y oyó decir al hombre:

—¿Será de confianza, supongo?

—La verdad, Boris, eso es ser absurdamente receloso. Creo que

es la prima del botones o algo por el estilo. Y nadie sueña siquiera que yo tenga alguna relación con nuestro común amigo el señor Brown.

—Por amor de Dios, Rita, ten cuidado. Esa puerta no está cerrada.

—Bueno, pues ciérrala.

Tuppence se apresuró a poner pies en polvorosa.

No se atrevía a estar fuera de las dependencias posteriores demasiado tiempo, pero fregó los cacharros con la práctica y la increíble velocidad adquirida en el hospital. Después volvió a acercarse silenciosamente a la puerta del saloncito. La cocinera estaba todavía trajinando en la cocina y, si la echaba de menos, supondría que habría ido a preparar la cama de la señora.

¡Cielos! Hablaban en voz tan baja que no conseguía oír nada y no se atrevió a volver a abrir la puerta. La señora Vandemeyer estaba sentada casi frente a ella y Tuppence respetaba la vista de lince y las dotes de observación de su ama.

Sin embargo, necesitaba espiar lo que estaban diciendo. Posiblemente, si es que había ocurrido algo imprevisto, podría obtener noticias de Tommy. Durante algunos minutos permaneció reflexionando intensamente y al fin su rostro se iluminó. A toda prisa se dirigió por el pasillo al dormitorio de la señora Vandemeyer, donde los ventanales daban a una terraza que rodeaba todo el apartamento.

Caminó sin hacer ruido hasta la ventana del salón. Como había supuesto, estaba entreabierta y las voces llegaron hasta ella con toda claridad. Tuppence escuchó con atención, pero no mencionaron nada que pudiera relacionarse con Tommy.

La señora Vandemeyer y Boris parecían haber variado de tema y, finalmente, él exclamó con amargura:

—¡Con tus imprudencias terminarás por arruinarnos!

—¡Bah! —rio ella—. La notoriedad apropiada es el mejor medio de alejar las sospechas. Ya lo comprenderás uno de estos días, quizá antes de lo que crees.

—Entretanto, te exhibes por todas partes con Peel Edgerton. No solo es el miembro del Consejo Asesor del Reina más celebrado de Inglaterra, sino que su afición predilecta es la criminología. ¡Es una locura!

—Sé que su elocuencia ha salvado a incontables hombres de la horca —replicó la señora Vandemeyer sin alterarse—. ¿Y qué? Es posible que precise ayuda en ese sentido cualquier día. De ser cierto, qué suerte tener un amigo así en la corte o tal vez sería mejor decir que te hace la corte.

Boris se puso en pie y comenzó a pasear de un lado a otro, muy excitado.

—Eres una mujer inteligente, Rita; pero también alocada. Déjate guiar por mí y olvídate de Peel Edgerton.

La señora Vandemeyer meneó la cabeza.

—Creo que no lo haré.

—¿Te niegas? —La voz del ruso tenía un tono desagradable.

—Sí.

—Ya veremos —gruñó el ruso.

Pero Rita Vandemeyer se había puesto también en pie con los ojos llameantes.

—Boris, olvidas que yo no tengo que dar cuentas a nadie. Solo recibo órdenes del señor Brown.

Boris dejó caer los brazos con desmayo.

—Eres imposible —musitó—. ¡Imposible! Puede que ya sea demasiado tarde. ¡Dicen que Peel Edgerton huele a los criminales! ¿Qué sabemos de lo que habrá en el fondo de su repentino interés por ti? Quizá sospeche ya. Si adivina…

La señora Vandemeyer le miraba con enojo.

—Tranquilízate, mi querido Boris. No sospecha nada. Con menos caballerosidad que otras veces pareces olvidar que me considera una mujer hermosa y te aseguro que esto es lo único que le interesa a Peel Edgerton.

Boris meneó la cabeza sin demasiada convicción.

—Ha estudiado el crimen como ningún hombre en todo el reino. ¿Te imaginas poder engañarlo?

La señora Vandemeyer entornó los párpados.

—¡Si él es todo lo que dices, será divertido intentarlo!

—Por Dios, Rita…

—Además, es inmensamente rico y yo no soy de las que desprecian el dinero.

—¡Dinero, dinero! Eso es lo peor de ti, Rita. Creo que venderías tu alma por dinero. Creo… —Hizo una pausa y luego agregó en

tono bajo y siniestro—: A veces creo que nos venderías incluso a nosotros.

Rita se encogió de hombros, sonriente.

—De todas maneras, el precio tendría que ser enorme —dijo en tono ligero—. No podría pagarlo más que un millonario.

—¡Ah! —exclamó en voz alta el ruso—. ¿Ves como tengo razón?

—Mi querido Boris, ¿es que no sabes apreciar una broma?

—¿Lo era?

—Pues claro.

—Entonces lo que digo es que tu sentido del humor es muy particular, mi querida Rita.

—No nos peleemos, Boris. Toca el timbre para que nos traigan algo de beber.

Tuppence emprendió una rápida retirada. Se detuvo un momento para contemplarse en el espejo de la habitación de la señora Vandemeyer para asegurarse de que su aspecto era impecable. Luego se apresuró a atender la llamada.

La conversación que había escuchado, aunque interesante, ya que probaba la complicidad de Rita y Boris, arrojaba muy poca luz sobre sus preocupaciones presentes.

Ni siquiera se había mencionado el nombre de Jane Finn.

A la mañana siguiente, Albert le informó de que en la librería no había ningún recado para ella. Le parecía increíble que Tommy no le hubiera enviado unas letras, a no ser que…

Fue como si una mano fría aprisionara su corazón, a no ser que… Luchó con energía para no dejarse dominar por sus temores. De nada serviría preocuparse. Sin embargo, aprovechó la oportunidad que le ofreció la señora Vandemeyer.

—¿Qué día suele salir, Prudence?

—El viernes, señora.

La señora Vandemeyer enarcó las cejas.

—¡Y hoy es viernes! Pero supongo que no querrá salir hoy, cuando acaba de entrar a trabajar.

—Pensaba pedirle si me permitiría hacerlo, señora.

Rita Vandemeyer la miró fijamente y al cabo sonrió.

—Ojalá pudiera oírla el conde Stepanov. Ayer por la noche hizo un comentario acerca de usted. —Sonrió como un gato—. Su petición es muy típica. Estoy satisfecha. Usted no comprenderá lo

que le estoy diciendo, pero puede salir hoy. A mí me da lo mismo, puesto que no comeré en casa.

—Gracias, señora.

Tuppence sintió una sensación de alivio al dejar su compañía y, una vez más, tuvo que admitir que tenía miedo… un miedo terrible a aquella hermosa mujer de ojos crueles.

Cuando se hallaba enfrascada en la limpieza de la plata, Tuppence tuvo que interrumpir su labor porque llamaron a la puerta. Esta vez el visitante no era Whittington ni Boris, sino un hombre de inmejorable apariencia.

Era un poco más alto de lo corriente y, no obstante, daba la impresión de ser altísimo. Su rostro, perfectamente rasurado y muy expresivo, daba la impresión de un poder y fuerza extraordinarios; parecía irradiar magnetismo.

Tuppence, de momento, no supo si clasificarlo como actor o como abogado, pero sus dudas se desvanecieron en cuanto él dijo su nombre: *sir* James Peel Edgerton.

Le miró con renovado interés. Entonces aquel era el famoso consejero cuyo nombre era familiar en toda Inglaterra. Había oído decir que cualquier día sería primer ministro.

Se sabía que había renunciado a ciertos cargos por amor a su profesión, prefiriendo seguir como simple miembro de un distrito electoral escocés.

Tuppence regresó a la cocina pensativa. Aquel gran hombre la había impresionado. Comprendía la agitación de Boris. Peel Edgerton no era un hombre fácil de engañar.

Al cabo de un cuarto de hora volvió a sonar el timbre y Tuppence acudió al recibidor para despedirlo. Antes le había dirigido una mirada penetrante y ahora, al entregarle el sombrero y el bastón, volvió a observarlo. Cuando le abrió la puerta y se hizo a un lado para dejarle pasar, él se detuvo en el umbral.

—No hace mucho que sirve aquí, ¿verdad?

Tuppence le miró, asombrada. En su mirada se leía amabilidad y algo mucho más difícil de descifrar.

Él asintió como si ella hubiera respondido.

—Sirvió en el ejército y luego se vio apurada, ¿verdad?

—¿Se lo ha dicho la señora Vandemeyer? —preguntó Tuppence, recelosa.

—No, niña. Lo adiviné por su aspecto. ¿Le agrada esta casa?

—Sí, señor. Gracias.

—¡Ah, pero hoy en día hay muchísimas casas buenas! Y a veces un cambio no hace daño.

—¿Quiere usted decir…? —comenzó Tuppence.

Pero *sir* James estaba ya casi en la escalera, aunque se volvió para dirigirle una mirada astuta y amable.

—Es solo una sugerencia. Solo eso.

Tuppence regresó a la cocina más preocupada que nunca.

Capítulo XI
Julius cuenta una historia

Tuppence salió a disfrutar de su «tarde libre». Albert estaba a la expectativa, pero la joven fue a la librería para asegurarse de que no había ningún recado. Una vez comprobado, se encaminó al Ritz. Le dijeron que Tommy aún no había regresado. Era la respuesta que esperaba, pero fue otro jarro de agua fría para sus expectativas. Decidió acudir al señor Carter para decirle dónde y cuándo empezó Tommy sus pesquisas y pedirle que hiciera algo para dar con su paradero. La perspectiva de conseguir su ayuda animó a la joven que, acto seguido, preguntó por Julius Hersheimmer. Le dijeron que, en efecto, había regresado haría cosa de una hora, pero que había vuelto a marcharse inmediatamente.

Tuppence se animó otro poco. El hecho de poder ver a Julius ya era algo. Quizá él tuviera algún plan para averiguar qué había sido de Tommy. Escribió una nota para Carter en la sala de Julius y, cuando estaba cerrando el sobre, se abrió la puerta.

—¿Qué diablos…? —empezó a decir Julius, pero se detuvo bruscamente—. Le ruego me perdone, señorita Tuppence. Esos tontos de la recepción dicen que Beresford ya no está aquí, que no ha vuelto desde el miércoles. ¿Es cierto eso?

Tuppence asintió.

—¿No sabe dónde está? —preguntó con desmayo.

—¿Yo? ¿Cómo iba a saberlo? No he sabido ni una palabra de él, aunque le telegrafié ayer por la mañana.

—Supongo que su telegrama estará aún sin abrir.

—Pero ¿dónde está?

—No lo sé. Yo esperaba que usted lo supiera.

—Ya le digo que no he sabido nada de él desde que nos separamos en la estación el miércoles.

—¿Qué estación?

—La de Waterloo. En el andén de los trenes que salen hacia el sudoeste.

—¿Waterloo? —Tuppence frunció el ceño.

—Pues, sí. ¿No se lo dijo?

—Yo tampoco lo he visto —replicó la joven con impaciencia—. Siga con lo de Waterloo. ¿Qué hacían ustedes allí?

—Me llamó por teléfono y me dijo que fuera corriendo, pues estaba siguiendo a dos individuos.

—¡Oh! —dijo Tuppence abriendo mucho los ojos—. Ya comprendo, continúe.

—Fui lo más deprisa que pude. Beresford estaba allí y me indicó los dos tipos. A mí me tocó seguir al más grueso, al que usted engañó. Tommy me puso un billete en la mano y me dijo que subiera al tren. Él tenía que seguir al otro. —Julius hizo una pausa —. Yo daba por seguro que usted ya lo sabría.

—Julius —dijo Tuppence con firmeza—, deje de pasear de un lado a otro. Me pone nerviosa. Siéntese en esa butaca y cuénteme toda la historia.

Hersheimmer obedeció.

—De acuerdo. ¿Por dónde empiezo?

—Por el punto de partida. La estación de Waterloo.

—Entré en uno de sus queridos y anticuados compartimientos de primera clase. El tren acababa de arrancar. La primera cosa que recuerdo es que un revisor vino a informarme muy amablemente de que me encontraba en un departamento de no fumadores. Le alargué medio dólar y todo quedó arreglado. Inspeccioné por el pasillo hasta el coche siguiente.

»Whittington estaba allí. Cuando vi aquel rostro carnoso y pensé que la pobre Jane estaba en sus garras, me maldije por no llevar encima un revólver. Tendré que arreglármelas para conseguir uno.

»Llegamos a Bournemouth sin novedad. Whittington detuvo un taxi y dijo el nombre de un hotel. Yo hice lo propio y llegamos con tres minutos de diferencia. Alquiló una habitación y yo otra. Hasta allí todo fue muy sencillo. No sospechaba ni remotamente que alguien pudiera seguirle. Pues bien, estuvo sentado en el vestíbulo del hotel, leyendo los periódicos hasta que fue la hora de cenar. Tampoco habló con nadie.

»Empecé a pensar que no tendría nada que hacer, que habría ido allí en viaje de reposo, pero me fijé en que no se había cambiado para cenar, a pesar de ser un hotel bastante elegante, de modo que imaginé que tal vez se ocuparía de sus asuntos después de la cena.

»Y eso hizo alrededor de las nueve. Tomó un taxi y recorrió la ciudad. A propósito, es un sitio muy bonito y creo que llevaré a Jane a pasar unos días cuando la encuentre. Luego lo despidió y anduvo hasta esos bosques de pinos que hay en la cima del acantilado. Por supuesto, yo lo seguí. Caminamos durante una media hora. Hay muchos hotelitos que, poco a poco, se van espaciando y al fin llegamos a uno que parecía ser el último de la serie. Era una casa grande rodeada de muchos pinos.

»La noche era oscura. Oía sus pasos, aunque no le veía. Avanzaba con cuidado para que el tipo no sospechara. Al dar la vuelta a un recodo llegué a tiempo de verle tocar el timbre y entrar en la casa. Me detuve donde estaba. Empezaba a llover y no tardé en quedar calado hasta los huesos. Además hacía frío.

»Whittington no salía y, poco a poco, me cansé de estarme quieto y comencé a husmear por los alrededores. Todas las ventanas de la planta baja estaban cerradas, pero arriba, en el primer piso (era una casa de dos plantas), vi una que tenía la luz encendida y las cortinas descorridas.

»Ahora bien, justo enfrente de esa ventana había un árbol. Estaba situado a unos diez metros de distancia de la casa y se me ocurrió que, si me subía a aquel árbol, conseguiría ver lo que estaba ocurriendo en la habitación. Claro que no había razón para suponer que Whittington estuviera precisamente allí, ya que lo más probable era que se encontrase en una de las salas de recepción de la planta baja. Pero me estaba quedando tieso de estar tanto tiempo parado bajo la lluvia y cualquier cosa me parecía mejor que no hacer nada. De modo que trepé hasta la copa.

»No fue nada fácil, ¡ni mucho menos! Las ramas estaban resbaladizas por la lluvia. Hice cuanto pude por encontrar donde apoyar el pie y, poco a poco, me las arreglé para alcanzar el nivel de la ventana.

»Y entonces tuve una desilusión. Estaba demasiado a la izquierda y solo podía ver una parte de la habitación. Un trozo de cortina y un metro de pared. Bueno, no me había servido de nada,

pero, cuando ya iba a darme por vencido y me disponía a bajar, alguien se movió en el interior proyectando su sombra en el reducido espacio de pared. ¡Era Whittington!

»Después de esto, sentí que me ardía la sangre. Tenía que ver lo que estaba ocurriendo en aquella habitación, pero ¿cómo? Observé una rama larga que seguía la dirección conveniente. Si conseguía arrastrarme hasta allí quedaría solucionado, pero era poco seguro que aguantara mi peso. Decidí arriesgarme y, con grandes precauciones, pulgada a pulgada, me fui situando. La rama crujía y oscilaba de un modo alarmante y no quise pensar en la distancia que estaba del suelo en caso de caer. Por fin conseguí llegar a salvo a donde deseaba.

»La habitación era de tamaño mediano y estaba amueblada al estilo clásico e higiénico de las clínicas. En el centro había una mesa con una lámpara y, sentado ante ella, de cara a mí, estaba Whittington hablando con una mujer vestida de enfermera; estaba de espaldas y no pude verle la cara. Aunque las persianas estaban levantadas la ventana estaba cerrada y no podía oír ni una palabra de lo que hablaban.

»Al parecer, Whittington llevaba la voz cantante; la enfermera se limitaba a escuchar. De vez en cuando asentía y otras negaba con la cabeza como si estuviera respondiendo preguntas. Él parecía muy categórico y una o dos veces descargó el puño sobre la mesa. La lluvia había cesado y el cielo se iba aclarando con la rapidez acostumbrada.

»Por fin pareció llegar al término de lo que estaba diciendo y se puso en pie. Ella hizo lo mismo. Whittington preguntó algo mirando hacia la ventana. Me imagino que observaría si llovía aún. De todas formas, ella se acercó a mirar al exterior. En aquel preciso momento la luna salió de detrás de unas nubes y tuve miedo de que me viera, porque me daba de lleno. Traté de echarme hacia atrás y, por lo visto, mi movimiento fue demasiado brusco para la rama, que se vino abajo con fuerte estrépito y, con ella, Julius P. Hersheimmer.

—¡Oh, Julius! —exclamó Tuppence—. ¡Qué emocionante! Continúe.

—Pues, afortunadamente para mí, caí sobre tierra blanda, pero de todas formas quedé sin sentido durante un rato. Cuando recobré el conocimiento me encontraba en una cama ante la que había una

enfermera, que no era la que viera con Whittington, y un hombre bajo de barba oscura y lentes de oro con todo el aspecto de ser médico, que se frotó las manos y enarcó las cejas cuando yo le miré. «¡Ah!», dijo. «De modo que nuestro amigo vuelve en sí. ¡Magnífico! ¡Magnífico!».

»Yo le pregunté lo que se acostumbra en tales casos: "¿Qué ha ocurrido?" y "¿Dónde estoy?", aunque sabía perfectamente la respuesta. Se dirigió a la enfermera y le dijo: "Creo que de momento esto es todo". Al salir, ella me miró con profunda curiosidad.

»Su mirada me dio una idea. "Ahora, dígame, doctor…", dije, tratando de sentarme en la cama, pero mi pie derecho me dio un pinchazo tremendo al hacerlo. El médico me interrumpió, apresurándose a facilitarme un diagnóstico: "Se trata de una ligera torcedura. Nada importante. Se pondrá bien en un par de días".

—Ya me he fijado en que anda usted cojo —intervino Tuppence.

Julius asintió antes de continuar:

—«¿Cómo ha sido?», le volví a preguntar al médico y él me respondió en tono seco: «Se cayó usted con una porción considerable de uno de mis árboles sobre uno de los parterres recién plantados».

»Me agradó aquel hombre. Parecía tener sentido del humor y tuve la seguridad de que él, por lo menos, era honrado. Le dije: "Vaya, doctor, lamento lo del árbol, de modo que los retoños que plante de nuevo corren de mi cuenta. Pero tal vez le agradaría saber lo que estaba haciendo en su jardín". Él me respondió: "Creo que los hechos requieren una explicación". Yo asentí. "Bien, para empezar le diré que no he venido a llevarme la plata". "Esa fue mi primera teoría, pero pronto cambié de opinión. A propósito, es usted norteamericano, ¿verdad?", replicó, sonriente. Le dije mi nombre. "¿Y usted, doctor, quién es?". Me respondió sin titubear: "Me llamo Hall, doctor Hall, y esta, como sin duda ya supone, es mi clínica particular".

»Yo no lo sabía, pero no iba a decírselo. Le estaba agradecido por la información. Me agradaba aquel hombre y le creía honrado, pero no por ello iba a contarle toda la historia, porque probablemente tampoco la hubiera creído.

»En un instante tomé una determinación. Le dije: "Vaya, doctor, me figuro que voy a parecerle muy tonto, pero no vine a hacer de

Bill Sikes". Entonces balbucí algo acerca de una chica. Saqué a relucir la severidad de los guardianes, un desequilibrio nervioso, y finalmente le dije que había creído reconocerla entre las pacientes de su clínica y que a eso se debían mis aventuras nocturnas.

»Me figuro que era la clase de historia que esperaba. Cuando hube terminado me dijo divertido: "Es casi una novela". A lo que respondí: "Ahora, doctor, continúe y sea franco conmigo. ¿Tiene aquí, ahora, o ha tenido alguna vez, a una joven llamada Jane Finn?". El doctor Hall repitió el nombre pensativo: "¿Jane Finn? No".

»Estaba disgustado y me figuro que lo notó. Le apremié: "¿Está seguro, doctor?". Su respuesta fue categórica: "Completamente seguro, señor Hersheimmer. Es un nombre poco corriente y no lo hubiera olvidado".

»Bien. Su respuesta tajante me dejó aturdido. ¡Y yo que esperaba que mi búsqueda llegara a su fin! Para terminar le insinué: "Ahora hay otra cosa. Cuando estaba subido a esa maldita rama creí reconocer a un viejo amigo mío hablando con una de las enfermeras". No mencioné ningún otro nombre por temor a que Whittington se hiciera llamar de otra manera, pero el médico respondió enseguida: "¿Whittington, tal vez?". Algo sorprendido, afirmé: "El mismo. ¿Y qué estaba haciendo aquí? ¿No irá a decirme que sufre trastornos nerviosos?".

»El doctor Hall se echó a reír. "No, ha venido a ver a una de mis enfermeras, la enfermera Edith, que es sobrina suya". Yo exclamé: "¡Vaya, quién lo iba a pensar! ¿Está aún aquí el señor Whittington?". Él explicó: "No, se marchó casi inmediatamente". "¡Qué lástima!", dije yo y añadí: "Pero tal vez podría hablar con su sobrina, la enfermera. Edith dijo usted que se llamaba, ¿verdad?".

»Pero el médico meneó la cabeza. "Me temo que eso tampoco será posible. La enfermera Edith se ha marchado esta noche con una paciente". Mi reacción fue instantánea: "¡Qué mala suerte! ¿Acaso tiene usted la dirección del señor Whittington en la ciudad? Me gustaría telefonearle cuando llegue". No la sabía, pero me dijo que, en caso de interesarme, podía escribir a la enfermera Edith. Le di las gracias, no sin pedirle antes que no le mencionara mi nombre: "Quisiera darle una sorpresa". Y me despedí.

»Eso fue todo lo que pude hacer de momento. Claro que si la

chica era en realidad sobrina de Whittington sería demasiado lista para caer en la trampa, pero valía la pena intentarlo. A continuación mandé un telegrama a Beresford diciéndole dónde estaba, que tenía que permanecer echado por mi tobillo y que viniera si no estaba demasiado ocupado. No obstante, no supe nada de él y mi pie no tardó en restablecerse. Solo era una ligera torcedura, de modo que hoy me dieron de alta, me despedí del médico, pidiéndole que me avisara si sabía algo de la enfermera Edith, y vine enseguida hacia aquí. ¿Qué le ocurre, señorita Tuppence? Se ha puesto muy pálida.

—Es por Tommy. ¿Qué puede haberle ocurrido?

—Anímese, no le habrá pasado nada malo. ¿Por qué habría de ocurrirle algo? Mire, se fue detrás de un sujeto de aspecto extranjero. Tal vez se haya ido a Polonia o algún sitio parecido.

Tuppence meneó la cabeza.

—No podía hacerlo sin pasaporte. Además, después he visto a ese hombre, Boris no sé qué. Ayer noche cenó con la señora Vandemeyer.

—¿Con quién?

—Me olvidaba. Claro, usted no sabe nada de eso.

—Soy todo oídos —dijo Julius, añadiendo a continuación su frase favorita—: Póngame al corriente.

Entonces Tuppence le relató los acontecimientos de los dos últimos días. La admiración y asombro de Julius eran inmensos.

—¡Bravo! Usted haciendo de doncella. ¡Es para morirse de risa! Pero ahora escúcheme bien, señorita Tuppence: esto no me gusta nada, se lo aseguro. Usted es tan valiente como la que más, pero preferiría que se apartara de todo esto. Esta gente a la que perseguimos lo mismo mata a una joven que a un hombre en cualquier momento.

—¿Cree que tengo miedo? —dijo Tuppence indignada y evitando pensar en los ojos llameantes de la señora Vandemeyer.

—Ya le dije antes que es muy valiente, pero eso no altera los hechos.

—¡Oh, no hablemos de mí! ¡Pensemos en lo que puede haberle ocurrido a Tommy! —dijo Tuppence impaciente, y agregó—: He escrito esta nota al señor Carter.

Se la leyó. Julius asintió.

—Me figuro que de momento es lo mejor que puede hacer, pero nosotros también deberíamos movernos y hacer algo.

—¿El qué? —preguntó Tuppence que sintió renacer su esperanza.

—Creo que lo mejor será seguir el rastro de Boris. ¿Dice usted que ha ido a esa casa donde usted sirve? ¿Es probable que vuelva allí?

—Sí, aunque en realidad no lo sé.

—Ya. Bien, creo que lo mejor es comprar un automóvil deslumbrante, yo me visto de chófer y me sitúo ante la casa. Cuando Boris salga, usted me hace una señal y yo lo sigo. ¿Qué tal?

—Espléndido, pero es posible que tarde semanas en aparecer.

—Tendremos que correr ese riesgo. Celebro que le agrade mi plan. —Se puso en pie.

—¿Adónde va?

—A comprar el coche, desde luego —replicó Julius, sorprendido —. ¿Qué marca le gusta más? Me figuro que podrá pasear en él alguna vez antes de que concluya todo esto.

—¡Oh! —dijo Tuppence con desmayo—. Me gustan los Rolls-Royce, pero…

—De acuerdo —se avino Julius—. Será como usted dice. Le traeré un Rolls.

—Pero no va a conseguirlo —exclamó Tuppence—. A veces hay que esperar mucho.

—Pero el pequeño Julius no —afirmó Hersheimmer—. No se preocupe por eso. Estaré aquí con el coche dentro de media hora.

Tuppence se puso en pie.

—Es usted buenísimo, Julius, pero no puedo dejar de pensar que es una empresa bastante desesperada y yo solo confío en el señor Carter.

—Pues yo no.

—¿Por qué?

—Es solo una idea.

—¡Oh, pero él tiene que hacer algo! No hay nadie más. A propósito, me olvidé de contarle una cosa muy curiosa que ocurrió esta mañana.

Le refirió su encuentro con *sir* James Peel Edgerton.

Julius se interesó.

—¿Qué cree usted que quiso decir?

—Pues no lo sé —dijo Tuppence, pensativa—. Pero yo creo que intentó prevenirme.

—¿Por qué?

—No sé. Me dio la sensación de ser amable y muy inteligente. No me importaría nada ir a verlo y contárselo todo.

Ante su sorpresa, Julius rechazó la idea rotundamente.

—Escuche. No quiero ver a ningún abogado metido en esto. Ese individuo no podría ayudarnos en nada.

—Bien, pues yo creo que sí —insistió Tuppence.

—No lo crea. Hasta luego. Volveré dentro de media hora.

Habían transcurrido treinta y cinco minutos cuando Julius regresó y, tomando a Tuppence del brazo, le hizo asomarse a la ventana.

—Ahí está.

—¡Oh! —exclamó Tuppence con admiración al contemplar el enorme Rolls-Royce.

—Le aseguro que corre —dijo Julius, satisfecho.

—¿Cómo lo consiguió?

—Iban a enviárselo a un pez gordo.

—¿Y?

—Fui hasta su casa —explicó Julius—. Dije que reconocía que un coche como este valía veinte mil dólares y agregué que para mí valdría cincuenta mil si me lo entregaba en el acto.

—¿Qué más?

—Pues me lo entregó.

Capítulo XII
Un amigo en apuros

El viernes y el sábado transcurrieron sin más novedades. Tuppence había recibido una breve respuesta de Carter a su requerimiento, en la que apuntaba que los Jóvenes Aventureros habían emprendido la búsqueda bajo su responsabilidad, y que habían sido debidamente advertidos de los peligros. Si a Tommy le había ocurrido algo, lo lamentaba muchísimo, pero él no podía hacer nada.

Sin Tommy, todo el sabor de la aventura desaparecía y por primera vez Tuppence dudó del éxito de su empresa. Mientras permanecieron juntos no había vacilado ni un instante. A pesar de que estaba acostumbrada a llevar la iniciativa y se enorgullecía de ser la más rápida, la verdad es que había confiado en Tommy más de lo que creía. Era tan sensato y de una mentalidad tan despejada, y su sentido común y sana visión de las cosas eran tan firmes, que sin él se sentía como un barco sin timón.

Era curioso que Julius, siendo más listo que Tommy, no le diera aquella sensación de apoyo. Había acusado a Tommy de ser un pesimista, porque era cierto que siempre veía las desventajas y dificultades que ella pasaba por alto con su optimismo, pero en realidad, siempre había confiado plenamente en su buen juicio. Podía ser lento, pero era muy seguro.

Por primera vez se daba cuenta del carácter siniestro de la misión que emprendieron tan a la ligera. Había comenzado como una novela romántica. Ahora, despojada de su encanto, se convertía en una amarga realidad. Tommy era lo único que importaba y muchas veces, durante aquel día, tuvo que contener las lágrimas. Tonta, se reprendía, no lloriquees. Claro que le aprecias. Lo conoces de toda la vida, pero no hay necesidad de ponerse sentimental.

Entretanto, no volvieron a ver a Boris. No regresó por el

apartamento, y Julius y el coche esperaron en vano. Tuppence se entregó a nuevas meditaciones. Aunque admitía las objeciones de Julius, no había renunciado por completo a la idea de acudir a *sir* James Peel Edgerton. Incluso había llegado a buscar su dirección en la guía telefónica. ¿Quiso advertirla aquel día? Y de ser así, ¿por qué? Sin duda tenía por lo menos derecho a pedirle una explicación. La había mirado con tanta amabilidad. Quizá pudiera decirle algo relativo a la señora Vandemeyer que le diera una pista del paradero de Tommy.

De todas formas, Tuppence decidió, con su movimiento de hombros peculiar, que valía la pena intentarlo. El domingo tenía la tarde libre, convencería a Julius y luego irían a ver al león en su guarida.

Cuando llegó el día, Julius necesitó mucho tiempo para dejarse convencer, pero Tuppence se mantuvo firme.

—No puede perjudicarnos —decía siempre que trataba de hacerla desistir.

Al fin Julius cedió y fueron en su coche a Carlton House Terrace.

Les abrió la puerta un mayordomo irreprochable. Tuppence estaba algo nerviosa. Al fin y al cabo, tal vez fuera un atrevimiento colosal. Había decidido no preguntar si *sir* James estaba «en casa», sino adoptar una actitud más personal.

—¿Quiere preguntarle a *sir* James si puede concederme unos minutos? Tengo un mensaje muy importante para él.

El mayordomo se retiró para regresar a los pocos momentos.

—*Sir* James los recibirá. ¿Tendrían la bondad de seguirme?

Fueron introducidos en una habitación del fondo de la casa, amueblada como biblioteca. La colección de libros era magnífica y Tuppence observó que toda una sección estaba dedicada a obras sobre crímenes y criminología. Había varios butacones de cuero y una chimenea anticuada. Junto la ventana había un escritorio sembrado de papeles ante el que se encontraba sentado el dueño de la casa.

Al verlos entrar se puso en pie.

—¿Tiene usted un mensaje para mí? ¡Ah! —Al reconocer a Tuppence le dirigió una sonrisa—. Es usted. Supongo que vendrá a traerme un recado de la señora Vandemeyer.

—No exactamente —replicó Tuppence—. La verdad es que solo

lo he dicho para que me recibiera. Oh, a propósito, le presento al señor Hersheimmer, *sir* James Peel Edgerton.

—Encantado de conocerlo —dijo el norteamericano.

—¿No quieren sentarse? —preguntó *sir* James adelantando dos sillas.

—*Sir* James —dijo Tuppence con osadía—, debe usted estar pensando que es un atrevimiento por mi parte visitarlo así, de este modo. Porque desde luego, se trata de algo que nada tiene que ver con usted, una persona tan importante, y teniendo en cuenta de que Tommy y yo somos dos seres insignificantes.

Se detuvo para tomar aliento.

—¿Tommy? —inquirió *sir* James, mirando al norteamericano.

—No, él es Julius —explicó Tuppence—. Estoy bastante nerviosa y por eso no sé explicarme bien. Pero me gustaría saber qué es lo que quiso usted decirme exactamente el otro día. Quiso prevenirme contra la señora Vandemeyer, ¿no es cierto?

—Mi querida jovencita, que yo recuerde solo dije que había otras muchas colocaciones tan buenas como esa.

—Sí, lo sé. Pero fue una advertencia, ¿verdad?

—Bueno, tal vez lo fuera —admitió *sir* James con gravedad.

—Pues bien, quiero saber aún más. Deseo saber el porqué de esa advertencia.

—Supongamos que esa señora me denuncia por difamación —dijo *sir* James, sonriendo.

—Por supuesto. Ya sé que los abogados son siempre muy cuidadosos. Pero ¿no se dice primero «sin pretender perjudicar a nadie», y luego ya puede decirse lo que uno quiere?

—Bueno —replicó *sir* James sin dejar de sonreír—, entonces «sin pretender perjudicar a nadie» le diré que si una hermana mía tuviera que ganarse la vida, no me gustaría verla al servicio de la señora Vandemeyer. Y creía conveniente advertirla. No es un lugar adecuado para una joven sin experiencia. Es todo cuanto puedo decirle.

—Ya —dijo Tuppence, pensativa—. Muchísimas gracias, pero yo no soy una joven sin experiencia, ¿sabe usted? Cuando fui allí sabía perfectamente que era una mala persona y, a decir verdad, por eso fui… —Se interrumpió al ver cierto asombro reflejado en el rostro del abogado y continuó—: Creo que tal vez será mejor contarle toda

la historia, *sir* James. Tengo la impresión de que si no le dijera la verdad, lo sabría en el acto, de modo que es preferible contárselo todo desde el principio. ¿Qué le parece, Julius?

—Puesto que está decidida, adelante —replicó el norteamericano que hasta aquel momento no había pronunciado palabra.

—Sí, cuéntemelo todo —dijo *sir* James—. Quiero saber quién es ese Tommy.

Esto animó a Tuppence a comenzar su relato, que el abogado escuchó con gran atención.

—Muy interesante —opinó cuando la muchacha acabó—. Gran parte de lo que acababa de decirme lo sabía ya, pequeña. Yo tengo algunas teorías personales sobre Jane Finn. Se ha portado usted magníficamente bien hasta ahora, pero me parece muy mal por parte de… ¿qué nombre le dan ustedes…?, el señor Carter, que haya metido en este asunto a dos jóvenes como ustedes. A propósito, ¿en qué momento interviene el señor Hersheimmer? No ha dejado este punto muy claro.

Julius se lo explicó.

—Soy primo de Jane.

—¡Ah!

—¡Oh, *sir* James! —intervino Tuppence—. ¿Qué cree usted que habrá sido de Tommy?

—¡Hum! —El abogado se puso en pie y comenzó a pasear de un lado a otro—. Cuando llegaron ustedes, estaba haciendo mi equipaje. Me iba a Escocia en el tren de la noche a pasar unos días pescando. Pero hay muchas maneras de pescar. Voy a quedarme y veré si puedo dar con el rastro de ese joven.

—¡Oh! —Tuppence juntó las manos extasiada.

—De todas formas, como ya dije antes, Carter hizo muy mal en dejar intervenir a un par de críos en un asunto como este. No se ofenda, señorita…

—Cowley. Prudence Cowley. Pero todos mis amigos me llaman Tuppence.

—Bien, señorita Tuppence, puesto que voy a ser amigo suyo, no se ofenda porque la considere demasiado joven. La juventud es un defecto solo para los que han envejecido demasiado deprisa. Ahora, en cuanto a ese Tommy amigo suyo…

—¿Sí?

—Con franqueza, las cosas se presentan mal para él. Se habrá metido en algún sitio donde no le llamaban. No cabe la menor duda. Pero no pierda la esperanza, ya saldrá de apuros.

—Nos ayudará usted, ¿verdad? ¡Julius! Y usted que no quería venir —agregó en tono de reproche.

—¡Hum! —masculló el abogado, dedicando a Julius otra de sus miradas penetrantes—. ¿Por qué?

—Creí que no valdría la pena molestarlo por un asunto sin importancia.

—Ya comprendo. Este asunto sin importancia, como usted dice, guarda relación directa con uno muy importante, mucho más de lo que usted o la señorita Tuppence podrían suponer. Si ese muchacho vive, podrá darnos una información muy valiosa. Por lo tanto debo encontrarlo.

—Sí, pero ¿cómo? —exclamó Tuppence—. He estado pensando en todas las formas habidas y por haber.

Sir James sonrió.

—Hay una persona muy cercana que con toda probabilidad sabe dónde está, o por lo menos dónde es probable que se encuentre.

—¿Quién es esa persona? —preguntó Tuppence, extrañada.

—La señora Vandemeyer.

—Sí, pero no nos lo dirá nunca.

—Ah, ahí es donde yo intervengo. Creo bastante posible conseguir que la señora Vandemeyer me diga lo que deseo saber.

—¿Cómo? —Tuppence abrió mucho los ojos.

—Oh, pues preguntándoselo —replicó *sir* James—. Ya sabe, así es como lo hacemos.

Tamborileó con sus dedos sobre la mesa y Tuppence volvió a sentir el inmenso magnetismo que irradiaba aquel hombre.

—¿Y si no se lo dice? —preguntó Julius de pronto.

—Creo que me lo dirá. Tengo un par de argumentos poderosos. No obstante, si fracasara, siempre nos queda la posibilidad del soborno.

—Claro. ¡Ahí es donde intervengo yo! —exclamó Julius, descargando el puño contra la mesa—. Por mi parte, puede usted contar, de ser necesario, hasta con un millón de dólares. ¡Sí, señor, un millón de dólares!

—Señor Hersheimmer, esa es una suma muy elevada.

—Es lo que imagino que tendrá que pujar. A esa clase de gente no se le puede ofrecer cuatro perras.

—Al cambio actual, representan doscientas cincuenta mil libras.

—Eso es. Tal vez cree usted que hablo de boquilla, pero puedo entregarle esa cantidad enseguida y algo más por sus honorarios.

Sir James enrojeció ligeramente.

—No es mi intención cobrarle, señor Hersheimmer. No soy un detective particular.

—Lo siento. Creo que me he precipitado, pero tengo una extraña sensación en cuanto al dinero. Días pasados quise ofrecer una gran recompensa para obtener noticias de Jane, pero Scotland Yard me hizo desistir. Dijeron que no era aconsejable.

—Probablemente tenían razón —replicó *sir* James.

—Pero lo que dice Julius es verdad —intervino Tuppence—. No le toma el pelo. Tiene montones de dinero.

—Mi padre los fue amontonando —explicó Julius—. Ahora, pasemos a la cuestión. ¿Cuál es su idea?

Sir James estuvo reflexionando durante unos cuantos minutos.

—No hay tiempo que perder. Cuanto antes empecemos mejor. —Se volvió hacia Tuppence—. ¿Sabe si la señora Vandemeyer cenará fuera esta noche?

—Sí, creo que sí, pero no regresará tarde, porque no se ha llevado las llaves de casa.

—Bien. Entonces yo iré a verla a eso de las diez. ¿A qué hora tiene que volver usted?

—Entre nueve y media y diez, aunque también podría regresar antes.

—No debe hacerlo bajo ningún concepto. Si no llega a la hora establecida quizá despertaría sospechas. Vuelva a las nueve y media. Yo iré a las diez. Hersheimmer podría esperar abajo en un taxi.

—Tiene un Rolls-Royce nuevo —dijo Tuppence con orgullo.

—Tanto mejor. Si tengo la suerte de conseguir que me dé la dirección, podremos ir enseguida. Y si fuera necesario nos llevaríamos con nosotros a la señora Vandemeyer. ¿Comprendido?

—Sí. —Tuppence se puso en pie—. ¡Oh, me siento mucho mejor!

—No se haga demasiadas ilusiones, señorita Tuppence, pero

tómeselo con calma.

Julius se volvió hacia el abogado.

—Entonces lo pasaré a recoger con el coche a eso de las nueve y media. ¿Le parece bien?

—Me parece bien. ¿Para qué vamos a tener dos coches esperando? Ahora, señorita Tuppence, mi consejo es que cene a gusto y no piense en lo que pueda suceder.

Les estrechó la mano a los dos y momentos después estaban en la calle.

—¿No es un encanto? —dijo Tuppence extasiada mientras bajaban las escaleras—. ¡Oh, Julius! ¿No es un encanto?

—Pues admito que es muy agradable y que yo estaba equivocado al negarme a venir. ¿Regresamos directamente al Ritz?

—Creo que preferiría andar un poco. Me siento muy excitada. Déjeme en Hyde Park. A menos que quiera acompañarme.

Julius meneó la cabeza.

—Tengo que ir a poner gasolina y hacer un par de llamadas.

—Muy bien. Me reuniré con usted en el Ritz a las siete. Tendremos que cenar arriba. No puedo exhibirme por ahí con estas ropas.

—Claro, le diré a Félix, el maître, que me ayude a escoger el menú. Hasta luego.

Después de mirar su reloj, Tuppence echó a andar rápidamente. Eran cerca de las seis. Recordó que no había merendado, pero se sentía demasiado excitada para pensar en comer. Caminó hasta Kensington Gardens, donde aminoró el paso, sintiéndose mejor gracias al aire fresco y al ejercicio. No era sencillo seguir el consejo de *sir* James y no pensar en los posibles acontecimientos de aquella noche. A medida que se iba aproximando a Hyde Park, la tentación de regresar a South Audley Mansions se le hizo irresistible.

Decidió que no haría ningún daño con echar un vistazo al edificio. Quizá de este modo se resignaría a esperar pacientemente hasta las diez.

South Audley Mansions tenían el mismo aspecto de siempre. Tuppence apenas sabía precisar lo que había imaginado, pero la visión de la fachada de ladrillos apaciguó un tanto su creciente e inexplicable inquietud. Iba ya a marcharse cuando oyó un silbido y el fiel Albert salió corriendo de la casa para reunirse con ella.

Tuppence frunció el entrecejo. No entraba en su programa llamar la atención en aquel vecindario, pero Albert estaba rojo de excitación.

—Oiga, señorita, se marcha.

—¿Quién se marcha? —preguntó Tuppence, irritada.

—Esa mujer, Rita la Rápida. La señora Vandemeyer. Está haciendo el equipaje y acaba de enviarme a buscar un taxi.

—¿Qué? —Tuppence le asió del brazo.

—Es la verdad, señorita. Pensé que usted tal vez no lo sabría.

—Albert, eres magnífico. A no ser por ti la hubiéramos perdido.

Albert enrojeció de satisfacción al oír aquel elogio.

—¡No hay tiempo que perder! —dijo Tuppence cruzando la calle —. Tengo que detenerla. Tiene que quedarse a toda costa hasta que… —Se interrumpió—. Albert, ¿hay teléfono en la portería?

—No. Casi todos los apartamentos tienen el suyo, señorita. Pero hay una cabina a la vuelta de la esquina.

—Entonces ve allí y telefonea al hotel Ritz. Pregunta por el señor Hersheimmer y dile que venga enseguida con *sir* James, porque la señora Vandemeyer intenta escaparse. Si no lo encuentras, llamas a *sir* James Peel Edgerton, encontrarás su número en la guía, y ponle al corriente. No te olvidarás de los nombres, ¿verdad?

Albert los repitió varias veces.

—Confíe en mí, señorita. Todo irá bien. Pero ¿y usted? ¿No tiene miedo de quedarse con ella?

—No, no te preocupes. Pero ve y telefonea. Deprisa.

Tuppence entró en el edificio y tocó el timbre de la puerta número 20. ¿Cómo iba a entretener a la señora Vandemeyer hasta que llegaran los dos hombres? Lo ignoraba, pero era preciso hacerlo como fuese, y sola. ¿Cuál sería la causa de aquella marcha repentina? ¿Es que la señora Vandemeyer sospechaba de ella? Era inútil hacer cábalas. Tal vez la cocinera pudiera decirle algo.

No ocurrió nada y, tras esperar unos minutos, Tuppence volvió a llamar, manteniendo el dedo sobre el timbre algún tiempo. Al fin oyó pasos y un momento después la señora Vandemeyer en persona le abrió la puerta, enarcando las cejas al verla.

—¿Usted?

—Tengo dolor de muelas, señora —dijo Tuppence con voz débil

—. De modo que pensé que lo mejor era volver a casa y pasar la tarde tranquila.

La señora Vandemeyer se apartó para dejarla entrar.

—Qué mala suerte —comentó con voz fría—. Será mejor que se acueste.

—Oh, estaré bien en la cocina, señora. La cocinera…

—La cocinera no está —dijo la señora Vandemeyer con extraña entonación—. La he despedido. De modo que será mejor que se acueste.

Tuppence sintió miedo de repente. Había un timbre en la voz de la señora Vandemeyer que no le gustaba nada y, además, la iba empujando hacia el pasillo. Tuppence se volvió.

—No quiero…

Entonces sintió el frío contacto de un cañón de acero en la sien y la voz de la señora Vandemeyer se elevó fría y amenazadora:

—¡Maldita chiquilla! ¿Crees que no lo sé? No, no contestes. Si te resistes o gritas, te mataré como a un perro.

El cañón de acero se incrustó con más fuerza en su sien.

—Ahora, en marcha —continuó la señora Vandemeyer—. Por aquí iremos a mi habitación. Dentro de un momento, cuando haya terminado contigo, te acostarás como te he dicho. Y dormirás. ¡Oh, sí, vaya si dormirás!

Había cierta malvada ironía en las palabras de la señora Vandemeyer que no le gustó lo más mínimo. En aquel momento no podía hacer nada y caminó obediente hasta el dormitorio. La pistola no se apartó de su cabeza. La habitación estaba en completo desorden, había trajes por todas partes y una maleta y una sombrerera a medio llenar en el suelo.

Tuppence se rehizo con esfuerzo y, aunque su voz tembló un tanto, dijo con valentía:

—Vamos, esto es una tontería. Usted no puede matarme. Todo el mundo oiría la detonación.

—Correré el riesgo —dijo la señora Vandemeyer en tono festivo —. Pero, mientras no grites pidiendo ayuda, y no creo que lo hagas, no te ocurrirá nada. Eres una chica inteligente. Me engañaste muy bien. ¡No sospeché de ti! No dudo de que comprenderás a la perfección que ahora estoy yo encima y tú debajo. Siéntate en la cama. Pon las manos encima de la cabeza y, si en algo aprecias tu

vida, no las muevas.

Tuppence obedeció. Su buen sentido le aconsejaba aceptar la situación. Si gritaba pidiendo socorro, había muy pocas probabilidades de que la oyera nadie, mientras que lo más seguro era que la señora Vandemeyer disparase. Entretanto, cada minuto que transcurriera sería valioso.

La señora Vandemeyer dejó el revólver sobre el tocador, al alcance de su mano y, sin apartar la vista de Tuppence, por temor a que se moviera, cogió una botellita que estaba sobre el mármol y vació parte de su contenido en un vaso que acababa de llenar de agua.

—¿Qué es eso? —preguntó Tuppence.

—Algo que te hará dormir profundamente.

Tuppence palideció un tanto.

—¿Va a envenenarme?

—Tal vez —dijo la señora Vandemeyer, sonriendo.

—Entonces no lo beberé —dijo la muchacha con firmeza—. Prefiero morir de un balazo. Al fin y al cabo así haría ruido y tal vez lo oyera alguien. Pero no voy a dejarme matar como un cordero.

La señora Vandemeyer golpeó el suelo con el pie.

—¡No seas tonta! ¿De veras crees que quiero dejar un crimen tras de mí? Si tuvieras un poco de sentido común comprenderías que no entra en mis planes el envenenarte. Es una droga para hacerte dormir, nada más. Te despertarás mañana por la mañana sana y salva. Sencillamente quiero ahorrarme las molestias de atarte y amordazarte. Te ofrezco otra alternativa y no te gusta. Pero te aseguro que puedo ser muy dura si me lo propongo. De modo que bébetelo como una buena chica y no te pasará nada.

En el fondo de su corazón, Tuppence la creía. Sus argumentos eran bastante verosímiles. Era el medio más sencillo de quitarla de en medio durante algún tiempo. Sin embargo, no se avenía a la idea de que la durmiera sin luchar por su libertad. Comprendía que, una vez se marchara la señora Vandemeyer, con ella desaparecería la última esperanza de encontrar a Tommy.

Tuppence poseía una mente rápida y todas estas ideas pasaron por su cerebro como un relámpago. Vislumbró una posibilidad, aunque remota, y determinó arriesgarlo todo en un esfuerzo supremo.

Se arrojó a los pies de la señora Vandemeyer asiéndose frenéticamente a sus faldas.

—No le creo —gimió—. Es veneno, sé que es veneno. Oh, no me obligue a beberlo… —Su voz adquirió un tono histérico—. ¡No me obligue a beberlo!

La señora Vandemeyer, con el vaso en la mano, al ver la reacción, la miró torciendo el gesto.

—¡Levántate, estúpida! No te quedes ahí haciendo la tonta. No comprendo cómo has tenido temple para representar tu papel. ¡Te digo que te levantes!

Pero Tuppence continuó asiéndola y sollozando, al tiempo que intercalaba frases incoherentes pidiendo clemencia. Se trataba de ganar tiempo. Además, de este modo se iba aproximando decidida e imperceptiblemente a su objetivo.

La señora Vandemeyer lanzó una exclamación de impaciencia y la hizo incorporarse.

—¡Bébetelo enseguida!

Con ademán imperioso acercó el vaso a los labios de Tuppence.

Esta lanzó el último gemido desesperado.

—¿Me jura que no me hará daño?

—Pues claro que no. No seas tonta.

—¿Lo jura?

—Sí, sí —dijo la otra con impaciencia—. Te lo juro.

Tuppence cogió el vaso con mano temblorosa.

—Muy bien. —Abrió la boca poco a poco.

La señora Vandemeyer exhaló un suspiro de alivio y por un momento bajó la guardia. Entonces, Tuppence, rápida como una exhalación, le arrojó el contenido del vaso a la cara con toda la fuerza que pudo, aprovechando el asombro momentáneo para apoderarse del revólver que estaba sobre el tocador. Un instante después apuntaba al corazón de la señora Vandemeyer sin que le temblara la mano lo más mínimo.

En aquel momento victorioso, Tuppence alardeó de su triunfo de un modo algo antideportivo.

—¿Y ahora quién está arriba y quién abajo?

La mujer tenía el rostro descompuesto por la ira; por un momento pensó que iba a saltar sobre ella, lo cual hubiera colocado a Tuppence en un dilema desagradable, puesto que significaría

tener que disparar el revólver.

Sin embargo, la señora Vandemeyer logró dominarse y al fin una sonrisa diabólica apareció en su rostro.

—¡No eres tan tonta, después de todo! Lo hiciste muy bien, pequeña, pero me las pagarás. ¡Oh, sí, me las pagarás! ¡Tengo muy buena memoria!

—Me sorprende que se deje engañar con tanta facilidad —dijo Tuppence con enojo—. ¿Es que pensó que era de esa clase de chica capaz de arrojarse al suelo pidiendo clemencia?

—¡Ya lo harás algún día! —dijo la otra en un tono significativo. La fría malevolencia de su porte hizo que un estremecimiento recorriera la espina dorsal de Tuppence, pero no estaba dispuesta a demostrarlo.

—¿Qué le parece si nos sentáramos? —dijo complacida—. Nuestra actitud actual es un tanto melodramática. No, en la cama no. Acerque esa silla a la mesa; así está bien. Yo me sentaré al otro lado con el revólver ante mí por si acaso. Espléndido. Ahora hablemos.

—¿De qué? —preguntó la señora Vandemeyer en tono sombrío.

Tuppence la contempló pensativa unos instantes. Recordaba varias cosas. Las palabras de Boris: «Creo que serías capaz de vendernos», y su respuesta: «El precio tendría que ser enorme», pronunciada en tono ligero, pero ¿no habría en el fondo algo de verdad? Acaso Whittington no le había preguntado: «¿Quién ha estado hablando, Rita?». ¿Sería Rita Vandemeyer el punto débil de la armadura del señor Brown?

Con los ojos muy fijos en el rostro de Rita, Tuppence respondió sin alterarse:

—De dinero.

La señora Vandemeyer pegó un respingo. Era evidente que no esperaba aquella contestación.

—¿Qué quieres decir?

—Se lo diré. Acaba usted de decir que tiene buena memoria. ¡Pues la buena memoria no es tan útil como una buena bolsa! Me atrevo a creer que le complace planear toda clase de cosas terribles para vengarse de mí, pero ¿resultaría práctico? La venganza no satisface. Todo el mundo lo dice. En cambio el dinero… —Tuppence expuso su tema preferido—. Bueno, el dinero sí que llena, ¿no es

cierto?

—¿Crees que soy de esas mujeres que venden a sus amigos? —— dijo la señora Vandemeyer con rencor.

—Sí —replicó Tuppence en el acto—, si el precio es lo bastante elevado.

—¡Por unos cientos de libras!

—No —dijo Tuppence—. ¡Yo le ofrezco cien mil!

Su sentido de la economía le impidió mencionar el millón de dólares ofrecido por Julius.

El rostro de la señora Vandemeyer se cubrió de rubor.

—¿Qué has dicho? —preguntó, jugueteando nerviosamente con el broche que llevaba prendido en el pecho.

Tuppence comprendió enseguida que había mordido el anzuelo y por primera vez sintió vergüenza de su amor al dinero, lo cual le daba cierto parecido con la mujer que tenía enfrente.

—Cien mil libras —repitió Tuppence.

El brillo desapareció de los ojos de Rita que se reclinó en su silla.

—¡Bah! —dijo—. No las tienes.

—No —admitió Tuppence—. No las tengo, pero sé quién las tiene.

—¿Quién?

—Un amigo mío.

—Debe de ser millonario —observó Rita sin gran convencimiento.

—Pues a decir verdad lo es. Es norteamericano y las pagará sin rechistar. Puede considerarlo como una proposición seria.

La señora Vandemeyer volvió a erguirse.

—Me siento inclinada a creerte.

Se hizo un silencio y al cabo Rita alzó la mirada.

—¿Qué es lo que desea saber ese amigo tuyo?

Tuppence vaciló un momento, pero el dinero era de Julius y sus intereses eran lo primero.

—Desea saber dónde está Jane Finn —dijo con osadía.

La señora Vandemeyer no demostró sorpresa.

—No estoy muy segura de dónde se encuentra en estos momentos.

—Pero ¿podría averiguarlo?

—¡Oh, sí! —repuso Rita con descuido—. No existe la menor dificultad.

—Luego… —la voz de Tuppence tembló—… hay un muchacho… un amigo mío… Temo que le haya ocurrido algo por mediación de su camarada Boris.

—¿Cómo se llama?

—Tommy Beresford.

—Nunca le oí nombrar, pero le preguntaré a Boris. Él me dirá todo lo que sepa.

—Gracias. —Tuppence sintió levantar su ánimo y eso le impulsó a mostrarse más audaz—. Hay otra cosa más.

—¿Qué es?

—¿Quién es el señor Brown?

Sus ojos advirtieron la repentina palidez de aquel hermoso rostro. Haciendo un esfuerzo, Rita procuró adoptar su actitud anterior, pero su intento resultó una parodia. No era muy buena actriz, se encogió de hombros.

—No debes de saber gran cosa de nosotros si ignoras que nadie sabe quién es el señor Brown.

—Usted lo sabe —replicó Tuppence sin alterarse.

—¿Por qué lo crees así?

—No lo sé —dijo la muchacha, pensativa—. Pero estoy convencida.

La señora Vandemeyer estuvo mirando al vacío durante un largo rato.

—Sí —dijo al fin con voz ronca—. Lo sé. Yo era hermosa, ¿comprendes? Muy hermosa.

—Lo es todavía —dijo Tuppence con admiración.

Rita meneó la cabeza con un brillo extraño en sus ojos azul eléctrico.

—Pero no lo bastante —dijo en voz baja y peligrosa—. ¡No lo bastante! De un tiempo a esta parte, he tenido miedo a menudo. ¡Es peligroso saber demasiado! —Se inclinó sobre la mesa—. ¡Júrame que mi nombre no aparecerá en todo esto, que nadie lo sabrá!

—Lo juro. En cuanto le atrapen, ya no tendrá usted que temer nada.

Una mirada aterrorizada apareció en el rostro de la Vandemeyer.

—¿Lo crees de veras? —Asió a Tuppence del brazo—. ¿Me

aseguras que obtendré el dinero?

—Puede tener la absoluta seguridad de que lo recibirá a su debido tiempo.

—¿Cuándo me lo darán? No hay tiempo que perder.

—Este amigo mío no tardará en venir. Tal vez tenga que pedirlo por teléfono, o algo por el estilo. Pero no habrá retraso, es un hombre muy activo.

El rostro de Rita denotó resolución.

—Lo haré. Es una gran suma de dinero y, además —sonrió de un modo extraño—, ¡no es inteligente dejar de lado a una mujer como yo!

Durante unos instantes continuó sonriendo y tamborileó con los dedos sobre la mesa. De pronto se sobresaltó.

—¿Qué ha sido eso?

—No he oído nada.

La señora Vandemeyer miró temerosa a su alrededor.

—Si estuviera alguien escuchando…

—Tonterías. ¿Quién podría ser?

—Incluso las paredes tienen oídos. Te digo que estoy asustada. ¡Tú no lo conoces!

—Piense en las cien mil libras —dijo Tuppence para tranquilizarla.

La señora Vandemeyer se pasó la lengua por sus labios resecos.

—Tú no lo conoces —repitió con voz ronca—. ¡Es… ah!

Con un grito de terror se puso en pie, señalando con el brazo extendido por encima del hombro de Tuppence. Luego cayó al suelo desmayada.

Tuppence se volvió para averiguar qué la había sobresaltado.

En el umbral de la puerta estaban *sir* James Peel Edgerton y Julius Hersheimmer.

Capítulo XIII
Noche en vela

Sir James corrió a socorrer a Rita.

—Es el corazón —dijo—. Debe de haberse asustado al vernos aparecer tan de repente. Traigan coñac. Deprisa o la perderemos.

Julius se aproximó al tocador.

—Ahí no —le indicó Tuppence por encima de su hombro—, en el aparador del comedor. Es la segunda puerta del pasillo.

Tuppence y *sir* James levantaron a la señora Vandemeyer y la llevaron a la cama. Le lavaron la cara con agua, pero sin resultado. El abogado tomó el pulso de la mujer.

—Su estado es precario —musitó—. Ojalá ese joven llegue pronto con el coñac.

En aquel momento Julius entró en la habitación con una copa que entregó a *sir* James. Mientras Tuppence le sostenía la cabeza a Rita, el abogado intentó introducir el líquido entre sus labios cerrados.

Al fin la mujer abrió los ojos y Tuppence le acercó el vaso a los labios.

—Bébase esto.

La señora Vandemeyer obedeció. El coñac devolvió el color a sus pálidas mejillas, haciéndola revivir como por arte de magia. Trató de incorporarse, pero se desplomó de nuevo sobre la cama con un gemido de dolor, mientras se llevaba la mano a su costado.

—Es el corazón —susurró—. No debo hablar.

Cerró los ojos.

Sir James volvió a asir su muñeca una vez más, que luego dejó con gesto de aprobación.

—Ahora está mejor.

Los tres se apartaron de la cama hablando en voz baja.

De momento era inviable interrogarla y, por lo tanto, estaban cruzados de brazos, sin poder hacer nada.

Tuppence les contó que la señora Vandemeyer se había mostrado dispuesta a descubrir la identidad del señor Brown, así como a averiguar y revelar el secreto de Jane Finn. Julius la felicitó.

—¡Estupendo, señorita Tuppence! Me figuro que las cien mil libras le parecerán tan bien por la mañana como le parecieron esta noche. No tenemos por qué preocuparnos. ¡De todas formas apuesto a que no hablará sin el dinero!

Desde luego, sus palabras rebosaban sentido común y Tuppence se sintió algo más animada.

—Lo que usted dice es cierto —dijo *sir* James, pensativo—. No obstante debo confesar que desearía no haberlas interrumpido. Pero ahora no tiene remedio y solo nos queda aguardar a mañana.

Contempló la figura inerte sobre la cama. La señora Vandemeyer permanecía inmóvil con los ojos cerrados.

Movió la cabeza con pesar.

—Bien —dijo Tuppence intentando animarle—, hay que esperar a mañana, eso es todo. Pero no creo que debamos abandonar ahora el apartamento.

—¿Y si dejamos de guardia a ese joven botones amigo suyo?

—¿Albert? Suponiendo que intentara marcharse de nuevo, Albert no podría detenerla.

—Supongo que no querrá alejarse mucho de los dólares.

—Es posible, pero parecía muy asustada por el señor Brown.

—¿Qué? ¿De veras estaba asustada?

—Sí. Miraba a todas partes y dijo que incluso las paredes oyen.

—Tal vez se refería a un micrófono —dijo Julius, interesado.

—La señorita Tuppence tiene razón —replicó *sir* James a toda prisa—. No debemos dejar el apartamento, aunque solo sea para proteger a la señora Vandemeyer.

Julius le miró de hito en hito.

—¿Cree usted que irán tras ella esta noche? ¿Cómo puede saberlo?

—Olvida su propia insinuación de que quizá haya un micrófono —repuso *sir* James con sequedad—. Tenemos un adversario formidable y creo que, si andamos con cuidado, existen muchas probabilidades de que caiga en nuestras manos. Toda precaución es

poca. Contamos con un testigo importante, pero debemos protegerlo. Sugiero que la señorita Tuppence vaya a acostarse, y usted y yo, señor Hersheimmer, nos repartiremos las guardias.

Tuppence se disponía a protestar, pero se le ocurrió mirar hacia la cama y vio a la señora Vandemeyer con los ojos entreabiertos y una expresión mezcla de miedo y maldad en su rostro que se le helaron las palabras en los labios.

Por un momento se preguntó si el ataque al corazón habría sido una comedia pero, al recordar su palidez mortal, apenas podía dar crédito a su suposición. Mientras la miraba, aquella expresión desapareció como por arte de magia y Rita volvió a quedar inmóvil como antes. Por un momento creyó haberlo soñado, pero no obstante resolvió estar alerta.

—Bien —dijo Julius—. Supongo que de todas formas lo mejor será salir de esta habitación.

Los otros estuvieron de acuerdo y *sir* James volvió a tomarle el pulso a la señora Vandemeyer.

—Perfectamente normal —le comunicó a Tuppence en voz baja —. Estará restablecida del todo después de una noche de descanso.

La muchacha vaciló un momento junto a la cama. La intensidad de la expresión que sorprendiera en aquel rostro la había impresionado mucho.

Rita alzó los párpados; al parecer se esforzaba por hablar y la joven se inclinó sobre ella.

—No me dejen… —susurró, e incapaz de continuar musitó algo que sonó como «dormir». Luego, volvió a intentar hablar.

Tuppence se acercó más aún. Su voz era apenas un susurro.

—El señor… Brown… —Se detuvo.

Los ojos entreabiertos parecían seguir enviando un mensaje agonizante.

Movida por un impulso repentino la joven dijo a toda prisa:

—No saldré del apartamento y estaré despierta toda la noche.

Con inmenso alivio los párpados ocultaron los ojos. Al parecer la señora Vandemeyer dormía, pero sus palabras habían despertado una nueva inquietud en Tuppence. ¿Qué quiso significar con «El señor Brown»? La muchacha se sorprendió mirando recelosa por encima de su hombro. El enorme armario parecía suficiente para que un hombre se escondiera en él. Avergonzada, Tuppence lo abrió

para inspeccionar su interior. ¡Nadie, por supuesto! Se agachó para mirar debajo de la cama. No había otro lugar donde esconderse.

Tuppence se encogió de hombros con un gesto que la caracterizaba.

¡Era absurdo, se estaba dejando llevar por sus nervios! Lentamente salió de la habitación. Julius y *sir* James hablaban en voz baja. *Sir* James se volvió hacia ella.

—Cierre la puerta con llave, señorita Tuppence, y guárdela. Hay que evitar a toda costa que nadie entre en esa habitación.

Su seriedad la impresionó y Tuppence se sintió menos avergonzada de su ataque de «nervios».

—Oiga —observó Julius de pronto—, ¿y el botones amigo de Tuppence? Creo que será mejor bajar a tranquilizarlo. Es un buen muchacho, Tuppence.

—A propósito, ¿cómo entraron ustedes? —preguntó Tuppence de pronto—. Me olvidé de preguntárselo.

—Albert me llamó por teléfono. Corrí a buscar a *sir* James y vinimos enseguida. Ese muchacho nos estaba esperando y temía que le hubiese ocurrido algo. Había estado escuchando detrás de la puerta, pero no alcanzó a oír nada. Nos sugirió que subiéramos en el montacargas en vez de llamar a la puerta. Entramos por la cocina y vinimos directamente a buscarla. Albert sigue abajo y debe de estar loco de impaciencia.

Dicho esto se marchó bruscamente.

—Señorita Tuppence —dijo *sir* James—, usted conoce este apartamento mejor que yo. ¿Dónde sugiere que nos instalemos?

Tuppence meditó unos instantes.

—Creo que lo más cómodo será el saloncito de la señora Vandemeyer —dijo al fin. Luego lo acompañó hasta la estancia.

Sir James miró a su alrededor.

—Aquí estaremos muy bien. Ahora, mi querida jovencita, vaya a acostarse y duerma un poco.

Tuppence meneó la cabeza decidida.

—No podría, gracias, *sir* James. ¡Soñaría toda la noche con el señor Brown!

—Pero estará muy cansada, jovencita.

—No, prefiero quedarme levantada. De verdad.

El abogado se dio por vencido.

Julius apareció pocos minutos más tarde, después de haber tranquilizado a Albert y recompensado sus servicios. Cuando él tampoco consiguió convencer a Tuppence para que se acostara unas pocas horas, dijo con decisión:

—Pero, como mínimo, tiene que comer algo. ¿Dónde está la despensa?

Tuppence lo acompañó y, a los pocos minutos, regresaban con un pastel de carne frío y tres platos.

Después de haber comido, Tuppence se sintió inclinada a desdeñar sus imaginaciones de una hora atrás. El poder del dinero no podía fallar.

—Ahora, señorita Tuppence —dijo *sir* James—, nos gustaría escuchar sus aventuras.

—Eso es —convino Julius.

La joven relató lo sucedido con cierta complacencia. De vez en cuando Julius intercalaba un «bravo». *Sir* James no dijo nada hasta que hubo terminado y, entonces, su «bien hecho, señorita Tuppence», la hizo enrojecer de satisfacción.

—Hay una cosa que no veo clara —dijo Hersheimmer—. ¿Qué le impulsó a marcharse?

—No lo sé —confesó Tuppence.

Sir James se frotó la barbilla pensativo.

—La habitación estaba en completo desorden, como si su marcha hubiera sido impremeditada, como si la hubieran puesto sobre aviso.

—Supongo que el señor Brown —se mofó Julius.

El abogado le miró fijamente durante un buen rato.

—¿Por qué no? Recuerde que a usted ya lo engañó en una ocasión.

Julius enrojeció de rabia.

—Me pone fuera de mí cada vez que recuerdo cómo le entregué la fotografía de Jane. ¡Si vuelvo a tenerlo a mi alcance me pegaré a él como una lapa!

—Es una contingencia muy remota —dijo el otro con sequedad.

—Me figuro que tiene razón —admitió Hersheimmer con franqueza—. Y de todas formas, lo que busco es el original. ¿Dónde cree usted que puede estar, *sir* James?

—Es imposible decirlo. Pero tengo una ligera idea de dónde ha

estado.

—¿Sí? ¿Dónde?

—En el escenario de sus aventuras nocturnas, la clínica de Bournemouth.

—¿Allí? Imposible. Ya pregunté.

—No, querido amigo, usted preguntó si había estado allí alguien que se llamaba Jane Finn. Ahora bien, si la muchacha estuvo allí, es casi seguro que estaría bajo un nombre supuesto.

—Bien por usted —exclamó Julius—. ¡No se me había ocurrido pensarlo!

—Pues es bastante lógico.

—Quizá el médico esté mezclado también en esto —sugirió Tuppence.

—No lo creo. Enseguida me resultó simpático. No, estoy casi seguro de que el doctor Hall no tiene nada que ver en todo eso.

—¿Hall ha dicho usted? —preguntó *sir* James—. Es curioso, muy curioso.

—¿Por qué? —quiso saber la joven.

—Porque da la casualidad de que lo he visto esta mañana. Lo conozco superficialmente desde hace algunos años y esta mañana me he tropezado con él en la calle. Me dijo que estaba en el hotel Metropole. —Se volvió hacia Julius—. ¿No le dijo que iba a venir a la ciudad?

Julius movió la cabeza.

—Es curioso —musitó *sir* James—. Esa tarde usted no mencionó su nombre o de otro modo yo le hubiera enviado a verle con mi tarjeta para obtener más información.

—Soy un estúpido —exclamó el joven con inusitada humildad —. Debí haber pensado en lo del nombre falso.

—¿Cómo podía pensar en nada después de caerse del árbol? —exclamó Tuppence—. Estoy segura de que cualquier otro se hubiera matado.

—Bueno, imagino que ahora da lo mismo —manifestó Hersheimmer—. Tenemos a la señora Vandemeyer a buen recaudo y es todo lo que necesitamos.

—Sí —dijo Tuppence sin mucho convencimiento.

Se hizo un silencio. Poco a poco la magia de la noche comenzó a hacer mella en sus ánimos. Se oían crujir los muebles y ligeros

rumores detrás de las cortinas. De pronto Tuppence se puso en pie lanzando un grito.

—No puedo evitarlo. ¡Sé que el señor Brown está en el apartamento! Puedo sentirlo.

—¿Por qué lo dice, Tuppence? ¿Porque la puerta del vestíbulo está abierta? Es imposible que haya entrado alguien sin que nosotros lo hubiésemos visto u oído.

—¡No puedo remediarlo! Presiento que está aquí.

Miró suplicante a *sir* James, que replicó con gravedad:

—Con la debida deferencia a sus sentimientos, señorita Tuppence, y por descontado a los míos, no veo que sea humanamente posible que nadie haya entrado en el apartamento sin que nosotros lo hayamos notado.

La joven se consoló algo con sus palabras.

—Pasar una noche en vela pone nerviosa a cualquiera —confesó.

—Sí —dijo *sir* James—. Estamos en las mismas condiciones que los que celebran reuniones espiritistas. Quizá si tuviéramos una médium obtendríamos maravillosos resultados.

—¿Cree usted en el espiritismo? —preguntó Tuppence con los ojos muy abiertos.

—¿Cómo voy a creer en esas cosas? —exclamó el abogado alzando los hombros.

Las horas fueron transcurriendo. Con los primeros resplandores de la aurora, *sir* James descorrió las cortinas y contemplaron lo que muy pocos londinenses veían: el lento ascender del sol y la ciudad dormida. Con la llegada de la luz, los temores e imaginaciones de la noche pasada parecían absurdos; Tuppence recuperó los ánimos.

—¡Hurra! —exclamó—. Va a hacer un día espléndido y encontraremos a Tommy y a Jane Finn. Y todo saldrá a pedir de boca. Le pediré al señor Carter que me nombre dame.

A las siete, Tuppence fue a preparar un poco de té y volvió con una bandeja en la que había una tetera y cuatro tazas.

—¿Para quién es la cuarta? —quiso saber Julius.

—Para la prisionera, por supuesto. ¿Supongo que debo llamarla así?

—Llevarle el té parece un desagravio por lo de anoche —dijo Hersheimmer, pensativo.

—Sí, lo es —admitió Tuppence—. Pero de todas formas, se lo

llevo. Quizá sea mejor que vengan los dos, por si se echara sobre mí, o algo así. No sabemos de qué humor se despertará.

Sir James y Julius la acompañaron hasta la puerta.

—¿Dónde está la llave? Oh, claro, la tengo yo.

La introdujo en la cerradura y, antes de abrir, se detuvo.

—Supongamos que se hubiera escapado —murmuró.

—Es imposible —replicó Julius para tranquilizarla.

Sir James no dijo nada.

Tuppence se llenó los pulmones de aire y entró exhalando un suspiro de alivio al ver a la señora Vandemeyer en la cama.

—Buenos días —le dijo en tono alegre—. Le traigo un poco de té.

Rita no respondió, Tuppence dejó la taza sobre la mesita de noche y fue a descorrer las cortinas. Cuando se volvió la señora Vandemeyer aún no había hecho movimiento alguno. Con un ramalazo de temor, Tuppence se aproximó a la cama, pero la mano que levantó estaba fría como el hielo.

Ahora la señora Vandemeyer ya no hablaría. Su grito atrajo a los otros. Pocos minutos después no cabía la menor duda. La señora Vandemeyer estaba muerta… debía estarlo desde hacía varias horas. Sin duda había fallecido en pleno sueño.

—¿No es tener mala suerte? —exclamó Julius desesperado.

El abogado estaba tranquilo y sus ojos tenían un brillo peculiar.

—Sí que es mala suerte —replicó.

—¿Usted cree? Pero si es imposible que haya entrado nadie.

—Sí —admitió el abogado—. No veo cómo han podido entrar. Y no obstante, cuando está a punto de traicionar al señor Brown, se muere. ¿Es solo una coincidencia?

—Pero ¿cómo…?

—Sí. ¿Cómo? Eso es lo que debemos averiguar. —Permaneció unos instantes acariciándose la barbilla y repitió sin alterarse—: Tenemos que averiguarlo.

Tuppence sintió que de ser ella el señor Brown, no le hubiera agradado el tono de aquellas sencillas palabras.

Julius miró a la ventana.

—La ventana está abierta —observó—. ¿Usted cree que…?

Tuppence movió la cabeza.

—La terraza solo llega hasta el saloncito y nosotros estábamos

allí.

—Pudo haberse deslizado —insinuó Julius, pero fue interrumpido por *sir* James.

—Los métodos del señor Brown no son tan rudos. Entretanto debemos llamar a un médico, pero antes de hacerlo, ¿hay algo en esta habitación que pueda resultarnos de valor?

Los tres se apresuraron a registrarla. Las cenizas de la chimenea indicaban que la señora Vandemeyer había estado quemando papeles antes de intentar emprender el vuelo. No encontraron nada de importancia, a pesar de revisar también en las otras habitaciones.

—Miren —dijo Tuppence de pronto señalando una pequeña y anticuada caja fuerte que había en la pared—. Creo que debe ser para guardar joyas, pero pudiera haber también algo más.

La llave estaba en la cerradura y Julius la abrió para examinar su interior, cosa en la que empleó algún tiempo.

—Bueno —dijo Tuppence impaciente.

Hubo una pausa antes de que Julius respondiera y luego, retirando la cabeza, volvió a cerrarla.

—Nada —dijo al fin.

A los cinco minutos llegó un joven médico que estuvo muy deferente con *sir* James, a quien conocía.

—Colapso, o posiblemente una dosis excesiva de alguna droga para dormir. —Suspiró—. Huele bastante a cloral.

Tuppence recordó el vaso que ella tirara y se acercó al tocador. Allí encontró la botellita de la que la señora Vandemeyer vertiera unas gotas.

Antes había más de la mitad de su contenido. Ahora estaba vacía.

Capítulo XIV
Una consulta

Tuppence se sorprendió al ver con qué sencillez y facilidad se arreglaba todo gracias al hábil proceder de *sir* James. El médico aceptó enseguida la teoría de que la señora Vandemeyer había muerto por tomar accidentalmente una dosis excesiva de cloral. Incluso dudaba de que fuese necesario abrir una investigación; dijo que, de ser así, se lo comunicaría a *sir* James, y también que tenía entendido que la señora Vandemeyer estaba a punto de partir para el extranjero y que sus sirvientes ya se habían marchado. *Sir* James y sus jóvenes amigos habían ido a verla cuando se sintió repentinamente mal y, como no quisieron dejarla sola, pasaron toda la noche en el apartamento. ¿Conocían a alguno de sus parientes? Ellos no, pero *sir* James sugirió que acudiera al abogado de la señora Vandemeyer.

Poco después llegó una enfermera para hacerse cargo de todo y los demás abandonaron el edificio de la difunta.

—¿Y ahora qué? —preguntó Julius con un ademán de desaliento —. Me parece que hemos perdido la pista para siempre.

Sir James se acariciaba la barbilla, pensativo.

—No —dijo tranquilo—. Aún queda la posibilidad de que el doctor Hall nos diga algo.

—¡Es verdad! Lo había olvidado.

—Es una posibilidad muy remota, pero no hay que descontarla. Creo haberles dicho que se hospeda en el Metropole.

Les ruego que vayamos a verlo cuanto antes. ¿Les parece bien, después de un buen baño y un buen desayuno?

Quedaron de acuerdo en que Tuppence y Julius regresarían al Ritz y pasarían a recoger a *sir* James más tarde en el coche. Este plan se llevó a cabo con puntualidad y, poco después de las once, se

detenían ante el Metropole. Preguntaron por el doctor Hall y un botones fue a buscarle. Llegó pocos minutos después.

—¿Puede dedicarnos unos minutos, doctor Hall? —le dijo *sir* James en tono amable—. Permítame presentarle a la señorita Cowley y al señor Hersheimmer al que, según creo, ya conoce.

—¡Ah, sí, mi querido amigo del episodio del árbol! ¿Qué tal el tobillo, bien?

—Creo que ya está curado gracias a su tratamiento.

—¿Y el corazón? ¡Ja! ¡Ja!

—Aún sigo buscando —replicó Julius con prontitud.

—Para ir directamente al asunto, ¿podríamos hablar con usted en privado? —le preguntó *sir* James.

—Desde luego. Creo que aquí hay una habitación en la que nadie nos molestará.

Abrió la marcha y los demás lo siguieron. Cuando se sentaron el doctor miró interrogativamente a *sir* James.

—Doctor Hall, estoy verdaderamente interesado en encontrar a cierta joven con objeto de obtener su declaración y tengo motivos para pensar que ha estado en su clínica de Bournemouth. Espero no transgredir su ética profesional al interrogarlo sobre este punto.

—Supongo que se trata de alguien que tendrá que atestiguar.

Sir James vaciló un momento, pero al fin replicó:

—Sí.

—Celebraré darle toda la información que obra en mi poder. ¿Cuál es el nombre de esa joven? Recuerdo que el señor Hersheimmer me preguntó… —Se volvió hacia Julius.

—El nombre importa poco en realidad —dijo *sir* James—. Con toda seguridad se la enviaron a usted con un nombre falso. Pero me gustaría saber si conoce a una tal señora Vandemeyer.

—¿La señora Vandemeyer, del número veinte de South Audley Mansions? La conozco, aunque superficialmente.

—¿No sabe lo ocurrido?

—¿A qué se refiere?

—¿No sabe que la señora Vandemeyer ha muerto?

—¡Dios mío! ¡No tenía la menor idea! ¿Cuándo ha sido?

—Anoche tomó una dosis excesiva de cloral.

—¿Lo hizo a propósito?

—Se supone que por accidente. Yo no puedo ponerlo en duda. El

caso es que esta mañana fue encontrada muerta.

—¡Qué lástima! Era una mujer muy hermosa. Supongo que debía ser amiga suya, puesto que conoce tan bien los detalles.

—Conozco los detalles porque… bueno, fui yo quien encontró el cadáver.

—¿De veras? —dijo el doctor, sobresaltado.

—Sí —replicó *sir* James.

—Es una noticia triste, pero ustedes me perdonarán si les digo que no veo qué relación puede tener con el motivo de su visita.

—Pues existe y es esta: ¿no es cierto que la señora Vandemeyer dejó a su cuidado a una joven parienta suya?

Julius se inclinó hacia delante con ansiedad.

—Sí, es cierto —replicó el doctor sin alterarse.

—¿Con el nombre de…?

—Janet Vandemeyer. Me dijeron que era una sobrina de la señora Vandemeyer.

—¿Cuándo se la envió?

—Creo que en junio o en julio de 1915.

—¿Era un caso mental?

—Está perfectamente cuerda, si es eso lo que quiere decir. Supe que la señorita Vandemeyer iba en el Lusitania cuando fue hundido y que, a consecuencia de ello, había sufrido un trauma.

—Creo que estamos sobre la pista correcta —dijo *sir* James mirando a sus acompañantes.

—¡Como dije antes, soy un estúpido! —replicó Julius.

El doctor miró a todos con curiosidad.

—Usted dijo que deseaba su declaración. Supongamos que no sea capaz de dársela.

—¿Qué? Acaba usted de decir que está perfectamente bien.

—Y lo está. Sin embargo, si desea que declare acerca de algún acontecimiento ocurrido antes del siete de mayo de mil novecientos quince, no podrá hacerlo.

Lo miraron estupefactos y él asintió.

—Es una lástima. Una gran lástima, puesto que me figuro que se trata de un asunto de gran importancia, *sir* James. Pero el caso es que no puede decir nada.

—Pero ¿por qué? Dígalo ya, ¿por qué?

El hombre posó su mirada benévola sobre el joven

norteamericano.

—Porque Janet Vandemeyer ha perdido por completo la memoria.

—¿Qué?

—Es cierto. Es un caso interesante, muy interesante. Y no tan extraño como ustedes creen. Ha habido otros muchos parecidos. Es el primero que tengo oportunidad de observar y debo confesar que lo he encontrado interesantísimo.

En sus palabras había cierta satisfacción morbosa.

—Así que no recuerda nada —dijo *sir* James, despacio.

—Nada que haya sucedido antes del siete de mayo de 1915. Después de esa fecha su memoria es tan buena como la suya o la mía.

—¿Qué es lo primero que recuerda?

—El desembarco con los supervivientes. Todo lo anterior está en blanco. No recuerda su propio nombre, de dónde venía, ni dónde estaba. Ni siquiera habla su propio idioma.

—Pero eso es, sin duda, muy poco corriente —intervino Julius.

—No, amigo mío. Es muy normal dadas las circunstancias. A raíz de la impresión sufrida su sistema nervioso, la pérdida de memoria siempre sigue esa pauta. Desde luego, yo les aconsejé que consultaran un especialista. Hay uno muy bueno en París que estudia estos casos, pero la señora Vandemeyer se opuso pensando que eso podría traer consigo mucha publicidad.

—Me lo imagino —replicó *sir* James.

—Yo comprendí su punto de vista, la muchacha es muy joven: diecinueve años. Hubiera sido una lástima que la publicidad perjudicara su porvenir. Además, no existe tratamiento especial para estos casos. Solo esperar.

—¿Esperar?

—Sí, tarde o temprano la memoria vuelve tan repentinamente como se fue. Pero es probable que la muchacha olvide por completo el período intermedio y vuelva a recordar a partir del momento en que la perdió al hundirse el Lusitania.

—¿Cuándo espera usted que ocurra?

—Ah, eso no puedo predecirlo —el médico se encogió de hombros—. Algunas veces es cuestión de meses, otras incluso se ha tardado veinte años. A veces otro *shock* realiza el milagro y hace

que recuerde lo olvidado.

—Otro *shock*, ¿verdad? —dijo Hersheimmer pensativo.

—Exacto. Hubo un caso en Colorado…

Julius no parecía escucharlo. Había fruncido el ceño, absorto en sus propios pensamientos. De pronto salió de su abstracción y dio un golpe tremendo sobre la mesa, sobresaltándolos a todos, en especial al médico.

—¡Ya lo tengo! Creo que necesitaré su opinión médica acerca de la idea que voy a exponerles. Supongamos que Jane se vuelva a encontrar en la misma situación, que la reviva. El submarino, el barco que se hunde, todo el mundo a los botes salvavidas… ¿No recobraría la memoria? ¿No sería una fuerte impresión para su subconsciente, o como lo llamen, capaz de ponerlo de nuevo en funcionamiento?

—Es una sugerencia muy inteligente, señor Hersheimmer. En mi opinión, tendría éxito. Es una lástima que no haya posibilidad de llevarlo a la práctica.

—En realidad, tal vez no, doctor. Pero yo le estoy hablando de simularlo.

—¿Simularlo?

—Pues sí, ¿por qué no? Se alquila un transatlántico y…

—¡Un transatlántico! —murmuró el doctor Hall, asombrado.

—Se contratan pasajeros… y un submarino… Me parece que esta será la única dificultad. Los gobiernos se resisten a exhibir sus armas de guerra y no las venden al primero que se presenta. No obstante, creo que podría arreglarlo. ¿Ha oído hablar alguna vez de «soborno»? Pues bien, con ello se llega a todas partes. Reconozco que no tendremos que disparar un torpedo de verdad. Si todo el mundo chilla a su alrededor que el barco se hunde, creo que será suficiente para una joven tan ingenua como Jane. Cuando le hayan puesto el chaleco salvavidas y la introduzcan en un bote, rodeada de actores que interpreten escenas de histerismo, volverá a encontrarse como estaba antes del mes de mayo de mil novecientos quince. ¿Qué les parece mi plan?

El doctor Hall miró a Julius y en su mirada se reflejó todo lo que quería decirle en ese momento.

—No —dijo Julius, comprendiendo—. No estoy loco. Lo que acabo de decirle es perfectamente posible. En Estados Unidos se

hace a diario para filmar películas. ¿No ha visto usted choques de trenes en la pantalla? ¿Qué diferencia existe entre comprar un tren, o comprar un transatlántico? ¡En cuanto tengamos lo necesario, lo pondremos en práctica!

El doctor Hall consiguió recuperar su voz.

—Pero ¿y el gasto, mi querido amigo? —Su voz se elevó—. ¡El gasto que eso representa! ¡Sería colosal!

—El dinero no me preocupa en absoluto —explicó Julius con sencillez.

El doctor Hall volvió su rostro hacia *sir* James, que le sonrió.

—El señor Hersheimmer está bien provisto. Sí, muy bien provisto.

La mirada del médico volvió sobre Julius con una nueva expresión. Ya no era un joven excéntrico que tenía la costumbre de caerse de los árboles y le miraba con la deferencia que merece un hombre verdaderamente rico.

—Es un plan muy interesante. Muy interesante —murmuró—. ¡Las películas… claro! Muy interesante. Me temo que nosotros estamos algo atrasados, igual que nuestros métodos. ¿De veras tiene intención de llevar a cabo su plan?

—Puede apostar hasta su último dólar que sí.

El médico le creyó, lo cual era un tributo a su nacionalidad. Si un inglés hubiera sugerido semejante cosa hubiera dudado de que estuviese en su sano juicio.

—Desde luego —replicó Julius—. Usted nos trae a Jane y el resto, déjemelo a mí.

—¿Jane?

—Bueno, la señorita Janet Vandemeyer. ¿Podemos poner una conferencia a su clínica pidiendo que la traigan, o prefiere que vaya a recogerla en mi coche?

El doctor se extrañó.

—Le ruego me perdone, señor Hersheimmer. Creí que había comprendido.

—¿Comprendido, qué?

—Que la señorita ya no está bajo mi cuidado.

Capítulo XV
Tuppence recibe una proposición

Julius pegó un respingo.

—¿Qué?

—Creí que ya lo sabía.

—¿Cuándo se marchó?

—Déjeme pensar. Hoy es lunes, ¿verdad? Debió ser el miércoles pasado. Sí, seguro. Fue la misma tarde en que usted se cayó de mi árbol.

—¿Aquella tarde? ¿Antes o después?

—Déjeme recordar: oh, sí, después. Llegó un mensaje muy urgente de la señora Vandemeyer. La joven y la enfermera que la atendía salieron en el tren de la noche.

Julius volvió a reclinarse en su butaca.

—La enfermera Edith se marchó con una paciente… eso lo recuerdo —musitó—. ¡Cielos, haber estado tan cerca!

El doctor Hall pareció asombrado.

—No lo entiendo. ¿La joven no está con su tía?

Tuppence movió la cabeza y estaba a punto de hablar cuando una mirada de *sir* James la hizo contenerse. El abogado se puso en pie.

—Le estoy muy agradecido, doctor Hall. Todos le agradecemos lo que nos ha dicho. Me temo que ahora tendremos que volver a buscar la pista de la señorita Vandemeyer. ¿Y la enfermera que la acompañó? Supongo que no sabrá usted dónde se encuentra.

—No hemos sabido nada más de ella. Tengo entendido que tenía que permanecer con la señorita Vandemeyer durante una temporada. Pero ¿qué puede haber ocurrido? ¿Habrán secuestrado a la muchacha?

—Eso está todavía por ver —dijo *sir* James en tono grave.

—¿No cree usted que debo avisar a la policía? —El médico vacilaba.

—No, no. Seguramente estará con otros parientes.

El doctor no quedó muy satisfecho, pero vio que *sir* James había resuelto no decir nada más y que intentar sacarle alguna información era perder el tiempo. Se despidieron de él y salieron del hotel. Pocos minutos después hablaban junto al coche.

—Es enloquecedor —exclamó Tuppence—. Y pensar que Julius ha estado varias horas bajo el mismo techo que ella.

—Fui un estúpido —musitó el joven con pesar.

—Usted no podía saberlo —le consoló Tuppence.

—Yo le aconsejo que no se atormente —le dijo *sir* James amablemente—. Ya sabe que no hay que llorar por la leche derramada.

—Lo grave es: ¿qué vamos a hacer ahora? —agregó Tuppence, siempre práctica.

Sir James se encogió de hombros.

—Puede poner un anuncio pidiendo información sobre la enfermera que acompañó a la joven. Es lo único que se me ocurre y debo confesar que no espero grandes resultados.

—Pero no hay nada más que hacer.

—¿Nada? —Tuppence se desanimó—. ¿Y Tommy?

—Esperemos que no le haya ocurrido nada —dijo *sir* James.

—Oh, sí, solo nos resta seguir esperando.

Pero en medio de su desaliento sus ojos se encontraron con los de Julius y, casi sin darse cuenta él asintió con la cabeza. Julius comprendió que el abogado daba el caso por perdido y su rostro se puso grave.

Sir James estrechó la mano de Tuppence.

—Comuníquenme si averiguan algo más. Me remitirán las cartas.

Tuppence lo contempló con asombro.

—¿Se marcha?

—Ya se lo dije. ¿No lo recuerda? A Escocia.

—Sí, pero yo creí… —La muchacha vacilaba.

—Mi querida jovencita, yo no puedo hacer nada. Nuestras pistas se han desvanecido en el aire. Le aseguro que no hay nada que hacer. Si surgiera algo nuevo, celebraría aconsejarlos en todo lo que

esté a mi alcance.

Sus palabras la dejaron desolada.

—Supongo que tiene usted razón —le dijo—. De todas formas, muchísimas gracias por tratar de ayudarnos. Adiós.

Julius estaba inclinado sobre el coche y los ojos de *sir* James reflejaron cierta compasión al ver el rostro desanimado de Tuppence.

—No desespere, señorita Tuppence —le dijo en voz baja—. Recuerde que no siempre se divierte uno durante las vacaciones. A veces se trabaja un poco también.

Su tono de voz hizo que la joven alzara la mirada y él hizo un gesto de asentimiento.

—No, no puedo decirle más. Hablar demasiado es un gran error. Recuérdelo. Nunca diga todo lo que sabe, ni siquiera a la persona que más conozca. ¿Ha comprendido? Adiós.

Se alejó y Tuppence permaneció inmóvil mirándole. Empezaba a comprender los métodos de *sir* James. De nuevo la había advertido. ¿Era aquello un consejo? ¿Qué se escondía exactamente tras sus breves palabras? ¿Quiso decir que, a pesar de todo, no abandonaba el caso, que en secreto seguiría trabajando en él mientras…?

Sus reflexiones fueron interrumpidas por Julius, que le decía que subiera al coche.

—Está muy pensativa —observó mientras arrancaba—. ¿Ha dicho algo más?

Tuppence abrió la boca impulsivamente, pero volvió a cerrarla. En sus oídos resonaron las palabras de *sir* James: «Nunca diga todo lo que sabe, ni siquiera a la persona que más conozca». Como un relámpago acudió también a su mente el recuerdo de Julius ante la caja fuerte del piso, su pregunta y la pausa que hizo antes de responder: «Nada». ¿No había nada realmente? ¿O acaso encontró algo que quiso guardar solo para sí? Si él podía ser reservado, ella también.

—Nada en particular —replicó.

Sintió que Julius le dirigía una mirada de soslayo.

—Oiga, ¿quiere que demos una vuelta por el parque?

—Como guste.

Durante un rato, circularon en silencio bajo los árboles. Era un día radiante. El aire fresco animó a Tuppence.

—Dígame, señorita Tuppence, ¿cree usted que llegaré a encontrar a Jane?

Julius habló con desánimo. Aquello era tan raro en él, que la joven lo miró sorprendida.

—Sí, es cierto. Estoy desanimado. Ya lo ha visto: *sir* James no nos ha dado la menor esperanza. No me resulta simpático. No sé por qué, pero no nos llevamos bien. Es muy inteligente y me figuro que no lo dejaría correr si existiera la menor posibilidad de éxito. Dígame, ¿no es cierto? ¿No lo cree así?

Tuppence se sintió algo culpable, pero se aferró a la creencia de que Julius también le había ocultado algo y se mantuvo firme.

—Sugirió que pusiéramos un anuncio pidiendo noticias de la enfermera —le recordó.

—Sí, ¡con un tono de «se perdió hasta la última esperanza»! No. Estoy harto. Estoy casi decidido a regresar a Estados Unidos.

—¡Oh, no! —exclamó Tuppence—. Tenemos que encontrar a Tommy.

—Vaya, me había olvidado de Beresford —dijo el joven, contrito —. Es cierto. Tenemos que encontrarlo. Pero después… bueno, he estado soñando despierto desde que empecé la búsqueda y todos mis sueños se vienen abajo. Estoy harto de ellos. Oiga, señorita Tuppence, hay algo que quisiera preguntarle.

—¿Sí?

—¿Qué hay entre usted y Beresford?

—No lo comprendo —replicó Tuppence muy digna, agregando con muy poca lógica—: ¡Y de todas formas, se equivoca!

—¿No están enamorados?

—Desde luego que no —dijo Tuppence acalorada—. Tommy y yo somos amigos, pero nada más.

—Me imagino que todas las parejas de enamorados han dicho eso en alguna ocasión.

—¡Tonterías! ¿Tengo aspecto de ser de esas chicas que se enamoran de todos los hombres que conocen?

—No. ¡Su aspecto es más bien de esas chicas de las que todos se enamoran!

—¡Oh! —dijo Tuppence, cogida por sorpresa—. Supongo que eso es un cumplido.

—Por supuesto. Ahora pongamos en claro una cosa.

—¡Está bien, dígalo! Sé hacer frente a los hechos. Supongamos que haya muerto. ¿Qué?

—Y que todo este asunto se venga abajo. ¿Qué piensa usted hacer?

—No lo sé.

—Se encontrará muy sola.

—No se preocupe por mí —replicó Tuppence, que no resistía verse compadecida por nadie.

—¿Qué le parece el matrimonio?

—Desde luego, mi intención es casarme —explicó la joven—. Es decir, si… —se detuvo dispuesta a volverse atrás, pero al fin se mantuvo en su idea con valentía—… si encuentro a un hombre lo bastante rico. Esto es ser franca, ¿no le parece? Supongo que ahora me despreciará.

—Nunca he despreciado el instinto comercial —dijo Hersheimmer—. ¿A qué aspira usted?

—¿Se refiere a si ha de ser alto o bajo? —Tuppence lo miró extrañada.

—No. Me refiero a qué renta… qué fortuna…

—¡Oh! Todavía no lo he pensado.

—¿Qué le parezco yo?

—¿Usted?

—Sí, yo.

—¡Oh, no podría!

—¿Por qué no?

—Le digo que no podría.

—Y yo vuelvo a preguntarle por qué no.

—No me parecería leal.

—No veo la deslealtad. Yo la admiro mucho, señorita Tuppence, mucho más que a ninguna otra de las jóvenes que he conocido. Es usted muy valiente. Me encantaría poder proporcionarle una existencia verdaderamente agradable. Diga una palabra y nos iremos a la mejor joyería para dejar arreglado lo del anillo.

—No puedo.

—¿Por Beresford?

—¡No, no! ¡No!

—Entonces, ¿por qué?

Tuppence se limitó a menear la cabeza con energía.

—No espere encontrar más dólares de los que yo tengo.

—¡Oh, no es eso! —exclamó Tuppence con una risa histérica—. Pero, agradeciéndoselo mucho y todo lo que se dice en estos casos, creo mejor decirle que no.

—Le ruego que lo piense hasta mañana.

—Es inútil.

—No obstante, prefiero que lo dejemos así hasta mañana.

Ninguno de los dos volvió a hablar hasta que llegaron al Ritz. Tuppence subió a su habitación. Se sentía moralmente derrotada después de haberse enfrentado a la vigorosa personalidad de Julius. Sentada ante el espejo estuvo contemplando su imagen durante algunos minutos.

—Tonta —murmuró al fin haciendo una mueca—. Más que tonta. Tienes todo lo que deseas, todo lo que has esperado y vas, y le sueltas un «no» como una estúpida. Es una oportunidad única. ¿Por qué no la aprovechas? ¿Qué más puedes desear?

Como si respondiera a su propia pregunta, sus ojos se posaron en una pequeña fotografía de Tommy que estaba sobre el tocador. Por unos momentos quiso conservar el dominio de sí misma, pero al fin, abandonando todo disimulo, se la llevó a los labios estallando en sollozos.

—¡Oh, Tommy, Tommy! —exclamó—. Te quiero tanto y no volveré a verte nunca…

Al cabo de cinco minutos, Tuppence se incorporó, se secó las lágrimas y peinó sus cabellos.

—Eso es —observó en tono firme—. Hay que hacer frente a la realidad. Al parecer, me he enamorado de un idiota a quien probablemente le importo un comino. —Hizo una pausa y luego resumió, como discutiendo con un ser invisible—: Aunque esto lo ignoro. De todas formas, nunca se hubiera atrevido a decírmelo. Siempre me he burlado del sentimentalismo y ahora resulta que soy más sentimental que nadie. ¡Qué tontas somos las mujeres! Siempre lo he pensado. Supongo que ahora dormiré con su retrato debajo de la almohada y soñaré toda la noche con él. Es terrible ver que una no es fiel a sus principios.

Tuppence sacudió la cabeza y volvió a la realidad.

—No sé qué voy a decirle a Julius. ¡Oh, qué tonta me siento! Tendré que decirle algo. Es tan norteamericano y cabal, que

insistirá en que le dé la razón. Por otro lado, quisiera saber si encontró algo en la caja fuerte.

Sus reflexiones se dirigieron por otros derroteros y recordó los acontecimientos de la noche anterior que parecían concordar con las enigmáticas palabras de *sir* James.

De pronto, se sobresaltó y el color huyó de su rostro. Sus ojos se fijaron, muy abiertos, en los de su imagen reflejada en el espejo.

—¡Imposible! —murmuró—. ¡Imposible! Debo de haberme vuelto loca para pensar siquiera una cosa así.

Era monstruoso y, no obstante, lo explicaba todo.

Tras unos momentos de reflexión, se sentó para escribir una nota, pensando cada una de sus palabras. Al fin quedó satisfecha y la introdujo en un sobre que dirigió a Julius.

Fue hasta su saloncito y llamó a la puerta. Como esperaba, la habitación estaba vacía y dejó la carta sobre la mesa para que Julius la encontrara a su regreso.

Un botones estaba aguardando ante la puerta cuando regresó a su habitación.

—Un telegrama para usted, señorita.

Tuppence lo recogió de la bandeja y lo abrió, lanzando un grito. ¡El telegrama era de Tommy!

Capítulo XVI
Más aventuras de Tommy

Tommy fue volviendo lentamente a la vida desde una oscuridad salpicada de destellos. Cuando al fin consiguió abrir los ojos, lo único de que tuvo conciencia fue de un agudo dolor en las sienes. Vislumbró apenas un ambiente desconocido. ¿Dónde estaba? ¿Qué había ocurrido?

Parpadeó. Aquella no era su habitación del Ritz. ¿Y qué diablos le pasaba a su cabeza?

—¡Maldita sea! —dijo Tommy, intentando incorporarse al recordar. Se encontraba en aquella siniestra casa del Soho y con un gemido volvió a dejarse caer como estaba.

Con un gran esfuerzo, porque apenas si podía mantener los ojos abiertos, fue inspeccionándolo todo con suma atención.

—Ya vuelve en sí —dijo una voz cerca de su oído, que reconoció enseguida como la del alemán de la barba. Procuró no moverse. Sería una pena despertar demasiado deprisa y, hasta que el dolor de cabeza no se amortiguara un poco, no sería capaz de coordinar sus ideas. Penosamente trató de recordar lo ocurrido. Sin duda, alguien debió haberse deslizado a sus espaldas para propinarle un golpe en la cabeza. Ahora sabían que era un espía y debían tenerlo bajo vigilancia. Estaba perdido. Sus amigos ignoraban su paradero y, por lo tanto, no cabía esperar ayuda exterior; solo le restaba confiar en su propia inteligencia.

Bueno, ahí va, murmuró para sus adentros y repitió su exclamación anterior.

—¡Maldita sea! —Esta vez consiguió incorporarse.

Al minuto siguiente, el alemán le acercaba un vaso a los labios.

—Beba esto.

Tommy obedeció. El brebaje le hizo toser, pero le despejó las

ideas de inmediato.

Se encontraba tendido sobre un diván, en la misma habitación en que se había celebrado la reunión. A un lado estaba el alemán y, en el otro, el portero con cara de villano que le había dejado entrar. Los demás se hallaban agrupados a cierta distancia. Sin embargo, Tommy echó de menos un rostro. El hombre conocido por el Número Uno ya no estaba entre ellos.

—¿Se encuentra mejor? —le preguntó el alemán.

—Sí, gracias —respondió Tommy, en tono animoso.

—¡Mi joven amigo, ha sido una suerte que tuviera el cráneo tan duro! El bueno de Conrad le dio un buen porrazo. —Señaló al siniestro portero.

El hombre sonrió.

Tommy volvió la cabeza hacia un lado con doloroso esfuerzo.

—¡Oh! De modo que usted es Conrad. A mí me parece que la dureza de mi cráneo ha sido una suerte también para usted. Al verlo, considero una lástima haberle permitido escapar del verdugo.

El aludido gruñó y el alemán de la barba dijo sin alterarse:

—No hubiera corrido ningún riesgo.

—Como guste. Sé que está de moda despistar a la policía. Yo tampoco confío mucho en ella.

Sus modales eran de lo más desenvuelto. Tommy era uno de esos jóvenes ingleses que no se distinguen por ninguna dote intelectual especial, pero que saben portarse de un modo inmejorable en un momento difícil. Tommy se daba perfecta cuenta de que la única oportunidad de escapar estaba en su ingenio y, detrás de sus maneras despreocupadas, su cerebro trabajaba a toda velocidad.

—¿Tiene usted algo que decir antes de morir por espía? —dijo el alemán, reanudando la conversación.

—Montones de cosas —replicó Tommy con la misma naturalidad de antes.

—¿Niega haber escuchado detrás de esa puerta?

—No. Debo disculparme, pero su conversación era tan interesante que venció mis escrúpulos.

—¿Cómo entró aquí?

—El amigo Conrad me abrió la puerta. —Tommy le sonrió—. No quisiera sugerirles que lo despidan, pero la verdad es que deberían tener un vigilante más de fiar.

Conrad gruñó y, cuando el de la barba se volvió hacia él, dijo:

—Me dio la contraseña. ¿Cómo iba a saberlo?

—Sí —intervino Tommy—. ¿Cómo iba a saberlo? No le echen la culpa al pobre. Su impulsiva acción me ha proporcionado el placer de verlos cara a cara.

Sus palabras causaron cierta inquietud en el grupo, pero el alemán los tranquilizó con un ligero ademán de la mano.

—Los muertos no hablan —dijo en tono de sentencia.

—¡Ah! —exclamó Tommy—. ¡Pero yo aún no estoy muerto!

—Pero no tardará en estarlo —afirmó el alemán, coreado por un murmullo de aprobación.

Tommy notó que el corazón le latía deprisa, pero su presencia de ánimo no lo abandonó.

—Creo que no —dijo con firmeza—. Voy a darles muchas dificultades.

Al ver el rostro del alemán, comprendió que los había intrigado.

—¿Es capaz de darme una sola razón por la que no podamos matarlo? —le preguntó.

—Varias —replicó Tommy—. Escuche, ha estado haciéndome una serie de preguntas. Ahora voy a hacerle una yo. ¿Por qué no me han matado antes de que recobrase el conocimiento?

El alemán vaciló y Beresford se aprovechó de aquella circunstancia.

—Porque ignoraban lo que yo sabía y dónde había obtenido esas informaciones. Y si me matan ahora, no lo sabrán jamás.

Pero al llegar a este punto, Boris se adelantó con las manos en alto.

—¡Condenado espía! Hay que quitarlo de en medio enseguida. ¡Matadlo! ¡Matadlo!

Hubo un coro de aplausos.

—¿Ha oído? —dijo el alemán mirando a Tommy—. ¿Qué tiene que decir a esto?

—¿Decir? —Tommy se encogió de hombros—. Hatajo de imbéciles. Dejen que les haga unas cuantas preguntas. ¿Cómo entré en este lugar? Recuerdan las palabras del amigo Conrad: «Me dio la contraseña». ¿Recuerdan? ¿Cómo me enteré? No supondrán que vine al azar y dije la primera palabra que se me ocurrió.

Tommy quedó satisfecho de su discurso. Lo único que lamentaba

era que Tuppence no estuviese allí para apreciarlo en todo su valor.

—Es cierto —exclamó de pronto el obrero—. ¡Camaradas, hemos sido traicionados!

Se levantó un murmullo y Tommy les sonrió envalentonado.

—Eso está mejor. ¿Cómo piensan triunfar en alguna empresa, si no utilizan el cerebro?

—Usted va a decirnos quién nos ha traicionado —señaló el alemán—. Aunque eso no lo salvará. ¡Oh, no! Nos dirá todo lo que sepa. Boris conoce muchos medios para que la gente hable.

—¡Bah! —dijo Tommy, luchando contra la sensación desagradable que sentía en la boca del estómago—. No van a torturarme, ni me matarán.

—¿Por qué no? —preguntó Boris.

—Porque de ese modo se quedarían sin la gallina de los huevos de oro —replicó Tommy sin inmutarse.

Hubo una pausa momentánea. Parecía como si la persistente certidumbre del muchacho los hubiera convencido al fin. Ya no estaban tan seguros de sí mismos. El hombre del traje raído lo miró detenidamente.

—Se está burlando de ti, Boris —opinó con calma.

En aquel momento Tommy lo odió. ¿Es que aquel hombre había conseguido leer sus pensamientos? El alemán se volvió hacia Tommy con esfuerzo.

—¿Qué quiere decir?

—¿Qué cree que quiero decir?

De pronto Boris se adelantó para descargar un puñetazo en el rostro del muchacho.

—¡Habla, cerdo inglés, habla!

—No se excite tanto, querido amigo —dijo Tommy con calma—. Eso es lo malo de ustedes, los extranjeros. No saben conservar la calma. Ahora, dígame, ¿piensan remotamente que podrán matarme?

Miró confiado a su alrededor, alegrándose de que no oyeran el fuerte latir de su corazón, que desmentiría su actitud.

—No —admitió Boris al fin—. No da esa impresión.

Gracias a Dios que no puede leer el pensamiento, se dijo Tommy y en voz alta agregó:

—¿Por qué estoy tan confiado? Porque sé algo que me coloca en posición de proponerles un trato.

—¿Un trato? —El de la barba lo miró extrañado.

—Sí, un trato. Mi vida y mi libertad a cambio de…

Hizo una pausa, durante la que se hubiera podido oír el vuelo de una mosca.

Tommy habló despacio.

—Los papeles que Danvers trajo de Estados Unidos en el Lusitania.

El efecto que produjeron sus palabras fue semejante al de una descarga eléctrica. Todos se levantaron, pero el alemán los contuvo con un gesto al mismo tiempo que se inclinaba sobre Tommy con el rostro rojo de excitación.

—*Himmel*! ¡Entonces los tiene usted!

Con un gesto de superioridad, Tommy meneó la cabeza.

—¿Sabe dónde están? —insistió el alemán.

Tommy volvió a negar con un ademán.

—No tengo la menor idea.

—Entonces… entonces… —Le fallaban las palabras.

Beresford miró a su alrededor y vio el furor y el asombro reflejados en cada uno de los rostros, pero su calma y seguridad habían logrado su objetivo, y nadie dudaba de que algo se ocultaba tras sus palabras.

—No sé dónde están esos papeles, pero creo que lograré encontrarlos. Tengo una teoría.

—¡Bah!

Tommy alzó la mano para acallar las protestas.

—Yo lo llamo teoría, pero estoy bastante seguro de ciertos hechos que no conoce nadie más que yo. Y de todas formas, ¿qué pueden perder? Si yo les traigo el documento, ustedes me dan a cambio mi vida y mi libertad. ¿Les parece bien?

—¿Y si nos negamos? —dijo el alemán.

Tommy se tendió en el diván.

—Para el día veintinueve faltan menos de quince días —manifestó, pensativo.

Por un momento el alemán vaciló y al cabo hizo un gesto a Conrad.

—Llévale a la otra habitación.

Durante cinco minutos, Tommy permaneció sentado sobre la cama de la habitación contigua. El corazón le latía con violencia. Lo

había arriesgado todo a una carta. ¿Qué decidirían? Mientras esta pregunta martilleaba en su interior iba charlando despreocupadamente con su guardián, provocando sus manías homicidas.

Por fin se abrió la puerta y el alemán ordenó a Conrad que regresaran.

—Esperemos que el juez no se haya puesto el capuchón negro —observó Tommy en tono indiferente—. Está bien. Conrad, llévame adentro. Caballeros, el prisionero está en el banquillo.

El alemán había vuelto a sentarse detrás de la mesa e hizo que Tommy se colocara frente a él.

—Aceptamos sus condiciones. Los papeles nos deben ser entregados antes de ponerlo en libertad.

—¡No sea tonto! —dijo Tommy en tono amistoso—. ¿Cómo cree usted que voy a hacerme con ellos si me tiene aquí atado a la pata de la mesa?

—¿Qué espera entonces?

—Debo tener libertad para llevar el asunto a mi manera.

El alemán rio.

—¿Cree que somos niños para dejarle marchar por una bonita historia de promesas?

—No. Aunque hubiera sido mucho más sencillo para mí, la verdad es que no creía que aceptaran este plan. Muy bien, haremos otro arreglo. ¿Qué les parece si me acompaña Conrad? Es fiel y muy rápido con sus puños.

—Preferimos que se quede aquí —afirmó el alemán fríamente—. Uno de los nuestros llevará a cabo sus instrucciones. Si las operaciones son complicadas, volverá a informarle y usted le aconsejará de nuevo.

—Me ata usted las manos —se quejó Tommy—. Es un asunto muy delicado y ese individuo puede cometer una torpeza. ¿En qué situación quedaré yo entonces? No creo que ninguno de ustedes tenga un ápice de tacto.

El alemán golpeó la mesa.

—Estas son nuestras condiciones. ¡Si no, la muerte!

Tommy volvió a reclinarse.

—Me gusta su estilo. Breve, pero atractivo. Bien, sea. Pero hay una cosa esencial: tengo que ver a la muchacha.

—¿Qué muchacha?

—Jane Finn, por supuesto.

El otro lo miró con curiosidad durante algún tiempo y, finalmente, como si escogiera las palabras con gran cuidado, manifestó:

—¿Acaso no sabe que no puede decirle nada?

A Tommy el corazón le latió más deprisa. ¿Conseguiría ver cara a cara a la joven que buscaba?

—No voy a pedirle que me diga nada —dijo sin inmutarse—. Es decir, que me lo diga con palabras.

—Entonces, ¿para qué quiere verla?

—Para poder observar su rostro cuando le haga cierta pregunta.

De nuevo apareció una expresión en los ojos del alemán que Tommy no supo interpretar.

—No podrá responder a su pregunta.

—Eso no importa. Veré su rostro cuando se la haga.

—¿Y cree que eso va a decirle algo? —Soltó una risa desagradable y Tommy sintió más que nunca que había algo que no comprendía. El alemán lo miraba fijamente—. Me pregunto si después de todo sabrá tanto como pensamos.

El muchacho se sintió menos seguro que antes. ¿Qué habría dicho? Estaba intrigado y habló siguiendo el impulso del momento.

—Puede haber cosas que usted sepa y yo no. No pretendo conocer todos los detalles de su organización, pero yo a mi vez sé algo que usted ignora y esa es mi ventaja. Danvers era un individuo extremadamente inteligente…

Se interrumpió como si hubiera hablado más de la cuenta; el rostro del alemán se iluminó un tanto.

—Danvers —musitó—. Ya comprendo. —Hizo una pausa y luego agregó dirigiéndose a Conrad—: Llévale arriba. Arriba, ya sabes.

—Espere un minuto —dijo Tommy—. ¿Qué hay de la chica?

—Quizá lo arreglemos.

—Así tendrá que ser.

—Veremos. Solo puede decidirlo una persona.

—¿Quién? —preguntó el muchacho, aunque imaginaba la respuesta.

—El señor Brown…

—¿Lo veré?

—Tal vez.

—Vamos —ordenó Conrad con voz ronca.

Tommy se puso en pie, obediente. Una vez en el piso superior, Conrad abrió la puerta y lo hizo entrar en un cuartucho. Encendió un mechero de gas y salió. Tommy oyó el ruido de la llave al girar en la cerradura.

Se dispuso a examinar el lugar. Era una habitación más pequeña que la de abajo y su atmósfera un tanto peculiar. Entonces comprobó que no tenía ventanas. Las paredes estaban muy sucias, como todo lo demás, y de ellas colgaban cuatro grabados representando escenas de Fausto. Margarita con su joyero, la escena de la iglesia, Siebel y sus flores, Fausto y Mefistófeles… Este último le trajo de nuevo el recuerdo del señor Brown. En aquella estancia cerrada, con su puerta hermética y pesada, se sentía apartado del mundo y le parecía mucho más real el siniestro poder de aquel archicriminal. Allí, encerrado, nadie conseguiría oírle. Aquel lugar era una tumba.

Se rehizo con un esfuerzo. Se sentó en la cama para entregarse a la reflexión. Le dolía mucho la cabeza y además estaba hambriento. El silencio de aquel lugar era desesperante.

De todas formas, se dijo, tratando de animarse, veré al jefe, al misterioso señor Brown, y con un poco de suerte, para poder continuar la farsa, incluso a Jane Finn. Después…

Después Tommy se vio obligado a admitir que el porvenir se presentaba muy negro.

Capítulo XVII
Annette

Sin embargo, las preocupaciones por su futuro se desvanecieron pronto ante las presentes. Y la más acuciante era la del hambre. Tommy gozaba de un apetito espléndido y el bistec con patatas fritas del mediodía le parecía ahora de otra década, por lo que reconoció con pesar que podría tener éxito si hacía huelga de hambre.

Anduvo de un lado a otro de su prisión. Una o dos veces dejó a un lado su dignidad y aporreó la puerta pero nadie acudió a sus llamadas.

—¡Al cuerno todo! —exclamó Tommy, indignado—. ¡No es posible que vayan a dejarme morir de hambre! —El temor se apoderó de él al considerar que tal vez fuese uno de los «medios» de hacer hablar a un prisionero. Pero pensándolo mejor desechó aquella espantosa idea.

—¡Ese bruto de Conrad! Disfrutaría dándole su merecido. Esto lo hace para demostrarme su rencor. Estoy seguro.

Posteriores meditaciones le llevaron a pensar que sería en extremo agradable tener algo con qué golpear la cabeza de huevo de Conrad. Tommy se acarició la suya, entregándose a los placeres de la imaginación. Al fin, la luz de una idea iluminó su mente. ¿Por qué no convertirla en realidad? Conrad era sin duda alguna el inquilino de la casa. Los otros, con la posible excepción del barbudo alemán, la utilizaban solo como lugar de reunión. Por lo tanto, ¿por qué no esperar a Conrad oculto detrás de la puerta y, cuando entrara, descargar sobre su cabeza una silla o cualquiera de las descoloridas pinturas? Claro que debía tener cuidado de no darle demasiado fuerte. Luego sencillamente se marcharía de allí. Si encontraba a alguien antes de salir a la calle… bueno, Tommy se

animó al imaginar un encuentro a puñetazo limpio, que siempre sería mejor que el encuentro verbal de aquella tarde.

Entusiasmado con su plan, Tommy descolgó el cuadro de Mefistófeles y Fausto, para situarse luego en la posición adecuada. Se sentía mucho más animado. Su plan le parecía sencillo pero excelente.

El tiempo iba transcurriendo y Conrad no aparecía. La noche y el día eran la misma cosa en aquella habitación, pero el reloj de pulsera de Tommy, que era bastante exacto, marcaba las nueve de la noche. Pensó amargamente que si no le llevaban pronto la cena, sería cuestión de empezar a esperar el desayuno. A las diez, perdida toda esperanza, se tendió en la cama para dormir. A los cinco minutos había olvidado todas sus penas.

El ruido de la llave lo despertó de su letargo. No pertenecía al tipo de héroe que despierta con la plena posesión de sus facultades y por ello parpadeó mirando al techo mientras se preguntaba dónde estaba. Cuando recordó lo ocurrido, echó un vistazo a su reloj. Eran las ocho.

—Es la hora del té o del desayuno —dedujo—. ¡Dios quiera que sea esto último!

Se abrió la puerta; era demasiado tarde para poner en práctica su plan de atacar a Conrad. Un momento más tarde se alegraba de haberlo olvidado, ya que no fue Conrad quien entró, sino una muchacha portadora de una bandeja que dejó sobre la mesa.

A la escasa luz del mechero de gas, Tommy parpadeó extasiado, pues se trataba de una de las jóvenes más bonitas que viera en su vida. Sus cabellos eran de color castaño con algunos reflejos dorados, como si entre ellos llevara aprisionados rayos de sol.

Un pensamiento delirante cruzó la mente de Tommy Beresford.

—¿Es usted Jane Finn? —le preguntó conteniendo la respiración.

La muchacha meneó la cabeza, extrañada.

—Mi nombre es Annette, *monsieur* —dijo en un inglés algo imperfecto.

—¡Oh! —exclamó bastante sorprendido—. ¿Es usted francesa?

—*Oui, monsieur*. *Parlez vous français*?

—No —replicó Tommy—. ¿Qué es eso? ¿El desayuno?

La muchacha asintió y Tommy, saltando de la cama, fue a

examinar el contenido de la bandeja, que consistía en un pan, algo de margarina y un tazón de café.

—No se come igual que en el Ritz —observó con un suspiro—, pero os doy las gracias, señor, por los alimentos que al fin voy a tomar. Amén.

Acercó una silla y la muchacha se dirigió a la puerta.

—Espere un momento. Hay muchísimas cosas que quisiera preguntarle, Annette. ¿Qué hace usted en esta casa? No me diga que es la sobrina o la hija de Conrad, porque no podré creerlo.

—Soy la doncella, *monsieur*. No soy pariente de nadie.

—Ya. Sabe de sobras lo que acabo de preguntarle. ¿Ha oído alguna vez ese nombre?

—Creo que he oído hablar alguna vez de Jane Finn.

—¿No sabe dónde está?

Annette meneó la cabeza.

—¿No está en esta casa, por casualidad?

—¡Oh, no, *monsieur*! Ahora debo marcharme, me están esperando.

Salió a toda prisa y cerró con llave.

—Me pregunto quiénes la estarán esperando —musitó el joven mientras devoraba el pan—. Con un poquitín de suerte esa chica podría ayudarme a salir de aquí. No parece de la banda.

A la una, Annette reapareció con otra bandeja, pero esta vez acompañada de Conrad.

—Buenos días —dijo Tommy en tono amistoso—. Ya veo que no ha utilizado el jabón.

Conrad lanzó un gruñido amenazador.

—El mundo está mal repartido, ¿verdad, viejo? Vaya, vaya, no siempre consigue uno ser inteligente y además ser bien parecido. ¿Qué tenemos para comer? ¿Estofado? ¿Que cómo lo sé? Elemental, mi querido Watson, su aroma es inconfundible.

—Hable cuanto quiera —gruñó el hombre—. Es muy probable que le quede poco tiempo para hacerlo.

El comentario era desagradable por lo que daba a entender, pero Tommy no hizo caso y se sentó a la mesa.

—Retírese, lacayo —dijo con un gesto—. Y no hable con sus superiores.

Aquella tarde, Tommy, sentado en la cama, meditó

profundamente. ¿Volvería Conrad a acompañar a la muchacha? En caso contrario, ¿se arriesgaría a tratar de convertirla en su aliada? Decidió no dejar piedra por remover. Su situación era desesperada.

A las ocho, el sonido familiar de la llave le hizo ponerse en pie de un salto. La muchacha entró sola.

—Cierre la puerta —le ordenó—. Quiero hablar con usted.

Ella obedeció.

—Escúcheme, Annette, quiero que me ayude a salir de aquí.

—¡Imposible! Hay tres hombres en el piso de abajo.

—¡Oh! —Tommy le agradeció secretamente la información—. Pero ¿me ayudaría si pudiera?

—No, *monsieur*.

—¿Por qué no?

La muchacha vacilaba.

—Me temo que… son los míos. Usted los ha espiado. Hacen bien en tenerlo encerrado aquí.

—Son un hatajo de malvados, Annette. Si me ayudara, yo la libraría de ellos y probablemente ganaría un buen montón de dinero.

Pero la joven se limitó a menear la cabeza.

—No me atrevo, *monsieur*, les tengo miedo.

Se volvió para marcharse.

—¿No haría nada por ayudar a otra joven? —exclamó Beresford —. Tiene su misma edad. ¿No la salvaría de sus secuestradores?

—¿Se refiere a Jane Finn?

—Sí.

—¿Es a ella a quién vino a buscar?

—Sí.

La muchacha lo miró y luego se pasó la mano por la frente.

—Jane Finn. Siempre oigo ese nombre y me resulta familiar.

—Probablemente debe saber algo de ella.

La muchacha se alejó con un movimiento brusco.

—No sé nada, solo el nombre.

Fue hasta la puerta y de pronto lanzó un grito.

Tommy se sobresaltó. Había visto el cuadro que él descolgara la noche anterior y, por un momento, sus ojos lo miraron aterrorizados. Luego, cuando hubo recobrado su expresión habitual se marchó sin que Tommy pudiera impedírselo. ¿Es que acaso

imaginó que había intentado atacarla? No. Volvió a colgar el cuadro muy pensativo.

Transcurrieron tres días más en aquella terrible inactividad. Tommy sentía que aquella tensión iba haciendo mella en sus nervios. No veía más que a Conrad y Annette. Pero la muchacha había enmudecido. Solo le hablaba en monosílabos y sus ojos lo miraban con recelo. El muchacho era consciente de que, si continuaba mucho tiempo en aquel encierro, terminaría por volverse loco. Supo por Conrad que esperaban órdenes del señor Brown. Tommy pensó que tal vez estuviera en el extranjero o se hubiese ausentado de Londres y se vieran obligados a esperar su regreso.

Pero en la noche del tercer día tuvo un rudo despertar.

Eran apenas las siete cuando oyó ruido de pasos en el pasillo. Al minuto siguiente se abrió la puerta y entró Conrad acompañado del Número Catorce. A Tommy se le paró el corazón al verlos.

—Buenas noches —dijo aquel hombre—. ¿Tiene la cuerda, camarada?

El silencioso Conrad sacó una cuerda larga y muy delgada, y el Número Catorce empezó a atarle de pies y manos.

—¿Qué diablos…? —empezó a decir Tommy.

La lenta y macabra sonrisa de Conrad le heló las palabras en los labios.

El Número Catorce concluyó su tarea y Tommy quedó hecho un paquete y sin poder moverse. Al fin, Conrad habló.

—Creíste habernos engañado, ¿verdad? Con lo que sabías y lo que no sabías. ¡Haciendo tratos! ¡Y todo eran baladronadas! Sabes menos que un gatito. Pero ahora te hemos descubierto, cerdo.

Tommy guardó silencio. ¿Qué podía decir? Había fracasado. De una manera u otra el omnipotente señor Brown había adivinado sus falsedades. De pronto tuvo una idea.

—Un bonito discurso, Conrad —dijo en tono de aprobación—. Pero ¿para qué tantos rodeos? ¿Por qué no deja que este caballero me corte el cuello sin más tardanza?

—Se lo diré —dijo el Número Catorce inopinadamente—. ¿Cree que somos tan estúpidos como para deshacernos de usted aquí y que la policía venga a meter las narices? Hemos pedido el carruaje de su señoría para mañana por la mañana, pero entretanto no

queremos correr riesgos, ¿comprende?

—Está clarísimo. Y tiene tan mal aspecto como su rostro.

—No se mueva —le ordenó el Número Catorce.

—Con mucho gusto. Pero sepa que está cometiendo un grave error. En definitiva, será usted quien perderá.

—No volverá a engañarnos —dijo el Número Catorce—. Habla como si todavía estuviera en el Ritz.

Tommy no contestó, preocupado en imaginar cómo el señor Brown había descubierto su identidad. Al fin decidió que Tuppence, presa de la ansiedad, habría acudido a la policía, haciéndose pública su desaparición, y la banda había atado cabos enseguida.

Los dos hombres habían cerrado la puerta. Tommy quedó a solas con sus pensamientos, muy poco agradables, por cierto. Sus miembros se iban entumeciendo y no veía la menor esperanza por ningún lado.

Había transcurrido cosa de una hora cuando oyó girar la llave lentamente y la puerta se abrió. Era Annette.

A Tommy el corazón empezó a latirle más deprisa. Se había olvidado de la muchacha. ¿Era posible que acudiera en su ayuda?

De pronto se oyó la voz de Conrad.

—Sal de ahí, Annette. Hoy no quiere cenar.

—*Oui, oui, je sais bien*. Pero tengo que recoger la otra bandeja. Necesitamos los platos.

—Bien, date prisa —gruñó Conrad.

Sin mirar a Tommy, la muchacha se inclinó sobre la mesa para recoger la bandeja y luego apagó la luz.

—¡Maldita seas! —Conrad se llegó hasta la puerta—. ¿Por qué la apagas?

—Siempre la apago. Debiera habérmelo dicho. ¿Vuelvo a encenderla, *monsieur* Conrad?

—No, sal de ahí ya.

—*Le beau petit monsieur* —exclamó Annette, deteniéndose junto a la cama en la oscuridad—. ¿Le han atado bien, *hein*? ¡Está como un pollo relleno!

El franco regocijo de su rostro sorprendió al muchacho, que en aquel preciso momento notó que una mano palpaba su brazo hasta depositar un objeto pequeño y frío en la palma de su mano.

—Vamos, Annette.

—*Mais me voilà*.

Se cerró la puerta y Tommy oyó a Conrad que decía:

—Cierra y dame la llave.

Los pasos se fueron alejando. Tommy permaneció como petrificado por el asombro. El objeto que Annette deslizara en su mano era un pequeño cortaplumas con la hoja abierta. Por el modo en que evitó mirarlo y el hecho de haber apagado la luz, llegó a la conclusión de que la habitación estaba vigilada. Debía de haber alguna mirilla en las paredes. Al recordar su comportamiento, comprendió que probablemente estuvieron observándolo todo el tiempo.

¿Habría dicho algo que lo delatara? Reveló su deseo de escapar y de encontrar a Jane Finn, pero nada que les pudiera dar una pista sobre su identidad. Cierto que su pregunta a Annette probaba que no conocía en persona a Jane Finn, pero él nunca pretendió lo contrario. Ahora la cuestión era, ¿sabría Annette más de lo que quiso confesar? ¿Acaso sus negativas fueron intencionadas para despistar a los que escuchaban? Al llegar a este punto no supo qué conclusión sacar.

Pero había una cuestión vital que borraba todas las demás. ¿Conseguiría, atado como estaba, cortar las ligaduras? Con muchas precauciones intentó frotar la hoja de la navaja contra la cuerda que rodeaba sus muñecas.

Era bastante difícil y lanzó una queja de dolor cuando la hoja cortó su carne. Pero, poco a poco, a costa de diversas lesiones, consiguió cortar la cuerda. Con las manos libres, el resto fue fácil.

Cinco minutos más tarde se puso en pie con alguna dificultad debido al entumecimiento de sus miembros. Lo primero que hizo fue vendar sus muñecas y luego se sentó a la mesa para pensar. Conrad se había llevado la llave, de modo que no podía esperar más ayuda de Annette. La única salida de aquella habitación era la puerta; en consecuencia, solo le cabía esperar que los dos hombres volvieran a buscarle, pero cuando lo hicieran… ¡Tommy sonrió! Moviéndose con infinitas precauciones en la oscuridad, encontró y descolgó el cuadro famoso. Sintió un inmenso placer de no haberlo desperdiciado con el primer plan. No le quedaba más que esperar y eso hizo.

La noche fue transcurriendo lentamente. Tommy vivió unas

horas que le parecieron eternas, pero al fin oyó ruido de pasos. Alzó los brazos, contuvo el aliento y sujetó el cuadro con fuerza.

La puerta se abrió, dejando entrar una tenue claridad. Conrad fue directo hacia la luz de gas para encenderla. Tommy lamentó que fuese él quien entrase primero. Hubiera sido un placer acabar con él. Lo siguió el Número Catorce y, cuando pisó el interior de la habitación, Tommy dejó caer el cuadro sobre su cabeza con todas sus fuerzas. El Número Catorce se desplomó entre un estrépito de cristales rotos. Un segundo después Tommy había salido.

La llave estaba en la cerradura y cerró cuando ya Conrad se abalanzaba sobre la puerta con una salva de maldiciones.

Tommy vaciló un instante. Alguien se movía abajo y la voz del alemán llegó a sus oídos.

—*Gott im Himmel*! Conrad, ¿qué ha sido eso?

Tommy sintió que lo cogían de la mano. Annette estaba a su lado indicándole una escalerilla destartalada que al parecer llevaba a un desván.

—¡Subamos, deprisa!

Lo arrastró escaleras arriba. Momentos después se encontraban en un desván polvoriento lleno de maderas. Tommy miró a su alrededor.

—Esto no nos servirá de nada. Es una trampa. No hay escape posible.

—¡Silencio! Espere.

La muchacha se llevó un dedo a los labios y, agachándose junto a la escalerilla, se puso a escuchar.

Los golpes que daban en la puerta eran terribles. El alemán y otro individuo trataban de echarla abajo. Annette le explicó en un susurro:

—Creerán que todavía está usted dentro. No pueden entender lo que les dice Conrad. La puerta es demasiado maciza.

—Yo creí que podían oír lo que ocurría en la habitación.

—Hay una mirilla en la habitación de al lado. Fue usted muy inteligente al suponerlo. Pero no se acordarán. Ahora únicamente lo que pretenden es derribar la puerta y entrar.

—Sí, pero mire aquí.

—Déjeme hacer a mí.

Se inclinó y, ante su asombro, Tommy vio que estaba atando el

extremo de un cordel largo al asa de un cántaro. Lo hizo con sumo cuidado y luego se volvió al joven.

—¿Tiene la llave de la puerta?

—Sí.

—Démela.

Se la entregó.

—Voy a bajar. ¿Cree que podrá deslizarse detrás de la escalera de modo que no lo vean?

Tommy asintió.

—Hay un gran armario en la penumbra del descansillo. Escóndase detrás. Coja el extremo de este cordel y cuando yo haya sacado a los otros tire de él.

Antes de que tuviera tiempo de preguntarle nada más, se había deslizado por la escalerilla y se plantaba en medio del grupo con una gran exclamación.

—*Mon Dieu*! *Mon Dieu*! *Qu'est-ce qu'il y a*?

El alemán se volvió a ella con una maldición.

Con sumo cuidado, Tommy se deslizó por detrás de la escalerilla. Mientras ellos no se volvieran todo iría bien. Se metió detrás del armario. Ellos estaban entre él y la escalera.

—¡Ah! —Annette simuló agacharse para recoger algo del suelo —. *Mon Dieu, voilà la clef*!

El alemán se la arrebató para abrir la puerta y Conrad salió lanzando juramentos.

—¿Dónde está? ¿Lo habéis cogido?

—No hemos visto a nadie —dijo el alemán, palideciendo—. ¿A quién te refieres?

Conrad soltó otra maldición.

—Se ha escapado.

—Imposible, lo hubiéramos visto.

En aquel momento, Tommy, sonriendo, tiró del cordel. En el desván se oyó gran estrépito de cacharros rotos. En un periquete los tres hombres subieron por la escalerilla y desaparecieron en la oscuridad.

Rápido como el rayo, Tommy salió de su escondite y bajó la escalera a todo correr, llevándose a la muchacha. En el recibidor no había nadie. Descorrió cerrojos y cadenas hasta que la puerta se abrió al fin. Se volvió, pero Annette había desaparecido.

Tommy se quedó de una pieza. ¿Es que habría vuelto a subir? ¿Qué locura se había apoderado de ella? Ardía de impaciencia pero no dio un paso. No se iría sin ella.

De pronto oyó grandes gritos, una maldición del alemán y luego la voz clara de Annette exclamando:

—*Ma foi*! ¡Se ha escapado! ¡Y muy deprisa! ¿Quién lo hubiera pensado?

El joven seguía inmóvil. ¿Era una orden para que se marchara? Así lo imaginó. Y luego, con voz aún más alta, llegaron hasta él las palabras:

—Esta casa es horrible. Quiero volver con Marguerite. Con Marguerite. ¡Con Marguerite!

Tommy había vuelto junto al pie de la escalera. ¿Es que acaso deseaba que la dejase? Pero ¿por qué? A toda costa debía intentar llevársela de allí. En aquel momento se le paralizó el corazón. Conrad comenzaba a bajar la escalera y lanzó un grito terrible al verlo. Tras él siguieron los otros.

Tommy detuvo la carrera de Conrad con un buen directo que le alcanzó en plena mandíbula y lo hizo caer como un saco. El segundo hombre tropezó con él y cayó a su vez. Desde lo alto de la escalera partió un disparo y la bala rozó la oreja de Tommy, haciéndole comprender que si quería conservar la vida era conveniente salir de la casa lo antes posible. En cuanto a Annette no podía hacer nada. Se había librado de Conrad, lo cual era una satisfacción, y el directo fue muy bueno.

Corrió hacia la puerta, salió y la cerró de un golpe. La plaza estaba desierta y, ante la casa, había una camioneta de reparto. Sin duda habían pensado sacarle de Londres en aquel vehículo y, de ese modo, su cadáver hubiera aparecido a muchas millas de la casa del Soho. El chófer saltó a la acera, tratando de cerrarle el paso y de nuevo Tommy hizo uso de sus puños y el hombre se desplomó sobre el pavimento.

Tommy puso pies en polvorosa, aunque no demasiado deprisa. La puerta de la casa acababa de abrirse y una ráfaga de balas le siguió. Por suerte ninguna hizo blanco y logró doblar la esquina de la plaza.

No pueden seguir disparando, pensó Tommy. Si lo hacen acudirá la policía. No comprendo cómo se han atrevido.

Oía los pasos de sus perseguidores a sus espaldas y aumentó la velocidad. Una vez hubiera conseguido salir de aquellas callejuelas estaría a salvo. Tenía que haber un policía en alguna parte. No es que en realidad deseara su ayuda, de ser posible debería evitarlo, pues hubiera sido necesario darle demasiadas explicaciones. Un segundo después tenía motivos para bendecir su suerte. Tropezó contra una figura acostada en el suelo que, tras lanzar un grito de alarma, echó a correr calle abajo. Tommy se refugió en el quicio de una puerta y tuvo el placer de ver a sus perseguidores, uno de los cuales era el alemán, continuar corriendo tras el señuelo.

Tommy se sentó en un escalón para descansar y recobrar el aliento. Luego echó a andar con tranquilidad en dirección contraria. Miró su reloj. Era un poco más de las cinco y media y estaba amaneciendo a toda prisa. Al llegar a la esquina, pasó ante un policía que lo miró receloso. Tommy se sintió ligeramente ofendido y, luego, pasándose la mano por la cara se echó a reír. ¡No se había lavado ni afeitado por espacio de tres días! ¡Qué aspecto debía de tener! Sin más tardanza se dirigió a un establecimiento de baños turcos que permanecía abierto toda la noche y, al volver a salir a la calle, se sintió el mismo de siempre, dispuesto a hacer proyectos.

Lo primero era comer, ya que no había probado bocado desde el día anterior. Entró en uno de los almacenes de la cadena ABC y pidió unos huevos con beicon y café. Mientras comía leyó el periódico de la mañana. De pronto contuvo la respiración. Había un artículo muy extenso sobre Kramenin, a quien describían como «el hombre que en Rusia respaldaba el bolchevismo» y que acababa de llegar a Londres como enviado extraoficial, según se creía. Esbozaban ligeramente su carrera afirmando que él, y no los renombrados cabecillas, había sido el verdadero promotor de la Revolución rusa.

En el centro de la página aparecía su retrato.

—De modo que este es el Número Uno —dijo Tommy con la boca llena—. No cabe la menor duda, debo darme prisa.

Pagó el desayuno y se fue a Whitehall. Allí dio su nombre y dijo que traía un mensaje urgente. Pocos minutos después se hallaba en presencia del hombre que no era conocido en Whitehall como «señor Carter» y que le miró con el entrecejo fruncido.

—Escuche, no tiene derecho a venir aquí a verme como lo ha

hecho. Creí que lo había dejado bien sentado.

—Así fue, señor. Pero me pareció que era importante no perder ni un minuto.

Tan brevemente como le fue posible le relató las experiencias vividas en los últimos días.

A mitad de su relato, Carter lo interrumpió para dar unas órdenes por teléfono. De su rostro había desaparecido toda muestra de disgusto y asintió en señal de aprobación cuando Tommy acabó el relato.

—Muy bien. Tenía usted razón. Cada minuto es precioso. De todos modos temo que lleguemos demasiado tarde. Ellos no aguardarán y levantarán el vuelo enseguida. No obstante, quizá dejen algún rastro que nos sirva de pista. ¿Dice usted que ha reconocido al Número Uno y que es Kramenin? Eso es importante. Necesitamos alguna prueba contra él para evitar que el gabinete caiga limpiamente en sus redes. ¿Y qué me dice de los otros? ¿Dice que dos de ellos le eran familiares? ¿Cree que uno es laborista? Mire estas fotografías y vea si puede identificarlo.

Un minuto más tarde Tommy levantaba una fotografía y Carter demostró cierta sorpresa.

—¡Ah, Westway! Debería haber sospechado. Y en cuanto al otro individuo, creo que sé quién es. —Y le tendió una fotografía que, al verla, le hizo lanzar una exclamación—. Entonces tenía razón. ¿Quién es? Irlandés. Un prominente miembro del Parlamento. Claro que solo eran suposiciones. Lo sospechábamos, pero no lográbamos conseguir pruebas. Sí, se ha portado usted muy bien, jovencito. Usted dice que el veintinueve es la fecha señalada. Eso nos deja muy poco tiempo… muy poco.

—Pero… —Tommy vacilaba.

Carter adivinó sus pensamientos.

—Podemos contener la amenaza de huelga general. Nos dará mucho trabajo, pero es nuestra oportunidad. Si ese convenio aparece, estamos perdidos. Inglaterra se precipitará en la anarquía. Ah, ¿qué hay? ¿El coche? Vamos, Beresford, iremos a echar un vistazo a esa casa.

Dos agentes estaban de guardia ante la casa del Soho y un inspector fue a informar a Carter en voz baja.

Este último se volvió a Tommy.

—Los pájaros han volado como pensábamos. Será mejor que entremos.

Al recorrer la casa desierta, Tommy creyó estar viviendo un sueño. Todo estaba igual que antes: la habitación donde lo encerraron con las pinturas descoloridas, el cántaro roto en el ático y la sala de reuniones con su larga mesa. Pero ahora no se veía ni rastro de papeles. Todos habían sido destruidos o se los llevaron al abandonar la casa. Tampoco encontraron a Annette.

—Lo que me ha dicho de esa muchacha me ha intrigado —dijo Carter—. ¿Usted cree que volvió con ellos deliberadamente?

—Eso me pareció, señor. Echó a correr escaleras arriba mientras yo abría la puerta.

—¡Hum! Entonces debe pertenecer a la banda pero, siendo una mujer, no debió de agradarle ver morir a un hombre tan joven. Sin duda es de la banda o de otro modo no hubiera vuelto con ellos.

—Me cuesta creer que esté de su lado, señor. Parecía tan distinta.

—¿Atractiva, supongo? —dijo Carter con una sonrisa que hizo que Tommy enrojeciera hasta la raíz de sus cabellos.

Admitió bastante avergonzado que Annette era muy bonita.

—A propósito —preguntó Carter—. ¿Ha visto ya a la señorita Tuppence? No ha cesado de enviarme cartas hablándome de usted.

—¿Tuppence? Temía que se hubiera asustado. ¿Avisó a la policía?

Carter meneó la cabeza.

—Entonces no comprendo cómo me descubrieron.

Como Carter lo miraba extrañado, Tommy se lo explicó.

—Cierto, es bastante curioso. A menos que mencionara el Ritz, casualmente.

—Es posible, señor. Pero de todas formas algo debieron averiguar sobre mí.

—Bueno —dijo Carter mirando a su alrededor—, aquí ya no hacemos nada. ¿Qué le parece si comemos juntos?

—Muchísimas gracias, señor. Pero creo que será mejor que vaya a ver a Tuppence.

—Por supuesto. Le da recuerdos de mi parte y dígale que la próxima vez no crea que es tan fácil matarle.

Tommy sonrió.

—Escapé por los pelos, señor.

—Ya me doy cuenta —replicó Carter en tono seco—. Bien, adiós. Recuerde que ahora es un hombre marcado y debe andar con precaución.

—Gracias, señor.

Detuvo un taxi, que lo llevó al Ritz, disfrutando de antemano con la sorpresa que daría a Tuppence.

¿Qué habrá estado haciendo? Vigilando a Rita, supongo. A propósito, Annette debió de referirse a ella cuando mencionó a una tal Marguerite. Entonces no lo comprendí.

Aquel pensamiento lo entristeció un tanto, ya que parecía probar que la señora Vandemeyer y la joven se conocían bastante bien.

El taxi se detuvo ante el Ritz. Tommy entró en el sagrado vestíbulo. Pero su entusiasmo sufrió un rudo golpe. Le comunicaron que la señorita Cowley había salido un cuarto de hora antes.

Capítulo XVIII
Un telegrama

Tommy, contrariado, entró en el restaurante y ordenó que le sirvieran una opípara comida. Sus cuatro días de encierro le habían enseñado a apreciar el valor de los buenos alimentos.

Estaba a punto de engullir un exquisito bocado de solé a la Jeannette cuando vio entrar a Hersheimmer. Tommy le hizo señales con la carta del menú y consiguió atraer su atención. Al ver al muchacho, Julius abrió tanto sus ojos que parecían a punto de salírsele de las órbitas y, dirigiéndose hacia él, le estrechó la mano con innecesario vigor.

—¡Por todos los diablos! ¿Es usted de verdad?

—Pues claro. ¿Por qué no había de serlo?

—¿Que por qué no? Oiga, ¿es que no sabe que lo hemos dado por muerto? Creo que dentro de pocos días le hubiésemos ofrecido un solemne responso.

—¿Quién pensaba que yo había muerto? —quiso saber Tommy.

—Tuppence.

—Supongo que debió de recordar el refrán: «Todos los buenos mueren jóvenes». Pero debe quedar aún en mí algo malo para haber sobrevivido. A propósito, ¿dónde está ella?

—¿No está aquí?

—No, en conserjería me dijeron que acababa de salir hace poco.

—Habrá ido de compras. Yo la traje aquí en el coche hará cosa de una hora. Pero, oiga, ¿por qué no abandona su flema de una vez? ¿Qué diablos ha estado usted haciendo todo este tiempo?

—Si quiere que se lo cuente —replicó Tommy—, será mejor que pida alguna cosa. Va a ser una historia bastante larga.

Julius le pidió algo frugal al camarero y se sentó. Luego se volvió hacia Tommy.

—Empiece. Imagino que habrá vivido algunas aventuras.

—Una o dos —replicó Tommy con modestia, pasando a relatárselas.

Julius lo escuchaba hechizado, olvidándose de comer, y al fin exhaló un profundo suspiro.

—¡Bravo! ¡Parece una de esas novelas baratas!

—Y ahora, ¿qué me cuenta usted del frente hogareño? —dijo Tommy que alargó la mano para coger del frutero un melocotón.

—Pu… pues —tartamudeó Julius—. No tengo inconveniente en confesar que también hemos tenido nuestras aventuras.

Le tocó el turno de convertirse en narrador. Empezó por sus infructuosas pesquisas en Bournemouth; luego le habló de su regreso a Londres, la compra del coche, la creciente ansiedad de Tuppence, la visita a *sir* James y los sensacionales acontecimientos de la noche anterior.

—¿Quién la mató? —preguntó Beresford—. No lo comprendo.

—El doctor insinuó la posibilidad de que se hubiera suicidado —replicó en tono seco.

—¿Y *sir* James? ¿Qué opina?

—Además de ser una lumbrera como abogado, es una ostra humana —replicó Julius—. Yo diría que «se reserva su opinión».

Continuó relatando con detalle lo sucedido aquella mañana.

—Así que ha perdido la memoria, ¿no es eso? —dijo Tommy con interés—. Cielos, eso explica por qué me miraron tan extrañados cuando yo hablé de interrogarla. ¡Ese fue un pequeño desliz por mi parte! Pero no es algo que suceda muy a menudo.

—¿No le dieron ninguna pista sobre dónde puede estar Jane?

Tommy meneó la cabeza con pesar.

—Ni una palabra. ¿Sabe? Soy bastante tonto. Tendría que haberles sonsacado algún dato respecto a su paradero, como fuera.

—Yo creo que tiene usted suerte de poder estar aquí ahora. Consiguió engañarlos muy bien. ¡Cuando pienso en lo oportuno que estuvo, me hago cruces!

—Estaba tan apurado que tuve que pensar algo —dijo Tommy con sencillez.

Hubo unos momentos de silencio y, al cabo, Tommy volvió a referirse al tema de la muerte de Rita.

—¿No es posible que fuera otra cosa más que cloral?

—Creo que no. Por lo menos dijeron que murió de un ataque al corazón producido por una dosis excesiva de cloral. Está bien así. No queremos que nos molesten ahora abriendo una investigación. E imagino que Tuppence, e incluso el orgulloso *sir* James, han tenido la misma idea.

—¿El señor Brown? —insinuó Tommy.

—Seguro.

—De todas formas —dijo Tommy, pensativo—, el señor Brown no tiene alas y no veo cómo consiguió entrar y salir.

—¿Qué me dice de una fuerza extraordinaria para transmitir el pensamiento? Alguna influencia magnética que irresistiblemente impulsara a la señora Vandemeyer a suicidarse.

Tommy lo miró con deferencia.

—Bien, Julius. Muy bueno. Sobre todo la fraseología. Pero me deja frío. Yo busco al señor Brown de carne y hueso, y creo que los jóvenes detectives deben ponerse a trabajar, estudiando las entradas y salidas y golpearse la frente hasta dar con la solución de este misterio. Volvamos al escenario del crimen. Ojalá pudiera encontrar a Tuppence. El Ritz disfrutaría del atractivo espectáculo del feliz encuentro.

En la recepción le dijeron que Tuppence no había regresado todavía.

—De todas formas, creo que será conveniente mirar arriba —dijo Hersheimmer—. Pudiera estar en mi saloncito. —Y desapareció.

De pronto un botones se acercó a Tommy para decirle:

—La señorita se ha ido en tren, según creo, señor —murmuró tímidamente.

—¿Qué? —Tommy se volvió en redondo.

El botones se puso como la grana.

—Le pedí un taxi, señor. Escuché que le decía al chófer que la llevara a la estación de Charing Cross y que fuera deprisa.

Tommy lo miró asombradísimo y el chico, envalentonándose, continuó:

—Eso es lo que deduje, puesto que había pedido una ABC y una Bradshaw.

Tommy lo interrumpió:

—¿Cuándo las pidió?

—Cuando le llevé el telegrama, señor.

—¿Un telegrama?

—Sí, señor.

—¿Cuándo fue eso?

—Cerca de las doce y media, señor.

—Cuéntame exactamente lo que ocurrió.

El botones tomó aliento.

—Subí un telegrama a la habitación ochocientos noventa y uno y allí estaba la señorita. Al abrirlo lanzó una exclamación y luego me dijo muy contenta: «Tráeme una ABC y una Bradshaw, y vigila, Henry». Yo no me llamo Henry, pero…

—No importa cómo te llames —dijo Tommy impaciente—. Continúa.

—Sí, señor. Se lo llevé y me dijo que aguardara, pero al mirar el reloj me ordenó: «Date prisa. Di que me busquen un taxi», y empezó a colocarse el sombrero delante del espejo, cosa que hizo en dos segundos. Luego la vi bajar la escalera, meterse en el taxi y gritarle al chófer lo que le he dicho.

El muchacho se detuvo para llenar de aire sus pulmones. Tommy continuaba mirándolo y, en aquel momento, Julius se unió a ellos con una carta en la mano.

—Oiga, Hersheimmer —dijo Tommy, volviéndose hacia él cuando se acercó—. Tuppence se ha ido a investigar por su cuenta.

—¡Demonios!

—Sí, se marchó a la estación de Charing Cross en un taxi a todo correr después de recibir un telegrama. —Reparó en la carta que Julius tenía en la mano—. ¡Oh, le dejó una nota! Espléndido. ¿Adónde ha ido?

Casi inconscientemente alargó la mano para cogerla, pero Julius se guardó la nota en el bolsillo, algo violento.

—No tiene nada que ver con esto. Es algo bien distinto, algo que le pedí ayer y hoy me da la respuesta.

—¡Oh! —Tommy, muy intrigado, parecía aguardar más explicaciones.

—Escuche —dijo Hersheimmer de pronto—. Será mejor que se lo cuente. Le pedí a la señorita Tuppence que se casara conmigo.

—¡Oh! —replicó Tommy, aturdido. Las palabras de Julius fueron por completo inesperadas y, por un momento, retumbaron en su

cerebro.

—Quiero que sepa —continuó Julius— que antes de hablar de ello con la señorita Tuppence dejé bien sentado que yo no deseaba interponerme entre usted y ella…

Tommy se rehizo.

—No se preocupe —dijo, a toda prisa—. Tuppence y yo hemos sido amigos durante años. Pero nada más. —Encendió un cigarrillo con mano temblorosa—. Es natural, Tuppence siempre dijo que buscaba…

Se detuvo de repente y enrojeció, en tanto que Julius se quedaba tan campante.

—¡Oh! Me figuro que se refiere a los dólares. La señorita Tuppence ya me puso al corriente. No es capaz de engañar a nadie. Estoy seguro de que nos llevaremos muy bien.

Tommy lo miró con curiosidad, como si fuera a decir algo, pero no abrió la boca. ¡Tuppence y Julius! Bueno, ¿y por qué no? ¿Acaso no se lamentaba de no conocer hombres ricos? ¿No había expresado abiertamente su intención de casarse por dinero si se le presentaba una oportunidad? Pues bien, el joven norteamericano representaba una oportunidad única y era tonto esperar que no la aprovechase. Iba en busca de dinero. Siempre lo había dicho. ¿Por qué reprocharle el que fuese fiel a su credo?

Sin embargo, Tommy sintió un resentimiento apasionado y por completo ilógico. Estaba bien decir cosas como aquellas, pero una mujer de verdad no se casa nunca por dinero. Tuppence era una egoísta, poseía una terrible sangre fría y él estaría contentísimo de no volver a verla. ¡El mundo era un asco!

La voz de Julius interrumpió su pensamiento.

—Sí, creo que nos llevaremos muy bien. He oído decir que las mujeres dicen que no la primera vez. Es como una especie de costumbre.

Tommy lo asió del brazo.

—¿Lo ha rechazado? ¿Dijo que no?

—Sí. ¿No se lo había dicho? Se limita a decir que «no» sin alegar ninguna razón. Huns lo llama el eterno femenino. Pero ya cambiará de opinión. Ya la convenceré.

Tommy lo interrumpió sin el menor decoro.

—¿Qué dice en la nota? —exigió con fiereza.

El bueno de Julius se la tendió.

—No hay la menor pista que pueda indicarnos adónde ha ido —le aseguró—. Pero compruébelo usted mismo si no me cree.

Le tendió el papel.

Querido Julius:

Siempre es mejor decir las cosas por escrito. No me siento capaz de pensar en el matrimonio hasta que Tommy haya aparecido. Dejémoslo tal cual hasta entonces.

Suya afectísima,

TUPPENCE

Tommy se la devolvió con los ojos brillantes. Sus sentimientos habían experimentado una reacción brusca. Ahora sentía que Tuppence era toda nobleza y desinterés. ¿Acaso no había rechazado a Julius sin la menor vacilación? Cierto que la nota daba muestras de flaqueza, pero podía disculparla. Quiso dar a entender a Julius que casi era su novia, para animarlo en sus esfuerzos para encontrarlo a él, pero estaba seguro de que no era eso lo que ella quería decir. ¡Querida Tuppence, no hay en todo el mundo una muchacha como tú! Cuando la vea…

Sus pensamientos sufrieron una sacudida brusca.

—Como usted bien dice —observó, volviendo en sí con un esfuerzo—, no hay el menor indicio de dónde puede haber ido. ¡Eh, Henry!

El botones acudió obediente y Tommy sacó cinco chelines de su bolsillo.

—Otra cosa más. ¿Recuerdas qué hizo la señorita con el telegrama?

—Hizo con él una pelota y la arrojó a la chimenea gritando: «*Ale… hop*!».

—Muy gráfico, Henry —dijo Tommy—. Aquí tienes otros cinco chelines. Vamos, Julius. Tenemos que encontrar ese telegrama.

Subieron a toda prisa. Tuppence había colocado la llave en la cerradura y la habitación estaba tal como ella la dejara.

En el hogar había un papel naranja y blanco.

Tommy alisó el telegrama.

Ven enseguida a Moat House, Ebury, Yorkshire. Grandes acontecimientos.

TOMMY

Se miraron estupefactos. Julius fue quien habló primero.

—¿Usted no lo envió?

—Desde luego que no. ¿Qué significado puede tener?

—Me figuro que el peor —replicó Julius sin alterarse—. Que la han cogido.

—¿Qué?

—¡Seguro! Firmaron con su nombre y ella cayó en la trampa como un corderito.

—¡Cielo santo! ¿Qué haremos ahora?

—¡Darnos prisa y salir tras ella! ¡Ahora mismo! No hay tiempo que perder. Ha sido providencial que no se llevara el telegrama. De otro modo no hubiéramos logrado dar con ella. Pero hay que apresurarse. ¿Dónde está esa guía Bradshaw?

La energía de Julius era contagiosa. De haber estado solo, lo más probable es que Tommy se hubiera sentado a meditar por espacio de media hora por lo menos, antes de decidir un plan de acción, pero estando al lado de Julius Hersheimmer la rapidez era inevitable.

Después de musitar varias imprecaciones le tendió la guía Bradshaw a Tommy por estar más versado con sus misterios. Pero este renunció y cogió una guía de ferrocarriles ABC.

—Manos a la obra. Ebury, Yorkshire. De King's Cross o St. Pancras. El botones ha debido equivocarse. Es King's Cross y no Charing Cross. Doce cincuenta, este es el tren que tomó; el de las dos y diez ha salido ya; el siguiente es a las tres y veinte, y es muy lento.

—¿Y si fuéramos en coche?

Tommy movió la cabeza.

—Como quiera, pero será mejor que tomemos el tren. Lo importante es conservar la calma.

—Es cierto. ¡Pero me saca de mis casillas pensar que esa joven

inocente está en peligro!

Tommy asintió distraído. Estaba pensando y, al cabo de unos instantes, dijo:

—Oiga, Julius, ¿para qué iban a quererla, eh? No lo comprendo. Quiero decir que no creo que vayan a hacerle ningún daño —explicó Tommy frunciendo el entrecejo debido a su esfuerzo mental —. Es un rehén, eso es lo que es. No corre peligro inmediato, ya que si nosotros averiguáramos alguna cosa, ella les sería de gran utilidad. Mientras ella esté en su poder nosotros estaremos también. ¿Comprende?

—Tiene mucha razón —repuso Julius pensativo—. Eso es.

—Además, tengo una gran fe en Tuppence.

El viaje fue pesadísimo, con muchas paradas y gran cantidad de gente. Tuvieron que cambiar dos veces de tren, una en Doncaster y otra en un cruce poco importante.

Ebury era una estación desierta con un solo mozo, a quien Tommy se dirigió para preguntarle:

—¿Puede indicarme por dónde se va a Moat House?

—¿Moat House? Está muy cerca de aquí. ¿Se refiere a la casa grande junto al mar?

Tommy asintió con todo descaro y, tras escuchar las minuciosas explicaciones de aquel hombre, se dispusieron a salir de la estación. Empezaba a llover y se subieron el cuello de la americana. De pronto Tommy se detuvo.

—Espere un momento.

Corrió de nuevo a la estación para buscar al mozo.

—Escuche, ¿recuerda a una joven que llegó en un tren anterior, en el de las doce cincuenta de Londres? Probablemente debió de preguntarle también el camino de Moat House.

Acto seguido le describió a Tuppence lo mejor que supo, pero el mozo meneó la cabeza. En aquel tren habían llegado diversas personas y no recordaba a ninguna joven, pero estaba seguro de que nadie le había preguntado por Moat House.

Tommy fue a reunirse con Julius y se lo contó muy deprimido. Estaba convencido de que sus pesquisas resultarían infructuosas. El enemigo tenía tres horas de ventaja y tres horas eran más que suficientes para el señor Brown, que no habría pasado por alto la posibilidad de que hubieran encontrado el telegrama.

El camino parecía interminable. Una vez se equivocaron y anduvieron cerca de media milla en dirección opuesta. Eran más de las siete cuando un chiquillo les dijo que Moat House estaba al volver la esquina.

Una verja ruinosa chirriaba sobre sus goznes. Un camino cubierto de maleza y hojas. Aquel lugar tenía un aspecto tan siniestro que les heló el corazón. Echaron a andar por el camino desierto; la alfombra de hojas ahogaba sus pasos. Era ya casi de noche y les parecía estar en un mundo fantasmal. Sobre sus cabezas las ramas oscilaban y rugían lúgubremente. De vez en cuando una hoja desprendida les sobresaltaba con su frío contacto.

Al volver un recodo apareció la casa ante su vista. Los postigos estaban cerrados y los escalones que había ante la puerta cubiertos de musgo. ¿Era allí donde atrajeron con engaños a Tuppence? Costaba creer que ningún ser humano hubiera pisado el lugar durante meses.

Julius tiró de la rústica argolla de la campanilla, que resonó en el interior. No acudió nadie. Volvieron a llamar una y otra vez, pero no hubo la menor señal de vida. Entonces dieron la vuelta a la casa. Todo estaba silencioso y no se veía ni una ventana abierta. Sin duda, aquel lugar estaba desierto.

—No hay nada que hacer —dijo Hersheimmer, resignado. Lentamente volvieron sobre sus pasos hasta la verja—. Debe de haber un pueblo por aquí cerca. Será mejor que hagamos averiguaciones allí. Sabrán algo de este lugar y si ha vivido alguien aquí últimamente.

—Sí, no es mala idea.

Continuaron por el camino hasta llegar a un pueblo. En las afueras encontraron a un obrero con un saco de herramientas a cuestas y Tommy lo detuvo con una pregunta.

—¿Moat House?

—Está deshabitada. Hace muchos años que no vive nadie allí. Si desean verla, la señora Sweeny tiene la llave. Está junto al estanco.

Tommy le dio las gracias y no tardaron en encontrar el estanco, que además era pastelería y tienda de regalos.

Llamaron a la puerta de la casa vecina y les abrió una mujer de aspecto limpio y aseado. Enseguida les entregó la llave de la casa.

—Aunque no creo que les convenga, señor. Está muy

abandonada. Los techos se están cayendo. Sería necesario gastar mucho dinero en repararla.

—Gracias —dijo Tommy en tono alegre—. Sí, se está derrumbando, pero hoy en día escasean las viviendas.

—Y que usted lo diga —declaró de corazón la mujer—. Mi hija y mi yerno andan buscando una casita decente desde hace no sé cuánto tiempo. Es por la guerra. Lo ha trastornado todo. Pero ¿no está demasiado entrada la noche para visitar la casa? ¿No sería mejor que esperaran a mañana?

—No importa. Esta noche le echaremos un vistazo. Hubiésemos llegado antes de no habernos perdido. ¿Cuál es el mejor lugar para pasar la noche por estos alrededores?

La señora Sweeny quedó pensativa.

—El Yorkshire Arms, pero no es lugar para unos caballeros como ustedes.

—¡Oh, estaremos muy bien! A propósito, ¿no ha venido una señorita hoy a pedirle la llave?

—Nadie ha preguntado por esa casa desde hace tiempo.

—Muchísimas gracias.

Regresaron a Moat House y, cuando la puerta principal se abrió crujiendo sobre sus goznes, Julius se agachó para examinar el suelo con una cerilla. Luego meneó la cabeza.

—Juraría que nadie ha pasado por aquí. Mire el polvo. Forma una capa un tanto espesa y no se ven huellas de pisadas.

Recorrieron la casa y todo estaba por el estilo. Nadie había alterado el polvo ni las espesas telarañas.

—Esto me extraña —dijo Hersheimmer—. No creo que Tuppence haya entrado en esta casa.

—Pues ha debido hacerlo.

Julius meneó la cabeza sin contestar.

—Volveremos mañana por la mañana —dijo Tommy—. Quizá lo veamos mejor a la luz del día.

Al día siguiente, la registraron una vez más y, a pesar suyo, hubieron de llegar a la conclusión de que la casa no había sido habitada durante un espacio de tiempo considerable y, a no ser por un afortunado descubrimiento de Tommy, se hubieran marchado del pueblecito. Cuando estaban ya cerca de la verja, se detuvo lanzando un grito y se agachó para coger algo de entre la hojarasca,

que tendió a Julius. Era un pequeño broche de oro.

—¡Es de Tuppence!

—¿Está seguro?

—Absolutamente. Se lo he visto llevar muy a menudo.

Julius aspiró el aire con fuerza.

—Me figuro que es una prueba contundente. Por lo visto llegó hasta aquí. Convertiremos esa posada en nuestro cuartel general y removeremos cielo y tierra hasta dar con ella. Alguien tiene que haberla visto.

Comenzaron su campaña. Tommy y Julius trabajaron juntos y por separado, pero el resultado fue el mismo: en la vecindad no había sido vista ninguna mujer que respondiera a la descripción de Tuppence. Estaban desconcertados, pero no perdieron la esperanza. Al fin decidieron cambiar de táctica. Sin duda Tuppence no había permanecido mucho tiempo por las cercanías de Moat House, lo cual indicaba que fue traída y llevada en coche.

Renovaron las averiguaciones. ¿No habían visto ningún coche detenido cerca de la casa aquel día? Tampoco tuvieron éxito.

Julius telegrafió que le enviaran su automóvil y recorrieron a diario la vecindad con celo incansable. Un coche gris en el que habían puesto sus más caras esperanzas resultó ser propiedad de una solterona respetabilísima que vivía en Harrogate.

Cada día iban tras una nueva pista. Julius, como un galgo en pos de la liebre, perseguía el rastro más leve. Cada coche que había circulado por la aldea el día fatal fue identificado.

Se introdujo en las propiedades del condado y sometió a sus dueños a un examen estricto. Sus disculpas eran tan buenas como sus métodos y casi siempre conseguía apaciguar la indignación de sus víctimas; pero los días se iban sucediendo y no daban con el paradero de Tuppence. El rapto había sido tan bien planeado que la muchacha parecía haberse desvanecido materialmente en el aire.

Otra preocupación comenzaba a hacer mella en el ánimo de Tommy.

—¿Sabe cuánto tiempo llevamos aquí? —preguntó a su compañero una mañana cuando desayunaban—. ¡Una semana! No hemos adelantado nada para encontrar a Tuppence y el próximo domingo es veintinueve.

—¡Diablos! —replicó Julius pensativo—. Casi había olvidado esa

fecha. No he pensado más que en Tuppence.

—Igual que yo. Yo no me había olvidado del día veintinueve, pero me parecía que no me importaba ni un comino comparado con el afán por buscar a Tuppence. Pero hoy estamos a veintitrés y el plazo se acorta. Si hemos de dar con ella, tiene que ser antes del veintinueve. Después su vida tal vez no dure ni una hora. Entonces habrá terminado el juego del secuestro. Empiezo a creer que hemos cometido una gran equivocación al llevar este asunto como lo hicimos. Hemos perdido inútilmente el tiempo sin adelantar nada.

—Estoy de acuerdo con usted en esto. Somos un par de tontos que nos hemos llevado a la boca un mordisco mayor del que podíamos mascar. ¡Voy a dejar de hacer tonterías en el acto!

—¿Qué quiere decir?

—Va a saberlo enseguida. Haré lo que debimos haber hecho una semana atrás. Volver a Londres y poner el caso en manos de la policía británica. Nos creímos unos sabuesos. ¡Sabuesos! ¡Ha sido una estupidez! ¡Estoy harto! Esto se acabó. ¡Voy en busca de Scotland Yard!

—Tiene razón. Ojalá lo hubiéramos hecho enseguida.

—Más vale tarde que nunca. Hemos estado jugando a «¿Dónde están las llaves?». Ahora me voy a Scotland Yard para pedirles que me den la mano y me enseñen el camino a seguir. Supongo que al final los profesionales siempre vencen a los aficionados. ¿Viene usted conmigo?

Tommy negó con la cabeza.

—¿Para qué? Con uno de nosotros basta. Puedo quedarme y husmear un poco más. Tal vez surja algo nuevo. Nunca se sabe.

—De acuerdo. Bien, hasta la vista. Volveré pronto con un par de inspectores y les diré que procuren portarse lo mejor que sepan.

Pero el curso de los acontecimientos no iba a permitir que Julius pusiera en práctica su plan. Poco después Tommy recibió un telegrama:

Reúnase conmigo en el hotel Manchester Midland. Noticias importantes.

JULIUS

A las siete y media de la tarde, Tommy se apeaba de un tren correo. Julius lo aguardaba en el andén.

—Pensé que llegaría en este tren si mi telegrama lo encontraba en casa.

—¿Qué ocurre? ¿Ha encontrado a Tuppence?

—No. Pero había esto esperándome en Londres. Acababa de llegar.

Le tendió un telegrama y Tommy abrió mucho los ojos al leer:

> *Jane Finn hallada. Venga inmediatamente al hotel Manchester Midland.*
>
> *PEEL EDGERTON*

Julius recuperó el telegrama y lo dobló.

—Es curioso —dijo, pensativo—. ¡Creí que ese abogado había renunciado!

Capítulo XIX
Jane Finn

—El tren llegó hace cosa de media hora —explicó Julius, al acompañarlo fuera de la estación—. Calculé que usted llegaría en este tren antes de que yo dejara Londres y por ello telegrafié a *sir* James. Nos ha reservado habitaciones y llegará a las ocho.

—¿Qué le hace pensar que ha dejado de interesarse por este caso? —preguntó Beresford con visible extrañeza.

—Lo que dijo —replicó Julius tajante—. ¡Ese pajarraco es más cerrado que una ostra! Como todos ellos, no quiere comprometerse hasta estar seguro de poder entregar el género.

—Quisiera saber… —dijo Tommy, pensativo.

Julius se volvió a mirarle.

—¿Qué es lo que quisiera saber?

—Si ha sido ese el motivo verdadero.

—Seguro. Puede apostar hasta la vida.

Tommy meneó la cabeza sin dejarse convencer.

Sir James llegó puntualmente a las ocho y Julius le presentó a Tommy. *Sir* James le estrechó la mano con calor.

—Encantado de conocerlo, señor Beresford. He oído hablar mucho de usted a la señorita Tuppence —sonrió involuntariamente —. Y la verdad, es que casi me parece conocerlo muy bien.

—Gracias, señor —dijo Tommy con su alegre sonrisa observándolo de cerca y, al igual que Tuppence, sintió el magnetismo de su personalidad. Le recordó a Carter a pesar de que los dos eran totalmente distintos. Bajo el aire cansado del uno y la reserva profesional del otro se escondía la misma inteligencia afilada como un estoque.

Al mismo tiempo, se daba cuenta del escrutinio a que lo estaba sometiendo *sir* James. Cuando el abogado apartó la mirada tuvo la

certeza de que había leído a través de él, como en un libro abierto. No alcanzó a adivinar cuál fue su juicio, ni esperaba conocerlo. *Sir* James se apoderaba de todo, pero solo daba lo que quería y pronto tuvo prueba de ello.

Una vez se hubieron saludado, Julius le hizo una avalancha de preguntas. ¿Cómo había conseguido localizar a la muchacha? ¿Por qué no les dijo que seguía trabajando en el caso? Y otras muchas. *Sir* James se acarició la barbilla y sonrió.

—Bueno, ya ha aparecido —dijo al fin—. En este momento creo que es lo más importante, ¿no les parece?

—Desde luego. Pero ¿cómo encontró su pista? La señorita Tuppence y yo pensamos que había abandonado el caso definitivamente.

—¡Ah! —El abogado le dirigió una mirada escrutadora mientras volvía a acariciarse la barbilla—. ¿Así es que eso es lo que ustedes pensaron? ¿De veras? ¡Hum! Pobre de mí.

—Pero me figuro que estábamos equivocados —continuó Julius.

—Bueno, yo ignoraba que hubiera llegado a decirlo. Pero ha sido una gran suerte para todos que hayamos conseguido encontrarla.

—¿Dónde está? —preguntó Julius y sus pensamientos siguieron otros derroteros—. Creí que la traería consigo.

—Eso hubiera sido imposible —dijo *sir* James en tono grave.

—¿Por qué?

—Porque ha sufrido un accidente y tiene heridas leves en la cabeza. La han llevado al hospital y, al recobrar el conocimiento, ha dicho llamarse Jane Finn. Cuando… ¡Ah! Al oír esto, la hice llevar a la clínica de un médico amigo mío y les telegrafié enseguida. Volvió a quedar inconsciente y, desde entonces, no ha vuelto a hablar.

—¿No está herida de gravedad?

—No, un cardenal y un par de cortes; la verdad, desde el punto de vista médico, es muy poco para haberle producido semejante estado y lo atribuyen más bien al trauma que le causó recobrar la memoria.

—¿La ha recobrado? —exclamó Julius, excitadísimo.

Sir James golpeó la mesa con impaciencia.

—Sin duda, señor Hersheimmer, puesto que ha sido capaz de dar su verdadero nombre. Creí que habría reparado en ello.

—¿Usted estaba en el lugar del suceso por casualidad? —dijo Tommy—. Parece un cuento de hadas.

Pero *sir* James estaba demasiado cansado para bromear.

—Las coincidencias son a veces muy curiosas —dijo en tono adusto.

Sin embargo, ahora Tommy supo con certeza lo que antes sospechara: que la presencia de *sir* James en Manchester no había sido accidental. Lejos de abandonar el caso, como Julius había supuesto, consiguió por sus propios medios dar con la muchacha desaparecida. Lo único que le intrigaba era la razón de todo aquel secreto. Y al fin decidió que debía ser producto de su mente legalista.

—Después de cenar —anunció Julius— iré a ver a Jane enseguida.

—Me temo que será imposible —dijo *sir* James—. No es probable que le dejen recibir visitas a estas horas de la noche. Yo le sugiero que vaya por la mañana a las diez.

Julius enrojeció; había algo en *sir* James que lo convertía siempre en su antagonista. Era un choque entre dos personalidades vigorosas.

—De todas formas, iré esta noche para ver si consigo romper sus absurdas reglas.

—Será inútil, señor Hersheimmer.

Las palabras fueron como un trallazo y Tommy alzó la vista sobresaltado. Julius estaba nervioso y excitado, y la mano con que cogió la copa temblaba ligeramente, aunque sus ojos siguieron desafiando la mirada de *sir* James. Por un momento, la hostilidad existente entre los dos hombres pareció a punto de inflamarse. Finalmente, Julius bajó los ojos derrotado.

—De momento, reconozco que es usted quien manda.

—Gracias —replicó el otro—. Entonces, ¿quedamos a las diez? —Se volvió hacia Tommy—. Debo confesar, señor Beresford, que me ha sorprendido verlo aquí esta noche. Lo último que supe de usted es que sus amigos estaban muy preocupados por su paradero. No sabían nada de usted desde hacía varios días, y la señorita Tuppence se sentía inclinada a creer que se encontraba en apuros.

—¡Así era, señor! —Tommy sonrió al recordarlo—. En mi vida me había visto en una situación más apurada.

Animado por las preguntas de *sir* James, le hizo un breve resumen de sus aventuras. Al terminar, el abogado lo miró con renovado interés.

—Supo usted salir airoso. Le felicito. Demostró una gran habilidad y supo representar perfectamente su papel.

Tommy enrojeció de placer ante sus alabanzas.

—No hubiera conseguido huir a no ser por esa muchacha, señor.

—No —*sir* James sonrió—. Tuvo suerte de caerle en gracia. —Tommy pareció dispuesto a protestar, pero *sir* James continuó—: Supongo que no existe la menor duda de que también pertenecía a la banda.

—Me temo que sí, señor. En un momento creí que la retenían a la fuerza, pero su modo de actuar no concordaba con esa suposición. Volvió junto a ellos cuando podía escapar.

Sir James asintió pensativo.

—¿Qué dijo ella? ¿Algo así como que quería regresar junto a Marguerite?

—Sí, señor. Supongo que se refería a la señora Vandemeyer.

—Siempre firmaba como Rita Vandemeyer y todos sus amigos la conocían por Rita. No obstante, imagino que esa joven habría tomado la costumbre de llamarla por su nombre completo. ¡Y en el momento en que la llamaba, la señora Vandemeyer estaba muriendo o había fallecido ya! ¡Es curioso! Hay una o dos cosas que no veo claras. Por ejemplo, su repentino cambio de actitud hacia usted. A propósito, supongo que registraría la casa.

—Sí, señor, pero todos habían alzado el vuelo.

—Es natural —dijo *sir* James secamente.

—Y no dejaron el menor rastro.

—Me pregunto… —El abogado tamborileó con sus dedos encima de la mesa, pensativo.

El tono de su voz hizo que Tommy alzara la mirada. ¿Es que acaso aquel hombre había visto algo que pasó inadvertido a los demás?

—¡Ojalá hubiera estado usted aquí cuando registramos la casa! —exclamó impulsivamente.

—A mí también me hubiera gustado —repuso *sir* James con calma—. ¿Qué ha estado usted haciendo desde entonces?

Tommy lo miró de hito en hito y luego comprendió que el

abogado no estaba informado.

—Olvidaba que no sabía usted lo de Tuppence —dijo, volviendo a sentir aquella ansiedad enfermiza, que había olvidado con la excitación de saber que al fin habían encontrado a Jane Finn.

El abogado dejó caer sobre la mesa el cuchillo y el tenedor.

—¿Le ha ocurrido algo a la señorita Tuppence? —Su tono era cortante.

—Ha desaparecido —dijo Hersheimmer.

—¿Cuándo?

—Hace una semana.

—¿Cómo?

Sir James lanzaba sus preguntas como disparos. Entre Tommy y Julius le contaron la historia de aquella semana y su inútil búsqueda.

Sir James fue enseguida a la raíz del asunto.

—¿Un telegrama firmado con su nombre? Sabían lo bastante sobre los dos para hacer semejante cosa. No estaban muy seguros de lo que usted habría descubierto en esa casa. El secuestro de la señorita Tuppence es la represalia por su huida. De ser necesario sellarían sus labios con la amenaza de lo que pudiera sucederle a ella.

Tommy asintió.

—Eso es lo que yo he pensado, señor.

—¿Usted lo ha pensado? —dijo *sir* James, mirándolo fijamente —. No está mal, no está nada mal. Lo curioso es que no sabían nada de usted cuando le hicieron prisionero. ¿Está seguro de que no descubrió su identidad usted mismo?

Tommy meneó la cabeza.

—Así es —intervino Julius—. Por lo tanto reconozco que alguien les puso al corriente y que no lo hizo antes del domingo por la tarde.

—Sí, pero ¿quién?

—¡El poderoso e inmenso señor Brown, por supuesto!

Había cierto matiz irónico en la voz del norteamericano que hizo que *sir* James lo mirara en el acto.

—¿No cree usted en el señor Brown, señor Hersheimmer?

—No, señor —replicó este con énfasis—. Es decir, no creo en él como tal. Pienso que es un fantasma, un espectro. Solo un nombre

con el que se asusta a los niños. El cabecilla verdadero de este tinglado es ese ruso: Kramenin. Lo creo capaz de organizar revoluciones en tres países a la vez si se lo propone. Whittington es probablemente el cabecilla de la rama inglesa.

—No estoy de acuerdo con usted —replicó *sir* James, tajante—. El señor Brown existe. —Se volvió hacia Tommy—. ¿Se fijó desde dónde fue enviado el telegrama?

—No, señor, me temo que no.

—¡Hum! ¿Lo lleva encima?

—Está arriba, señor, en mi maletín.

—Me gustaría echarle un vistazo, pero no hay prisa. Ya han perdido una semana. —Tommy agachó la cabeza—. Un día o dos más no tienen importancia. Primero nos ocuparemos de la señorita Jane Finn. Después nos pondremos a trabajar de firme para rescatar a la señorita Tuppence. No creo que corra peligro inminente. Es decir, en tanto ellos ignoren que tenemos a Jane Finn y que ha recobrado la memoria. Debemos mantenerlo en secreto a toda costa. ¿Comprendido?

Los dos jóvenes asintieron y, tras quedar de acuerdo para la mañana siguiente, el gran abogado se despidió.

A las diez en punto, Tommy y el norteamericano estaban en el lugar acordado. *Sir* James se había reunido con ellos en la puerta y era el único que no parecía excitado. Les presentó al médico.

—¿Nos permite subir a verla?

—Sigue bien y evidentemente no tiene idea del tiempo transcurrido. Esta mañana preguntó cuántos se habían salvado del Lusitania. Y si había aparecido ya la lista en los periódicos. Claro que esto era de esperar. Aunque creo que está preocupada por algo.

—Me parece que podremos aliviar su ansiedad. ¿Nos permite subir a verla?

—Desde luego.

A Tommy el corazón comenzó a latirle más deprisa mientras subía la escalera detrás del médico. ¡Al fin Jane Finn! ¡La anhelada, la misteriosa y escurridiza Jane Finn!

¡Qué difícil se le había hecho dar con ella! Y allí en aquella casa, con la memoria recobrada casi milagrosamente, yacía la muchacha que tenía en sus manos el futuro de Inglaterra. De sus labios casi se escapó un gemido. ¡Si Tuppence hubiera podido estar a su lado para

compartir el final triunfante de su aventura! Luego apartó de su mente el recuerdo de Tuppence. Su confianza en *sir* James iba en aumento. Aquel hombre lograría descubrir el paradero de Tuppence. ¡Pero ahora, Jane Finn! De pronto, un repentino temor atenazó su corazón. Parecía demasiado fácil.

¿Y si la encontraban muerta, asesinada por la mano del señor Brown?

Al minuto siguiente se reía de sus fantasías. El doctor abrió la puerta de una habitación. En la cama blanca yacía una muchacha con la cabeza vendada. En cierto modo parecía una escena irreal y daba la impresión de haber sido escenificada a la perfección.

La muchacha miró a cada uno de los recién llegados con sus grandes ojos ausentes. *Sir* James habló primero.

—Señorita Finn —le dijo—, este es su primo, el señor Julius P. Hersheimmer.

Un ligero rubor coloreó el rostro de la joven, mientras Julius se adelantaba para estrecharle la mano.

—¿Cómo estás, prima Jane? —dijo en tono alegre.

Pero Tommy captó el temblor de su voz.

—¿Eres tú realmente el hijo de tío Hiram? —le preguntó.

Su voz, con el cálido acento del Oeste, tenía un matiz casi emocionante y a Tommy le resultó vagamente familiar, aunque lo consideró imposible.

—Pues claro.

—Solíamos leer cosas de tío Hiram en los periódicos —continuó la muchacha con su voz grave—. Pero nunca pensé que llegaría a conocerte. Mi madre se figuraba que tío Hiram nunca haría las paces con ella.

—El viejo era así —admitió Julius—. Pero creo que la nueva generación es distinta. No sirven de nada las peleas familiares. Lo primero en que pensé, al terminar la guerra, fue en venir a buscarte.

El rostro de la joven se ensombreció.

—Me han estado contando cosas… cosas terribles: que he perdido la memoria y que hay años que no recordaré nunca, años de mi vida perdidos.

—¿No te diste cuenta?

—Pues no. Me parece como si no hubiese pasado nada desde que subimos a los botes. ¡Lo veo como si estuviera sucediendo ahora!

Cerró los ojos con un estremecimiento.

Julius miró a *sir* James, que hizo un gesto de asentimiento.

—No te atormentes más. No vale la pena. Ahora escucha, Jane, hay algo que quiero que me digas. A bordo iba un hombre que era portador de un documento importante y los grandes personajes de este país dicen que te lo entregó a ti. ¿Es cierto?

La muchacha vacilaba, mirando ora a uno, ora a otro.

Julius comprendió.

—El señor Beresford está autorizado por el gobierno británico para devolver este documento a su país. *Sir* James Peel Edgerton es miembro del Parlamento inglés y podría ser un cargo del gabinete si quisiera. Gracias a él hemos conseguido dar al fin contigo. De modo que puedes contarnos toda la historia. ¿Te dio Danvers los papeles?

—Sí. Dijo que yo tenía más posibilidades de salvarme, ya que primero embarcaban las mujeres y los niños.

—Lo que habíamos imaginado —dijo *sir* James.

—Dijo que eran muy importantes, que podrían hacer que todo cambiara para los aliados. Pero si ha pasado tanto tiempo y la guerra ha terminado, ¿qué puede importar ahora?

—Imagino que la historia se repite, Jane. Primero se armó un gran alboroto y se lamentó la pérdida de esos papeles, pero luego eso se fue apaciguando. Ahora ha vuelto al surgir de nuevo toda esa cuestión por distintas razones. Entonces, ¿puedes entregárnoslos enseguida?

—No puedo.

—¿Qué?

—No los tengo.

—¿Que tú no los tienes? —Julius recalcó las palabras.

—No. Los escondí.

—¿Los escondiste?

—Sí. Estaba intranquila. Me parecía que me vigilaban, me asusté muchísimo. —Se llevó la mano a la cabeza—. Es casi lo último que recuerdo antes de despertarme en el hospital.

—Continúe —dijo *sir* James—. ¿Qué es lo que recuerda?

Jane se volvió hacia él, obediente.

—Estaba en Holyhead. Vine por ahí, pero no recuerdo por qué.

—Eso no importa. Continúe.

—Me escurrí entre la confusión del muelle. Nadie me vio. Tomé

un taxi y le dije al conductor que me llevara fuera de la población. Cuando llegamos a la carretera, miré si nos seguía algún coche, pero no era así. Vi un camino al otro lado de la carretera y le dije al taxista que esperara.

Hizo una pausa y continuó:

—El camino llevaba al acantilado y bajaba hasta el mar entre grandes arbustos amarillentos que eran como llamas doradas. Miré a mi alrededor. No se veía ni un alma y precisamente a la altura de mi cabeza había un hueco en la roca bastante pequeño. Solo me cabía la mano, pero era profundo. Cogí el envoltorio impermeable que llevaba colgando del cuello y lo introduje lo más adentro que me fue posible. Luego arranqué unos matojos… ¡cómo pinchaban!, pero cubrían el agujero tan bien que nadie hubiera imaginado que allí había una cavidad. Entonces grabé en mi memoria aquel lugar para que me fuera posible volver a encontrarlo. Precisamente había una piedra muy curiosa que parecía un perro sentado pidiendo limosna.

»Luego regresé a la carretera donde me aguardaba el taxi y, una vez de regreso, cogí el tren algo avergonzada por mi exceso de imaginación; pero poco a poco vi que un hombre sentado ante mí guiñaba un ojo a una mujer, que estaba sentado a mi lado, y volví a sentirme asustada y me alegré de haber puesto a salvo los papeles. Salí al pasillo a tomar un poco de aire y con la idea de trasladarme a otro vagón. Pero aquella mujer me llamó diciéndome que se me había caído no sé qué y, cuando me agaché para mirar, algo me golpeó aquí.

Señaló con la mano la parte posterior de su cabeza.

Hubo una pausa.

—Gracias, señorita Finn —manifestó *sir* James—. Espero que no la hayamos cansado demasiado.

—¡Oh! No tiene importancia. Me duele un poco la cabeza, pero por lo menos me encuentro bien.

Julius, adelantándose, volvió a estrecharle la mano.

—Hasta la vista, prima Jane. Voy a estar ocupado hasta que encuentre esos papeles, pero volveré en un abrir y cerrar de ojos, y haré que pases la temporada más divertida de tu vida en Londres antes de que regresemos a Estados Unidos. Te lo prometo, de modo que date prisa en ponerte buena.

Capítulo XX
Demasiado tarde

En la calle sostuvieron una especie de consejo de guerra. *Sir* James había sacado un reloj de su bolsillo.

—El tren que enlaza con el transbordador que va a Holyhead se detiene en Chester a las doce y catorce. Si se marchan enseguida, creo que podrán alcanzarlo.

Tommy lo miró extrañado.

—¿Es necesaria tanta prisa, señor? Hoy solo es día veinticuatro.

—Creo que siempre es conveniente madrugar —dijo Hersheimmer antes de que el abogado tuviera tiempo de replicar—. Iremos enseguida a tomar el tren.

Sir James frunció ligeramente el entrecejo.

—Ojalá pudiera acompañarlos. Pero tengo que hablar en una reunión a las dos. Es una lástima.

Era evidente su contrariedad, así como la satisfacción de Julius al verse libre de su compañía.

—Creo que no se trata de nada complicado —observó—. Solo de jugar al escondite.

—Eso espero —replicó *sir* James.

—Seguro. ¿Qué otra cosa iba a ser si no?

—Es usted muy joven todavía, señor Hersheimmer. Cuando llegue a mi edad, es probable que haya usted aprendido una lección: «Nunca desprecies a tu enemigo».

La gravedad de su tono impresionó a Tommy, aunque causó poco efecto en Julius.

—¡Usted cree que el señor Brown va a venir a meter las narices! Si lo hace, me encontrará preparado. —Se palpó el bolsillo—. Llevo revólver. La pequeña Willie va conmigo a todas partes. —Sacó una automática que acarició con cariño antes de devolverla a su sitio—.

Pero esta vez no voy a necesitarla. No hay nadie que pueda avisar al señor Brown.

El abogado se alzó de hombros.

—Nadie podía avisar al señor Brown de que la señora Vandemeyer iba a traicionarlo y, sin embargo, la señora Vandemeyer murió sin decir ni una palabra.

Julius guardó silencio y *sir* James añadió:

—Solo quiero ponerles en guardia. Adiós y buena suerte. No corran riesgos innecesarios una vez tengan el documento en su poder. Si tienen algún motivo para creer que los han seguido, destrúyanlo en el acto. Les deseo buena suerte. Ahora la partida está en sus manos.

Les estrechó la mano a los dos.

Diez minutos más tarde los dos jóvenes se hallaban sentados en un compartimiento de primera clase en *route* para Chester.

Durante un buen rato no habló ninguno y, cuando al fin Julius rompió el silencio, fue con un comentario totalmente inesperado.

—Oiga —observó pensativo—, ¿alguna vez se ha enamorado usted como un tonto de una chica?

Tommy, tras reponerse de su asombro, se esforzó en recordar.

—No sabría decirlo. Por lo menos ahora no lo recuerdo. ¿Por qué?

—Porque durante los dos últimos meses, me he convertido en un sentimental por culpa de Jane. Desde el primer momento en que vi su fotografía, el corazón me dio todos esos vuelcos de que hablan en las novelas. Me avergüenza confesarlo, pero vine decidido a encontrarla y convertirla en la esposa de Julius P. Hersheimmer.

—¡Oh! —exclamó Tommy, asombrado.

Julius continuó refiriendo la cuestión con notoria brusquedad:

—¡Eso demuestra lo tonto que puede llegar a ser uno! ¡Una sola mirada a una chica de carne y hueso, y me he curado!

—¡Oh! —exclamó Tommy de nuevo al no saber qué decir sobre la cuestión.

—No es que desprecie a Jane —continuó el otro—. Es una muchacha encantadora y capaz de enamorar a cualquiera.

—La encuentro muy atractiva —dijo Tommy recobrando al fin el habla.

—Claro que lo es. Pero no se parece en nada a la fotografía.

Bueno, en cierto sentido sí, puesto que la reconocí enseguida. De haberla visto en medio de una multitud, hubiese dicho sin dudar: «Esa cara la conozco». Pero había un algo en la foto. —Julius exhaló un largo y significativo suspiro—. ¡El amor es algo muy extraño!

—Debe serlo —dijo Tommy con frialdad—, cuando usted, estando enamorado de esa muchacha, pide a otra en matrimonio en menos de quince días.

Julius tuvo el pudor de ruborizarse.

—Pues verá, tuve una especie de presentimiento y creí que nunca lograría encontrar a Jane y, de todas formas, fue una tontería creerme enamorado de ella. Y luego… ¡Oh, bueno! Los franceses, por ejemplo, ven las cosas de un modo mucho más sencillo. Consideran que el amor y el matrimonio son cosas distintas.

Tommy enrojeció.

—¡Bueno, que me ahorquen! ¡Si eso es lo…!

Julius se apresuró a interrumpirlo.

—Escuche, no se precipite. No quise decir lo que usted ha entendido. Los norteamericanos tenemos una moral mucho más elevada que ustedes. Lo que he querido decir es que los franceses ven el matrimonio por el lado comercial, buscan una persona que les convenga, miran la cuestión económica y lo consideran con espíritu práctico.

—En mi opinión —replicó Tommy—, hoy en día somos demasiado materialistas. Siempre decimos: ¿me conviene? Los hombres somos bastante malos y las mujeres peores todavía.

—Cálmese, hombre. No se acalore.

—Pues lo estoy.

Julius, al contemplarle, decidió que lo mejor era no decir nada.

No obstante, Tommy tuvo tiempo de calmarse antes de llegar a Holyhead y, cuando llegaron a su destino, su alegre sonrisa había vuelto a su rostro.

Tras hacer un par de preguntas y con la ayuda de un mapa, decidieron el rumbo a seguir y, sin más dilación, tomaron un taxi que los condujo a la carretera que lleva a Treaddur Bay. Dijeron al conductor que fuera despacio y vigilaron con suma atención el recorrido, buscando el camino. Lo encontraron poco después de dejar la ciudad y Tommy hizo detener el taxi, preguntando en tono casual si llevaba hasta el mar. Al oír la respuesta afirmativa, lo

despidió después de pagar el importe del viaje.

Momentos después, el coche regresaba lentamente a Holyhead. Tommy y Julius, tras perderlo de vista en un recodo, echaron a andar por el estrecho sendero.

—Supongo que será este —dijo Tommy sin convicción—. Debe de haber muchísimos parecidos por los alrededores.

—Seguro. Mire estos arbustos. ¿Recuerda lo que dijo Jane?

Tommy contempló los arbustos cuajados de florecillas doradas que bordeaban el camino y se convenció.

Bajaron el terraplén uno detrás del otro. Julius iba delante.

En dos ocasiones, Tommy volvió la cabeza intranquilo.

—¿Qué ocurre? —le preguntó Julius.

—No lo sé. Debe de ser el viento. Pero tengo la impresión de que alguien nos sigue.

—No es posible —replicó Julius—. Lo hubiéramos visto.

Tommy tuvo que admitir que era cierto. Sin embargo, su inquietud se acentuó y, a pesar suyo, creía en el poder del enemigo.

—Casi preferiría que viniera ese individuo —comentó Julius, palpando su bolsillo—. ¡La pequeña Willie está deseando hacer ejercicio!

—¿Siempre la lleva consigo? —preguntó Beresford en voz alta, manifestando profunda extrañeza y evidente curiosidad.

—Casi siempre. Nunca se sabe lo que puede ocurrir.

Tommy guardó un respetuoso silencio. Se sentía impresionado por la pequeña Willie, que al parecer suprimía la amenaza del señor Brown.

El camino corría al lado del acantilado, paralelo al mar. De pronto Julius se detuvo tan bruscamente que Tommy tropezó con él.

—¿Qué ocurre? —quiso saber.

—Mire ahí. ¡Ahora ya no caben dudas!

Tommy miró donde le indicaba. En mitad del camino, casi bloqueando el paso, había una piedra que ciertamente recordaba la silueta de un perro mendigando.

—Bien —replicó Tommy sin participar del entusiasmo de Julius —, es lo que esperábamos, ¿no?

Julius lo miró con pesar y meneó la cabeza.

—¡La flema británica! Claro que lo esperábamos, pero de todas

formas, me emociona verlo ahí, donde pensábamos encontrarlo.

Tommy, cuya calma era más aparente que real, golpeó el suelo con el pie.

—Siga. ¿Y el agujero?

Registraron el acantilado y Tommy dijo estúpidamente:

—Los matojos habrán desaparecido después de tanto tiempo.

—Supongo que tiene usted razón —replicó Julius con solemnidad.

De repente, Beresford señaló con mano temblorosa cierto punto.

—¿Esa cavidad de ahí?

—Esa es, seguro —dijo Julius con la voz alterada.

Se miraron.

—Cuando estuve en Francia —dijo Tommy—, siempre que mi asistente se olvidaba de llamarme, decía que había perdido la cabeza. Yo nunca lo creí, pero ahora comprendo que existe esa sensación. ¡Ahora la siento con mucha intensidad!

Miró a la roca con una especie de pasión arrebatadora.

—¡Maldita sea! —exclamó—. ¡Es imposible! ¡Cinco años! ¡Piénselo! Niños que corretean y juegan, excursionistas, cientos de personas habrán pasado por aquí. ¡Existe una oportunidad contra cien de que aún siga aquí! ¡Desafía a la razón!

Además, le parecía imposible, quizá porque no podía creer en su propio éxito donde tantos otros habían fracasado. Era demasiado sencillo y, por lo tanto, no era posible. El agujero estaría vacío.

Julius lo miraba con una amplia sonrisa.

—Me parece que ahora está bien aturdido —exclamó con cierto regocijo—. ¡Bien, allá va! —Introdujo su mano en la cavidad, haciendo una mueca—. Es muy estrecha. La mano de Jane debe ser mucho más pequeña que la mía. No encuentro nada. No. Oiga, ¿qué es esto? ¡Aquí está! —Y sacó un pequeño envoltorio descolorido—. Tiene que ser el documento. Está cosido dentro del envoltorio impermeable. Sosténgalo mientras saco mi cortaplumas.

Lo increíble había ocurrido. Tommy sostuvo el envoltorio entre sus manos con ternura. ¡Habían triunfado!

—Es curioso —murmuró—, yo imaginé que las puntadas estarían rotas y parecen nuevas.

Las cortaron con sumo cuidado y quitaron la envoltura impermeable. En su interior encontraron una hoja de papel que

desdoblaron con manos temblorosas. ¡Era una página en blanco! Se miraron extrañados.

—¿Será un engaño? —preguntó Julius—. ¿Acaso Danvers no fue más que un señuelo?

Tommy meneó la cabeza. Aquella solución no le satisfacía y de pronto su rostro se iluminó.

—¡Ya lo tengo! ¡Tinta simpática!

—¿Usted cree?

—De todas formas, vale la pena probarlo. Generalmente el calor la vuelve visible. Traiga algunas ramas. Haremos un fuego.

A los pocos minutos una pequeña hoguera de ramas y hojas ardía alegremente. Tommy mantuvo la hoja de papel cerca de la llama; el papel se curvó ligeramente por el calor, pero nada más.

De pronto Julius le asió del brazo, señalándole unos caracteres que iban apareciendo poco a poco.

—¡Bravo! ¡Hemos dado con él! Oiga, ha tenido usted una gran idea. A mí no se me hubiera ocurrido.

Tommy conservó el papel en la misma posición durante algunos minutos más, hasta que consideró que el calor habría realizado su trabajo. Momentos después lanzaba una exclamación.

En el centro de la hoja de papel y en letras de imprenta de color castaño se leía claramente:

SALUDOS DEL SEÑOR BROWN.

Capítulo XXI
Tommy hace un descubrimiento

Durante unos instantes los dos se contemplaron con aire estúpido, aturdidos por la sorpresa. De manera inexplicable el señor Brown se había adelantado.

Tommy aceptó la derrota con calma, no así Julius.

—¿Cómo diablos ha podido llegar antes que nosotros? ¡Eso es lo que me pone fuera de mí!

—Eso explica que las puntadas fuesen tan nuevas —repuso Tommy—. Debimos haberlo adivinado.

—No importan esas malditas puntadas. ¿Cómo pudo llegar antes que nosotros? Es imposible que se nos adelantara. De todas formas, ¿cómo lo supo? ¿Usted cree que había un micrófono en la habitación de Jane? Yo imagino que debía haberlo.

Prevaleció el sentido común de Tommy, que formuló algunas conjeturas.

—No es fácil que supiera de antemano que iba a ir a esa clínica y mucho menos a qué habitación.

—Es cierto —admitió Julius—. Entonces una de las enfermeras debió espiar detrás de la puerta. ¿Qué le parece?

—De todas formas, no creo que importe —dijo Tommy contrariado—. Quizá lo encontrara hace meses y cambiara los papeles entonces. No, eso es imposible. Lo hubieran publicado enseguida.

—¡Segurísimo! No, alguien se nos ha adelantado hoy, pero lo que me intriga es cómo lo han sabido.

—Ojalá estuviera aquí Peel Edgerton.

—¿Por qué? —Julius lo miró extrañado—. El mal ya estaba hecho cuando llegamos.

—Sí… —Tommy vaciló sin saber cómo expresar sus

sentimientos, con la absurda creencia de que el abogado, de haber estado allí, hubiese evitado la catástrofe. Sin embargo, se reafirmó en su punto de vista inicial—. De nada sirve discutir sobre cómo ha ocurrido. La partida ha terminado y hemos fracasado. Solo queda una cosa por hacer.

—¿Cuál es?

—Regresar a Londres lo antes posible para avisar al señor Carter. Ahora solo es cuestión de horas para que estalle el desastre. Pero de todas formas, debe saberlo.

Sabía que a Carter no le gustaban las intromisiones, pero Tommy no tenía otra opción que ponerle en antecedentes de su fracaso. Después su trabajo habría terminado. Tomó el tren correo del mediodía de regreso a Londres, en tanto que Julius prefirió pasar la noche en Holyhead.

Media hora después de su llegada, pálido y nervioso, Tommy se presentaba ante su jefe.

—He venido a informarlo, señor. He fracasado, fracasado rotundamente.

—¿Quiere decir que el documento…?

—Está en manos del señor Brown.

—¡Ah! —dijo Carter, sin inmutarse.

Su rostro no cambió de expresión aunque Tommy captó en sus ojos un relámpago de desesperación, lo cual evidenciaba de que ya no quedaba ninguna esperanza.

—Bien —dijo Carter tras un silencio—. Supongo que no vamos a ponernos de rodillas. Celebro saberlo definitivamente. Hemos hecho todo lo humanamente posible.

—¡Ya no hay esperanza y Brown lo sabe!

Esta frase fue pronunciada por Tommy con profundo sentimiento.

—No lo tome tan a pecho, muchacho —le dijo Carter en tono amable—. Ha hecho cuanto ha podido, pero su adversario es uno de los más formidables cerebros de este siglo. Y ha estado usted muy cerca del éxito. Recuérdelo.

—Gracias, señor. Es usted muy amable.

—La culpa es mía. Me lo he estado reprochando desde que escuché las otras noticias.

Su tono atrajo la atención de Tommy, que sintió nuevos temores.

—¿Hay algo más, señor?

—Me temo que sí —replicó Carter en tono grave mientras cogía una hoja de papel que había sobre su mesa.

—¿Tuppence?

—Lea usted mismo.

Las letras escritas a máquina bailaban ante sus ojos; describían un sombrerito verde, un abrigo con un pañuelo en uno de sus bolsillos marcado con las iniciales P. L. C.

Tommy miró interrogativamente a Carter.

—Aparecieron en la costa de Yorkshire, cerca de Ebury —le dijo —. Me temo que ha sido víctima de un atentado.

—¡Dios mío! —exclamó Tommy—. ¡Tuppence! Esos diablos… No descansaré hasta haber acabado con ellos. ¡Los perseguiré! Los…

La compasión que reflejaba el rostro de Carter lo detuvo.

—Sé lo que siente, mi pobre amigo. Pero no va a servirle de nada. Gastará su energía inútilmente. Tal vez le parezca algo duro, pero mi consejo es este: contenga su ímpetu. El tiempo todo lo cura y acabará por olvidar.

—¿Olvidar a Tuppence? ¡Nunca!

—Eso piensa usted ahora. —Carter meneó la cabeza—. Bueno, yo tampoco puedo soportar la idea. ¡Esa muchacha tan valiente! Lo siento mucho… muchísimo.

Tommy se rehizo con esfuerzo.

—Lo estoy entreteniendo, señor. No tiene por qué reprocharse nada. Fuimos un par de tontos al acometer semejante empresa. Usted ya nos lo advirtió. Pero hubiera preferido ser yo la víctima. Adiós, señor.

De nuevo en el Ritz, Tommy fue recogiendo mecánicamente sus pocas pertenencias, ya que sus pensamientos estaban muy lejos. No asimilaba la tragedia que se había introducido en su tranquila existencia. ¡Con lo que él y Tuppence se habían divertido juntos! Y ahora… ¡Oh, no podía creerlo! No podía ser cierto. ¡Tuppence muerta! La pequeña Tuppence, rebosante de vida. Era un sueño, una horrible pesadilla, pero nada más.

Le trajeron una nota: unas breves palabras de simpatía de Peel Edgerton, que había leído la noticia en los periódicos, en los que aparecía bajo un gran titular: SE TEME QUE HAYA MUERTO AHOGADA UNA EX AUXILIAR FEMENINA. La carta terminaba con

el ofrecimiento de un empleo en un rancho de Argentina, donde *sir* James tenía intereses considerables.

—¡Qué amable! —musitó Tommy al dejarla sobre la mesa.

Se abrió la puerta y entró Julius con su habitual violencia y un periódico en la mano.

—Oiga, ¿qué significa esto? Parece que han publicado una noticia falsa sobre Tuppence.

—Es cierta —dijo Tommy sin alterarse.

—¿Quiere decir que la han asesinado?

Tommy asintió.

—Supongo que, al apoderarse del documento, ella ya no les servía de nada y la eliminaron por miedo a dejarla en libertad.

—Bueno, que me ahorquen —exclamó Julius—. La pequeña Tuppence… la muchacha más valiente del mundo…

Algo pareció romperse de pronto en el interior de Tommy, que se puso en pie.

—¡Oh, márchese! ¡A usted no le importaba de verdad! Le pidió que se casara con usted con su eterna sangre fría, pero yo la amaba. Hubiera dado mi vida por evitarle el menor, daño y hubiese dejado que se casara con usted sin pronunciar palabra, porque no podía ofrecerle lo que ella se merecía. Yo solo soy un pobre diablo sin un céntimo. ¡Pero no hubiera sido porque no me importase!

—Escúcheme… —empezó a decir Julius.

—¡Oh, váyase al diablo! No soporto que venga aquí a hablarme de «la pequeña Tuppence». Vaya y cuide de su prima. ¡Tuppence me pertenece! Siempre la he querido, desde que jugábamos siendo niños y cuando crecimos la quise igual.

Nunca olvidaré cuando yo estaba en el hospital y la vi aparecer con aquel delantal y la ridícula cofia. Era como un milagro vestida de enfermera… la muchacha que amaba.

Julius lo interrumpió.

—¡Vestida de enfermera! ¡Ya lo tengo! ¡Debo ir a Colney Hatch! Juraría que también he visto a Jane vestida de enfermera. ¡Y eso es imposible! No. ¡Ya lo tengo! Fue a ella a quien vi hablando con Whittington en la clínica de Bournemouth. ¡Y no era una paciente, sino una enfermera!

—Me atrevo a decir —dijo Tommy, enfadado— que probablemente ha estado con ellos desde el principio. No me

extrañaría que hubiese sido ella quien robara a Danvers esos papeles para empezar.

—¡Que me ahorquen si lo hizo! —gritó Julius—. Es mi prima y tan patriota como la que más.

—¡No me importa en absoluto lo que sea, pero salga de aquí! —replicó Tommy, también a voz en grito.

Los dos jóvenes estaban a punto de llegar a las manos, cuando de pronto el furor de Julius se apaciguó como por arte de magia.

—De acuerdo —dijo con calma—. Ya me marcho. No le reprocho nada de lo que me ha dicho. Ha sido una suerte que lo dijera. He sido el ciego más estúpido imaginable. Cálmese. —Tommy había hecho un gesto de impaciencia—. Ahora me marcho y, por si le interesa saberlo, a la estación North Western.

—No me importa en absoluto adónde vaya —gruñó Tommy.

En cuanto la puerta se cerró detrás de Julius, volvió a ocuparse de su equipaje.

—Listo —murmuró y llamó para que le vinieran a recoger las maletas—. Baje mi equipaje —le ordenó al botones.

—Sí, señor. ¿Se marcha el señor?

—Sí, al diablo —replicó sin preocuparle los sentimientos de los demás.

No obstante, el empleado le respondió con amabilidad:

—Bien, señor. ¿Quiere que avise un taxi?

Tommy asintió: ¿Adónde iba? No tenía la más ligera idea. Aparte de la determinación de acabar con el señor Brown, no tenía plan alguno. Releyó la carta de *sir* James. Vengaría a Tuppence. No obstante, Edgerton era muy amable.

Supongo que será mejor que le conteste. Se acercó a una mesa dispuesta a este efecto. Con la acostumbrada perversidad de todos los hoteles, había muchos sobres, pero ninguna hoja de papel. Llamó y nadie acudió. Tommy maldijo aquel retraso, pero entonces recordó que había papel de carta en la sala de Julius y, como el norteamericano le había anunciado su partida inmediata, no volverían a encontrarse. Además, no le hubiera importado. Empezaba a avergonzarse de las cosas que le había dicho.

¡Oh! Julius se lo había tomado muy bien y si lo encontraba se disculparía.

La habitación estaba desierta. Tommy se dirigió al escritorio y

abrió el cajón central. Le llamó la atención una fotografía que había en su interior y, por un momento, quedó como clavado en el suelo. Luego la cogió, cerró el cajón, se dirigió a una butaca y se sentó con la fotografía en la mano para contemplarla.

¿Qué diablos hacía la fotografía de la francesita Annette en el escritorio de Julius Hersheimmer?

Capítulo XXII
En Downing Street

El primer ministro tamborileó con dedos nerviosos sobre su escritorio. Su rostro denotaba cansancio y desánimo al proseguir la conversación que sostenía con Carter en el punto en que fue interrumpida.

—No lo comprendo. ¿De verdad cree que las cosas, después de todo, no han llegado a un extremo desesperado?

—Eso piensa ese muchacho.

—Volvamos a leer su carta.

Carter se la entregó. Estaba escrita con una caligrafía infantil:

Querido señor Carter:

He descubierto algo que me ha sorprendido. Claro que tal vez no tenga importancia, pero no lo creo. Si mis conclusiones son acertadas, la chica de Manchester era una impostora. Todo fue planeado de antemano, así como lo del maldito paquete, con el objeto de hacernos creer que el juego había terminado; por lo tanto, creo que debíamos de estar muy cerca de la verdadera pista.

Creo saber quién es la verdadera Jane Finn y también tengo una idea de dónde puede estar el documento. Claro que esto último es solo una corazonada, pero tengo el presentimiento de que acertaré. De todas formas, lo incluyo en un sobre lacrado por si hiciera falta. Le ruego que no lo abra hasta el último momento, es decir, a las doce de la noche del día 28. Lo comprenderá enseguida. Verá, he deducido que lo de Tuppence es también falso y que está tan viva como yo. Mis razonamientos son estos: como última oportunidad, dejarán

escapar a Jane Finn con la esperanza de que haya estado fingiendo haber perdido la memoria y, que una vez se vea libre, vaya directamente al lugar donde lo escondió. Claro que corren un gran riesgo, ya que ella conoce todos los secretos, pero están desesperados por apoderarse del documento. No obstante, si descubrían que el documento está en nuestro poder, esas dos jóvenes no tendrían ni una hora de vida. Debo intentar rescatar a Tuppence antes de que Jane escape.

Deseo una copia del telegrama que le fue enviado a Tuppence al Ritz. Sir James Peel Edgerton dijo que usted podría proporcionármelo. Es muy inteligente.

Una cosa más: por favor, haga que vigilen la casa del Soho día y noche.

Suyo afectísimo,

T. BERESFORD

El primer ministro alzó la mirada.

—¿Y ese sobre que según dice incluye?

Carter sonrió.

—En la caja fuerte del banco. No quiero correr riesgos.

—¿No cree usted que sería mejor abrirlo ahora? —dijo el primer ministro—. Habrá que asegurar el documento, es decir, suponiendo que la corazonada de ese joven fuera cierta y podamos mantener en secreto que lo hemos abierto.

—¿Sí? No estoy tan seguro. Estamos rodeados de espías, una vez se supiera yo no daría ni esto —chasqueó los dedos— por la vida de esas dos señoritas. No, el muchacho ha confiado en mí y no voy a decepcionarle.

—Bien, bien, entonces lo dejaremos donde está. ¿Qué tal es ese muchacho?

—Exteriormente es el típico joven inglés. Lento en sus procesos mentales. Por otro lado, es casi imposible que lo pierda su imaginación porque no la tiene. Por eso es difícil de engañar. Medita las cosas lentamente y una vez consigue algo no lo deja escapar. Esa jovencita es muy distinta. Tiene más intuición y menos sentido común. Hacen una buena pareja para trabajar juntos. Calma

y vitalidad.

—Parece de fiar —musitó el primer ministro.

—Sí, eso es lo que me da ciertas esperanzas. Es muy tímido y tiene que estar muy seguro de una cosa antes de aventurar su opinión.

—¿Cree que será capaz de desafiar al mayor criminal de nuestros días?

—¡Ese muchacho! Es capaz. Pero algunas veces creo ver una sombra detrás suyo.

—¿Se refiere a…?

—A Peel Edgerton.

—¿Peel Edgerton? —exclamó el primer ministro, asombrado.

—Sí. Veo su mano en esto. —Blandió la carta—. Está aquí, trabajando en la sombra, silenciosamente. Siempre he pensado que si alguien habría de descubrir al señor Brown, sería Peel Edgerton. Le digo que ahora trabaja en este caso, pero no quiere que se sepa. Por cierto, el otro día me hizo una petición bastante rara.

—¿Ah, sí?

—Me envió una carta, adjuntándome un recorte de un periódico de Nueva York en el que se mencionaba el hallazgo del cadáver de un hombre en una dársena del puerto neoyorquino, hará cosa de tres semanas. Me pedía que recogiera toda la información a mi alcance sobre el asunto.

—¿Y bien?

Carter se encogió de hombros.

—No conseguí gran cosa. Resultó ser un hombre de unos treinta y cinco años, pobremente vestido, con el rostro desfigurado. No pudo ser identificado.

—¿Sospecha que ambos asuntos tienen alguna relación?

—En cierto modo, sí. Claro que puedo equivocarme. Le pedí que pasara por aquí. No es que pensara sonsacarle algo que él no quiera decir. Su sentido del deber es demasiado fuerte, pero no existe la menor duda de que él puede aclararnos un par de puntos oscuros de la carta del joven Beresford. ¡Ah, ya está aquí!

Los dos hombres se pusieron en pie al entrar el recién llegado y, como un relámpago, pasó por la mente del primer ministro este pensamiento: ¡Tal vez sea mi sucesor!

—Hemos recibido una carta del joven Beresford —dijo Carter,

que fue directo al asunto—. Supongo que lo habrá usted visto.

—Pues supone usted mal.

—¡Oh!

Sir James sonrió, acariciándose la barbilla.

—Me telefoneó —dijo.

—¿Tendría inconveniente en decimos exactamente lo que pasó entre ustedes?

—Ninguno. Me dio las gracias por cierta carta que yo le había escrito. A decir verdad, ofreciéndole un empleo. Entonces me recordó algo que yo había dicho en Manchester con respecto a ese telegrama falso que hizo que se marchara la señorita Cowley. Le pregunté si había ocurrido algo nuevo y me dijo que en un cajón del salón del señor Hersheimmer había descubierto una foto. Le pregunté si la foto llevaba el nombre y la dirección de un fotógrafo de California y me replicó: «Ha acertado usted, señor. Así es». Luego continuó contándome algo que yo ignoraba: que el sujeto de aquella fotografía era la francesa. Annette, la chica que le salvó la vida.

—¿Qué?

—Exactamente eso. Le pregunté, no sin cierta curiosidad, qué había hecho de la fotografía, y replicó que la volvió a dejar donde la encontró. Eso estuvo bien… francamente bien. Ese joven sabe hacer uso de su inteligencia. Lo felicité. El descubrimiento fue providencial, puesto que desde el momento en que demostraba que la joven de Manchester era una impostora, todo cambiaba. El joven Beresford lo comprendió así, sin necesidad de que yo se lo dijera. Pero no podía confiar demasiado en sus razonamientos después de lo ocurrido a la señorita Cowley. Me preguntó si yo creía en la posibilidad de que siguiera con vida. Le dije que había muchas posibilidades a su favor, y todo eso nos hizo buscar ansiosos el telegrama.

—¿Sí?

—Le aconsejé que pidiera una copia original. Se me había ocurrido como cosa probable que después de que la señorita Cowley lo arrojara al suelo, ciertas palabras pudieron ser alteradas con la expresa intención de poner a sus amigos sobre una pista falsa.

Carter asintió y, tras sacar una hoja de papel de su bolsillo, leyó en voz alta:

Ven enseguida a Astley Priors, Gatehouse, Kent. Grandes acontecimientos.

TOMMY

—Muy sencillo y muy ingenioso —dijo *sir* James—. Solo unas palabras alteradas y la pista importante se pasa por alto.

—¿Cuál era?

—La declaración del botones de que la señorita Cowley se había dirigido a Charing Cross. Estaban tan seguros de sí mismos que dieron por hecho que se había equivocado.

—Entonces el joven Beresford ahora está…

—En Gatehouse, Kent, a menos que me equivoque.

Carter lo contempló con curiosidad.

—Me pregunto cómo no está usted también allí, Peel Edgerton.

—¡Ah, estoy muy ocupado trabajando en un caso!

—Creí que estaba de vacaciones.

—¡Oh! Tal vez fuese más exacto decir que estoy preparando un caso. ¿Sabe algo más de ese norteamericano sobre el que pedí informes?

—Me temo que no. ¿Es importante descubrir quién era?

—¡Oh! Ya sé de quién se trata. No puedo hablar, pero lo sé.

No le hicieron ninguna pregunta, convencidos de que sería perder el tiempo.

—Pero lo que no comprendo —dijo de pronto el primer ministro — es cómo fue a parar al cajón del señor Hersheimmer esa fotografía.

—Tal vez nunca salió de allí —insinuó el abogado.

—Pero ¿y el falso inspector de policía? ¿El inspector Brown?

—¡Ah! —replicó *sir* James, pensativo, al tiempo que se ponía en pie—. No debo entretenerlos más. Continúen con los asuntos de la nación. Yo debo volver a trabajar en mi caso.

Dos días después Julius Hersheimmer regresaba de Manchester y encontró una nota de Tommy encima de la mesa:

Apreciado Hersheimmer:

Siento haber perdido los estribos. Por si no volviera a verle, adiós. Me han ofrecido un empleo en Argentina y quizá lo

acepte.

Suyo afectísimo,

T. BERESFORD

Una sonrisa muy peculiar apareció en el rostro de Julius.
—¡El muy tonto! —murmuró.

Capítulo XXIII
Una carrera contrarreloj

Después de llamar a *sir* James, el siguiente paso de Tommy fue visitar South Audley Mansions. Encontró a Albert cumpliendo sus tareas profesionales y se presentó sin rodeos como amigo de Tuppence. Albert se mostró muy amable.

—Esto ha estado muy tranquilo últimamente. Espero que la señorita esté bien.

—Pues ese es el tema, Albert. Ha desaparecido.

—¿Quiere decir que esos malvados se la llevaron?

—Eso han hecho.

—¿Al otro mundo?

—¡No, hombre!

—¿Usted cree que la habrán matado?

—Espero que no. A propósito, ¿no tendrías por casualidad una tía, prima, abuela o alguna otra pariente que pudiera simular que está a punto de morir?

Una sonrisa de placer se extendió lentamente por el rostro de Albert.

—Sí, señor. Mi pobre tía que vive en el campo hace tiempo que está enferma y no hace más que llamarme en su delirio.

Tommy hizo un gesto de aprobación.

—¿Por qué no das aviso en el lugar indicado y te reúnes conmigo en la estación de Charing Cross dentro de una hora?

—Allí estaré, señor. Cuente conmigo.

Como Tommy había supuesto, el ascensorista resultó un aliado valioso. Los dos instalaron su cuartel en la posada de Gatehouse. A Albert le correspondió la tarea de recoger información, cosa que hizo con suma facilidad.

Astley Priors era propiedad de un tal doctor Adams, que ya no

ejercía. Se había retirado, le informó el posadero, pero aún tenía algunos pacientes particulares. Y aquí el buen hombre se llevó un dedo a la sien y dijo: «Chalados». El doctor era una figura popular en el pueblo, contribuía generosamente a todas las actividades deportivas, «Un caballero muy agradable». «¿Lleva aquí mucho tiempo?», preguntó. «¡Oh! Unos diez años o tal vez más. Era un científico. Venían a verlo a menudo profesores y gente de la ciudad. Su casa era muy alegre y siempre estaba llena de invitados».

Tommy sintió dudas ante tanta información. ¿Sería posible que aquella figura tan conocida y popular fuese en realidad un criminal peligroso? Su vida parecía tan abierta, sin la menor sospecha de andanzas siniestras. ¿Y si todo aquello fuese una gigantesca equivocación? Tommy sintió frío solo de pensarlo.

Luego pensó en los pacientes particulares —los chalados— y con mucho tacto preguntó si entre ellos había alguno que respondiera a la descripción de Tuppence. Pero se sabía muy poco de los pacientes, pues apenas se les veía por los jardines. Luego describió a Annette, pero tampoco fue reconocida.

Astley Priors era un bonito edificio de ladrillos rojos, rodeado de un jardín donde abundaban los árboles que impedían su vista desde la carretera. La primera tarde, Tommy, acompañado de Albert, exploró los alrededores. Debido a la pertinente insistencia de Albert, lo hicieron arrastrándose sobre sus estómagos, haciendo mucho más ruido que si lo hubieran hecho discretamente. De todas formas, aquellas precauciones eran totalmente innecesarias. Aquellos terrenos, como todos los de las casas cercanas, estaban desiertos después de anochecer. Tommy temía encontrar un perro furioso. Albert soñaba con un puma, o una cobra amaestrada, pero llegaron hasta los setos que rodeaban la casa sin ser descubiertos.

Las cortinas estaban descorridas y vieron a un buen número de personas que estaban reunidas alrededor de una mesa. El oporto pasaba de mano en mano. Daba la sensación de que celebraban una fiesta agradable, habitual. Por la ventana se oían fragmentos de conversaciones que flotaban en el aire de la noche. ¡Se discutía acaloradamente sobre cricket!

De nuevo a Tommy le invadieron las dudas. Le resultaba difícil creer que aquellas personas fueran otra cosa que lo que parecían. ¿Se habría engañado una vez más? El caballero de la barba rubia y

lentes que se sentaba a la cabecera de la mesa tenía un aspecto en extremo honrado y natural.

Tommy durmió mal aquella noche. A la mañana siguiente, el infatigable Albert, que se había hecho amigo del chico del colmado, ocupó su puesto y se ganó la confianza de la cocinera de Malthouse, tras lo cual volvió con el informe de que sin duda alguna «era de la banda», pero Tommy desconfiaba de su vivaz imaginación. Al interrogarlo, no pudo aportar nada que probara su declaración, solo su propia opinión de que no era una persona como es debido y que bastaba solo con verla.

La sustitución se repitió (con la consiguiente alegría del auténtico chico del colmado, que veía cómo se incrementaban sus ganancias) al día siguiente y Albert trajo la primera noticia prometedora. En la casa había una joven francesa, y Tommy dejó a un lado sus vacilaciones. Aquella era la confirmación de su teoría.

El tiempo apremiaba, estaban a 27. El 29 sería el tan proclamado «día del Trabajo», sobre el que circulaban tantos rumores. Los periódicos comenzaban a inquietarse y se hablaba en ellos libremente de un sensacional *coup d'état* laborista.

El gobierno no decía nada. Seguía los acontecimientos y estaba a la expectativa. Corrían rumores de desavenencia entre los dirigentes laboristas. No eran todos de la misma opinión. Los que veían más allá de sus narices comprendían que sus propósitos podrían resultar un golpe mortal para la Inglaterra que amaban de corazón. Temblaban ante la perspectiva de hambre y miseria que traería consigo una huelga general y deseaban encontrarse con el gobierno a medio camino. No obstante, detrás de ellos trabajaban fuerzas sutiles e insistentes, recordando antiguos errores, despreciando la debilidad de los términos medios y fomentando malentendidos.

Tommy, gracias a Carter, comprendía la situación con bastante exactitud. Con el documento fatal en manos del señor Brown, la opinión pública se inclinaría del lado de los extremistas y revolucionarios laboristas. Sin él, las fuerzas estarían equiparadas. El gobierno, con un ejército leal y la policía, podría ganar, pero a costa de grandes sufrimientos.

Tommy acariciaba otras ideas descabelladas. Una vez desenmascarado el señor Brown y hecho prisionero, creía que toda la organización se vendría abajo instantáneamente. La extraña y

constante influencia de su jefe en el anonimato los mantenía unidos. Sin él, estaba convencido de que serían presa del pánico y, una vez los hombres honrados fueran de nuevo dueños de ellos mismos sería posible la reconciliación.

Esto es todo obra de un solo hombre, se decía Tommy. Lo que hay que hacer es cogerlo.

Para sostener, en parte, su ambicioso proyecto, había pedido a Carter que no abriera el sobre lacrado. El documento era su cebo. De vez en cuando se asustaba de su presunción. ¿Cómo se atrevía a pensar que había descubierto lo que tantos otros hombres mucho más inteligentes no consiguieron? Sin embargo, seguía firme en su idea.

Aquella noche, Albert y él invadieron una vez más el jardín de Astley Priors con el propósito de entrar en la casa como fuera. Mientras se aproximaba cautelosamente, Tommy ahogó una exclamación.

En el segundo piso se recortaba una silueta en una de las ventanas. ¡Tommy la hubiera reconocido en cualquier parte! ¡Tuppence estaba en Astley Priors!

Cogió a Albert por el hombro.

—¡Quédate aquí y, cuando yo empiece a cantar, mira la ventana!

Corrió a situarse en el camino que conducía a la casa y comenzó a cantar con voz ronca y paso vacilante el estribillo siguiente:

Soy un soldado,

un alegre soldado inglés.

Ustedes pueden verlo por mis pies…

Había sido su canción favorita durante los días que estuvo en el hospital con Tuppence y estaba seguro de que tendría que reconocerla y sacar sus conclusiones. Tommy no tenía oído para la música, pero sí unos magníficos pulmones y organizó un escándalo terrible.

De pronto un mayordomo impecable, acompañado por otro criado igualmente impecable, apareció en la puerta principal para amonestarlo. Tommy continuó cantando, dirigiéndose al

mayordomo y llamándole «viejo bigotes».

El criado lo tomó de un brazo y el mayordomo por otro y lo llevaron hasta la verja, amenazándolo con llamar a la policía si volvía a entrar. Todo fue hecho con sobriedad y el mayor decoro. Cualquiera hubiera jurado que el mayordomo era auténtico y el criado también. ¡Solo que daba la casualidad de que el mayordomo era Whittington!

Tommy regresó a la posada y aguardó el regreso de Albert.

—¿Y bien? —exclamó con ansiedad en cuanto apareció.

—Salió perfectamente. Mientras le echaban a usted, se abrió la ventana y alguien arrojó esto. —Le tendió un pedazo de papel que envolvía el platillo de un pesacartas.

En el papel se leían estas cinco palabras:

Mañana a la misma hora.

—¡Gracias a Dios! —exclamó Tommy—. Hemos adelantado algo.

—Yo escribí un mensaje de respuesta y lo tiré por la ventana —continuó Albert sin respirar.

—Tu celo excesivo podría perdernos, Albert. ¿Qué escribiste?

—Puse que estábamos en la posada y que, si conseguía salir, que viniera y croara como una rana.

—Comprenderá que has sido tú —dijo Tommy con un suspiro de alivio—. Tu imaginación va demasiado lejos, Albert. Eres incapaz de reconocer el croar de una rana aunque la oyeras.

Albert pareció algo abatido.

—Anímate. No ha ocurrido nada malo. Ese mayordomo es un viejo amigo mío y apuesto a que sabe quién soy, aunque lo disimulara. No entra en sus cálculos demostrar que sospechan. Por eso nos ha salido todo bien. No quieren desanimarme del todo. Y por otro lado, tampoco quieren ponerme las cosas demasiado fáciles. Soy un simple peón en su juego, Albert, eso es lo que soy, ¿comprendes? Si la araña dejara escapar a la mosca demasiado fácilmente, la mosca pensaría que se trataba de un truco. De ahí la utilidad de ese joven prometedor, Tommy Beresford, que aparece en el momento oportuno. ¡Pero será mejor que Tommy Beresford esté alerta!

Tommy se retiró a descansar aquella noche muy contento. Había preparado un plan para la noche siguiente.

Estaba seguro de que los habitantes de Astley Priors no se

meterían con él hasta cierto límite, y se disponía a darles una sorpresa.

No obstante, a las doce su calma sufrió una brusca sacudida. Le avisaron de que alguien lo esperaba en el bar; resultó ser un carretero cubierto de barro y cara de pocos amigos.

—Bien, usted dirá.

—Traigo esto para usted.

El carretero le tendió un sobre manchado que rezaba así:

Lleve esta nota al caballero que está en la posada cerca de Astley Priors y él le dará diez chelines.

La letra era de Tuppence. Tommy supo apreciar su ingenio, porque había adivinado que estaría en la posada bajo un nombre supuesto.

—Muy bien.

El hombre se la entregó.

—¿Qué hay de mis diez chelines?

Tommy se apresuró a sacar un billete de diez chelines y el hombre le dio el sobre. El joven leyó la carta.

Querido Tommy:

Supe que eras tú. No vengas esta noche. Te están preparando una trampa. Mañana por la mañana se nos llevarán de aquí. Creo haber oído algo acerca de Gales, Holyhead, me parece. Si tengo oportunidad, tiraré esto por la carretera. Annette me contó cómo habías escapado. Animo.

Tuya,

TWOPENCE

Tommy llamó a Albert casi antes de terminar de leerla.

—¡Haz el equipaje! ¡Nos vamos!

—Sí, señor. —Albert echó a correr. ¿Holyhead? ¿Qué es al fin y al cabo…? Tommy estaba intrigado y volvió a leer despacio. El ruido de las botas de Albert se oía en el piso de arriba. De pronto volvió a llamarle a gritos—: ¡Albert! ¡Olvídate del equipaje!

—Sí, señor.

Tommy alisó la nota, pensativo.

—Sí, soy un tonto —dijo en tono bajo—. ¡Pero no soy el único! ¡Y al fin sé quién es!

Capítulo XXIV
Julius echa una mano

En sus habitaciones del hotel Claridge, Kramenin estaba dictando a su secretario en ruso.

De pronto sonó el teléfono. El secretario atendió la llamada. Tras unas breves palabras, se volvió hacia su jefe diciéndole en tono respetuoso:

—Abajo preguntan por usted.

—¿Quién es?

—Dice llamarse Julius P. Hersheimmer.

—Hersheimmer —repitió Kramenin, pensativo—. Creo haber oído ese nombre.

—Su padre era uno de los reyes del acero en Estados Unidos —explicó el secretario, cuya obligación era saberlo todo—. Ese joven tiene que ser multimillonario.

Los ojos del otro se abrieron apreciativamente.

—Será mejor que bajes a verlo, Iván. Averigua lo que desea.

El secretario obedeció. A los pocos minutos estaba de regreso.

—Se niega a decirlo. Insiste en que es un asunto personal y que debe hablarlo con usted.

—Un multimillonario —murmuró Kramenin—. Hazlo subir, mi querido Iván.

El secretario abandonó la estancia una vez más, para volver escoltando a Julius.

—¿*Monsieur* Kramenin?

El ruso se inclinó, estudiándolo con una mirada venenosa.

—Celebro conocerlo —dijo el norteamericano—. Tengo que hablarle de algunos asuntos muy importantes, si es posible verlo a solas —concluyó señalando al otro.

—Este es mi secretario, *monsieur* Grieber, para el que no tengo

secretos.

—Usted puede que no, pero yo sí —replicó Julius secamente—. De modo que le agradecería de veras si le dice que se largue.

—Iván —dijo el ruso en tono suave—, tal vez no te importe retirarte a la habitación contigua.

—No sirve —le interrumpió Julius—. Conozco estas suites ducales y deseo que esta quede vacía, con la excepción de usted y yo. Envíelo al colmado de la acera de enfrente a comprar un cucurucho de cacahuetes.

A pesar de que no le divertía precisamente el lenguaje desenfadado del norteamericano, a Kramenin lo estaba devorando la curiosidad.

—¿Van a tomarnos mucho tiempo sus asuntos?

—Tal vez toda la noche, si usted me escucha con atención.

—Muy bien, Iván. No te necesitaré ya esta noche. Vete al teatro, tienes la noche libre.

—Gracias, excelencia.

El secretario se inclinó y se fue.

Julius permaneció en la puerta viéndolo marchar. Al fin, con un suspiro de alivio, la cerró y volvió a situarse en el centro de la estancia.

—Ahora, señor Hersheimmer, tal vez sea usted tan amable de ir directamente a la cuestión.

—No tardo ni un minuto —replicó Julius y luego, con un repentino cambio de tono, agregó—: ¡Manos arriba o disparo!

Por un momento, Kramenin miró fijamente la enorme automática, pero luego, con prisa casi cómica, alzó sus manos por encima de su cabeza. En ese instante Julius tomó sus medidas. El hombre que tenía ante él era un vil cobarde. El resto sería fácil.

—Esto es un atropello —exclamó el ruso con voz histérica—. ¡Un atropello! ¿Es que quiere matarme?

—No, si procura bajar la voz. No se acerque al timbre. Así está mejor.

—¿Qué es lo que quiere? No cometa imprudencias. Recuerde que mi vida tiene un valor incalculable para mi pueblo. Tal vez me hayan calumniado.

—Creo que el hombre que lo agujeree hará un gran bien a la humanidad. Pero no tiene por qué preocuparse. No tengo intención

de matarlo ahora; es decir, si se muestra razonable.

El ruso leyó la dura amenaza en los ojos de Julius y se pasó la lengua por los labios resecos.

—¿Qué quiere usted? ¿Dinero?

—No. Quiero a Jane Finn.

—¿Jane Finn? ¡Nunca oí ese nombre!

—¡Es usted un condenado mentiroso! Sabe perfectamente a quién me refiero.

—Le digo que nunca he oído hablar de ella.

—Y yo le digo que la pequeña Willie está deseando entrar en movimiento.

El ruso se amansó visiblemente.

—No se atreverá a…

—¡Oh, ya lo creo que sí!

Kramenin debió de comprender que hablaba en serio.

—Bueno —dijo a pesar suyo—. Suponiendo que supiera de quién se trata, ¿qué?

—Va a decirme ahora mismo dónde puedo encontrarla.

Kramenin movió la cabeza.

—No me atrevo.

—¿Por qué no?

—No me atrevo. Pide usted un imposible.

—Tiene miedo, ¿verdad? ¿De quién? ¿Del señor Brown? ¡Ah, eso le asusta! ¿Es que existe, entonces? Lo dudaba. ¡Su sola mención le produce tal efecto que se pone lívido de pavor!

—Le he visto —dijo el ruso despacio—. He hablado con él cara a cara. No lo supe hasta después. Era un tipo corriente. No lo reconocería. ¿Quién es en realidad? Lo ignoro. Pero sé que es un hombre de temer.

—Él no lo sabrá.

—Lo sabe todo y su venganza no se hará esperar. ¡Incluso yo, Kramenin, no podría librarme de ella!

—Entonces, ¿no hará lo que le pido?

—Imposible.

—Pues lo siento por usted —dijo Hersheimmer, en tono festivo —. Sin embargo, el mundo se beneficiará.

Alzó la pistola.

—¡Espere! —gritó el ruso—. ¿No irá a matarme?

—¡Pues claro que sí! Siempre he oído decir que ustedes, los revolucionarios, no le conceden importancia a la vida, pero parece que es distinto cuando no se trata de la propia. Le doy la oportunidad de salvar su sucio pellejo y no la aprovecha.

—¡Me matarán!

—Bueno —repuso Julius complacido—, como guste. Pero solo diré una cosa. ¡La pequeña Willie es la muerte cierta y yo en su lugar me arriesgaría a probar suerte con el señor Brown!

—Lo ahorcarán si me mata —musitó el ruso.

—No. Ahí es donde se equivoca. Olvida los dólares. Se pondrán a trabajar una multitud de abogados, me someterán al examen de varios médicos y al fin dirán que mi cerebro está desequilibrado. Pasaré unos cuantos meses en un sanatorio tranquilo, donde mejorará mi salud mental. Los médicos dirán que estoy curado y todo terminará bien para el pequeño Julius. Supongo que podré soportar unos meses de aislamiento con tal de librar al mundo de su presencia. No se engañe pensando que me ahorcarán.

El ruso le creyó. Como él era corrupto, creía ciegamente en el poder del dinero. Había leído que los juicios por asesinato se llevaban a cabo en Estados Unidos según las normas indicadas por Julius. Él mismo había comprado y vendido a la justicia. Aquel norteamericano tan joven y varonil, de voz expresiva, tenía la sartén por el mango.

—Voy a contar hasta cinco —continuó Julius— y si me deja pasar de cuatro ya no necesitará preocuparse por el señor Brown. ¡Puede que le envíe flores para su entierro, pero usted no las olerá! ¿Está dispuesto? Empezaré. Uno… dos… tres… cuatro…

El ruso lo interrumpió con un grito.

—No dispare. Haré lo que desea.

Julius bajó el arma.

—Sabía que se avendría a razones. ¿Dónde está esa joven?

—En Gatehouse, Kent. El lugar se llama Astley Priors.

—¿Está prisionera?

—No se le permite abandonar la casa, aunque es bastante segura, la verdad. La pobrecilla ha perdido la memoria, ¡maldita sea!

—Reconozco que debe de haber sido una contrariedad para ustedes. ¿Qué ha sido de la otra joven? La que secuestraron hará

cosa de una semana.

—Está allí también.

—Bien. ¿No le parece que todo va saliendo estupendamente? ¡Hace una noche espléndida para viajar!

—¿Viajar? —repitió Kramenin, sorprendido.

—Nos vamos a Gatehouse, desde luego. Espero que sea usted aficionado al automovilismo.

—¿Qué quiere decir? Me niego a acompañarlo.

—Ahora no pierda los estribos. Debe comprender que no soy tan tonto como para dejarlo aquí. ¡Lo primero que haría sería telefonear a sus amigos! ¡Ah! —Observó por la expresión del ruso que no ofrecería resistencia—. Comprenda, hay que dejarlo todo bien atado. No señor, usted viene conmigo. ¿Su dormitorio está en la habitación de al lado? Entre allí. La pequeña Willie y yo lo seguiremos. Póngase un abrigo grueso. Bien. ¿Forrado de piel? ¡Y usted se llama socialista! Ahora ya estamos preparados. Bajaremos y usted atravesará el vestíbulo para llegar hasta mi automóvil. ¡No olvide que no cesaré de vigilarlo y que puedo disparar a través del bolsillo de mi abrigo! Una palabra, o tan solo una mirada a cualquiera de los empleados, y es hombre muerto.

Juntos bajaron la escalera y llegaron al vestíbulo. El ruso temblaba de rabia. Estaban rodeados de empleados y estuvo a punto de gritar, pero en el último momento le faltó valor. El norteamericano era un hombre de palabra.

Cuando estuvieron junto al coche, Julius exhaló un suspiro de alivio. Habían conseguido atravesar la zona de peligro y el miedo había hipnotizado al hombre que le acompañaba.

—Suba. —Le ordenó y, al sorprender una mirada de soslayo del ruso, agregó—: No, el chófer no le ayudará. Es marino. Estaba en un submarino en Rusia cuando estalló la Revolución. Un hermano suyo fue asesinado por los suyos. ¡George!

—¿Diga, señor? —El chófer volvió la cabeza.

—Este caballero es un ruso bolchevique. No deseamos matarle a menos que sea estrictamente necesario. ¿Entendido?

—Perfectamente, señor.

—Deseo ir a Gatehouse, Kent. ¿Conoce la carretera?

—Sí, señor. Está a cosa de una hora y media.

—Hágalo en una hora. Tengo prisa.

—Haré lo que pueda, señor.

El coche salió disparado y Julius se recostó cómodamente junto a su rehén. Conservaba la mano en el bolsillo, pero sus modales eran de lo más corteses.

—Hubo un hombre contra el que disparé una vez en Arizona… —comenzó a decir en tono alegre.

Al cabo de una hora de viaje, el desgraciado Kramenin estaba más muerto que vivo. Después de la anécdota del hombre de Arizona, había tenido que soportar otra de San Francisco y un episodio de las Rocosas. ¡El estilo narrativo de Julius, si no verídico, era por lo menos muy pintoresco!

George aminoró la marcha, mientras anunciaba que estaban llegando a Gatehouse. Julius obligó al ruso a que les indicara el camino. Su plan era ir directamente a la casa donde Kramenin preguntaría por las dos jóvenes. Julius le explicó que la pequeña Willie no toleraría el menor fallo.

A estas alturas, el pobre ruso era un juguete en sus manos. La terrible velocidad a la que circularon durante todo el trayecto contribuyó a acobardarlo, convencido de encontrar la muerte en cada recodo. El coche enfiló la avenida y se detuvo ante el porche, donde el chófer aguardó nuevas órdenes.

—Primero dé la vuelta al coche, George. Luego, llame al timbre de la casa y vuelva a su asiento. Conserve el motor en marcha y esté dispuesto a salir pitando cuando le avise.

—Muy bien, señor.

La puerta principal fue abierta por el mayordomo. Kramenin sintió el cañón de la pistola contra sus riñones.

—Vamos —susurró Julius—. Y ande con cuidado.

El ruso gritó con los labios muy pálidos y voz insegura:

—¡Soy yo! ¡Kramenin! ¡Baje a esa joven enseguida! ¡No hay tiempo que perder!

Whittington había bajado los escalones y lanzó una exclamación de asombro al ver al ruso.

—¡Usted! ¿Qué ocurre? Sin duda conocerá el plan.

Kramenin le interrumpió empleando las palabras que han creado tantos temores innecesarios:

—¡Hemos sido traicionados! ¡Hay que abandonar nuestros planes y salvar el pellejo! ¡La chica! ¡Enseguida! Es nuestra única

oportunidad.

Whittington vacilaba, pero fue solo un instante.

—¿Tiene órdenes de él?

—¡Naturalmente! ¿Estaría aquí si no? ¡Deprisa! No hay tiempo que perder. La otra chica tiene que venir también.

Whittington dio media vuelta y corrió al interior de la casa. Los minutos transcurrieron angustiosamente. Al fin, dos figuras envueltas en sendas capas aparecieron en los escalones y fueron introducidas en el coche a toda prisa. La más pequeña de las dos quiso resistirse y Whittington la obligó a subir sin miramientos.

Julius se inclinó hacia delante y al hacerlo la luz le dio de lleno en el rostro. Un hombre que estaba detrás de Whittington lanzó una exclamación de sorpresa. El engaño había llegado a su fin.

—Vamos, George —gritó Julius.

El chófer apretó a fondo el acelerador y el coche arrancó con una brusca sacudida.

El hombre que había en el porche lanzó un juramento al llevarse la mano al bolsillo. Brilló un fogonazo y se oyó una detonación; la bala pasó a un centímetro de la más alta de las dos muchachas.

—Agáchate, Jane —gritó Julius—. Échate al suelo.

Luego apuntó con cuidado y disparó a su vez.

—¿Le ha dado? —exclamó Tuppence.

—Seguro —replicó Julius—. Aunque no lo he matado. Esos canallas tienen siete vidas. ¿Se encuentra bien, Tuppence?

—¡Claro que sí! ¿Dónde está Tommy? ¿Quién es este? —señaló al tembloroso Kramenin.

—Tommy está haciendo el equipaje para irse a la Argentina. Supongo que creyó que usted había muerto. ¡Atraviesa la verja, George! Muy bien. Tardarán más de cinco minutos en poder seguirnos. Es de suponer que utilizarán el teléfono, de modo que hay que estar ojo avizor para no caer en una trampa. Será mejor que no vayamos por la carretera general. ¿Pregunta usted que quién es este? Permítame que le presente a *monsieur* Kramenin, al cual he convencido para que hiciera este viaje por cuestiones de salud.

El ruso permanecía callado, seguía lívido de terror.

—Pero ¿cómo nos han dejado salir? —preguntó Tuppence, recelosa.

—¡Debo confesar que *monsieur* Kramenin se lo ha pedido con

tanta gentileza que no han podido negarse!

Aquello fue demasiado para el ruso.

—¡Maldito sea, maldito sea! —exclamó con vehemencia—. Ahora saben que los he traicionado. En este país ya no me queda ni una hora de vida.

—Es cierto —asintió Julius—. Le aconsejo que vuelva a Rusia enseguida.

—Suélteme entonces —exclamó el otro—. Ya hice lo que usted quería. ¿Por qué quiere que siga a su lado?

—No es precisamente por el placer de su compañía. Me imagino que puede marcharse ya, si lo desea, pero pensé que preferiría que lo lleváramos de nuevo a Londres.

—No llegarán nunca a Londres —rugió Kramenin—. Déjeme bajar aquí.

—Desde luego. Para, George. El caballero no nos acompaña de regreso. Si alguna vez voy a Rusia, *monsieur* Kramenin, espero un caluroso recibimiento y…

Pero antes de que Julius hubiera terminado su discurso y de que el coche se hubiera detenido del todo, el ruso saltó del automóvil y desapareció rápidamente en la noche.

—Estaba algo impaciente por dejarnos —comentó Julius cuando el coche volvió a tomar velocidad—. Y ni siquiera se ha despedido de las señoritas. Oye, Jane, ahora ya puedes sentarte.

Por primera vez habló la joven.

—¿Cómo le persuadiste? —preguntó.

Julius acarició su pistola.

—¡El mérito es de la pequeña Willie!

—¡Estupendo! —exclamó la joven y el color volvió a sus mejillas mientras miraba a Julius con admiración.

—Annette y yo no sabíamos qué iba a ocurrirnos —dijo Tuppence—. El viejo Whittington nos hizo salir a toda prisa. Pensábamos que nos llevaba al matadero como corderitos.

—Annette —dije Hersheimmer—, ¿es así como usted la llama?

Parecía querer acostumbrarse a la novedad.

—Ese es su nombre —replicó Tuppence, abriendo mucho los ojos.

—¡Demonios! —exclamó Julius—. Puede creer que se llama así porque la pobrecilla ha perdido la memoria. Pero ante usted tiene

en estos momentos a la verdadera Jane Finn.

—¿Qué diantres…? —exclamó Tuppence.

Pero la interrumpió el ruido de una bala al introducirse en la carrocería del coche, rozando su cabeza.

—Agáchense —gritó Julius—. Es una emboscada. Esos individuos han ido muy deprisa, corre un poco más, George.

El automóvil aceleró aún más. Sonaron otros tres disparos; pero ninguno les alcanzó. Julius miró hacia atrás.

—No hay a quién disparar —anunció, contrariado—. Pero me imagino que no tardarán en darnos otra fiestecita. ¡Ah!

Se llevó la mano a la mejilla.

—¿Le han herido? —dijo Annette, preocupada.

—Solo es un rasguño.

La joven se levantó del suelo.

—¡Déjeme bajar! ¡Le digo que me dejen bajar! Paren el coche. Es a mí a quien persiguen. No quiero que pierdan la vida por mi culpa. Déjenme bajar.

Comenzó a forcejear con la manija de la portezuela.

Julius la sujetó por ambos brazos, mirándola con fijeza al darse cuenta de que había hablado sin el menor acento extranjero.

—Siéntate, pequeña —le dijo en tono amable—. Me parece que a tu memoria no le ocurre nada malo. Les has estado engañando todo el tiempo, ¿verdad?

La muchacha asintió y de pronto se deshizo en lágrimas. Julius le dio unas suaves palmaditas en el hombro.

—Vamos, vamos, tranquilízate. No permitiremos que te cojan.

Entre sollozos, la muchacha consiguió decir:

—Eres de mi país. Lo adivino por tu voz. Me hace sentir nostalgia de mi casa.

—¡Claro que soy de tu país! Soy tu primo, Julius Hersheimmer. Vine a Europa para buscarte ¡y vaya trabajo me has dado!

El coche aminoró la marcha y George dijo por encima del hombro:

—Aquí hay un cruce, señor, y no estoy seguro de qué dirección seguir.

El coche estaba a punto de detenerse cuando una figura, que por lo visto iba escondida en la parte trasera, asomó su cabeza en medio de todos ellos.

—Lo siento —dijo Tommy.

Le saludaron con una salva de exclamaciones.

—Estaba entre los arbustos de la avenida y me monté en la parte de atrás —les explicó Tommy—. No os pude avisar debido a la velocidad que llevabais. Bastante trabajo tenía en procurar no caerme. Ahora ¡ya podéis apearos!

—¿Apearnos?

—Sí. Hay una estación junto a esa carretera. El tren pasará dentro de tres minutos. Si os dais prisa podréis alcanzarlo.

—¿Qué diablos persigue con todo esto? —quiso saber Julius—. ¿Cree poder engañarlos abandonando el coche?

—Usted y yo no lo abandonaremos. Solo las chicas.

—Está usted loco, Beresford. ¡Loco de remate! No puedo dejarlas solas. Si lo hiciera sería el fin.

Tommy se volvió a Tuppence.

—Baja enseguida, Tuppence, y llévatela como te digo. Ninguna de las dos sufrirá daño alguno. Estáis a salvo. Coged el tren que va a Londres e id directamente a ver a *sir* James Peel Edgerton. El señor Carter vive fuera de la ciudad, pero estaréis a salvo con el abogado.

—¡Maldito sea! —exclamó Julius—. Está loco, Jane, quédate donde estás.

Con un movimiento rápido, Tommy arrebató el revólver de la mano de Julius.

—¿Ahora creéis que hablo en serio? Salid las dos y haced lo que os he dicho, o disparo.

Tuppence saltó del coche arrastrando a Jane, que se resistía.

—Vamos, si no pasa nada. Si Tommy dice que no hay peligro, será verdad. Date prisa. Vamos a perder el tren.

Echaron a correr.

Julius exteriorizó su coraje.

—¿Qué diablos…?

Tommy lo interrumpió:

—¡Cállese! Deseo hablar unas palabras con usted, Julius Hersheimmer.

Capítulo XXV
La historia de Jane Finn

Sin soltar el brazo de Jane, Tuppence llegó jadeante a la estación y su oído captó el rumor del tren que se aproximaba.

—Deprisa o lo perderemos.

Salieron al andén en el preciso momento en que se detenía. Tuppence abrió la puerta de un compartimiento de primera clase que estaba vacío y las dos muchachas se dejaron caer sobre los mullidos asientos, extenuadas y sin aliento.

Un hombre asomó la cabeza y luego pasó al coche siguiente. Jane se sobresaltó y sus pupilas se dilataron por el terror cuando miró a Tuppence inquisitivamente.

—¿Crees que será uno de ellos?

Tuppence meneó la cabeza.

—No, no. No te preocupes. —Cogió la mano de Jane—. Tommy no nos hubiera obligado a hacer esto si no estuviera seguro de que saldría bien.

—¡Pero él no los conoce tan bien como yo! —La joven se estremeció—. Tú no puedes comprenderlo. ¡Cinco años! ¡Cinco largos años! Algunas veces creí que iba a volverme loca.

—No pienses en eso. Ahora ya ha pasado todo.

—¿Tú crees?

El tren comenzaba a moverse; poco a poco adquirió velocidad. De pronto Jane se sobresaltó.

—¿Qué ha sido eso? Me ha parecido ver una cara que miraba por aquella ventanilla.

—No, no hay nadie. Mira. —Tuppence fue hasta la ventanilla y bajó el cristal.

—¿Estás segura?

—Segurísima.

Jane se vio obligada a dar una explicación.

—Creo que me estoy comportando como una tonta, pero no puedo evitarlo. Si me cogieran ahora… —Sus ojos se abrieron desmesuradamente.

—¡No! —suplicó Tuppence—. Acuéstate y no pienses. Puedes tener la seguridad de que Tommy no nos hubiera dicho que estaríamos a salvo si no fuera verdad.

—Mi primo no opinaba lo mismo. Él no quería que viniéramos.

—Es verdad —repuso Tuppence un poco turbada.

—¿En qué estás pensando? —preguntó Jane.

—¿Por qué?

—¡Tu voz ha sonado tan extraña!

—Sí, pensaba en algo —confesó Tuppence—. Pero no quiero decírtelo ahora. Quizá esté equivocada, aunque no lo creo. Es una idea que se me metió en la cabeza hace mucho tiempo. A Tommy le ha ocurrido lo mismo. Estoy casi segura. Pero no te preocupes, ya habrá tiempo para eso después. ¡O tal vez no lo haya en absoluto! De modo que haz lo que te digo: acuéstate ahora y no pienses en nada.

—Lo intentaré —dijo. Cerró los ojos.

Tuppence, por su parte, continuó sentada en actitud parecida a la de un terrier en guardia. A pesar suyo estaba nerviosa y sus ojos iban continuamente de una ventanilla a otra. Le hubiera sido difícil decir lo que temía, sin embargo, en su interior estaba muy lejos de sentir la confianza que puso en sus palabras. No es que desconfiara de Tommy, pero de vez en cuando le asaltaba la duda de que alguien tan sencillo y bueno como él fuera capaz de desenmascarar al criminal más malvado de aquellos tiempos.

En cuanto se reunieran con *sir* James todo iría bien. Pero ¿conseguirían llegar? ¿No se estarían organizando las silenciosas fuerzas del señor Brown contra ellas? Incluso el hecho de ver a Tommy revólver en mano la desalentaba. Tal vez ahora estuviese ya en manos de sus enemigos. Tuppence trazó un plan de campaña.

Cuando el tren se detuvo al fin en Charing Cross, Jane se incorporó, sobresaltada.

—¿Hemos llegado? ¡No creí que lo consiguiéramos!

—Oh, hasta aquí era de esperar que no ocurriera nada. Si tiene que haber problemas, empezarán ahora. Bajemos deprisa,

tomaremos un taxi en cuanto podamos.

Al minuto siguiente cruzaban la salida y subían a un taxi.

—King's Cross —ordenó Tuppence y acto seguido pegó un respingo. Un hombre había mirado por la ventanilla en el momento en que el coche se ponía en marcha y estaba casi segura de que era el mismo que ocupó el compartimiento contiguo al suyo. Tuvo la horrible sensación de que el cerco se estrechaba por todos lados.

—¿Comprendes? —le explicó a Jane—. Si creen que vamos a ver a *sir* James, esto les despistará. Ahora creerán que vamos a casa del señor Carter, que vive en las afueras, al norte de Londres.

En Holborn había un atasco y el taxi tuvo que detenerse. Aquello era lo que Tuppence había estado esperando.

—Deprisa —susurró—. ¡Abre la portezuela de la derecha!

Las dos jóvenes se apearon y se confundieron entre el tránsito y poco después se hallaban en otro taxi en dirección contraria, esta vez para ir directamente a Carlton House Terrace.

—Vaya —dijo Tuppence con gran satisfacción—, esto les despistará. ¡Tengo que reconocer que soy bastante inteligente! ¡Cómo se enfadará el otro taxista! Pero he tomado su número y mañana le enviaré un giro postal para que no pierda nada, si es que era realmente un taxista. ¿Qué es eso? ¡Oh!

Hubo un gran ruido y una terrible sacudida. Habían chocado con otro taxi.

Como un relámpago, Tuppence saltó a la acera. Se aproximaba un policía, pero antes de que llegara, Tuppence había entregado cinco chelines al taxista y se perdía entre la multitud en compañía de Jane.

—Estamos solo a unos cuantos pasos —dijo Tuppence sin aliento. El accidente se había producido en Trafalgar Square.

—¿Tú crees que hemos chocado por casualidad o fue deliberado?

—No lo sé. Puede ser cualquiera de las dos cosas.

Las dos muchachas corrieron velozmente cogidas de la mano.

—Puede que sean imaginaciones mías —dijo Tuppence de pronto—, pero tengo la desagradable sensación de que alguien nos sigue.

—¡Corre! —murmuró Jane—. ¡Oh, corre!

Estaba llegando a la esquina de Carlton House Terrace y sus

temores se disiparon. De pronto un hombre alto y al parecer beodo les bloqueó el paso.

—Buenas noches, señoritas —dijo entre hipos—. ¿Adónde van tan deprisa?

—Déjenos pasar, por favor —dijo Tuppence en tono imperioso.

—Solo quiero intercambiar unas palabras con su hermosa amiguita.

Alargó un brazo inseguro y asió a Jane de un hombro. Tuppence escuchó unos pasos a sus espaldas y no se entretuvo a averiguar si se trataba de sus amigos o de los de él. Bajando la cabeza puso en práctica un truco de sus días escolares y golpeó con ella al agresor en pleno estómago. El hombre cayó sentado bruscamente sobre la acera y las dos aprovecharon aquella oportunidad para poner pies en polvorosa. La casa que buscaban estaba un poco más abajo. Otros pasos resonaron tras ellas y apenas podían respirar cuando llegaron a la puerta de *sir* James. Tuppence pulsó el timbre y Jane golpeó el picaporte.

El hombre que las había detenido llegaba en aquel momento al pie de la escalinata. Estuvo dudando unos instantes y en ese instante se abrió la puerta. Las dos se precipitaron al mismo tiempo dentro del recibidor. *Sir* James salió de la biblioteca.

—¡Hola! ¿Qué es esto?

Se adelantó para sostener a Jane, que parecía a punto de desmayarse. La llevaron a la biblioteca y la tendieron sobre el sofá de cuero. Sirvió un poco de coñac en un vaso y la obligó a beber. Jane se sentó, todavía con los ojos muy abiertos por el miedo.

—Todo está bien. No tiene por qué temer, pequeña. Ahora está a salvo.

Su respiración se hizo más acompasada y el color volvió a sus mejillas. *Sir* James miraba a Tuppence fijamente.

—De modo que no ha muerto, señorita Tuppence. ¡Está tan viva como su amigo Tommy!

—Los Jóvenes Aventureros no se dejan matar así como así.

—Eso parece —manifestó *sir* James secamente—. Estoy en lo cierto al pensar que su aventura ha terminado con éxito y que esta señorita es… —se volvió hacia la muchacha sentada en el sofá—… ¿la señorita Jane Finn?

—Sí. Yo soy Jane Finn. Y tengo muchas cosas que contarle.

—Cuando se sienta con fuerzas.

Jane se sentó en una de las enormes butacas y comenzó su historia.

—Me embarqué en el Lusitania, pues iba a incorporarme a mi nuevo empleo en París. Me preocupaba muchísimo la guerra y me moría de ganas de ayudar de alguna manera. Había estudiado francés y mi profesora me dijo que necesitaban ayuda en un hospital de París, de modo que escribí ofreciendo mis servicios y me aceptaron. No tenía ningún pariente, así que me fue fácil arreglarlo todo.

»Cuando el Lusitania fue torpedeado, un hombre se acercó a mí. Había reparado en él en más de una ocasión y siempre me dio la sensación de tener miedo de algo o de alguien. Me preguntó si era norteamericana y patriota, y me dijo que era portador de unos papeles que eran cuestión de vida o muerte para los aliados. Me pidió que me hiciera cargo de ellos. Yo debía esperar que apareciera un anuncio en *The Times* y, si no aparecía, entregarlos al embajador norteamericano.

»Lo que pasó después todavía me parece una pesadilla. Algunas veces vuelvo a verlo en sueños. Lo contaré muy por encima. Danvers me dijo que estuviera alerta, que posiblemente lo habían seguido desde Nueva York, aunque no estaba seguro. Al principio no tenía sospechas, pero una vez en el bote salvavidas camino de Holyhead empecé a sentirme intranquila. Había una mujer que se ocupaba mucho de mí y siempre hablaba conmigo. Una tal señora Vandemeyer. Al principio le estaba agradecida por sus atenciones; no obstante, había algo en ella que me desagradaba y en el barco irlandés que nos recogió la vi hablando con un hombre de extraño aspecto y, por el modo de mirarme, comprendí que hablaban de mí. Recordé que ella estaba cerca cuando Danvers me entregó el envoltorio impermeable en el Lusitania y que, antes de eso, había tratado de hablar con él un par de veces. Empecé a asustarme, pero no sabía qué hacer.

»Me asaltó la idea de detenerme en Holyhead y no continuar hasta Londres aquel día, pero no tardé en comprender que era una gran estupidez. Lo único que cabía hacer era comportarme como si no sospechara nada y esperar acontecimientos. Tomé una sola precaución: abrí el envoltorio impermeable y sustituí el documento

por un papel en blanco. De modo que si alguien me lo robaba no importase.

»Lo que me preocupó en extremo era dónde esconder el auténtico. Al fin lo desdoblé, constaba solo de dos folios, y los introduje entre las páginas de una revista. Pegué los bordes con la goma de un sobre y la llevé siempre en el bolsillo de mi chaqueta.

»En Holyhead traté de ocupar un compartimiento entre personas de aspecto normal. Pero siempre me encontraba con gente que me empujaba en dirección contraria a la que yo quería ir. Era algo aterrador. Al fin me vi en el vagón en que iba la señora Vandemeyer. Salí al pasillo pero los demás compartimientos estaban llenos y tuve que volver a mi sitio. Me consolé pensando que había otras personas: un hombre de aspecto agradable y su esposa, iban sentados delante de nosotros. Recliné la cabeza y cerré los ojos. Imagino que me creyeron dormida, pero mis ojos no estaban cerrados del todo y de pronto vi que el hombre de aspecto agradable sacaba algo de su maleta y se lo entregaba a la señora Vandemeyer al tiempo que le guiñaba un ojo…

»No puedo explicarles lo que pasó por mi mente. Mi único pensamiento era salir al pasillo tan pronto me fuera posible. Me levanté tratando de parecer natural y tranquila. Tal vez notaron algo, no estoy segura, pero de pronto la señora Vandemeyer dijo: “Ahora”, y algo cubrió mi nariz y boca cuando quise gritar. En aquel mismo instante sentí un golpe terrible en la parte de atrás de la cabeza.

Se estremeció y *sir* James le dirigió unas palabras de consuelo. Luego Jane continuó:

—Ignoro cuánto tiempo tardé en recobrar el conocimiento. Me sentía muy mareada y enferma. Estaba tendida en una cama sucia tras un biombo y oí a dos personas que hablaban. La señora Vandemeyer era una de ellas. Luego empecé a comprender de qué se trataba y me horroricé. Aún no sé cómo logré contenerme y no gritar.

»Habían encontrado los papeles. El envoltorio impermeable con las dos hojas en blanco. ¡Estaban furiosos! No sabían si yo había cambiado los papeles o si Danvers era portador de un señuelo para despistar, mientras el verdadero mensaje era enviado por otro conducto. Hablaron de… —cerró los ojos—… ¡torturarme hasta que

lo averiguaran!

»Hasta entonces no había conocido aquel miedo aterrador. Una vez se acercaron a mirarme. Yo cerré los ojos simulando seguir sin conocimiento, pero temía que oyeran los latidos de mi corazón. Sin embargo, volvieron a marcharse. Empecé a pensar y pensar. ¿Qué podía hacer? Sabía que era incapaz de soportar cualquier tipo de tormento.

»De pronto, algo me hizo pensar en la pérdida de memoria. Era un tema que siempre me había interesado y había leído muchísimo sobre él y lo dominaba. Si conseguía ponerlo en práctica con éxito tal vez lograra salvarme. Recé y luego, abriendo los ojos, comencé a balbucear en francés.

»La señora Vandemeyer dio vuelta al biombo en el acto. Su rostro tenía una expresión tan perversa que casi me muero, pero le sonreí, preguntándole en francés dónde me encontraba.

»Comprendí que estaba desconcertada y llamó al hombre con el que había estado hablando. Este permaneció junto al biombo con el rostro en la penumbra y empezó a hablarme en francés. Su voz era vulgar y tranquila, sin embargo, sin saber por qué, me asustó aún más que ella. Me daba la impresión de que podía leer en mi interior, pero continué con mi farsa. Volví a preguntar dónde me encontraba y luego dije que debía recordar algo… algo… pero que de momento no me acordaba de nada. Procuré mostrarme cada vez más preocupada. Me preguntó cómo me llamaba. Yo dije que no lo sabía, que no conseguía recordar nada.

»De pronto me cogió una mano y empezó a retorcerme el brazo. Me hacía mucho daño y grité. Continuó retorciéndomelo y yo grité y grité, pero procurando lanzar exclamaciones en francés. Ignoro cuánto tiempo hubiera continuado así, pero por suerte me desmayé. Lo último que oí fue una voz que decía: “¡No finge! Una chica de su edad no sabe tanto francés si no es francesa”. Me figuro que olvidaron que las muchachas norteamericanas son más adultas que las inglesas, aunque tengan la misma edad, y se interesan más por los temas científicos.

»Cuando recobré el conocimiento, la señora Vandemeyer se mostró dulce como la miel. Me figuré que había recibido órdenes. Me habló en francés diciéndome que había sufrido una conmoción y que había estado muy enferma, pero que no tardaría en

recuperarme. Fingí estar bastante aturdida y que el "doctor" me había hecho daño en la muñeca. Ella pareció aliviada al oírlo.

»Luego se marchó de la habitación. Yo seguía atenta y no me moví durante algún tiempo. No obstante, al fin me levanté y examiné la estancia. Pensé que, aunque me estuvieran observando, parecería natural, dadas las circunstancias. Era un lugar sucio y destartalado. No tenía ventanas, cosa que me llamó la atención. Imaginé que la puerta estaría cerrada, pero no lo comprobé. En las paredes había algunos cuadros descoloridos representando escenas de Fausto.

Los dos oyentes de Jane lanzaron un «¡Ah!» al unísono y la joven asintió.

—Sí, estaba en la casa del Soho donde encerraron al señor Beresford. Claro que entonces ni siquiera sabía que estaba en Londres. Una cosa me preocupaba, pero mi corazón saltó de gozo al ver mi chaquetón sobre el respaldo de una silla. ¡La revista seguía estando en el bolsillo!

»¡Si pudiera estar segura de que no me observaban! Revisé las paredes con suma atención. No parecía haber ninguna mirilla. Sin embargo, estaba segura de que debía haberla. De pronto, me senté sobre la mesa y, escondiendo el rostro entre las manos, comencé a sollozar, exclamando: *Mon Dieu*! *Mon Dieu*! Tengo un oído muy fino y alcancé a oír el rumor de una falda y un crujido ligero. Eso fue suficiente para mí. ¡Me vigilaban!

»Volví a tenderme en la cama y, al cabo de un rato, la señora Vandemeyer me trajo algo para comer. Seguía mostrándose muy amable. Supongo que sus instrucciones eran que se ganara mi confianza. De pronto y sin dejar de observarme un instante, me enseñó un envoltorio impermeable preguntándome si lo reconocía.

»Lo cogí entre mis manos y estuve mirándolo con aire intrigado. Luego meneé la cabeza. Sin embargo, dije que tenía la vaga impresión de recordar algo relacionado con él, pero que cuando iba a acudir a mi memoria volvía a alejarse. Entonces me dijo que yo era su sobrina y que la llamara tía Rita. Obedecí y agregó que no me preocupara, que no tardaría en recobrar la memoria.

»Fue una noche terrible. Tracé un plan antes de que volvieran. Los papeles habían estado seguros hasta entonces, pero dejarlos ahí por más tiempo representaba un gran riesgo. Podían tirar la revista

en cualquier momento. Permanecí despierta hasta lo que yo calculé que debían ser las dos de la mañana. Entonces me levanté sin hacer ruido y fui palpando la pared hasta dar con uno de los cuadros, que descolgué: el de Margarita con su joyero. Saqué la revista de mi chaquetón y un par de sobres que había puesto en ella. Entonces fui hasta el lavabo y humedecí el papel marrón de la parte posterior del cuadro, hasta que logré separarlo. Previamente había arrancado las dos páginas de la revista con las dos preciosas hojas del documento y las deslicé entre el lienzo y el papel marrón. Con un poco de goma de los sobres conseguí pegarlo de nuevo. Nadie sospecharía. Volví a colgarlo en la pared, puse la revista de nuevo en el chaquetón y volví a acostarme. Estaba satisfecha del escondite. Nunca se les ocurriría mirar en sus propios cuadros. Esperaba que llegasen a la conclusión de que Danvers llevaba consigo un documento falso y que al fin me dejarían en libertad.

»A decir verdad, creo que esto debieron pensar al principio y, en cierto modo, entrañaba un serio peligro para mí. En realidad, nunca hubo muchas posibilidades de que me dejaran libre. Después supe que estuvieron a punto de deshacerse de mí, pero el primer hombre, que era el jefe, prefirió mantenerme con vida por si acaso los hubiera escondido y pudiera decirles dónde estaban cuando recobrase la memoria. Durante semanas me vigilaron a sol y a sombra. Algunas veces me interrogaban. Supongo que no ignoraban nada acerca del tercer grado, pero conseguí no traicionarme. Aunque aquella tensión fue terrible.

»Volvieron a llevarme a Irlanda y vigilaron todos mis pasos por si había escondido algo en *route*. La señora Vandemeyer y otra mujer no me dejaron ni un momento. Decían que era pariente de la señora Vandemeyer y que había perdido la memoria debido al hundimiento del Lusitania. No tenía nadie a quien acudir sin que me descubrieran y si me arriesgaba y fracasaba, la señora Vandemeyer iba tan bien vestida y era tan hermosa que estaba segura de que todos habrían de creerle a ella, cuando les dijera que yo sufría manía persecutoria. Comprendí que los horrores de mi aislamiento serían mucho más terribles si llegasen a enterarse de que había estado fingiendo.

Sir James asintió comprensivamente.

—La señora Vandemeyer era una mujer de gran personalidad.

Por su posición social le habría resultado fácil que la creyeran. Las acusaciones contra ella no se hubieran tenido en cuenta, por más sensacionales que fueran.

—Eso es lo que pensé. Terminaron por enviarme a un sanatorio en Bournemouth. Al principio no sabía si era falso o auténtico. Una enfermera se encargó de mí. Yo era una enferma especial. Me pareció tan simpática y normal que al fin decidí confiar en ella. La Providencia me salvó a tiempo de caer en aquella trampa. Por casualidad mi puerta estaba entreabierta y la oí hablar con alguien en el pasillo. ¡Era una de ellos! Aún imaginaban que pudiera estar fingiendo y era la persona encargada de asegurarse. Después de esto ya no me atreví a confiar en nadie.

»Creo que casi me hipnoticé yo misma. Al cabo de un tiempo, apenas recordaba que era Jane Finn. Estaba tan acostumbrada a representar el papel de Janet Vandemeyer, que mis nervios empezaron a fallarme. Estuve enferma de verdad varios meses, y caí en una especie de atontamiento. Tenía el convencimiento de que iba a morir pronto y nada me importaba ya. Dicen que una persona cuerda puede llegar a perder la razón encerrada en un manicomio. Creo que eso es lo que me sucedió. Representar aquel papel se había convertido para mí en una segunda naturaleza. Al final, ni siquiera me sentía desgraciada, solo práctica. Todo me daba igual y los años fueron transcurriendo.

»De repente, las cosas cambiaron. La señora Vandemeyer regresó a Londres. Ella y el médico me estuvieron haciendo preguntas y probaron diversos tratamientos. Se habló de enviarme a un especialista de París. Al final, no se arriesgaron. Oí algo que parecía demostrar que otras personas amigas me buscaban. Más tarde supe que la enfermera que me cuidaba había ido a París para consultar al especialista simulando ser yo. La sometió a algunas pruebas que demostraron que su pérdida de memoria era fingida, pero había tomado nota de sus métodos y me sometieron a ellos. Confieso que no hubiera logrado engañar a un especialista dedicado a estudiar casos semejantes. Pero me las arreglé para salir airosa de sus artimañas. El hecho de que ya no pensara como Jane Finn me ayudó mucho.

»Una noche, sin previo aviso, me llevaron a Londres y me devolvieron a la casa del Soho. Una vez fuera del sanatorio me

empecé a sentir distinta, como si en mí hubiera habido algo enterrado durante mucho tiempo que empezaba a despertar de nuevo.

»Me ordenaron atender al señor Beresford. Claro que entonces desconocía su nombre. Tuve miedo. Pensé que era otra trampa, pero tenía una cara tan simpática que me resistía a creerlo. Sin embargo, tuve gran cuidado con mis palabras porque podían oírnos. Hay un agujero pequeño en lo alto de la pared.

»El domingo por la noche llegó un mensaje a la casa; todos parecieron preocupados y sin que se dieran cuenta les estuve escuchando. Habían recibido la orden de matarme. No es preciso que les cuente lo que siguió, porque ya lo saben. Creí que tendría tiempo de subir para sacar los papeles de su escondite, pero me atraparon y, en ese momento, se me ocurrió gritar que el prisionero se escapaba y que yo deseaba volver con Marguerite. Grité el nombre tres veces, con todas mis fuerzas, para que creyeran que llamaba a la señora Vandemeyer, pero con la esperanza de que al señor Beresford se le ocurriera pensar en el cuadro. Lo había descolgado el primer día y eso fue lo que me impidió confiar en él.

Hizo una pausa.

—Entonces el documento —dijo *sir* James— sigue estando en la parte de atrás de uno de los cuadros de esa habitación.

—Sí.

La joven volvió a tenderse en el sofá extenuada, por la tensión de rememorar aquella historia. *Sir* James se puso en pie y miró su reloj.

—Vamos —dijo—, tenemos que ir enseguida.

—¿Esta noche? —preguntó Tuppence, sorprendida.

—Mañana quizá sea demasiado tarde —replicó *sir* James en tono grave—. Además, si vamos esta noche tenemos la oportunidad de capturar al gran hombre y supercriminal: ¡al señor Brown!

Hubo un silencio y *sir* James continuó:

—Las han seguido hasta aquí, de eso no hay duda. Cuando salgamos de esta casa volverán a seguirnos, pero no nos molestarán, porque el señor Brown quiere que lo guiemos. La casa del Soho está vigilada por la policía y por varios hombres del gobierno día y noche. Cuando entremos en ella, el señor Brown no retrocederá. Lo arriesgará todo con tal de conseguir la chispa que haga estallar la

bomba. ¡Y él imagina que el riesgo no será grande, puesto que entrará conmigo!

Tuppence enrojeció, abriendo la boca impulsivamente.

—Pero hay algo que usted ignora, ya que no se lo he dicho.

Miró a Jane perpleja.

—¿De qué se trata? —preguntó *sir* James impaciente—. No hay que vacilar, señorita Tuppence. Tenemos que estar seguros de todo.

Sin embargo, Tuppence, por primera vez, parecía tener la lengua paralizada.

—Es tan difícil: comprenda, si me equivoco. Oh, sería terrible. —Hizo una mueca indicando a Jane—. Nunca me lo perdonaría —observó.

—¿Quiere que la ayude, verdad?

—Sí, por favor. Usted sabe quién es el señor Brown, ¿no es cierto?

—Sí —replicó *sir* James—. Al fin lo sé.

—¿Al fin? —preguntó vacilando—. Oh, pero yo pensaba… —Se detuvo.

—Pensaba acertadamente, señorita Tuppence. He tenido la certeza moral de su identidad desde hace algún tiempo desde la noche de la misteriosa muerte de la señora Vandemeyer.

—¡Ah! —exclamó Tuppence.

—Porque iba contra la lógica de los hechos. Existían solo dos soluciones. Tomó el cloral por su propia mano, cosa que rechazo plenamente, o de otro modo…

—¿Sí?

—Le fue administrado en el coñac que usted le dio a beber. Solo tres personas tocaron ese coñac: usted, la señorita Tuppence, yo mismo y una tercera: ¡Julius Hersheimmer! Sí. ¡Ese es nuestro hombre, seguro!

Jane Finn volvió a sentarse, mirando al abogado con ojos de asombro.

—Al principio me parecía imposible. El señor Hersheimmer, como hijo de un millonario prominente, es una figura muy conocida en Estados Unidos. Parecía imposible que él y el señor Brown fueran la misma persona. Pero no se puede escapar a la lógica de los hechos. Puesto que era así, debía aceptarse. Recuerde la repentina e inexplicable agitación de la señora Vandemeyer. Otra prueba más,

si es que era necesaria.

»Me tomé la libertad de dejárselo entrever. Por algunas palabras que dijo Hersheimmer en Manchester, me figuré que usted lo había comprendido y actuaba de acuerdo con ello. Entonces me telefoneó y me dijo lo que yo ya sospechaba, que la fotografía de la señorita Finn no había dejado de estar nunca en posesión del señor Hersheimmer.

Jane se levantó de un salto.

—¿Qué quiere usted decir? ¿Qué trata de insinuar? ¡Que Julius es el señor Brown! ¡Julius, mi propio primo!

—No, señorita Finn —dijo *sir* James inesperadamente—. No es su primo. El hombre que se hace llamar Julius Hersheimmer no tiene ningún parentesco con usted.

Capítulo XXVI
El señor Brown

Las palabras de *sir* James produjeron el efecto de una bomba. Las dos jóvenes se miraron extrañadísimas. El abogado se dirigió a su escritorio y regresó con un recorte de periódico que entregó a Jane; Tuppence lo leyó por encima de su hombro. Carter lo hubiera reconocido. Se hablaba de un hombre misterioso que había aparecido muerto en Nueva York.

—Como le decía a la señorita Tuppence —resumió el abogado— me puse a trabajar para probar lo que parecía imposible. El muro más difícil de franquear era el hecho innegable de que Julius Hersheimmer no era un nombre supuesto. Cuando llegó a mis manos este recorte, mi problema quedó resuelto. Julius Hersheimmer había salido en busca del paradero de su prima. Fue al Oeste, donde le dieron noticias y una fotografía que le ayudara a encontrarla. La tarde de su partida de Nueva York fue asaltado y asesinado. Vistieron su cadáver con ropas humildes y le desfiguraron el rostro para evitar que fuera identificado.

»El señor Brown ocupó su puesto y salió inmediatamente para Inglaterra. Ninguno de los verdaderos amigos o parientes del auténtico Hersheimmer le vieron antes de partir, aunque en realidad poco hubiera importado, puesto que la suplantación era perfecta. Desde entonces ha sido carne y uña de los que nos habíamos conjurado para echarle abajo. Todos nuestros secretos estaban a su alcance. Solo una vez estuvo a punto de fracasar. La señora Vandemeyer conocía su secreto. No entraba en sus cálculos que alguien ofreciera una cantidad tan elevada para sobornarla. A no ser por el afortunado cambió de plan de la señorita Tuppence, ella hubiera estado lejos del piso cuando nosotros llegamos. Sabiéndose descubierto, dio un paso desesperado, confiando en su

supuesta personalidad. Casi lo consiguió, aunque no del todo.

—No puedo creerlo —murmuró Jane—. Parecía tan espléndido.

—¡El verdadero Julius Hersheimmer era muy espléndido! Y el señor Brown es un actor consumado. Pero le pregunté a la señorita Tuppence si no tenía también sus sospechas.

Jane se volvió hacia Tuppence sin articular palabra.

—No quería decirlo, Jane. Sabía que iba a dolerte. Después de todo, no estaba segura. Todavía sigo sin comprender por qué nos rescató, si era el señor Brown.

—¿Fue Julius Hersheimmer quien las ayudó a escapar?

Tuppence relató a *sir* James los emocionantes acontecimientos de la última noche, concluyendo:

—¡Pero no comprendo por qué!

—¿No? Pues yo sí. Y también el joven Beresford, por lo que me ha contado. Como última esperanza había que dejar escapar a Jane Finn y debía organizarse de modo que no sospechara que era una farsa. No les importó que el joven Beresford estuviera en el vecindario y que de ser preciso se comunicara con usted. Ya procurarían quitarle de en medio en el momento oportuno. Entonces Julius Hersheimmer las rescata de un modo melodramático. Llueven las balas, pero no hieren a nadie. ¿Qué hubiera ocurrido luego? Que las hubieran llevado directamente a la casa del Soho para recobrar el documento que la señorita Finn sin duda hubiera confiado a la custodia de su primo. De ser él quien dirigiera la búsqueda, simularía encontrar el escondite vacío. Hubiera tenido una docena de salidas para resolver la situación, pero el resultado hubiese sido el mismo. Imagino que después ustedes dos hubieran sufrido algún accidente. Sabían demasiado. Confieso que me han pescado dormido, pero alguien estaba muy alerta.

—Tommy —dijo Tuppence en voz baja.

—Sí. Sin duda, cuando llegó el momento de librarse de él, fue más listo que ellos. De todas formas, no estoy demasiado tranquilo, por lo que puede haberle ocurrido a ese muchacho.

—¿Por qué?

—Porque Julius Hersheimmer es el señor Brown —replicó *sir* James secamente—. Y es preciso más de un hombre y más de un revólver para detener al señor Brown.

Tuppence palideció.

—¿Qué podemos hacer?

—Nada. Hasta que hayamos ido a la casa del Soho. Si Beresford aún les lleva ventaja no hay que temer. ¡Por otra parte, si el enemigo viene a buscarnos, no nos encontrará desprevenidos!

Sacó un revólver de uno de los cajones de su escritorio y lo guardó en el bolsillo de su americana.

—Ya estamos listos. Sé que ahora, menos que nunca, no puedo pedirle que me acompañe, señorita Tuppence.

—¡Por supuesto!

—Pero sugiero que la señorita Finn se quede aquí. Estará a salvo y me parece que está extenuada por todo lo que ha tenido que soportar.

Pero ante la sorpresa de Tuppence, Jane movió la cabeza.

—No, yo voy con ustedes. Esos papeles fueron entregados a mi custodia. Debo seguir este asunto hasta el final y ahora me encuentro mucho mejor.

Sir James mandó traer su coche y, durante el breve trayecto, el corazón de Tuppence latió apresuradamente.

A pesar de sus momentáneas dudas e inquietudes con respecto a Tommy, no podía dejar de sentirse contenta.

¡Iban a conseguirlo!

El coche dobló la esquina de la plaza y se apearon.

Sir James se aproximó a un hombre vestido de paisano que estaba de servicio con otros y, después de dirigirle unas palabras, volvió a reunirse con las dos jóvenes.

—Nadie ha entrado en la casa hasta ahora. Está vigilada también por la parte de atrás de modo que están seguros. Cualquiera que lo intente, después de que entremos nosotros, será detenido inmediatamente. ¿Vamos?

Un policía trajo una llave. Todos conocían a *sir* James y también habían recibido órdenes con respecto a Tuppence.

Solo el tercer miembro de la expedición les era desconocido. Entraron los tres y lentamente subieron la desvencijada escalera.

Arriba vieron la cortina raída que ocultaba el rincón donde Tommy había estado escondido aquel día. Tuppence había oído contárselo a Jane cuando para ella era solo Annette. Contempló el terciopelo descolorido con interés. Incluso podía imaginar el

contorno de una figura que se movía como si hubiera alguien oculto tras ella. Tan fuerte era la impresión que no dudó en convencerse de que el señor Brown… Julius, estaba allí esperándolos.

¡Imposible! No obstante apartó la cortina para asegurarse. Estaban llegando a la habitación del encierro. Allí no había sitio donde ocultarse, pensó Tuppence mientras suspiraba de alivio al tiempo que se reprendía severamente. No debía dejarse llevar de sus tontas imaginaciones de aquella persistente sensación de que el señor Brown estaba allí. ¡Eh! ¿Qué era aquello? ¿Unas fuertes pisadas en la escalera? Debía haber alguien en la casa. ¡Era absurdo!

Se estaba poniendo nerviosa. Jane fue directamente a descolgar el cuadro de Margarita con su joyero. Estaba cubierto de una espesa capa de polvo y los festones de telarañas colgaban entre el cuadro y la pared. *Sir* James le tendió su cortaplumas y ella rasgó el papel castaño de la parte de atrás del cuadro. Una página de anuncio de una revista cayó al suelo y Jane la recogió y, al separar sus extremos, extrajo dos hojas de papel fino.

¡Esta vez no era el falso, sino el verdadero documento!

—Lo hemos conseguido —dijo Tuppence—. Al fin…

El momento era de gran emoción y olvidaron los ligeros crujidos y ruidos imaginarios de minutos antes. Ninguno de ellos tenía ojos más que para lo que Jane tenía en sus manos.

Sir James cogió los dos folios y los examinó con atención.

—Sí —dijo con calma—, este es el maldito documento.

—Hemos triunfado —exclamó Tuppence, maravillada.

Sir James repitió sus palabras mientras doblaba los dos folios con sumo cuidado y los guardaba entre las hojas de su agenda. Luego contempló la habitación con curiosidad.

—Aquí es donde estuvo encerrado su joven amigo, ¿verdad? —dijo—. Es un lugar siniestro. Fíjense en la ausencia de ventanas y el grosor de la puerta que cierra herméticamente. Lo que aquí ocurra no puede ser oído en el exterior.

Tuppence se estremeció; aquellas palabras la alarmaron.

¿Podía haber alguien oculto en la casa? ¿Alguien que cerrara aquella puerta y los dejara presos en aquella ratonera? Comprendió enseguida lo absurdo de sus pensamientos. La casa estaba rodeada por la policía. Si no les veían salir, no vacilarían en entrar para

efectuar un registro. Se rio de sus temores y, al alzar la mirada, se sobresaltó al ver cómo *sir* James la observaba.

—Tiene usted razón, señorita Tuppence. Usted olfatea el peligro, igual que yo y que la señorita Finn.

—Sí, —admitió Jane—. Es absurdo, pero no puedo evitarlo.

Sir James volvió a asentir.

—Ustedes la perciben… todos la presentimos… la presencia del señor Brown. Sí, no existe la menor duda, el señor Brown está aquí.

—¿En la casa?

—En esta habitación. ¿No lo comprenden? Yo soy el señor Brown.

Estupefactas, lo miraron sin dar crédito a sus oídos. Las líneas de su rostro habían cambiado. Tenían ante ellas a un hombre distinto, que sonreía de un modo cruel.

—¡Ninguna de las dos saldrá con vida de esta habitación! Acaban de decir que hemos triunfado. ¡Yo he triunfado! El documento es mío. —Su sonrisa se ensanchó al mirar a Tuppence—. ¿Quiere saber lo que ocurrirá? Tarde o temprano entrará la policía y encontrará a las víctimas del señor Brown: tres, ¿comprende? No dos, pero por fortuna la tercera no estará muerta, solo herida y podré describir el ataque con toda suerte de detalles. ¿Y el documento? Está en manos del señor Brown. ¡De modo que a nadie se le ocurrirá registrar los bolsillos de *sir* James Peel Edgerton!

Se volvió hacia Jane.

—Usted supo engañarme. Lo reconozco, pero no volverá a ocurrir.

Se oyó un ligero ruido a sus espaldas, pero embebido en su éxito no giró la cabeza. Se llevó la mano al bolsillo.

—Jaque mate a los Jóvenes Aventureros —dijo alzando lentamente el revólver.

Pero al hacerlo, se sintió aprisionado por una garra de hierro. El revólver cayó de su mano y la voz de Julius Hersheimmer dijo despacio:

—Lo hemos cogido con las manos en la masa.

La sangre desapareció del rostro del abogado, pero el dominio que tenía de sí mismo era maravilloso y se puso en evidencia al mirar a sus dos opresores. Contempló a Tommy largo rato.

—Usted —dijo entre dientes—. ¡Usted! Debí figurármelo.

Al ver que no ofrecía resistencia, aflojaron la presión y, rápido como el rayo, se llevó la mano izquierda, en la que llevaba un gran anillo, a los labios.

—*Ave, Caesar, morituri te salutant*! —dijo sin dejar de mirar a Tommy. Luego su rostro cambió y, con un estremecimiento convulsivo, cayó hacia delante como un saco, mientras se esparcía por el aire un extraño olor a almendras amargas.

Capítulo XXVII
Cena en el Savoy

La cena ofrecida por Julius Hersheimmer en la noche del día 30 a un grupo de amigos habría de recordarse mucho tiempo en los círculos de catering. Se llevó a cabo en un apartamento privado y las órdenes del norteamericano fueron breves y terminantes. Dio carta blanca y, cuando un millonario da carta blanca, suele conseguir lo que quiere.

Se ofrecieron todas las exquisiteces fuera de estación. Los camareros servían un vino añejo y superior, tratando las botellas con suma delicadeza. La decoración floral desafiaba a todas las estaciones, y frutas que maduraban en mayo y otras en noviembre se encontraban reunidas como por milagro. La lista de invitados era reducida, pero selecta: el embajador norteamericano; el señor Carter, que según dijo se había permitido la libertad de traer a un amigo suyo: a *sir* William Beresford; el arcediano Cowley; el doctor Hall; los dos Jóvenes Aventureros, la señorita Prudence Cowley y Thomas Beresford, y la invitada de honor, la señorita Jane Finn.

Julius no había escatimado esfuerzos para que la aparición de Jane fuera todo un éxito. Una llamada misteriosa hizo que Tuppence acudiera a la puerta del apartamento, que compartía con la joven norteamericana. Era Julius, que llevaba un cheque en la mano.

—Oye, Tuppence —comenzó—, ¿querrás hacerme un favor? Toma esto y procura que Jane compre todo lo necesario para estar bonita esta noche. Vais a venir a cenar conmigo al Savoy, ¿sabes? No repares en gastos. ¿Entendido?

—De acuerdo —replicó Tuppence—. ¡Lo que vamos a divertirnos! Será un placer vestir a Jane. Es la persona más encantadora que he visto en mi vida.

—Eso pienso yo —convino Hersheimmer con un fervor que hizo brillar los ojos de Tuppence.

—A propósito, Julius, todavía no te he dado mi respuesta.

—¿Tu respuesta? —repitió Julius, palideciendo.

—Ya sabes: cuando me pediste que me casara contigo —concluyó Tuppence con los ojos bajos como una heroína de la época victoriana—. Y no quisiera que lo interpretaras como una negativa. Lo he pensado bien.

—¿Sí? —dijo Julius con la frente perlada de sudor.

—¡Grandísimo tonto! ¿Qué diablos te indujo a pedírmelo? ¡Me he dado cuenta de que no te importo un comino!

—No es cierto. Siempre he experimentado por ti, y sigo haciéndolo, los más altos sentimientos de estima, respeto y admiración.

—¡Hum! —replicó Tuppence—. ¡Esa clase de sentimientos son los que desaparecen cuando llega otro más fuerte! ¿No es verdad?

—No sé a qué te refieres —dijo Hersheimmer enrojeciendo por momentos.

—¡Diablos! —exclamó la joven y cerró la puerta riendo. Volvió a abrirla para añadir con dignidad—: ¡Moralmente siempre consideraré que me has dejado plantada!

—¿Quién era? —preguntó Jane cuando Tuppence se reunió con ella.

—Julius.

—¿Qué quería?

—La verdad, creo que quería verte, pero yo no le he dejado. ¡Hasta esta noche, cuando aparezcas como el rey Salomón en todo su esplendor! ¡Vamos! ¡Tenemos que ir, de compras!

Para la mayoría de la gente, el tan cacareado día 29, «día del Trabajo», transcurrió como cualquier otro. Se pronunciaron discursos en Hyde Park y en Trafalgar Square, y varias manifestaciones, cantando «Bandera roja», pasearon por las calles más o menos a la deriva. Los periódicos que habían hablado de una huelga general y la inauguración de un reinado terrorista, se vieron obligados a agachar la cabeza. Los más osados y astutos dijeron que la paz se había conseguido gracias a sus consejos. En la prensa del domingo, apareció una breve nota dando cuenta de la muerte repentina de *sir* James Edgerton, el famoso abogado. La del lunes

puso de relieve la carrera de aquel hombre, pero la verdad exacta de las causas que provocaron su muerte no se hizo pública.

Tommy tuvo razón al prever la situación. Todo era obra de un solo hombre y, faltos de su jefe, la organización se vino abajo. Kramenin tuvo que regresar a Rusia a la carrera, salió de Inglaterra a primera hora del domingo. Los conspiradores abandonaron Astley Priors presos del pánico y, en su precipitación, se dejaron tras ellos varios documentos que los comprometían irremisiblemente. Con aquellas pruebas en sus manos, además de un pequeño diario que encontraron en el bolsillo del difunto y que contenía un resumen de todo el complot, el gobierno convocó una conferencia y los dirigentes laboristas se vieron obligados a reconocer que habían servido de tapadera de las maniobras comunistas. El gobierno hizo algunas concesiones, que fueron aceptadas en el acto. ¡Iba a llegar la paz y no la guerra!

Pero el gabinete sabía lo cerca que había estado del desastre total. En el cerebro de Carter bullía la extraña escena que se había producido la noche anterior en la casa del Soho.

Había entrado en la reducida habitación para encontrar a su gran amigo, el amigo de toda su vida, muerto, descubierto por sus propias palabras. De su bolsillo extrajo el malhadado documento y allí mismo, en presencia de los otros tres, lo redujo a cenizas. ¡Inglaterra estaba salvada!

Ahora, la noche del día 30, en un saloncito privado del Savoy, Julius P. Hersheimmer obsequiaba a sus amigos. Carter fue el primero en llegar. Iba acompañado de un anciano caballero de aspecto iracundo, ante el cual Tommy enrojeció hasta la raíz del pelo.

—¡Ajá! —dijo el anciano caballero contemplándole con ojo crítico—. Conque tú eres mi sobrino, ¿eh? No eres gran cosa, pero has realizado un buen trabajo, según parece. Después de todo tu madre no debió de educarte mal. ¿Quieres que digamos lo pasado, pasado? Eres mi heredero, ¿sabes? De ahora en adelante pienso darte una asignación y puedes considerar Chalmers Park como tu hogar.

—Gracias, señor, es usted muy generoso.

—¿Dónde está esa jovencita de quien tanto he oído hablar?

Tommy le presentó a Tuppence.

—¡Ajá! —dijo *sir* William al verla—. Las chicas de ahora no son como en mis tiempos.

—Sí lo son —replicó Tuppence—. Quizá sus ropas sean distintas, pero en su interior, son las mismas.

—Bueno, tal vez tengas razón. Entonces las había muy desenvueltas, ahora también.

—Eso es. Yo lo soy, y mucho.

—Te creo. —El anciano rio tirándole de una oreja. La mayoría de las jovencitas sentían temor ante «el viejo oso», como le llamaban, pero a Tuppence le encantaba.

Luego llegó el tímido arcediano, un tanto azorado por hallarse en semejante compañía y satisfecho porque su hija se había distinguido, aunque no pudo evitar mirarla de vez en cuando con aprensión. Pero Tuppence se comportó admirablemente. No cruzó las piernas, supo contener su lengua y rehusó fumar.

El siguiente en llegar fue el doctor Hall, acompañado del embajador norteamericano.

—Podemos sentarnos —dijo Hersheimmer cuando hubo presentado a todos sus invitados—. Tuppence, ¿quieres…?

Le indicaba el sitio de honor, mas Tuppence movió la cabeza.

—¡No, ese es el lugar que corresponde a Jane! ¡Cuando pienso en lo que ha tenido que soportar durante estos años! Esta noche tiene que ser ella la reina de la fiesta.

Julius le dirigió una mirada agradecida y Jane se adelantó tímidamente a ocupar su puesto. Si antes era ya de por sí bonita, ahora estaba maravillosa con sus nuevas galas.

Tuppence había representado admirablemente su papel. El modelo que adquirieron en una famosa casa de modas se llamaba «Lirio atigrado» y era de tonos dorados, verdes y castaños suaves de entre los que se alzaba como una columna blanca el cuello de la joven y con la masa de cabellos bronceados que coronaban su hermosa cabeza. Todos la miraron con admiración mientras se sentaba.

Pronto la reunión estuvo en pleno apogeo y de común acuerdo todos pidieron a Tommy una explicación completa y detallada.

—Eres demasiado reservado —le acusó Julius—. ¡Me dijiste que te ibas a Argentina, aunque me figuro qué razón tendrías para ello! ¡El que tú y Tuppence creyerais que yo era el señor Brown me hace

desternillar de risa!

—La idea no fue suya —dijo Carter en tono grave—. Les fue insinuada, y el veneno hizo su efecto al ser administrado con cuidado por un maestro en ese arte. La noticia del periódico neoyorquino le hizo concebir el plan y con él fue tejiendo una red que casi les envuelve fatalmente.

—Nunca me fue simpático —dijo Hersheimmer—. Desde el principio me dio mala espina y siempre sospeché que había sido él quien hizo callar a la señora Vandemeyer tan oportunamente. Pero no fue hasta que supe que la orden de ejecutar a Tommy llegó justo después de nuestra entrevista con él aquel domingo, cuando empecé a sospechar que el pez gordo era él.

—Yo nunca lo sospeché —se lamentó Tuppence—. Siempre me creí mucho más lista que Tommy, pero esta vez me ha tomado la delantera.

—¡Tommy ha sido el cerebro! —exclamó Julius—. Y en vez de quedarse ahí sentado callado como un muerto, dejemos que se le pase el sofoco y que nos lo cuente todo con detalle.

—¡Venga! ¡Venga!

—No hay nada que contar —dijo Tommy, turbado—. Fui un estúpido hasta el momento en que encontré la fotografía de Annette y comprendí que era Jane Finn. Entonces recordé la insistencia con que gritó la palabra «Marguerite», me acordé de los cuadros y… bueno, eso es todo. Entonces, naturalmente, repasé todo lo ocurrido para ver dónde había metido la pata.

—Continúe —le dijo Carter, al ver que Tommy se disponía a volver a su mutismo.

—Lo de la señora Vandemeyer me preocupó cuando Julius me lo expuso. A simple vista parecía que o él o *sir* James la asesinaron. Pero no sabía cuál de los dos. El encontrar esa fotografía en el cajón, después de la historia de habérsela entregado al inspector Brown que nos contó, me hizo sospechar de Julius. Luego recordé que fue *sir* James quien había descubierto a la falsa Jane Finn.

»Al final, no supe por cuál decidirme y, por lo tanto, resolví no correr ningún riesgo. Dejé una nota a Julius por si era el señor Brown, diciéndole que me marchaba a Argentina, y dejé la carta de *sir* James donde aparecía la oferta de empleo sobre el escritorio para que creyera que era cierto. Luego escribí al señor Carter y

telefoneé a *sir* James. Lo mejor era hacerle mi confidente a pesar de todo y solo le oculté que creía saber dónde estaba escondido el documento. La forma en que me ayudó a buscar a Tuppence y Annette casi me desarmó, pero no del todo. Continué considerándoles sospechosos a los dos y, luego, al recibir una supuesta nota de Tuppence, lo supe.

—Pero ¿cómo?

Tommy sacó de su bolsillo la nota en cuestión, que pasó de mano en mano.

—Es su letra, desde luego, pero supe que no era suya por la firma. Ella nunca escribe Twopence, con «w» y una sola «p», pero cualquiera que no hubiera visto su nombre escrito lo hubiese firmado así. Julius lo sabía. En cierta ocasión me mostró una carta suya, pero *sir* James no. Después todo fue coser y cantar. Envié a Albert a avisar al señor Carter a toda prisa. Yo simulé marcharme, pero regresé. Cuando Julius llegó en su coche, comprendí que no formaba parte del plan del señor Brown y que probablemente complicaría las cosas. Si no cogíamos a *sir* James *in fraganti*, sabía que el señor Carter ¡no daría crédito a mis palabras!

—No se lo di —intervino Carter avergonzado.

—Por eso envié a las señoritas a la mansión de *sir* James. Estaba seguro de que tarde o temprano lo atraparíamos en la casa del Soho. Amenacé a Julius con el revólver porque quería que Tuppence se lo contara a *sir* James y así él no se ocupara de nosotros. En cuanto las dos se perdieron de vista, le dije a Julius que me llevara volando a Londres y por el camino le conté toda la historia. Llegamos a la casa del Soho con tiempo suficiente y encontramos fuera al señor Carter. Después de disponerlo todo, entramos y nos escondimos detrás de la cortina del rellano. El policía recibió la orden de decir, si se lo preguntaban, que nadie había entrado en la casa. Eso es todo.

Tommy se detuvo bruscamente.

Hubo un silencio.

—A propósito —dijo Hersheimmer de pronto—. Están equivocados con respecto a esa fotografía de Jane. Me la quitaron, pero volví a encontrarla.

—¿Dónde? —exclamó Tuppence.

—En la caja fuerte del dormitorio que ocupaba la señora

Vandemeyer.

—Sabía que habías encontrado algo —dijo Tuppence en tono de reproche—. A decir verdad, por eso empecé a sospechar de ti. ¿Por qué no lo dijiste?

—Yo también desconfiaba. Me la habían arrebatado una vez y estaba resuelto a no soltarla hasta que un fotógrafo me hiciera una docena de copias.

—Todos ocultamos una cosa u otra —comentó Tuppence, pensativa—. ¡Supongo que trabajar para el servicio secreto hace que uno se comporte así!

Durante la pausa que siguió, Carter sacó de su bolsillo una agenda muy manoseada.

—Beresford acaba de decir que yo no hubiera creído en la culpabilidad de *sir* James, a menos que lo cogiéramos in fraganti. Es cierto. No obstante, hasta que no hube leído el contenido de esta agenda, no me fue posible dar crédito a la sorprendente evidencia. La agenda pasará a ser propiedad de Scotland Yard, pero nunca se exhibirá públicamente. El largo tiempo que *sir* James estuvo asociado con la ley lo hace aconsejable. Pero a ustedes, que conocen la verdad, voy a leerles ciertos pasajes que ponen de relieve la extraordinaria mentalidad de este hombre.

Abrió la agenda y comenzó a volver las páginas.

> *Es una locura escribir este diario. Lo sé. Es una prueba contra mí. Pero nunca me han asustado los peligros y siento la imperiosa necesidad de desahogarme. Este librito solo lo obtendrán sobre mi cadáver.*
>
> *Desde muy joven comprendí que poseía cualidades excepcionales. Solo un tonto no sabe apreciar su capacidad. Mi cerebro era muy superior al término medio. Supe que había nacido para el éxito. Lo único que obraba en mi contra era mi aspecto vulgar. Vulgar e insignificante.*
>
> *De niño asistí a un famoso juicio por asesinato. Me impresionó mucho la elocuencia y habilidad del abogado defensor y por primera vez pensé dedicar mi talento a esta profesión. En otro juicio observé al criminal que se sentaba en el banquillo. Era un tonto, se portó de forma estúpida y ni*

siquiera un buen abogado defensor fue capaz de salvarlo. Sentí un gran desprecio por él y llegué a la conclusión de que el común de los criminales era de un nivel lamentable. Era la miseria, los fracasos y los altibajos de la vida lo que les arrastró al crimen. Me extrañó que ciertos hombres inteligentes no hubieran comprendido nunca sus extraordinarias posibilidades. Estuve dándole vueltas a la idea. ¡Qué campo tan magnífico! ¡Posibilidades ilimitadas! Mi cerebro se puso en marcha.

Leí obras maestras sobre crímenes y criminales. Todas confirmaron mi opinión. Las causas, sin excepción, fueron la degeneración y la enfermedad, pero nunca esa carrera fue escogida deliberadamente por un hombre previsor. Entonces me puse a pensar. Supongamos que se realizaran mis mayores ambiciones: que fuese admitido en el foro y me elevara hasta la cima de mi profesión, que ingresara en la política, e incluso que llegara a ser primer ministro de Inglaterra. Y entonces ¿qué? ¿Era eso el poder? Con el estorbo de mis colegas y encadenado a un sistema democrático solo sería un líder nominal. ¡No, el poder con que yo soñaba era absoluto! ¡Ser un autócrata! ¡Un dictador!

Ese poder solo podía obtenerse trabajando al margen de la ley, jugando con las debilidades de la naturaleza humana, luego con las debilidades de las naciones: reunir y dirigir una vasta organización y, por fin, subvertir el orden existente y gobernar. La idea se apoderó de mí. No sé lo que pasó por mi imaginación.

Entendí que debía llevar dos vidas. Un hombre como yo llamaría la atención. Debía tener una carrera de éxitos que encubriera mis verdaderas actividades. También debía cultivar mi personalidad. Tomé como modelo a un famoso consejero del reino e imité sus modales, su magnetismo.

De haber escogido la profesión de actor, hubiera sido el mejor actor del mundo. Nada de disfraces ni pinturas ni barbas postizas. ¡Personalidad! ¡Me la calcé como un guante! Cuando quería era un hombre tranquilo, discreto como cualquier otro. Me hacía llamar señor Brown. Hay cientos de

hombres que se llaman Brown y tienen mi mismo aspecto. Tuve éxito en mi supuesta dedicación profesional. Había nacido para lograrlo y tenía que triunfar también en la real. Un hombre como yo no puede fracasar.

Había leído la vida de Napoleón. Él y yo tenemos muchas cosas en común.

Me especialicé en la defensa de criminales. Un hombre debe velar por los suyos.

Un par de veces tuve miedo. La primera fue en Italia. Tuvo lugar en una cena a la que asistió el profesor D… un eximio psiquiatra. La conversación versó acerca de la locura. Dijo: «Muchos grandes hombres están locos y nadie lo sabe, ni siquiera ellos mismos». No comprendí por qué me miraba a mí al decirlo. Su mirada era extraña. No me agradó.

La guerra me ha trastornado. Creía que favorecería mis planes. ¡Los alemanes son tan eficientes! Su sistema de espionaje también es excelente. Nuestras calles están llenas de esos muchachos vestidos de caqui. Jóvenes descerebrados. Sin embargo, no sé si… Estaban ganando la guerra y eso me inquietaba.

Mis planes van bien. Ha intervenido una muchacha. No creo que en realidad sepa nada. Pero debemos renunciar a Estonia. No debemos correr riesgos ahora.

Todo va bien. Su pérdida de memoria es una contrariedad. No puede ser fingida. ¡Ninguna muchacha podría engañarme!

El 29. Está muy cerca.

Carter hizo una pausa.

—No leeré los detalles del *coup* que estaba planeando. Pero hay dos pequeños incisos que se refieren a ustedes tres. Son interesantes. Se los leeré.

Al animar a la joven a acudir a mí por propia voluntad, he conseguido desarmarla. Pero tiene ciertas intuiciones muy agudas que pudieran resultar peligrosas. Debe desaparecer.

No puedo hacer nada con el norteamericano: sospecha y le desagrado. Pero no lo puede saber. Mi armadura es inexpugnable. Algunas veces temo haber menospreciado al otro muchacho. No es listo, pero es difícil cerrarle los ojos ante la evidencia.

Carter cerró la agenda.

—Un gran hombre. Un genio o un loco, ¿quién puede asegurarlo? Yo no me atrevería a hacerlo.

Hubo un silencio.

Luego, Carter se puso en pie.

—Voy a brindar. ¡Por los Jóvenes Aventureros que se han visto coronados por el éxito!

Todos bebieron aclamándolos.

—Hay algo más que quisiera saber —continuó Carter, dirigiéndose al embajador norteamericano—. Hablo también en su nombre. Pedimos a la señorita Jane Finn que nos cuente la historia que hasta ahora solo conoce la señorita Tuppence, pero antes bebamos a su salud. ¡A la salud de una de las más valientes hijas de Estados Unidos, a quien deben gratitud dos grandes países!

Capítulo XXVIII
Y después…

—Ha sido un brindis magnífico, Jane —dijo Julius mientras acompañaba a su prima al Ritz, en su Rolls-Royce.

—¿El de los Jóvenes Aventureros?

—No, el que te dedicaron a ti. No hay otra muchacha en el mundo que hubiera hecho lo que tú hiciste. ¡Eres maravillosa!

Jane meneó la cabeza.

—No me siento maravillosa, sino cansada y sola, y deseosa de regresar a mi patria.

—Eso me recuerda que quiero pedirte una cosa. He oído que el embajador decía a su esposa que esperaba que fueras con ellos a la embajada. Esto está muy bien, pero yo tengo otro plan, Jane. ¡Quiero que te cases conmigo! No te asustes y no me digas que no enseguida. Claro que no puedes quererme tan pronto, no sería lógico. Pero yo te quiero desde el momento en que vi tu fotografía, y ahora que te he visto, estoy loco por ti. Si te casaras conmigo no te molestaría, te dejaría hacer lo que quisieras. Tal vez nunca llegues a quererme y, en ese caso, te devolvería la libertad. Pero quiero tener derecho a velar por ti y cuidarte con todo cariño.

—Eso es lo que deseo —dijo la joven alegremente—. Tener a alguien que me cuide. ¡Oh, tú no sabes lo sola que me encuentro!

—Claro que sí. Entonces todo arreglado. Mañana por la mañana visitaré al arcediano para que nos dé una licencia especial.

—¡Oh, Julius!

—Bueno, Jane, no quiero apresurarte, pero no tendría sentido que esperáramos. No tengas miedo. No espero que me ames así de pronto.

Una delicada mano tomó la suya.

—Te quiero ya, Julius —dijo Jane Finn—. Te quiero desde el

momento en que te rozó aquella bala en el automóvil.

Cinco minutos después, Jane murmuraba con voz muy queda:

—No conozco Londres muy bien, Julius, pero ¿hay tanta distancia del Savoy al Ritz?

—Eso depende de cómo se vaya —explicó Julius sin avergonzarse—. ¡Nosotros pasaremos por Regent's Park!

—¡Oh, Julius! ¿Qué pensará el chófer?

—Con el sueldo que le pago, sabe que es mejor no tener ideas propias, Jane; la única razón que me ha impulsado a organizar la cena en el Savoy ha sido la de poder acompañarte a casa. No veía otro medio de verte a solas. Tú y Tuppence estáis siempre juntas como dos hermanas siamesas. ¡Si llega a pasar un día más creo que Beresford y yo nos volvemos locos!

—¡Oh! ¿Está…?

—Claro que sí. Como un loco.

—Lo suponía —dijo Jane, pensativa.

—¿Por qué?

—¡Por todo lo que Tuppence me ha dicho!

—En eso me has ganado —dijo Hersheimmer, pero Jane reía.

Entretanto, los Jóvenes Aventureros estaban sentados muy erguidos y nerviosos en el interior de un taxi que, cómo iba a ser de otra forma, les llevaba al Ritz por Regent's Park.

Entre los dos existía una gran tirantez y, sin que supieran qué había ocurrido, todo parecía distinto. Estaban mudos, paralizados, y su antigua camaradería había desaparecido. Tuppence no sabía qué decir. A Tommy le ocurría lo mismo. Permanecían completamente inmóviles, sin atreverse a mirarse. Por fin Tuppence hizo un esfuerzo desesperado.

—Ha sido bastante divertido, ¿no te parece?

—Sí, bastante.

Otro silencio.

—Me gusta Julius. —Tuppence hizo de nuevo un gran esfuerzo.

Tommy pareció volver a la vida.

—¿No irás a casarte con él, me oyes? —dijo en tono imperativo —. Te lo prohíbo.

—¡Oh! —exclamó ella sumisa.

—Rotundamente, ¿entiendes?

—Él no quiere casarse conmigo. Solo me lo pidió por cortesía.

—Eso no es muy verosímil.

—Es cierto. Está loco por Jane. Supongo que se estará declarando en estos momentos.

—Harán una buena pareja —replicó Tommy, en tono condescendiente.

—¿No te parece la criatura más encantadora del mundo?

—¡Oh, no está mal!

—Pero supongo que tú preferirás ante todo un producto del país.

—Yo… ¡Oh, déjate de tonterías, Tuppence, ya lo sabes!

—Me gusta tu tío, Tommy —dijo Tuppence desviando la conversación—. A propósito, ¿qué piensas hacer? ¿Aceptar el ofrecimiento de empleo del señor Carter o el mejor remunerado de Julius en su rancho de Estados Unidos?

—Creo que el del viejo, aunque considero que Hersheimmer se ha portado estupendamente y creo que tú te encontrarás mejor en Londres.

—No veo qué tengo yo que ver.

—Pues yo sí.

Tuppence le miró de reojo.

—También tendrás dinero —observó con expresión pensativa.

—¿Qué dinero?

—Nos van a dar un cheque a cada uno. Me lo dijo el señor Carter.

—¿Preguntaste cuánto? —dijo Tommy sarcástico.

—Sí —replicó Tuppence triunfal—. Pero eso es algo que no te diré.

—¡Tuppence, eres el colmo!

—Ha sido divertido, ¿verdad, Tommy? Espero que tengamos que correr muchísimas más aventuras.

—Eres insaciable, Tuppence. Yo ya tengo bastante de momento.

—Bueno, ir de compras resulta casi igual de divertido —dijo la joven—. Piensa lo estupendo que será comprar muebles, cortinas de seda, alfombras de colores brillantes, una mesa de comedor muy barnizada y un diván con muchos almohadones.

—Frena —le cortó el muchacho—. ¿Para qué quieres tantas cosas?

—Tal vez para una casa, pero yo prefiero un apartamento.

—¿El apartamento de quién?

—Tú crees que me importa decirlo, pero no me importa en absoluto. ¡El nuestro, para que te enteres!

—¡Amor mío! —exclamó Beresford, estrechándola entre sus brazos—. ¡Había decidido que fueras tú la que lo dijeras! Te lo mereces por lo inexorable que te has mostrado siempre que he intentado ponerme sentimental.

Tuppence alzó la cabeza. El taxi continuó girando por el lado norte de Regent's Park.

—Aún no me has pedido relaciones —dijo Tuppence—. Por lo menos no ha sido precisamente lo que nuestras abuelas llamarían una petición formal. Pero después de lo que acaba de hacer Julius, me siento inclinada a rechazarte.

—No podrás escapar. Tendrás que casarte conmigo, de modo que ni lo pienses siquiera.

—Será divertido —respondió Tuppence—. El matrimonio ha sido calificado de muchas formas: cielo, refugio, paraíso, esclavitud y muchísimas otras. Pero ¿sabes lo que creo que es?

—¿Qué?

—¡Un deporte!

—¡Y muy bueno por cierto! —afirmó Tommy.